

C O L E C C I Ó N   d e   E S T U D I O S

# Memoria(s) de Argelia

La literatura francófona  
-argelina y francesa-  
al servicio de la historia

Bénédicte Vauthier





Colección de Estudios

# Memoria(s) de Argelia

La literatura francófona  
–argelina y francesa–  
al servicio de la historia

Estudio, edición y notas de  
**Bénédicte Vauthier**



Prefacio de Benjamin Stora

“Esta obra se benefició del P.A.P. GARCÍA LORCA, Programa de Publicación del Servicio de Cooperación y de Acción Cultural de la Embajada de Francia en España y del Ministerio Francés de Asuntos Exteriores”.



© Benjamin Stora  
© Bénédicte Vauthier  
© 2004 Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid.

Todos los derechos reservados. De conformidad con lo dispuesto en la legislación vigente, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reproduzcan o plagien, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte, sin la preceptiva autorización.

Ediciones Universidad Autónoma de Madrid  
Servicio de Publicaciones de la UAM  
Ciudad Universitaria de Cantoblanco. Ctra. de Colmenar, Km. 15  
Edificio Rectorado, 2.ª Entrepanta  
28049 Madrid  
Tel. 914974233  
<http://www.uam.es/servicios/otros/publicaciones>  
[servicio.publicaciones@uam.es](mailto:servicio.publicaciones@uam.es)

Diseño portada: Miguel Ángel Tejedor López  
Diseño colección: Francisco Requena de la Riva  
I.S.B.N. (UAM): 84-7477-925-1  
Depósito Legal: M-40.988-2004  
Impreso en: Solana e Hijos, A. G., S. A. - San Alfonso, 26 (La Fortuna) - MADRID  
Impreso en España

*A "los hombres frontera", de ayer y de hoy, de aquí y de allá, que me han abierto los ojos.*

*A mis amigos y compañeros, Mourad, Hussam, Bernabé, Waled y Rosa que me han dado la oportunidad de continuar el diálogo...*



*Ignorar o descuidar la experiencia superpuesta de los orientales y los occidentales, la interdependencia de los terrenos culturales donde colonizadores y colonizados han coexistido y se han afrontado tanto con proyecciones como con geografías, historias y narraciones rivales, sería obviar lo esencial de lo que sucede en el mundo desde hace un siglo.*

Edward SAÏD

*La idea de que existen formas “no políticas” de crítica es simplemente un mito que prolonga incluso con mayor eficacia ciertos usos políticos de la literatura.*

Terry EAGLETON

*Desde entonces, pasa el tiempo meditando sobre los insospechados peligros que la práctica de la historia tiene reservados a sus adeptos, sin haber conseguido nunca determinar lo que hay de subversivo en su enseñanza.*

Rachid MIMOUNI



## ÍNDICE

PREFACIO . . . . .	11
Cuando la literatura cuenta y desvela historias . . . . .	13
INTRODUCCIÓN . . . . .	17
Memoria(s) de Argelia. La literatura francófona –argelina y francesa– al servicio de la historia . . . . .	19
PRELIMINARES . . . . .	43
Mouloud FERAOUN, “La fuente de nuestras desgracias comunes” (Carta a Albert Camus) . . . . .	45
HISTORIA DE ARGELIA I. DE 1830 A 1954 . . . . .	51
Jean AMROUCHE, “El eterno Yugurta” . . . . .	53
Assia DJEBAR, <i>El amor, la fantasía</i> . . . . .	63
Kateb YACINE, <i>El polígono estrellado</i> . . . . .	71
Louis BERTRAND, <i>La sangre de las razas</i> . . . . .	79
Robert RANDAU, <i>Los colonos</i> . . . . .	83
Isabelle EBERHARDT, “Delincuente” . . . . .	87
Mohammed DIB, <i>El incendio</i> . . . . .	93
Albert CAMUS, <i>El primer hombre</i> . . . . .	95
Mohammed BEN CHERIF, <i>Ahmed Ben Mostapha, goumier</i> . . . . .	103
Mouloud FERAOUN, <i>La tierra y la sangre</i> . . . . .	109
Mohammed DIB, <i>La casa grande</i> . . . . .	115
Mouloud MAMMERI, <i>La colina olvidada</i> . . . . .	123
Hélène CIXOUS, <i>Mi argeliancia</i> . . . . .	129
Kateb YACINE, <i>Nedjma</i> . . . . .	137
Mohammed DIB, <i>La casa grande</i> . . . . .	141
Mohammed DIB, <i>El incendio</i> . . . . .	145

HISTORIA DE ARGELIA II. 1954-1962 "GUERRA DE INDEPENDENCIA Y GUERRAS DENTRO DE LA GUERRA" . . . . .	151
Anouar BENMALEK, <i>Los amantes de Argel</i> . . . . .	153
Mehdi CHAREF, <i>El barki de Meriem</i> . . . . .	161
Assia DJEBAR, "Mirada prohibida, sonido interrumpido" . . . . .	167
Albert CAMUS, <i>El primer hombre</i> . . . . .	173
Mouloud MAMMERI, <i>El opio y el palo</i> . . . . .	183
Rachid MIMOUNI, <i>La maldición</i> . . . . .	189
Rachid BOUDJEDRA, <i>El vencedor de la copa</i> . . . . .	195
Mouloud FERAOUN, "El último mensaje" (Homenaje a Camus) . . . . .	201
Jules ROY, <i>Adiós madre, adiós corazón mío</i> . . . . .	207
Didier DAENINCKX, <i>Asesinatos archivados</i> . . . . .	213
Francis ZAMONI, <i>In nomine patris</i> . . . . .	221
Philippe LABRO, <i>Fuegos mal extinguidos</i> . . . . .	225
HISTORIA DE ARGELIA III. DE 1962 A NUESTROS DÍAS . . . . .	231
Tahar DJAOUT, <i>Los buscadores de huesos</i> . . . . .	233
Rachid MIMOUNI, <i>La maldición</i> . . . . .	239
Rachid MIMOUNI, <i>El río desviado</i> . . . . .	245
AZOUZ BEGAG, <i>El niño del Chaâba</i> . . . . .	251
LOS AÑOS 90: ¿REPETICIÓN O CAMBIO DE ESCENARIO? . . . . .	257
Abdelkader DJEMAÏ, <i>Un verano de cenizas</i> . . . . .	259
Yasmina KHADRA, <i>Lo que sueñan los lobos</i> . . . . .	263
Anouar BENMALEK, <i>Los amantes de Argel</i> . . . . .	267
AZOUZ BEGAG, <i>El pasaporte</i> . . . . .	269
Jules ROY, <i>Adiós madre, adiós corazón mío</i> . . . . .	273
Medhi CHAREF, <i>Teo reía de Arkhim Hedes</i> . . . . .	277
Jean PÉLÉGRI, <i>Argelia, mi madre</i> . . . . .	281
AZOUZ BEGAG, <i>Benito o el paraíso privado</i> . . . . .	289
NOTAS BIO-BIBLIOGRÁFICAS . . . . .	293
BIBLIOGRAFÍA SELECTA . . . . .	311

## PREFACIO



UAM

## Cuando la literatura cuenta y desvela historias

Por Benjamin STORA, profesor de historia del Magreb en el INALCO (París)

Los historiadores conocen la aridez de los relatos históricos. De las fechas y de los nombres propios, de los lugares y de las batallas, de los paisajes y de algunos interrogantes sobre el sentido que hay que dar a toda una agitación que engendra momentos muchas veces trágicos. Los historiadores se refugian en sus archivos escritos, administrativos y estatales, a menudo llenos de desconfianza respecto a las representaciones transmitidas por las imágenes de las películas o las ficciones de las novelas. Algunos tienen miedo de evadirse fuera de lo real, de no ceñirse a la fuerza de los hechos. Por eso, cuando llega una novela, dicen que solo quieren “controlar” una verdad, juzgar la veracidad y la coherencia histórica de los relatos expuestos. Los historiadores se presumen lúcidos y no creen dejarse desbordar por su subjetividad. Me acuerdo de un historiador que veía un documental sobre “Los años argelinos” de Francia con un cronómetro en la mano para contar los minutos reservados a cada uno de los grupos de memoria, argelinos europeos, militares y argelinos, ¡para estimar si todos habían dispuesto de un tiempo de palabra equitativo! Olvidando o no queriendo reconocer el poder de emoción o evocación de una sola imagen o de una sola palabra capaz de barrerlo y devastarlo todo en los corazones y las conciencias... Habría por tanto que distanciarse de la guerra de Argelia y la historia colonial en particular. Esas secuencias exigirían mantener la cabeza fría y no sucumbir a las pasiones tan presentes cuando se trata de ese fragmento ardiente de historia. Sin embargo, el refugio tras la fría objetividad no protege de la quemadura de las cenizas.

Los historiadores tienen aún mucho que aprender de la literatura. De las emociones y las pasiones que sugiere o provoca, las enseñanzas que nos transmite sobre las épocas y las lecciones que nos da y que hay que leer entre líneas. La forma de las palabras y la estructura de los textos hablan también de los crueles momentos atravesados. Resumiendo, ¿cómo prescindir de la literatura, de la ficción y de su puesta en escena para escribir la historia? Y con mayor motivo, ¿cómo no abrazar con firmeza la literatura para caminar por la historia complicada y trágica de la Argelia colonial? Tras los trabajos de Christiane Achour o de Ahmed Lanasri, Bénédicte Vauthier nos invita a penetrar en el dominio de la creación novelesca para comprender la creación / formación de una nación a través de la humillación

colonial y el desposeimiento de uno mismo, la penetración del Otro y la “contaminación” europea, la separación por la lucha anticolonial y los tormentos de la posindependencia. Un destino trágico y complicado, pero un auténtico enigma. ¿Quién es el auténtico argelino? ¿El que habla en francés local a principios del siglo XX? ¿El que ha nacido en ese territorio y lo reivindica, pero... vaciado de sus “indígenas”? ¿El que habla la lengua del conquistador para a continuación volverla contra él? ¿El que se niega a encerrarse en una lógica comunitaria de pertenencia e intenta permanentemente conservar el contacto con el Otro, tomar de él, abrirse a él? O bien es todo esto a la vez, a riesgo de complicarlo todo, de no querer resolver nada... Argelia, penetrada, tomada a la fuerza por Francia, aceptando luego sus favores y sus caprichos, no queriendo de golpe ya nada de ella, y vivir luego lamentando ese rechazo... Argelia, establecida de hecho en la mixtura, que, sin embargo, rechazaba la ley republicana... Argelia en la mezcla y en la separación, en el odio de la segregación y el amor del encuentro... Argelia colonial e independiente, un auténtico desafío a cualquier clasificación y a los maniqueísmos reductores (y Bénédicte Vauthier tiene razón en su introducción al querer alertar a Edward Saïd por sus análisis sobre Camus, en donde se superpone la cuestión nacional palestina al enigma argelino). La Argelia del hibridismo, de las bifurcaciones posibles y, sin embargo, nunca llevadas a cabo (la de la sociedad pluriétnica), de las cordialidades engañosas y, sin embargo, bien reales, está ahí ante nuestros ojos. A través de los libros. Todas las “memorias de Argelia” se adivinan en la lectura de las obras propuestas en esta antología, desde “Yugurta” de Jean Amrouche a *Les colons* de Robert Randau, de Kateb Yacine a Albert Camus, de Mouloud Feraoun a Jules Roy. Arte de lo visible y vector de conocimiento, el conjunto de los extractos se ven tironeados entre una voluntad de captación del mundo colonial y poscolonial y un intento de explicación de este. Al leer *L'incendie* de Mohamed Dib o *Mon algériance* de Hélène Cixous, ¿cómo distinguir entre “ficción” y “documental”? Y de Albert Camus con *El primer hombre* a Mouloud Mammeri con *L'opium et le bâton*, ahí está la arqueología de una guerra en Argelia que cristaliza, con límpida evidencia, la fuerza mitológica en el origen de la intensidad de los sentimientos nacionales y comunitarios. La mayoría de los escritores presentes en esta antología no han tratado realmente de reconciliar, mediante una dramaturgia convencional y consoladora, a los grupos en conflicto, sino de mostrar personajes arrojados a una guerra que durante mucho tiempo permaneció sin nombre, engullidos y, algunas veces, triturados por la historia. Al leer todos estos textos, bien ordenados por secuencias –Argelia colonial, la guerra y el período de la independencia–, se suman una manera de captar la confusión que atraviesa el país y la insignificancia de los destinos, con la voluntad de salir de las contradicciones nacidas del maelstrom colonial. Una trilogía de lenguas (francés, árabe y berebere) y de conflictos (entre la metrópoli y

los europeos argelinos, y entre estos últimos y los argelinos musulmanes, sin olvidar a los judíos) que da vértigo y nos transmite las claves de una guerra de Argelia con múltiples entradas: una doble guerra civil, entre franceses y entre argelinos. Todo esto y otras cosas más yacen en la literatura, la fluidez y la rugosidad de las palabras. No es posible leer la Argelia de ayer y la Argelia de hoy sin inclinarse, sin fundirse en el torrente de relatos que hablan de la crueldad del desposeimiento de la identidad o de la separación de una tierra amada. Todas las memorias están ahí, a la espera de un cruce, llevadas a un alto grado de incandescencia. Y también está la posindependencia, desde *La malédiction* de Rachid Mimouni a *Les chercheurs d'os* de Tahar Djaout. Frente a toda tentativa maniqueísta, estas obras oponen un mosaico de hechos y discursos, rabia de los supervivientes de la guerra de la independencia y elogio melancólico de los solitarios que se resisten a la bajada a los infiernos deseada por los integristas. Informes estéticos y lúcidos de una tragedia que perdura.

Las novelas, en su manera de fijar el tiempo y abrazar el espacio, no son simplemente vectores irremplazables de contextualización, sino que dan sentido en la opacidad de esta guerra colonial y sus prolongaciones. ¿Cómo pueden trabajar los historiadores sin haberlas leído?

[Traducción inédita del francés de Inmaculada Jiménez Morell]



# INTRODUCCIÓN



Ediciones

## Memoria(s) de Argelia. La literatura francófona –argelina y francesa– al servicio de la historia

Por Bénédicte Vauthier

“Una antología es una elección, y cada uno compone su ramo como le parece. Por supuesto, hemos intentado hacerlo lo mejor posible sin pretender convencer a todo el mundo. Lo importante es dar a conocer los criterios adoptados.”

Con estas líneas, esta “advertencia” –y la palabra no podía ser mejor empleada–, Albert Memmi abría, en 1969, su *Anthologie des écrivains français du Maghreb*, continuación de una *Anthologie des écrivains maghrébins d'expression française*, publicada cinco años antes.

Como puede suponerse, no es casual que recordemos, con palabras aparentemente anodinas, los títulos de dos antologías de literatura magrebí que hicieron época y el nombre de su coordinador, más conocido por ser el autor de *Portrait du colonisé précédé du portrait du colonisateur*.

No nos llamemos, pues, a engaños. Si destacamos el nombre del crítico y escritor tunecino Albert Memmi, tras el del intelectual palestino Edward Saïd, inscrito en el umbral de estas *Memoria(s) de Argelia*, es porque deseamos ante todo señalar el espíritu que ha presidido la configuración y luego la confección de nuestra antología, pues eso son estas *Memoria(s) de Argelia*.

Y para ceñirnos aún más a la filiación literaria de esta antología, que pretende reunir en Argelia y a propósito de Argelia a escritores francófonos –argelinos y franceses–, debemos evocar ante todo el trabajo de Ahmed Lanasri, *La littérature algérienne de l'entre-deux-guerres. Genèse et fonctionnement*.

Al reunir, por primera vez, en una única obra de literatura argelina a los escritores “franceses” (escritores coloniales) y a los primerísimos escritores “argelinos” (los francófonos, por supuesto, pero también los arabófonos), Ahmed Lanasri marcaba el camino –literario– que debería seguir quien, en el marco de una “francofonía bien entendida”, deseara restablecer un diálogo franco-argelino<sup>1</sup> –que ya no

---

<sup>1</sup> En 1997, Guy Dugas publicó una antología titulada *L'Algérie. Un rêve de fraternité* (Omnibus), donde retomaba íntegramente novelas, relatos cortos y ensayos (imposibles de encontrar entonces) de escritores –franceses y argelinos– que, a pesar de sus diferencias y discrepancias, intentaron tender ese puente que habría podido reunir en el seno de una misma tierra a todos los “argelinos”. Guy Dugas vuelve a reunir a franceses y argelinos en *Les romans de la guerre* (Omnibus, 2002). Por su parte, Charles Bonn reunió a los escritores argelinos –francófonos y arabófonos– en su pequeña *Anthologie de littérature algérienne* (París, Livre de Poche, 1990).

sea “de sordos”-. Además, al interesarse por el período de entreguerras, ponía en tela de juicio un gran número de evidencias e ideas preconcebidas sobre la literatura argelina de lengua francesa.

En efecto, en cualquier antología de literatura francófona que se precie, es costumbre señalar que la aparición de escritores francófonos de África o el Magreb está ligada a las reivindicaciones independentistas o nacionalistas y, por extensión también, al fenómeno de la descolonización que afectará al conjunto del territorio africano durante la primera mitad del siglo XX o en los decisivos años cincuenta. En el caso de Argelia –por citar sólo el país “norteafricano” o “magrebí” que ahora nos ocupa– esta aclaración equivale a decretar que el inicio de los “acontecimientos” (1954) –es decir, la “guerra de Argelia” o “guerra de Independencia” si se quiere evitar el eufemismo– o, en el mejor de los casos, el final de la segunda guerra mundial (1945) constituye el *terminus a quo* de la literatura argelina de lengua francesa.

Si veremos con los historiadores lo que tiene de parcial y fragmentaria esta cesura para una justa comprensión de la historia, tendremos que consultar las antologías de literatura francófona para comprender lo que la guerra de Argelia ha supuesto en la delimitación del corpus de la literatura “argelina”. Veremos entonces que “1954” no corresponde únicamente a la aparición de un corpus argelino autóctono. Para los críticos franceses, “1954” es ante todo sinónimo de un corte neto de la literatura “argelina francófona” del tronco de la literatura “argelina francesa” en el que, empero, había acabado injertándose<sup>2</sup>.

Tal vez a algunos les sorprenda, incluso les contrarie oírnos hablar de “literatura argelina francófona” y de “literatura argelina francesa”, y no pura y simplemente de “literatura argelina francófona” y “literatura francesa”, como suele hacerse. Pero antes o en lugar de fijar las literaturas –francesa y francófonas– y las historias –de Francia y de Argelia– en compartimentos académicos estancos, cabría preguntarse si no era en la propia ambigüedad de esos adjetivos aparentemente unívocos –“argelino”, “francés”, “árabe”– donde quienes se han llamado “argelinos” nos invitaban a ahondar.

Si la lectura de la literatura argelina de lengua francesa puede llevarnos a descubrir la sociedad cabilia o argelina, comprender lo que Amrouche, Feraoun, Dib, Mammeri, etc, deben a los escritores “franceses” supone también dotarse de los medios para comprender lo que han intentado decirnos... en vista de los silencios de estos últimos.

¿No era ya lo que sugería Feraoun a su amigo Roblès en 1959? En efecto, recordemos que éste había confeccionado una ficha muy completa sobre *Le fils du pauvre*,

---

<sup>2</sup> Cfr. J. Déjeux, *La littérature maghrébine de langue française. Introduction générale et auteurs*, Québec, Naaman, 1980<sup>3</sup> (revue et corrigée), págs. 22 y ss.

pero insuficiente según Feraoun, ya que se había limitado únicamente a los “autóctonos” para hablar de los escritores magrebíes.

En mi opinión, podía establecerse un interesante paralelismo entre los escritores de origen europeo y los de origen musulmán. Son los primeros, Camus, Roblès, etc. quienes con su talento supieron abrirnos un horizonte literario que nos estaba vedado. Nunca creí que fuera posible hacer que un auténtico tipo cabileño entrara en una novela antes de haber conocido al doctor Rieux y al joven Smail. Vosotros, los primeros, nos dijisteis: esto es lo que somos. Entonces nosotros respondimos: y esto es lo que somos nosotros por nuestra parte. Así comenzó el diálogo entre vosotros y nosotros<sup>3</sup>.

Como puede verse, la idea de establecer un paralelismo, una orquestación entre escritores “argelinos” –sin atender a sus orígenes– no es nueva.

Para nosotros, es precisamente en la diferencia de puntos de vista que existe entre todos estos “argelinos”, en la diferencia entre el “vosotros sois” y el “nosotros somos por nuestra parte”, donde reside el desafío, el interés y la importancia de restablecer un diálogo solo interrumpido por la guerra. Aparentemente, oficialmente, o al menos explícitamente, puesto que la literatura francófona argelina, que no ha cesado de escribirse a ambos lados del Mediterráneo –durante e incluso después de la guerra–, muestra de sobra que dicha comunicación no llegó a interrumpirse nunca. Es la propia diferencia de puntos de vista complementarios –y no solo antagónicos o redundantes– la que debe hacer que nos preguntemos lo que unos y otros entendían por “francés”, “árabe” y “argelino”.

Memmi fue el primero en abordar esta idea al hablar de la obra de los escritores franceses del Magreb como de una “literatura de secesión”, señalando que “si uno de los rasgos comunes dominantes entre los escritores magrebíes era la rebelión, el de los escritores franceses del Magreb fue la separación”; o finalmente al sugerir que “*El extranjero* de Camus era probablemente el propio Camus, extranjero en su país natal”<sup>4</sup>. Esta idea la encontramos hoy reforzada e ilustrada en la pluma, cuán sugestiva, de Edward Saïd.

Pero no quememos etapas. Puesto que para poder ahondar con provecho en la idea del diálogo evitando cualquier malentendido, debemos volver atrás y partir del balance establecido por Lanari acerca de los primeros textos escritos en francés por argelinos, es decir, los que se escribieron tomando como ejemplo la novela colonial, fruto de los escritores franceses.

---

<sup>3</sup> M. Feraoun, *Lettres à ses amis*, París, Seuil, 1969, pág. 153.

<sup>4</sup> A. Memmi, Introducción a *Anthologie des écrivains français du Magreb*, París, Présence Africaine, 1969, pág. 17.

## UN TRIÁNGULO IDEOLÓGICO

Según Lanasri, al imponer la cohabitación de las dos comunidades rivales en el territorio conquistado, la nación imperialista generó un triple conflicto:

- indígenas / colonos,
- indígenas / Metrópoli,
- colonos / Metrópoli.

En este triángulo ideológico, la novela colonial aparece como portavoz de los colonos frente al indígena y al metropolitano. Por su parte, la obra argelina da forma a las aspiraciones del indígena y proclama su alteridad frente a los representantes coloniales<sup>5</sup>.

Si aceptamos la idea bajtiniana de que todo locutor es un interlocutor, y que todo enunciado es un eslabón de una cadena muy compleja de otros enunciados<sup>6</sup>, comprenderemos entonces que la interpretación correcta de la producción argelina (de entreguerras) presupone, en primer lugar, que la reinscribamos en un triángulo –ideológico– cuyos ángulos estarían ocupados por

- (1) los representantes de la Metrópoli –léase la Francia republicana–;
- (2) los portavoces de los colonos –léase los franceses de Argelia o pieds-noirs de la Argelia francesa–. En el ámbito estético, nos encontramos con los representantes de la “Escuela argelianista” (L. Bertrand, R. Randau) y, fuera del marco del período de entreguerras, con los representantes de la “Escuela de Argel” o “Escuela norteafricana” (G. Audisio, A. Camus, E. Roblès, etc.);
- (3) los “indígenas” –léase los argelinos o los argelinos musulmanes, o también los árabes, quienes, una vez que el concepto de “francofonía” dio pruebas de sus aptitudes en literatura, se agruparán bajo las etiquetas de “escritores francófonos de Argelia” o “escritores argelinos de lengua, expresión o grafía francesa”. (Abstracción hecha aquí de los escritores argelinos arabófonos, a los que, en condiciones ideales, habría que poder tener en cuenta.)

Si las referencias a la Metrópoli por un lado y a los colonos por otro permiten subrayar la ambigüedad del adjetivo “francés” que durante ciento treinta años remi-

<sup>5</sup> A. Lanasri, *La littérature algérienne de l'entre-deux-guerres. Genèse et fonctionnement*, París, Publisud, 1995, pág. 204.

<sup>6</sup> Cfr. M. Bajtin, “El problema de los géneros discursivos”, en *Estética de la creación verbal* (trad. T. Bubnova), Madrid, Siglo XXI, 1998<sup>8</sup>.

tirá al doble rostro de Francia (republicana y colonial, europea y africana, como dirá Amrouche), las diferentes apelaciones de los escritores “indígenas” reenvían por su parte a las desposesiones de identidad y a las amalgamas reductoras que han permitido a las diferentes generaciones de “colonizadores” que planten su Yo, argelino, frente al Otro. Pero ese Otro no era únicamente “árabe” —el árabe de los novelistas franceses!—, sino berebere, moro o magrebí, y también podía no ser “musulmán”, sino cristiano o judío.

Tres polos, y no dos, siempre y cuando se considere que todos los escritores argelinos —franceses (2) y musulmanes (3) mezclados, base del triángulo ideológico— escriben mirando a la Francia republicana —cúspide del triángulo.

Los (primeros) escritores argelinos franceses escriben oponiéndose o incluso negando sin más al indígena. Se sitúan frente al francés metropolitano e intentan derribar la imagen tan negativa que los seguidores franceses de una “literatura exótica” (Flaubert, Loti, etc.) han dado de ellos. En cuanto a los argelinos musulmanes, éstos escriben reivindicando ideales de la Francia republicana y proclamando su alteridad frente a los representantes coloniales.

Solo este triángulo, solo estos datos, permiten comprender la ambigüedad que caracteriza la producción de los primeros escritores argelinos —musulmanes— que escriben pervirtiendo el discurso dominante de los escritores argelinos —franceses—. En efecto, parece evidente que “para aspirar a la palabra, el colonizado debía en primer lugar jurar fidelidad al sistema y evitar todo aquello que pudiera ponerlo en tela de juicio. Una vez sentado esto, podía entonces permitirse llamar la atención sobre el mal funcionamiento del sistema”<sup>7</sup>.

Si Lanasri se hubiera limitado a entresacar las directrices de ese doble discurso característico de las obras de los primeros escritores argelinos de lengua francesa y a presentar dos de los testimonios (Ben Chérif y Ould Cheikh) de esta literatura francófona de los primeros momento<sup>8</sup>, algunos podrían objetar que su análisis es de escasa operatividad para el lector actual.

En efecto, no podemos evitar preguntarnos si aún se lee por sus cualidades estéticas la literatura colonial (L. Bertrand, R. Randau) y la que se escribió, de forma subversiva en francés, en sus márgenes.

Reconocemos, pues, que si a pesar de todo hemos evocado los puntos clave del análisis de Lanasri, ha sido porque, para nosotros, el punto crucial de su lectu-

---

<sup>7</sup> A. Lanasri, ob. cit., pág. 286.

<sup>8</sup> Cfr. M. Ben Cherif, *Abmed ben Mostapha, goumier*, París, Publisud, 1997, y M. Ould Cheikh, *Myriem dans les palmes*, Argel, OPU, 1985, ediciones presentadas y anotadas por A. Lanasri. Dicho sea de paso, estos dos testimonios ilustran de forma notable la tesis defendida por Lanasri y muestran que en los años 1920 y 1930, a saber, en el momento en que está a punto de celebrarse con gran pompa el centenario de la colonización, los escritores francófonos hacen eco a los políticos moderados, partidarios de un verdadero diálogo con Francia.

ra crítica de la literatura argelina de entreguerras reside más bien en la triple enseñanza que de ella se desprende.

En cuanto a su propia práctica, esta nos permite captar en su complejidad las contradicciones que afectan a la sociedad colonial de los años treinta.

En cuanto a la práctica literaria argelina, además de culminar la historia de la producción argelina de lengua francesa ofreciéndonos como lectura sus primeros balbuceos, puede convertirse también en una buena propedéutica para la comprensión de las obras más recientes.

En cuanto a la práctica literaria en general, esta aparece como un buen ejemplo de la repulsión manifestada por la obra literaria contra todo dogmatismo ideológico<sup>9</sup>.

No cabe duda de que esta triple enseñanza sigue siendo de gran ayuda para el lector actual que desee poder leer entre líneas los textos de los escritores argelinos francófonos con el fin de interpretarlos correctamente. Y tal vez no sea ocioso precisar que son las condiciones de persecución que rodearon –y aún rodean– la producción de la literatura argelina de lengua francesa las que exigen una lectura entre líneas<sup>10</sup>.

Con el paso del tiempo –de los acontecimientos– los escritores argelinos francófonos adquirieron sin duda mayor confianza y se atrevieron a hacer decir a sus “personajes” argelinos –autobiográfico (Furulu Menrad, de Feraoun), mítico (Yugurta, de Amrouche) o de ficción (don Hassan, el profesor del joven Omar de Dib)– lo que los mayores (Ben Chérif o Ould Cheikh) no tenían más remedio que poner en boca de los representantes de la colonia (el teniente francés Marcin y el oficial alemán que hacen de interlocutores del soldado indígena Ben Mostapha), o hacer que lo asumieran personajes falsamente ingenuos.

Y sin forzar los análisis de Lanasri, pensamos que podríamos decir lo mismo de un buen número de textos de las nuevas generaciones de jóvenes –y menos jóvenes– escritores argelinos, que, de un lado y otro del Mediterráneo, continúan denunciando, casi siempre entre líneas, con humor e ironía, los excesos de los políticos, la corrupción, el racismo, la marginación, etc., etc.

<sup>9</sup> A. Lanasri, ob. cit., pág. 286.

<sup>10</sup> Lanasri habla de un acercamiento interpretativo que exige un compromiso del lector (ob. cit., págs. 260-286). Por nuestra parte, citaríamos los trabajos de “filosofía política” de L. Strauss, y en especial dos artículos sobre el arte de escribir: “La persécution et l’art d’écrire” seguido de “Un art d’écrire oublié” (traducción y presentación de N. Ruwet), *Poétique*, 38, abril 1979, págs. 229-253. “De modo que la persecución no debe impedir el pensamiento independiente. Y tampoco puede impedir la expresión del pensamiento independiente. Pues es tan cierto, hoy como hace dos mil años, que se puede decir sin peligro la verdad que uno conoce a personas conocidas que sean íntegras y dignas de confianza, o, mejor aún, a amigos razonables. La persecución no puede ni siquiera impedir la expresión pública de la verdad heterodoxa, ya que un hombre de pensamiento independiente puede expresar sus ideas en público sin sufrir las consecuencias siempre y cuando lo haga con circunspección. Puede incluso imprimirlas, siempre y cuando sea capaz de escribir entre líneas.”

Lo que aún tiene actualidad, ¡y no necesariamente o no solamente hasta 1962!, es la necesidad de tener en cuenta los tres polos de interlocución del triángulo, como únicos capaces de explicar las tensiones que atraviesan un gran número de obras de escritores argelinos de lengua francesa a quienes, habiendo sido formados –al igual que Camus, Roy, etc.– en el crisol de los valores de libertad, igualdad y fraternidad, transmitidos por la escuela republicana francesa, les costará mucho comprender que fue su Francia tan amada la que hizo posible y luego alimentó la separación del nuevo pueblo –los argelinos franceses–. De una Francia republicana que, a lo largo de ciento treinta años de colonización, solo acudió en ayuda de sus ciudadanos y en detrimento de quienes nunca llegaron a ser más que súbditos de un Estado de derecho.

En definitiva, y con esto terminaremos este primer punto, fue el reconocimiento implícito de la discrepancia que existiría entre los tres polos del triángulo lo que explica que Saïd, por su parte, haya podido ver en Camus a uno de los representantes tardíos de la novela colonial. Y de entrada, reconozcamos que es difícil contradecirlo, una vez que se rasga el velo de la evidencia incuestionada de las ideas preconcebidas.

No hay que extrañarse de que el crítico palestino, consciente del tabú que está transgrediendo, se sienta obligado a subrayar que “¡su proyecto no está inspirada por la venganza!” Según él, su objetivo es el de

considerar las obras de Camus como un elemento de la geografía política de Argelia, metódicamente construida por los franceses. Esta geografía fue trabajo de muchas generaciones y su objetivo general era ofrecer un impresionante relato de la oposición política e interpretativa a las razones coloniales francesas para la representación, ocupación y posesión del mismo territorio<sup>11</sup>.

Parece evidente que esta ampliación –¿esta inversión?– de perspectiva, que pretende reinscribir al escritor Camus (visto como sujeto) en la historia política y literaria de “su” país (¿cuál?), solo es posible aquí a partir del momento en el que nos preguntamos “¿quién interpreta?”.

En efecto, según Saïd, “será fácil que un crítico europeo de tendencia historicista profese la creencia de que Camus representa la conciencia trágicamente inmovilizada de Francia ante la crisis europea en una de sus grandes conflagraciones”. Sin embargo,

puesto que sus obras aluden claramente a la Argelia contemporánea, la preocupación general de Camus no era la evolución dramática de los grandes cambios a lo

<sup>11</sup> E. Saïd, *Cultura e imperialismo*, Barcelona, Editorial Anagrama, 2.ª edición, 2001, págs. 278-279.

largo de la extensión histórica del destino de Francia y de Argelia, sino el estado real de los asuntos franco-argelinos. Salvo en excepcionales ocasiones, Camus deja de lado o sobrevuela la historia<sup>12</sup>.

Con todo, según Saïd, para comprender la filiación y el verdadero enraizamiento del escritor francés –premio Nobel de literatura, “apóstol de la justicia”, filósofo del absurdo, etc., por tan solo citar las facetas más conocidas que el nombre de Camus puede evocar en los franceses de a pie y en la inmensa mayoría de los francófonos formados en los cánones de la literatura francesa,

lo que deberíamos hacer es poner en relación las incorporaciones y suposiciones de Camus acerca de la historia de Argelia con las escritas por argelinos después de la independencia, para adquirir una significación más plena del enfrentamiento entre el nacionalismo argelino y el colonialismo francés<sup>13</sup>.

Si partimos otra vez del objetivo de Saïd, enunciado anteriormente, parece evidente que Camus “ignora” –o pretende ignorar– la secular injusticia ligada a la triple desposesión (no sólo de las tierras sino también de la historia y de la identidad) que los escritores argelinos serán los primeros en denunciar. Pero dado que esa injusticia secular es también, en palabras de Feraoun, “la fuente de nuestras comunes [!] desgracias” (en los albores del siglo XX, I. Eberhardt hablaba ya de las “víctimas solidarias de una misma iniquidad grotescamente triste”), desearíamos suavizar el tono de la oposición radical que Saïd establece entre el nacionalismo argelino y el colonialismo francés.

Una división dicotómica simple, materializada en el terreno mismo. Tras las alambradas de espino, los puros, los militantes de la buena causa, los amigos, aún mejor: los camaradas, aquellos junto a los que hay que combatir –fuera y ya desde los puestos de policía y las garitas el mundo enemigo, los negros, los horrorosos, aquellos que hay que combatir–. Nada entre ambos, salvo esta frontera cuyas alambradas de espino subrayan su impermeabilidad,

dirá el narrador de *L'opium et le bâton*, destacando de forma extremadamente lúcida que esa simplista oposición pone fin a la “complejidad desconcertante de la vida”<sup>14</sup>.

Así las cosas, antes, durante, e incluso tras la independencia, esa oposición maniquea la contradirán un gran número de argelinos, entre otros los escritores

<sup>12</sup> E. Saïd, ob. cit., pág. 277.

<sup>13</sup> E. Saïd, ob. cit., pág. 278.

<sup>14</sup> M. Mammeri, *L'opium et le bâton*, París, La Découverte, 1992, pág. 257.

argelinos francófonos, que, formados en la escuela francesa, no renegaron de sus orígenes arabo-islámicos o bereberes en el momento álgido del conflicto.

Tan sólo puedo llorar en cabileño [...], todo eso es mi país, en lo que tiene de irreductible, y ese el primer polo de la perspectiva ambigua de la que he hablado. El segundo polo es Francia, la Francia concreta y también la Francia mítica, es decir, la Francia real conforme al espíritu que alienta en ella y por ella<sup>15</sup>,

dijo Jean Amrouche en 1958. Y, en 1962, comentando la desaparición de Feraoun, declaró: “Forjado como todos los cabileños en la dura ley del *nif*, Feraoun no quiso renegar de nada de lo que debía crecer y expandirse bajo la guardia vigilante del honor: ¡los valores bereberes e islámicos, tanto como el esfuerzo francés y occidental!”.

Sí, es irrefutable que esta oposición es la que contradice abiertamente la obra de esos “hombres frontera”, de esos “ladrones de fuego”, que quisieron crear, al menos hasta 1945, en la posibilidad de una cohabitación fraternal. La obra de Emmanuel Roblès contradecía también esa oposición desde 1946. Y también será puesta en tela de juicio de forma póstuma en *El primer hombre* de Camus. Más tardíamente, serán Jules Roy y Jean Pélégri quienes cuestionen la validez de ese maniqueísmo simplificador. Y los jóvenes escritores argelinos francófonos desmienten también dicha oposición.

Por lo tanto, si bien es cierto que hay que comparar las aseveraciones o los textos de Camus con los de otros escritores, precisemos que hay que compararlos, no sólo con los textos escritos después de la independencia por escritores argelinos, sino también con los escritos durante o antes de la guerra por otros escritores, ya sean argelinos o franceses.

Ese ha sido nuestro objetivo, ampliando al máximo, aun con los límites que una antología impone, los puntos de vista de los actores de estas *Memoria(s) de Argelia*. Puesto que lo que es válido para Camus, también lo es para los demás escritores incluidos en esta antología. Y que el plural de estas *Memoria(s)*, que quiere cuestionar la evidencia engañosa del singular de Saïd, sea ocasión de volver al trabajo de los historiadores y a la necesidad de reinscribir la “guerra de Argelia” –y con ella la literatura argelina de lengua francesa– en el único marco histórico capaz de desvelarnos también las claves de interpretación. Ni que decir tiene que dicho marco no es otro que el de la colonización.

---

<sup>15</sup> J. El-Moulhoub Amrouche, “Je ne peux pleurer qu'en kabyle”, en *Un Algérien s'adresse aux Français ou l'histoire d'Algérie par les textes (1943-1961)* (edición de Tassadit Yacine), París, Awal / L'Harmattan, 1994, pág. 299.

## GUERRA DE ARGELIA Y COLONIZACIÓN: LA LARGA DURACIÓN

La guerra de Argelia tiene su origen en la brutal imposición de un sistema colonial al conjunto de los argelinos musulmanes. En Francia, el reconocimiento de este hecho no es evidente.

Avanzar obliga a considerar todos los puntos de vista: de Francia sobre Argelia, y de Argelia sobre Francia, de Argelia sobre sí misma y de Francia sobre sí misma, tanto si volvemos al período anterior a la guerra de Argelia, como si llegamos hasta la posguerra. Las heridas son, bien a su pesar, espejo una de la otra, y es en esa reticencia a verse en el sufrimiento del otro (y digámoslo claramente, sobre todo por parte de los franceses en el drama vivido por el pueblo argelino) donde se produce una fuerte resistencia a la elaboración de una memoria auténtica<sup>16</sup>.

Como vemos en esta cita de Benjamin Stora, los historiadores franceses no han esperado a los sobresaltos de la historia reciente para reinscribir una guerra sin nombre en la larga duración y llamar la atención sobre la necesidad de un trabajo de memoria auténtica, el único capaz de conjurar los efectos perversos de las interferencias del inconsciente.

En último término, solo las polémicas sobre la historia colonial podrán transmitirnos las claves de comprensión de la guerra de Argelia, enésimo avatar de la secular relación amor / odio franco-argelina. Solo las historias de Francia, de Argelia o de las relaciones franco-argelinas sin falsificar, es decir, inscritas en la larga duración, podrán transmitirnos modelos de interpretación para tratar de explicar la inexplicable violencia que se ha abatido sobre Argelia durante los últimos diez años y también para captar la ambigüedad de las relaciones franco-argelinas que aun hoy continúan tejiéndose en Francia a través de las nuevas generaciones de argelinos, hijos de la inmigración o el exilio<sup>17</sup>.

Los debates sobre la "cuestión de la tortura" que se han (re)abierto a finales del 2000 parecen haber desbloqueado en Francia una situación de amnesia basada hasta entonces en memorias truncadas, fragmentadas y parciales. En efecto, más allá del carácter coyuntural de las declaraciones de unos y otros (L. Ighilahriz y el General Aussaresses) parece claro hoy que lo esencial de los debates reside en el hecho de que un marco favorable emerge para que lo ya dicho sea por fin escuchado.

Solamente una interpretación polifónica de las entidades plurales que han sido y que aún son Francia y Argelia –comprensión que nuestro epígrafe intenta reflejar– habría permitido que la Francia republicana pasara del estadio "de la rememo-

<sup>16</sup> B. Stora, *Histoire de la guerre d'Algérie (1954-1962)*, París, La Découverte (col. Repères) [1993], 1995, pág. 99.

<sup>17</sup> Cfr., entre otros, las obras de B. Stora retomadas en la bibliografía selecta situada al final del volumen.

ración a las primeras conmemoraciones” y que los franceses se unieran a los argelinos que, en 1988, y posteriormente en 1991, habían sentido ya la necesidad de ese regreso de la memoria, osando levantar “la tapadera asfixiante de una memoria unanimita”<sup>18</sup>. Tapadera, es inútil subrayar, que unos ex militares argelinos han vuelto a levantar en Argelia, implicando directa e indirectamente al Poder establecido en las matanzas colectivas atribuidas hasta entonces de forma exclusiva a los grupos islamistas.

Aunque es verdad que los historiadores están aún lejos de poder gritar victoria –no tardaremos en ver por qué– podemos considerar como primer indicio de un cambio de mentalidad colectiva el hecho de que ciertos acontecimientos, cuyo alcance simbólico no puede subestimarse (reconocimiento de la guerra de Argelia; cuestión de la tortura; conmemoración oficial de la matanza del 17 de octubre de 1961; partido de fútbol Francia / Argelia en París; propuesta de ley –seguida del fracaso de su aprobación– para hacer del 19 de marzo de 1962, fecha de la firma de los acuerdos de Évian, un “día nacional en memoria de las víctimas de los combates en África del Norte”, etc.), se hayan incorporado en la lista ya larga de publicaciones especializadas que tratan de Argelia y las relaciones franco-argelinas.

De este cúmulo de publicaciones, nos gustaría destacar un artículo que nos ha llamado poderosamente la atención, puesto que condicionó en gran medida la selección de los fragmentos de textos recogidos en estas *Memoria(s) de Argelia*, pensadas, en un principio, en la estela de los trabajos de Benjamin Stora. Se trata del artículo de Maurice T. Maschino “L’histoire expurgée de la guerre d’Algérie. La colonisation telle qu’on l’enseigne” (*Monde diplomatique*, febrero 2001)<sup>19</sup>.

Nuestro deseo de otorgar un lugar especial a este breve trabajo monográfico tiene que ver con toda nuestra trayectoria –como estudiante de filosofía y filología, y, finalmente, como profesora de literatura francesa y francófona–, que nos llevó a tomar muy en serio las observaciones de Maschino sobre las manipulaciones de las que muy a menudo son objeto los manuales escolares y los profesores.

Convencida de que “la idea de que existen formas ‘no políticas’ de crítica es simplemente un mito que prolonga con enorme eficacia ciertos usos políticos de la literatura”<sup>20</sup>, no debería habernos sorprendido al ver a Maschino recordar que “los

---

<sup>18</sup> Cfr. B. Stora, ob. cit., págs. 99-100.

<sup>19</sup> Desafortunadamente, este artículo no ha sido traducido en el número correspondiente de *Le Monde diplomatique*, edición española. El lector encontrará la referencia completa de este artículo –bajo un título ligeramente cambiado en el número de *Manière de voir*, dedicado a las “Polémiques sur l’histoire coloniale”– en la bibliografía. En los párrafos siguientes de nuestra introducción hemos retomado las principales ideas de este artículo; las citas textuales aparecen entre comillas.

<sup>20</sup> T. Eagleton, *Literary Theory. An introduction*, Oxford, Basil Blackwell, 1983, pág. 209, citado por J.-M. Moura, *Littératures francophones et théorie postcoloniale*, París, Puf, 1999, pág. 7.

manuales son verdaderos vehículos de la historia oficial". "Son muestras particularmente reveladoras de lo que un Estado quiere que quede como memoria".

Si en una perspectiva hexagonal, los profesores tienen como misión presentar a los alumnos un paisaje visto del lado francés, no debería extrañarnos que la guerra de Argelia y, de forma más general, la colonización hayan sido silenciadas en la programación escolar, e incluso universitaria, de los jóvenes franceses. No es ni mucho menos nuestra intención circunscribir este fenómeno a Francia o a la enseñanza de la historia. Si nos atenemos a la segunda entidad francófona presente en el continente africano a finales del siglo XIX, debemos preguntarnos, por ejemplo, ¿cuántos belgas de a pie conocen hoy la realidad histórica que ocultan la literatura –francófona– de África central<sup>21</sup> o la expresión ex Congo belga para designar Zaire?

Como observaba Maschino, los profesores de historia no están obligados a limitarse a seguir las directrices ministeriales. Tienen libertad incluso para preparar sus clases a su manera y aportar a los alumnos los materiales de reflexión que consideren útiles. Sin embargo, y ahí es donde duele el zapato, parece evidente que el ejercicio de esa libertad es extremadamente difícil ya que "un gran número de profesores no está intelectualmente preparado para construir un contra-discurso. Formados como todos los demás en la escuela republicana, a menudo carecen de los elementos para apartarse de los caminos trillados."

En nuestra condición de enseñante, esto era lo que debía –debería– inquietarnos, ya que resultaba imposible no reconocer en esa ausencia de distancia crítica los signos del nacionalismo tradicional, transmitidos por la familia y la escuela laica y republicana. Nacionalismo que hace unos cincuenta años podía explicar que los jóvenes reclutas partieran para oponerse contra lo que creían "la rebelión de los tres departamentos argelinos del territorio nacional, del territorio de la República"<sup>22</sup>.

Tal y como se veía venir, sólo una conclusión pesimista, incluso abrumadora, se imponía tras el sombrío panorama de la enseñanza de la historia que esbozaba Maschino. Según él, "los falsarios de ahora, fieles herederos de Guy Mollet, manipulan íntegramente la memoria de la juventud".

---

<sup>21</sup> En este sentido, saludamos las diferentes iniciativas de la "Cellule Fin de Siècle" de los Archives et Musée de la Littérature, que, desde 1989, muestran un gran interés en provocar el diálogo entre Bélgica y los tres países de África Central (Zaire, Ruanda, Burundi) que estuvieron bajo su tutela. Nuestras *Memoria(s) de Argelia* coinciden con la antología *Aux pays du fleuve et des grands lacs. Chocs et rencontres des cultures (de 1885 à nos jours)* en su voluntad de enfrentar dos campos de escritura, a saber, el corpus belga resultado de los contactos con África central y el corpus de escrituras africanas resultado del contacto con las ex-colonias belgas (Antología a cargo de A. Tshitungu Kongolo bajo la dirección de Marc Quaghebeur, Bruselas, Archives et Musée de la Littérature, "Documents pour l'histoire des francophonies", 2000).

<sup>22</sup> Cfr. C. Mauss-Copeaux, *Appelés en Algérie. La parole confisquée*, París, Hachette Littératures, 1999, en particular págs. 18-25 : "L'école et la famille : la formation du sentiment national". La definición que citamos la extraemos del testimonio de unos de los reclutas (Ibid, pág. 21).

No seremos nosotros quienes le contradigamos en este punto, puesto que tenemos la sensación de haber formado parte (hasta hace poco) de esa juventud que manipulan; y también de esos profesores que, formados por manuales garantes de la ideología oficial, habrían carecido (¡pero no siempre!) de elementos para apartarse de los caminos trillados.

Por el contrario, no seremos tan pesimistas como Maschino, quien, tras hablar de falsificación de memoria(s), añadía: “la descolonización, la guerra de Argelia, es como una estrella que se aleja, ya sólo es un punto”, concluyó un profesor. Un punto que, si todo permanece igual, mañana ya no veremos”.

Cuando todo hacía pensar que estábamos atrapados dentro de un círculo vicioso, ya que se trataría de situar una “guerra sin nombre” en el seno de una “historia falsificada” y “censurada” o de la que se ha “perdido la memoria”, en la literatura francófona (de África, del Magreb, y muy especialmente de Argelia) hallamos un atajo para salir al encuentro de lo que, de otro modo, se leería como un mal o un fin ineluctable. Precisamente, fue el deseo de que la literatura francófona representase el papel de memoria histórica acudiendo en auxilio de la historia... expurgada de los manuales escolares –añadiríamos ahora– lo que nos decidió a emprender esta antología. Como deber de memoria.

En efecto, los enigmas que todo aquel que pretenda interpretar los textos de los “escritores argelinos de lengua francesa” tiene que desvelar nos han obligado no solo a asomarnos a la historia de Argelia, sino también y sobre todo nos han permitido revisar lo que nos habían enseñado sobre la historia de Francia y sobre la historia de la literatura francesa.

Gracias a las enseñanzas obtenidas de una lectura atenta de los escritores argelinos francófonos, nos hemos sentido –nos sentimos– autorizados a decir que solo “durante un tiempo” hemos tenido la sensación de formar parte de los profesores que carecen de elementos para apartarse de los caminos trillados. Aunque no sea de recibo, ni de buen gusto, abordar temas polémicos como la guerra de Argelia o la colonización en el marco de las clases de historia, hay que reconocer que es sencillamente imposible no abordar estos temas en las clases de “literatura francófona”, desde el momento en que abrimos y leemos las obras de los escritores argelinos de lengua francesa de todas las generaciones. Una vez reabiertas también y releídas a la luz de las enseñanzas extraídas de los anteriores, las de los escritores franceses de Argelia, es decir, en primer lugar de Albert Camus, pero también de Jules Roy, Emmanuel Roblès y Jean Pélégri.

“¡Qué desengañador y vivificante resulta no limitarse a leer su propio campo!” nos dice Saïd en el umbral de *Cultura e imperialismo*. Y si avanzar exige contar con todos los puntos de vista, no debe asustarnos reconocer con Saïd que “las más célebres novelas de Camus integran, recapitulan sin compromiso y desde muchos

aspectos, suponen un discurso francés masivo sobre Argelia que pertenece al lenguaje de las actitudes y de las referencias geográficas imperiales de Francia”, ya que, precisa Saïd, “esto hace su obra más interesante y no al revés”<sup>25</sup>. Para nosotros, eso hace al hombre más “entrañable” también. Y sirva esta precisión para permitirnos volver sobre nuestros pasos con el fin de matizar una afirmación anterior de Saïd.

En efecto, si consideramos el reconocimiento de la “desposesión histórica” con el fin de oponer un escritor pied-noir a un escritor argelino en torno al tema de Argelia –y no la anterior oposición maniquea entre nacionalismo argelino versus colonialismo francés– parece innegable que podemos oponer un Camus a un Feraoun a finales de los años 1950. Basta leer los dos artículos de Feraoun, incluidos en nuestra antología, para comprender todo lo que los separa en ese aspecto. Basta leer lo que realmente dice Camus en *El primer hombre*, que corrobora, y no invalida, lo que hasta entonces se insinuaba en sus restantes novelas.

En efecto, si en las notas que aparecen en los “Anexos” podemos leer que Camus distingue, por ejemplo, “dos nacionalismos argelinos” (“Argelia entre el 39 y el 54 –rebelión–. En lo que se convierten los valores franceses en un argelino, en particular, el del primer hombre. La crónica de las dos generaciones explica el drama actual”), si uno se toma la molestia de leer hasta el final el grito –a menudo mencionado– de Jacques (“devolved la tierra, la tierra que no pertenece a nadie”, “devolved la tierra; dad toda la tierra a los pobres que nada tienen y que son tan pobres que incluso no han podido nunca desear tener ni poseer.”) veremos que, hasta el final, esa tierra pertenece a esa “inmensa tropa de miserables, en su mayoría árabes [!] y unos pocos franceses [!]”.

Jules Roy –también Jean Pélégri– irá más lejos aún que Camus en ese punto cuando dice en *Adieu ma mère, adieu mon coeur*: “A veces me daba vergüenza atreverme a decir que había que devolver Argelia a los árabes. Ante los ojos de los míos, iba a pasar por un traidor, y por eso, en dos ocasiones, he vuelto al cementerio para pedirte perdón, querida madre”. No podemos permanecer indiferentes ante el hecho de que, en bastantes puntos de ese diálogo con su madre, Jules Roy parece no solamente querer continuar la novela inacabada de Camus sino también brindarle la oportunidad de borrar la “desgraciada frase” que le perjudicó.

Como puede verse, la historia no es tan simple. La evolución de los escritores pieds-noirs más representativos de una generación que tuvo que vestir de luto por Argelia en medio de la violencia (Camus, Roy, Roblès, Pélégri, Sénac, etc.), y aún más, la mayoría de los escritores argelinos francófonos –en un período de tiempo comprendido entre el año 1920, año de la publicación de *Abmed ben Mostapha, gommier* de Ben Chérif, y la actualidad más inmediata– se niegan a doblegarse ante

---

<sup>25</sup> E. Saïd, ob. cit., pág. 285.

dicotomías radicales que, al convertir la guerra de Argelia en el referente aparentemente unívoco de un conflicto, terminaría oponiendo de forma demasiado evidente el nacionalismo argelino (¿cuál?) al colonialismo francés (¿cuál también?).

Y tras este paréntesis que cerramos aquí, volvamos a lo que la literatura francófona puede aportarnos para la enseñanza y comprensión de la historia. Lo que es válido a la hora de tratar la guerra de la Independencia y la colonización, también lo es a la hora de tratar los temas de actualidad en Francia (el racismo, la exclusión, la marginación, la inmigración, etc.) o en Argelia (la corrupción del poder, los asesinatos selectivos y también las matanzas colectivas).

Dicho de otro modo, silenciar tales acontecimientos –insinuados en casi todos los textos de escritores argelinos de lengua francesa– sería indicio no solo de la propia dificultad de abordar esos temas en clase, sino también de una censura deliberada o de una manipulación ideológica de los textos de los escritores que rechazaron doblegarse a ella, a veces, a costa de su propia vida.

Sin perder de vista la dimensión estética de los textos literarios –dimensión que hemos intentado preservar eligiendo largos fragmentos que permitan, a nuestro entender, conservar las particularidades estilísticas de cada uno de los escritores presentes–, si insistimos en destacar el valor “documental” de la literatura francófona argelina, es porque resulta muy llamativo el lugar que en ella ocupa la historia. Ya se trate de la historia reciente de las relaciones franco-argelinas –historia que se escribe hoy a ambos lados del Mediterráneo–, de los recuerdos de la guerra de Argelia, o incluso de los años 30 y 40 del siglo XIX, es evidente que los escritores argelinos no han dejado de contarnos su historia de Argelia. “Su” historia de Argelia, que durante ciento treinta años fue también, y demasiado a menudo lo olvidamos, el revés de “nuestra” historia de Francia.

Cosa que no debería sorprendernos tanto si tenemos en cuenta que la literatura de los escritores argelinos francófonos ocupó el espacio virgen de la cultura, profana o laica<sup>21</sup>. Gracias al conocimiento del francés –precisemos, no solamente lengua, sino también escritura, y escritura profana–, los escritores argelinos francófonos tomaron el relevo de los poetas que habían asegurado hasta entonces la transmisión del patrimonio oral. Su compromiso con el pueblo, de quien quisieron hacerse portavoces, hizo también de ellos los representantes de un poder espiritual laico en Argelia. Dos dimensiones –estética e ideológica– para una única y misma figura que no es otra que la del intelectual.

Estas son las *Memoria(s) de Argelia*, las historia(s) de Argelia que hemos intentado reunir aquí, inscribiéndolas –de forma implícita– en la estela de las obras de Benjamin Stora. En efecto, la articulación de esta antología en tres –cuatro– tiem-

<sup>21</sup> Cfr. A. Lanasri, ob. cit., pág. 144 y ss.

pos, respectivamente "Historia de Argelia I", "II", "III" –y "Los años 90"–, remite a los pequeños volúmenes de historia de Argelia de Benjamin Stora<sup>25</sup>, a los que remitimos al lector que, intrigado por los enigmas literarios que no pudiera desvelar, desease saber un poco más sobre Argelia –y sobre Francia.

Puesto que no nos hemos limitado a la acepción actual del adjetivo "argelino", como muestra la lista de escritores incluidos en esta antología, y que el término "argelino" ha evolucionado con las relaciones franco-argelinas, nos pareció bastante natural incluir a los que se llamaron a sí mismos argelinos franceses (etiqueta bajo la cual colocaríamos las obras de los escritores coloniales y, al menos hasta la independencia, las de los jóvenes escritores *pieds-noirs*) en una antología que se propone relatar a través de los textos la historia de Argelia de 1830 hasta nuestros días.

La presencia de Isabelle Eberhardt –una "inclasificable", pero también una clásica de las antologías de literaturas francófonas, entre ellas la de Albert Memmi–, y sobre todo la de Didier Daeninckx, Francis Zamponi o Philippe Labro se justifica por la importancia de los textos que estos novelistas escribieron sobre Argelia y las relaciones franco-argelinas, haciendo aflorar lo que la historia y la opinión pública francesa se empeñaban entonces en callar u olvidar. (Presencias que bastan para convertir en problemático el concepto aparentemente unívoco de "francófono".)

Cuatro miradas críticas sobre la sociedad francesa que dicen mucho de los silencios oficiales –ya se trate de la desposesión territorial, auténtico leitmotiv de la literatura argelina; de la matanza de inmigrantes argelinos perpetrada en París el 17 de octubre de 1961; de los atentados de la OAS; o de la resistencia y desertión de los jóvenes reclutas franceses–. Dejamos al lector amante de las clasificaciones o las etiquetas la tarea de encontrar la que mejor explique la presencia de Hélène Cixous, judía de Argelia, que declara no ser francesa ni argelina ni alemana, y que tuvo sus primeros éxtasis franco-lingüísticos en una escuela-comedor judía desfrancesada de Orán.

Antes de abordar el triángulo lingüístico que también hemos intentado poner de manifiesto en la selección de estos textos, sentiríamos no haber insistido en el hecho de que, si bien los escritores argelinos de lengua francesa han contado en francés las exacciones cometidas por Francia (es decir, la historia de las desposesiones geográficas, históricas y de identidad), no han dejado por ello de ser críticos hacia su propia comunidad. Y, sin hacer una lectura maniquea de la historia de Argelia o de Francia, han conseguido dar a sus textos la pluralidad de puntos de vista necesaria para la correcta comprensión de la historia de las relaciones franco-argelinas anhelada por Benjamin Stora.

---

<sup>25</sup> Cfr. Bibliografía al final del volumen.

Debemos reconocer también que esos “ladrones de fuego”, esos “hombres frontera” fueron los primeros en mostrar el camino necesario para la comprensión de una Argelia y una Francia plurales. Ellos fueron los primeros que lograron “sustituir el monólogo narcisista de Occidente por un verdadero diálogo”. Al incluir junto a los “clásicos” a los jóvenes escritores argelinos de lengua francesa surgidos de la inmigración, hemos intentado mostrar que, hoy en día, los escritores beurs han tomado el relevo de sus mayores mostrándonos en toda su complejidad la realidad de las nuevas relaciones franco-argelinas que tienen lugar en territorio francés.

Finalmente, si tenemos en cuenta el rechazo que la obra literaria manifiesta por todo dogmatismo ideológico, debemos destacar que, aunque los primeros escritores argelinos de lengua francesa recurrieron a la litote, los símbolos, etc., para esquivar la censura francesa, basta con leer las obras de Tahar Djaout o de Rachid Mimouni –o más recientemente las de Abdelkader Djemai, Anouar Benmalek– para comprender que numerosos escritores argelinos de lengua francesa han aprendido también a esquivar la censura de la joven Argelia independiente. Y, no vamos a esconderlo, “sólo porque creemos que al presentar una al lado de la otra la realidad social y la ideología dominante, la ficción arruina las pretensiones de esta última poniendo al desnudo sus propias contradicciones”<sup>26</sup> nos atrevemos a incluir, sin más preámbulos, un texto de Yasmina Khadra –quizá uno de los escritores argelinos más brillantes de esa nueva generación–. Su inclusión necesitaría algunas aclaraciones si no pudiera leerse junto al de Benmalek o *El Pasaporte* de Begag; máxime cuando en la estela del “11 de septiembre” el autor pretendiera que es un reflejo fiel y objetivo de la realidad argelina (*El País*, 17 de noviembre de 2001).

## UN TRIÁNGULO LINGÜÍSTICO

Teniendo en cuenta que son muchas las ambigüedades léxicas inherentes a la literatura francófona argelina nacida en los márgenes de la literatura francesa, pero también en los de la literatura árabe clásica y muy a menudo contra la literatura popular argelina de tradición oral, que han tambaleado nuestras evidencias, abocándonos a revisar las ideas preconcebidas –sobre la historia de Francia, la historia de la literatura francesa y de las literaturas francófonas–, no podemos concluir esta introducción sin hacer un comentario sobre el triángulo lingüístico necesario para la comprensión de la literatura francófona argelina.

Al tomar como *terminus a quo* la guerra de Argelia, guerra contra el “colonizador”, los diseñadores de las antologías se han visto obligados a menudo a reducir

---

<sup>26</sup> Cf. A. Lanasri, ob. cit., pág. 286.

ese discurso –subversivo– a su inclusión en un corpus de literaturas francófonas. Pero, en tales condiciones, era inevitable que esta producción se viera encerrada en el siguiente dilema: ¿cómo puede alguien defender su patria, su sociedad y su cultura en la lengua de quien lo oprime?

Al final de este recorrido, no nos cansaremos de subrayar que plantear la alternativa en esos términos es, una vez más, pretender obviar las condiciones lingüísticas e históricas necesarias para una salida de la amnesia en la cual las secuelas trágicas de la guerra de Argelia han sumergido a Francia y Argelia.

Al sobrentender de forma abusiva y simplificadora que la otra lengua debía ser entonces el “árabe”, esta falsa alternativa fue en un primer momento el fruto de la mirada simplificadora de los colonizadores –que, no lo olvidemos, dividieron para reinar mejor–. El poder argelino retomó invertida esta oposición frontal francés / árabe haciendo de ella la punta de lanza de sus campañas de arabización en contra de la francofonía. Pero lo que es más grave es que un gran número de críticos francófonos sigan manteniendo vivo dicho equívoco, como también algunos escritores argelinos, quienes, jugando con la ambigüedad de su “lengua materna”, juegan, quizá también, con nosotros.

El hecho de hablar de literatura francófona de Argelia a la luz de un eje dual, supone perder una vez más la posibilidad de comprender su originalidad intrínseca. Si la guerra de Argelia no adquiere sentido sino en el marco de la colonización, y si las opciones discursivas de los escritores argelinos –musulmanes– solo pueden comprenderse en un triángulo ideológico que incluye dos polos franceses –de Francia y de Argelia– debería ser evidente que el papel que desempeñó y podría continuar desempeñando el francés en Argelia –no solo como una lengua de escritura, sino también de escritura profana– no puede separarse de la historia profunda del paisaje sociolingüístico magrebí, que se caracteriza a su vez por una estructura triádica.

Desde la Antigüedad, están presentes tres polos lingüísticos; y tanto las prácticas lingüísticas como los rasgos de identidad están constantemente condicionados por tales ejes de atracción-repulsión. Hoy como ayer, los magrebíes construyen su personalidad con respecto a estos tres polos: berebér, romance y árabe, en su orden histórico de aparición<sup>27</sup>.

Tres polos, y no dos, que deberían curarnos de la tentación de las presentaciones binarias tales como francofonía *versus* arabización. Tres polos, y no dos, que nos permitan evitar la confusión entre lengua y escritura. Tres polos, de los

---

<sup>27</sup> F. Manzano, “Sur les mécanismes du paysage sociolinguistique et identitaire d’Afrique du Nord”, *Langage et société*, núm. 75, marzo 1996, pág. 16.

que el segundo, romance y no francés, debería llevarnos a recordar que escritores como Camus, Roblès, etc. –de origen español– también decidieron hacer de la lengua francesa su lengua de escritura, tal y como había hecho, antes que ellos, Isabelle Eberhardt, o, después, Hélène Cixous. Tres polos de los que el tercero, árabe, debería impedirnos olvidar la situación de diglosia que caracteriza el Magreb, confundiendo bajo una abstracción árabe, árabe clásico y árabes dialectales. Confusión que nos devuelve a la primera reducción –de la que los herederos de la galaxia Gutenberg quizá nos cueste desembarazarnos–: lengua no siempre implica escritura.

Al término de esta introducción que ha querido ser reflejo del propósito interdisciplinar que ha presidido la elaboración de estas *Memoria(s)*, tan solo nos queda esperar que el lector francófilo, y, en especial, nuestros colegas –de literatura, pero también de historia y filosofía– encuentren a su vez en la literatura francófona pistas que les permitan volver a visitar solos o con sus estudiantes esta dramática parte de nuestra historia –que no por pasada deja de representarse en presente.

Seguramente habrá quien lamente ausencias –en particular, la escasa presencia de voces femeninas–. Si toda antología es una elección, digamos entonces que esas ausencias solo se explican por el objetivo prioritario que hemos perseguido al volver a escribir estas *Memoria(s) de Argelia*, puesto que los autores y fragmentos han sido elegidos con la intención de ilustrar los tiempos fuertes –las cesuras– de la historia de las relaciones franco-argelinas, tal y como se ha dibujado en Argelia, pero también en Francia a lo largo de ciento setenta años (es decir, de 1830 al 2000).

Aunque no sea la única lectura posible, hemos tejido dicha historia para que sea leída en el orden cronológico en que la presentamos. Pero como no se trataba únicamente de establecer una cronología, sino de restablecer un diálogo –siempre presente en la raíz argelina, y solo a veces en Francia–, añadiremos que hemos intentado elegir fragmentos que se respondan entre sí; lo que no impide considerarlos microcosmos de los libros de los que han sido extraídos y del espíritu con que fueron escritos<sup>28</sup>.

Corresponde al lector decidir y juzgar si esta selección de destellos logra develar la “complejidad desconcertante de la vida” que atraviesa estas obras leídas en su integridad. No obstante, esperamos que nuestra selección le convenza de la legitimidad de nuestro deseo de querer inscribir la literatura francófona al servicio de la historia... de Francia –y de Argelia– para dar cuenta de algunos de sus silencios (de una, de otra, o de ambas) y para colmar sus demasiado elocuentes pérdidas de memoria (de una, de otra, o de ambas).

---

<sup>28</sup> Para evitar repeticiones, ya que algunos autores intervienen en varias ocasiones, y también para preservar la idea de los escritores portavoces de una comunidad, las breves notas bio-bibliográficas de los autores mencionados aparecen al final de la obra.

En fin, y con esto terminamos, ya que estas *Memoria(s) de Argelia* quieren ser ante todo una invitación a la lectura –de los escritores francófonos argelinos– y a la relectura –de algunos clásicos franceses–, hemos tenido en cuenta de forma deliberada textos disponibles, de los cuales existe además, en la mayoría de los casos, ediciones francesas de bolsillo.

[Traducción inédita del francés de Inmaculada Jiménez Morell]

## PRELIMINARES

- Mouloud FERAOUN, “La fuente de nuestras desgracias comunes (Carta à Albert Camus)”

## HISTORIA DE ARGELIA I. DE 1830 A 1954

### CONQUISTA Y COLONIZACIÓN: LAS EXPROPIACIONES TERRITORIALES, HISTÓRICAS Y RELATIVAS A LA IDENTIDAD

- Jean AMROUCHE, “El eterno Yugurta”
- Assia DJEBAR, *El amor, la fantasía*

### LOS AÑOS 40: REBELIONES Y REPRESIÓN EN CABILIA

- Yacine KATEB, *El polígono estrellado*

### LA LITERATURA COLONIAL DE LOS ESCRITORES “ARGELIANISTAS”:

#### ARGELIA, ÁFRICA ROMANA, TIERRA DE ANCESTROS

- Louis BERTRAND, *La sangre de las razas*
- Robert RANDAU, *Los colonos*

### LA EXPROPIACIÓN TERRITORIAL: EL DERECHO PRIVADO FRANCÉS FRENTE A LA INDIVISIÓN PATRIMONIAL

- Isabelle EBERHARDT, “Delincuente”
- Mohammed DIB, *El incendio*

### LA ARGELIA FRANCESA SE CONSTRUYE EN LOS MÁRGENES DE LA HISTORIA DE FRANCIA

- Albert CAMUS, *El primer hombre*

### ENFRENTAMIENTOS EN MARRUECOS (1905-1912), PRIMERA GUERRA MUNDIAL E INMIGRACIÓN (1)

- Mohammed BEN CHERIF, *Abmed Ben Mostapha, goumier*
- Mouloud FERAOUN, *La tierra y la sangre*

## LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

- Mohamed DIB, *La casa grande*
- Mouloud MAMMERI, *La colina olvidada*
- Hélène CIXOUS, "Mi argeliana"

## SETIF, 8 DE MAYO DE 1945

- Kateb YACINE, *Nedjma*

## LA INSURRECCIÓN, SIGNOS PRECURSORES...

- Mohammed DIB, *La casa grande*
- Mohammed DIB, *El incendio*

## HISTORIA DE ARGELIA II. 1954-1962. LA GUERRA DE INDEPENDENCIA Y LAS GUERRAS DENTRO DE LA GUERRA

## AURÈS, 1955...

- Anouar BENMALEK, *Los amantes de Argel*

## LOS HARKIS

- Mehdi CHAREF, *El barki de Meriem*

## LAS MUJERES EN LA GUERRA

- Assia DJEBAR, "Mirada prohibida, sonido cortado"

## PODERES ESPECIALES EN ARGELIA: LOS PARACAS, LOS ATENTADOS EN ARGEL, EL EXILIO DE LOS EUROPEOS DE ARGELIA

- Albert CAMUS, *El primer hombre*

## LOS NACIONALISMOS ARGELINOS, LA ONU, LOS FRANCESES EN LA GUERRA...

- Mouloud MAMMERI, *El opio y el palo*

## EL EJÉRCITO DE LAS FRONTERAS: LA LÍNEA MORICE

- Rachid MIMOUNI, *La maldición*

## EL FRENTE PARISINO: LOS HERMANOS EN PARÍS

- Rachid BOUDJEDRA, *El vencedor de la copa*

## ENERO 1960: LAS BARRICADAS, LOS RADICALES EUROPEOS DE ARGELIA

- Mouloud FERAOUN, "El último mensaje (Homenaje a Camus)"

## DE LA INJUSTICIA HACIA LA MADRE A LA JUSTICIA EN RECUERDO DE LOS PADRES:

1945, INDOCHINA, 1960

- Jules ROY, *Adiós madre, adiós corazón mío*

## LA MASACRE DE LOS INMIGRANTES ARGELINOS, PARÍS, 17 DE OCTUBRE DE 1961

- Didier DAENINCKX, *Asesinatos archivados*

## ARGEL, MARZO DE 1962: LOS ATENTADOS DE LA O.A.S.

- Francis ZAMONI, *In nomine patris*

## LOS JÓVENES RECLUTAS EN LA GUERRA

- Philippe LABRO, *Fuegos mal extinguidos*

## HISTORIA DE ARGELIA III. DE 1962 A NUESTROS DÍAS

## CORRUPCIÓN POSTINDEPENDENCIA

- Tahar DJAOUT, *Los buscadores de buecos*

## ELIMINACIÓN DE LAS VOCES DISIDENTES

- Rachid MIMOUNI, *La maldición*

## UNA HISTORIA UNANIMISTA Y UNILINGÜE SE ESTÁ ESCRIBIENDO

- Rachid MIMOUNI, *El río desviado*

## LOS ARGELINOS EN FRANCIA: LA INMIGRACIÓN (2)

- AZOUZ BEGAG, *El niño del Chaâba*

## LOS AÑOS 90: ¿REPETICIÓN O CAMBIO DE ESCENARIO?

## LAS ESTADÍSTICAS DE LOS MUERTOS

- Abdelkader DJEMAI, *Un verano de cenizas*

## TRAS LOS PASOS DE UN JOVEN INTEGRISTA...

- Yasmina KHADRA, *Lo que sueñan los lobos*

---

LA NO ASISTENCIA A UN PUEBLO EN PELIGRO: LOS *NIJAS*, LA SEGURIDAD MILITAR,  
EL EJÉRCITO

- Anouar BENMALEK, *Los amantes de Argel*

AMOR Y ODIO A LOS DOS LADOS DEL MEDITERRÁNEO. INTELLECTUALES AMENAZADOS  
E INMIGRACIÓN EN FRANCIA (3)

- AZOUZ BEGAG, *El pasaporte*
- Jules ROY, *Adiós madre, adiós corazón mío*
- Mehdi CHAREF, *Teo reía de Arkhim Hedés*
- Jean PÉLÉGRI, *Argelia, mi madre*
- AZOUZ BEGAG, *Benito o el paraíso privado*



# PRELIMINARES

REVISTA

## Mouloud FERAOUN, "La fuente de nuestras desgracias comunes" (Carta a Albert Camus)

Quizá esté menos sorprendido que usted del silencio que rodea su último libro y que terminará asfixiándolo. ¿Por casualidad no tendría usted la intención de apagar el fuego abandonando una parte para no perderlo todo, de interponerse entre los que se pelean en vez de animar a los suyos al mismo tiempo que desanima a los míos? Confiese, señor, que si sorprende su actitud, la acogida reservada a su obra, no tiene, ella, nada de sorprendente, ya que si desde hace cuatro años no han dejado de pedir, solicitar y exigir su opinión, está claro que esa opinión, a fin de cuentas, debía ser la de todos, firmemente instalada en la cabeza y el corazón, y hasta en las tripas añadiría yo. Está claro que le pedían que condenara a unos y que aprobara a otros, incluso que encontrara algunas buenas razones para ello. Buenas razones en las que hasta ahora nadie había caído, porque es usted una mente privilegiada, que es muy importante para Francia tener a hombres como usted y una mina para los políticos poderse apoyar en sus argumentos. No le pedían nada más. ¿Y qué es lo que usted ha hecho, señor?

No solamente dice usted lo que piensa de lo que se ha convenido en llamar el problema argelino, sino que piensa acertadamente y lo expresa bien. Y precisamente ese pensamiento acertado le ha conducido a no aprobar a los suyos ni condenar a los míos.

Por esa razón, señor, desde esta Argelia que sufre y que usted, al menos, tanto ama, le envío un saludo amistoso, con toda la admiración debida a una mente lúcida, a un hombre valiente.

No teniendo yo ni su talento ni su valor, ¿podría mantener el anonimato para decir, ahora yo, muy brevemente, con toda sencillez pero con toda franqueza, lo que pienso de este problema? Debe saber que soy maestro "árabe", que siempre he vivido en el corazón del país y, desde hace cuatro años, en el centro del drama. Por otro lado, la palabra "árabe" no es muy exacta. ¿Por qué no precisar después de todo?

Me viene a la memoria una anécdota que se remonta al 9 de mayo de 1945. Era en Alsacia. Para anunciar los acontecimientos que, la víspera, habían empezado a ensangrentar la región de Constantina, un periódico local destacaba en la primera página y en grandes titulares: "¡Revuelta árabe de los cabileños!". Pongamos por caso que usted recibe hoy una carta árabe de un cabileño y de golpe obtiene todas las precisiones deseables.

Sé que en 1958 se interesan más por Argelia. Pero, desgraciadamente, sólo por Argelia, incluido el Sahara, claro está. En cualquier caso, sólo se interesan por los árabes o los cabileños para matarlos, meterlos en la cárcel, pacificarlos o, desde hace algún tiempo, para integrar sus almas, en la medida en que tienen una, en vez de curar sus cuerpos achacosos, más o menos cubiertos de andrajos.

Era usted muy joven, señor, cuando la suerte de las poblaciones musulmanas ya le preocupaba. En aquella época, yo, que soy de su edad, me dedicaba únicamente a impartir correctamente mis clases y sin duda ganaba más que usted. Era usted muy joven y su voz muy débil, lo recuerdo. Cuando leía sus artículos en *Alger Républicain*, el periódico de los maestros, me decía: "Qué tío más estupendo". Y admiraba su empeño en querer comprender y su curiosidad hecha de simpatía, quizá de amor. ¡Le sentía entonces tan cercano a mí, tan fraternal y totalmente desprovisto de prejuicios! Pero ya entonces, se lo aseguro, no creía en usted ni en mí mismo ni en todos aquellos que se interesaban por nosotros, y que eran muy pocos; pues todo el mal que podía venirnos de los demás, nadie había podido evitarlo. En aquella época, teníamos conciencia de nuestra condición de vencidos y de humillados y desde hacía tiempo solo hablábamos ya el lenguaje de los vencidos, mientras que los suyos, con toda naturalidad, hablaban más que nunca el lenguaje de los vencedores. No es que hubiéramos renunciado a toda esperanza, pero la salvación, ya no la esperábamos más que de lo imprevisible, o de lo ineluctable, o en todo caso del paso del tiempo. Así nos encontrábamos entonces todos los resignados, pendientes de lo único que nos preocupaba, la lucha por una existencia difícil. Claro que entre nosotros había privilegiados, los maestros por ejemplo. Estaban satisfechos, y eran respetados y envidiados. Se esmeraban en dar bien sus clases para que sus alumnos obtuviesen buenos resultados en sus exámenes.

Pero ese lenguaje de los vencidos, lo utilizábamos como una réplica definitiva a su lenguaje de vencedores. Lo que nos permitía solicitar reformas y el derecho a parecernos a ustedes. Cuando usted, Albert Camus, se dio cuenta de ello, lanzó un grito patético que le honra para siempre y que no ha sido escuchado. No sólo no quisieron escuchar nada, sino que lo echaron de este país que es el suyo porque se había vuelto usted peligroso. Más peligroso que los vencidos a los que nadie tomaba en serio.

A decir verdad, aquellos privilegiados, a los que se podría llamar semi-evolucionados, evolucionados, o incluso intelectuales, estaban a medio camino entre usted y los de ellos, y todo el mundo sabe que sólo pedían acercarse a ustedes, asimilarse totalmente, aunque fuera al precio de alguna última renuncia, alguna última humillación, pero, de todas maneras, una vez en el seno de la familia adoptiva un poco de paciencia habría arreglado las cosas, y a las nuevas generaciones les

habría resultado más fácil perder sus complejos, deshacerse de segundas intenciones y, por así decir, perder su personalidad.

Pero, al lado de los burgueses y la gente instruida, de los buhoneros vagabundos que habían recorrido Francia y los obreros de Saint-Denis o de cualquier otro lugar, estaba la masa a la que ustedes ignoraban y que a su vez les ignoraba. Esa masa no sólo les ignoraba: la ignorancia era su estado.

En aquella época, señor, la mujer de la montaña o del campo, cuando quería asustar a su hijo para imponerle silencio, le decía: "Cállate, aquí viene Bouchou". Bouchou era Bugeaud. ¡Y Bugeaud fue hace un siglo! En 1938, aún seguíamos ahí, mientras que usted, por su parte, escribía esta página que no puedo evitar reproducir como la advertencia más solemne que un hombre de corazón haya dado a su país:

"Los cabileños reclaman escuelas igual que reclaman pan... Los cabileños tendrán más escuelas el día en que hayamos suprimido la barrera artificial que separa la enseñanza europea de la enseñanza indígena, el día en que por fin, en los bancos de una misma escuela, dos pueblos hechos para comprenderse empiecen a conocerse.

"Claro que no me hago ilusiones sobre el poder de la enseñanza. Pero los que hablan con ligereza de la inutilidad de la enseñanza también se han beneficiado de ella. En cualquier caso, si realmente deseamos una asimilación, y que este pueblo tan digno sea francés, no debemos empezar separándolo de los franceses. Si he entendido bien, eso es todo lo que pide. A mi parecer, sólo entonces empezará el conocimiento mutuo. Digo bien 'comenzará' porque aún no se ha hecho".

De modo que, hace veinte años, dos comunidades vivían una junto a la otra desde hacía un siglo, dándose deliberadamente la espalda, totalmente desprovistas de curiosidad y, por ello, tanto una como otra poco dispuestas a comprenderse, no teniendo en común más que su mutua indiferencia, su cabezonería en despreciarse y ese inhumano comercio que liga el débil al fuerte, el pequeño al grande y el criado al amo.

Esa era la situación. Y así permanecerá hasta el inicio de la revuelta.

Los que eran "asimilables" eran también unos utópicos al creer que podrían evadirse de su condición para adoptar la suya. Pero ni la corbata ni el traje pudieron hacer olvidar fez y zaragüelles en un país donde no había nada más. Lo mejor hubiera sido, al contrario, que el traje desapareciera para dejar paso a la gandoura y los zaragüelles, y el pueblo argelino, todo él con albornoz, habría recuperado sin duda su unidad: la que había tenido a lo largo de los siglos a pesar de las divisiones intestinas, la multitud de lenguajes y de la diversidad de géneros de vida. Puesto que realmente existía esa unidad norteafricana, impuesta al menos por el clima, el medio y la necesidad de vivir juntos en esta "isla de Occidente", y que ni los feni-

cios, ni los romanos, ni los vándalos, ni los árabes lograron dislocar. Al contrario, todos esos conquistadores se adaptaron al sol del Magreb, a las estepas de las llanuras, a la ruda existencia de las montañas, se amalgamaron, se fusionaron en el desorden, las penurias y la anarquía, de modo que, cuando los franceses llegaron, encontraron un único pueblo. Pudieron sin duda amarse u odiarse, aliarse o combatir con toda la crueldad de que el hombre siempre es capaz. Hubo sin duda castas, privilegiados, vencidos y vencedores. Pero todo aquello tenía lugar entre ellos, se encontraba entre ellos, los unía incluso cuando se alzaban unos contra otros: ¡asuntos internos, habrían constatado en la ONU los grandes estrategas de los dos mundos!

En realidad, no había más asimilación posible que la de los nuevos por los antiguos, y esa asimilación, en el orden natural de las cosas, empezó a hacerse a nuestras espaldas y a pesar de ustedes. Poco a poco, desde hace un siglo, el pueblo argelino de origen europeo se ha separado de Europa hasta el punto de volverse irreconocible y de no parecerse más que a sí mismo, quiero decir, a los otros argelinos a los que desprecia pero con los cuales comparte el acento, los gustos y las pasiones.

Hoy, estimado señor, usted y yo sabemos que los franceses de Argelia “son indígenas, en el sentido profundo del término”. Tan sólo deseo que sean conscientes de ello y que no acusen a Francia cuando ésta los olvida, porque cada vez que la “madre patria” responde a la llamada de sus hijos abandonados, lo hace para amonestar severamente a esos otros indígenas a los que nunca ha querido adoptar y que, en el fondo, no han creído nunca en una filiación imposible.

¿Imposible, por qué? Porque la única condición que la habría vuelto efectiva no se ha concretado nunca: la que habría consistido en transplantar pura y simplemente a los argelinos a Francia para convertirlos en franceses. Porque un argelino, en Argelia, sea cual sea su origen, solo sabe ser argelino.

Creo que el error de Francia es haber querido hacer de los argelinos franceses por obligación. Nosotros, los vencidos, no tuvimos más remedio que inclinarnos, pero ustedes, que son sus hijos, reclamaban también sus prerrogativas, las obtenían a nuestra costa, las ejercían sobre nosotros, y esa democracia, que les autorizaba a reclamar justicia, se convertía en tiranía para nosotros.

No es mi intención elaborar hoy una nueva acusación contra un régimen cuyas taras todo el mundo conoce y que, en lo que a usted concierne, su vida, así como toda su obra han condenado totalmente. No me gustaría tampoco agobiar a mis compatriotas de origen europeo que, tal y como lo siento y lo pienso, a pesar de las crueles apariencias, están tan cercanos de mí como cualquier otro habitante de este país. Pero hay que reconocer que han sacado todo el beneficio posible de una ambigüedad cuidadosamente mantenida que nunca hemos tenido la posibilidad de

denunciar, contentándonos, con más o menos vehemencia, más o menos ilusión, más o menos felicidad, con reclamar nuestra parte de ese beneficio como precio a nuestra adhesión (forzosa) a Francia. Ese equívoco, a mi entender ilegítimo, es la fuente de nuestras desgracias comunes.

Cuando los argelinos de origen europeo nos dicen que son argelinos, entendemos que son primero franceses y, luego, argelinos, por añadidura. Eso es lo que entendemos, lo que desde siempre han querido hacernos entender. En virtud de lo cual, son los amos. En virtud de lo cual, también, repitámoslo, toda protesta inquietante por nuestra parte les hace volverse hacia la metrópoli que, consciente de sus deberes, acude a consolidar su posición.

“Los árabes pueden al menos reclamar su pertenencia si no a una nación sí a una especie de imperio musulmán, espiritual o temporal”. ¿Qué más les queda por hacer? En cualquier caso, su ambigüedad, la de ellos, no confiere ningún poder real, ni lo conferirá jamás.

Cuando el musulmán dice que es argelino, todo el mundo sabe que lo es sin más. Pero incluso eso, solo lo es en la medida en que marca su inferioridad y lo viste irremediamente como si llevara una librea estrecha.

Supongamos por un instante que Italia, España o incluso Israel manifiesten un día la pretensión de imponernos, defender o apoyar en contra nuestra a sus ciudadanos argelinos: veríamos exactamente lo mismo que vemos ahora, es decir, todas esas comunidades adelantándose a la nuestra, que no podría dirigirse ni a un Estado árabe inexistente ni a los manes impotentes de un Yugurta legendario.

Pero no es necesario suponer puesto que todo sucede como si Europa hubiera confiado a Francia la misión de velar por sus hijos, como si Francia fuera la encargada de velar por los cristianos y los judíos, en un país donde la mayoría es musulmana. Por nuestra parte, no podemos estar resentidos contra ella, ya que, junto a esta misión que la disminuye a nuestros ojos, ha cumplido otra más grande y más hermosa con nosotros, una noble misión que hará que siempre, a pesar de todo, seamos a nuestra manera sus hijos.

Si llevamos la simplificación hasta su expresión irreducible, diremos que hay por una parte una importante comunidad que quiere permanecer francesa de derecho, si no de hecho, y por otra parte una comunidad más importante que pide ser plenamente como es.

El problema planteado de esta manera puede parecer a unos un absurdo, y a otros, una perogrullada, pero, desde hace cuatro años, nos ha precipitado en un drama horrible del cual todos somos víctimas.

Efectivamente, señor, ante la amplitud de este drama y su injusticia, ante los sufrimientos de nuestro pueblo y su destrucción, que podría concluir en su exterminio, uno querría renunciar a su orgullo, su susceptibilidad, uno querría renunciar

a ser argelino francés o argelino a secas, o incluso francés, para ser simplemente humano, dejar de matar, dejar de destruir y volver a amar. Ante la crueldad y la mentira desencadenadas sobre el hombre, que se ha vuelto inocente porque ya no es capaz de comprender, uno querría renunciar a todo para que se callara definitivamente la bestia y fuera rehabilitado el hombre. Pero sea cual sea el lado hacia donde se vuelva desesperadamente la mirada, no vemos la salida del insondable túnel en el que todos nos encontramos metidos.

Es posible, después de todo, que los estrategas tengan razón y que se lleve a cabo la conquista, o la reconquista, incluso al precio del exterminio.

También es posible que el pueblo de las ciudades, las montañas y los campos, a la vez objeto y campo de batalla de las nobles ideas que se enfrentan y en cuyo nombre lo pisotean sin piedad, es posible que ese pueblo, cansado de que lo martiricen, se decida un día a rechazar el sufrimiento; sin que ello quiera decir en modo alguno que acepte las nobles ideas de unos y rechace las de los otros: el problema permanecerá íntegro, y corresponderá a otras generaciones volverlo a plantear.

¿No sería mejor evitar engañar y engañarse asumiendo lealmente la tarea de combatir uno mismo su propia desgracia? ¿No sería mejor intentar crear las condiciones de una verdadera fraternización que no tendría nada que ver con la del 13 de mayo?

No corresponde a los estrategas cumplir esa tarea sino a los propios argelinos, todos los que presumen de nobles ideas. Y que deberían hacer en primer lugar su examen de conciencia.

“La source de nos communs malheurs (Lettre à Albert Camus après la publication des *Chroniques algériennes*, *Actuelles III*, Gallimard)”, en *L'anniversaire*, París [*Revue Preuves*, 91, septembre 1958; Seuil, 1972], Points roman, 1989, págs. 35-44 [Traducción inédita de Inmaculada Jiménez Morell].

HISTORIA DE ARGELIA I.  
DE 1830 A 1954

ALGUNOS AUTORES Y TÍTULOS  
DE OBRAS

## Jean AMROUCHE, "El eterno Yugurta"

### PROPOSICIONES SOBRE EL GENIO AFRICANO

Supongo, para mayor comodidad, que existe un genio africano; una serie de caracteres primeros, de fuerzas, de instintos, de tendencias, de aspiraciones que se juntan para producir un temperamento específico.

No propondré una explicación propiamente dicha, sino una simple descripción. Yugurta representa al africano del Norte, es decir, al berebere, en su forma más acabada: el héroe cuyo destino histórico puede adquirir un significado mitológico.

Sin embargo, habrá que cuidarse de simplificar al extremo si se quiere explicar el presente por el pasado. Las ecuaciones Roma = Occidente = Francia = Orden de Yugurta = Magreb = Desorden = Rebeldía, juntas son verdaderas y falsas. Pues el magrebí moderno combina en un mismo hombre su herencia africana, el Islam y la enseñanza de Occidente.

Sé perfectamente dónde está esperándome Yugurta: Yugurta está presente por doquier y doquier inasible; nunca se afirma mejor que cuando se nos escapa. Siempre asume el rostro de otro, del que imita a la perfección lenguaje y costumbres; pero de repente las máscaras mejor ajustadas caen, y hemos ahí confrontados a la máscara primera: el rostro desnudo de Yugurta: inquieto, agudo, desesperante. Y es con ese rostro con el que hay que tratar: existen dieciocho millones de Yugurta en la isla atormentada y envuelta por el mar y el desierto a la que llaman Magreb.

\* \* \*

A Yugurta se le reconoce en primer término por la fogosidad, por la violencia de su temperamento. Abraza una idea con pasión; le resulta difícil conservar dentro de sí la calma, la serenidad, la indiferencia sobre las cuales se erige la razón cartesiana. No conoce sino el pensamiento militante y armado en favor o en contra de alguien. Percibe la idea cual relámpago en medio de la tormenta. De inmediato, la imaginación se apodera de aquélla, le da forma y la agranda hasta convertirla en visión. Privado del calor del entusiasmo y del incentivo de la emoción, Yugurta se desinteresa del lento avance del pensamiento abstracto. Es poeta; necesita la imagen, el símbolo, el mito. No cesa de pasar de lo real a lo imaginario y de lo imaginario a lo real, descubriendo relaciones singulares, similitudes y semejanzas, avanzando de metáfora en metáfora, saltando de parábola en parábola,

sin concluir ni decidir, pues, ¿por qué motivo elegir esto en vez de lo otro que es su contrario?

En ocasiones, con la imaginación más desbordada y como sintiéndose ebrio de su fecundidad espontánea, persigue su aventura de visión en visión, sin preocuparse en lo más mínimo por ordenarlas, por darles un sentido con cierto rigor. Plantear una proposición claramente definida y seguir el apacible desenvolvimiento de sus consecuencias lógicas –razonar, en una palabra– es algo que Yugurta es perfectamente capaz de hacer, siempre y cuando el motivo sea la pasión y un gran esfuerzo de voluntad lo obligue a aplicarse. Pero es preciso que se entregue por completo a esta tarea, disfrutando tanto como con la ensoñación, pues por naturaleza detesta cualquier ejercicio en el que no intervengan al mismo tiempo todos sus poderes y capacidades. Su clima de predilección, aquel en el que se siente verdaderamente vivo, es el de la pasión y la lucha. Sin duda por ello, aunque no es más valiente que los demás, gusta de pelear por pelear.

\* \* \*

La grandeza de carácter reside en la constancia, y ésta se manifiesta mucho más en las pequeñas cosas que en las grandes; quien no es capaz de dedicarse a las tareas menudas tampoco es capaz de llevar a feliz término los proyectos largos que exigen continuidad y perseverancia en el esfuerzo. Yugurta es espontáneamente noble: le gusta el drapeado, el énfasis, al que no distingue muy claramente de la ampulosidad. Disfruta con la controversia cambiando de bando sólo por placer. A veces con un solo impulso se eleva, porque eso forma parte de su genio, hasta lo sublime, pero es poco capaz de integrar, para formar una obra digna de ese nombre, los fragmentos a veces admirables que surgieron en un arranque de entusiasmo. Después de esos ímpetus furiosos, Yugurta cae bruscamente al perder velocidad y se hunde en un abismo de asco e indiferencia. ¡Resultaría en vano apelar a su razón! Hay que asegurarle que la tarea abandonada era bella y útil, que podría haber obtenido ventajas, gloria y provecho. Hay que ser elocuente, forzarlo con palabras conmovedoras y conseguir que se adhiera a la opinión que sostiene el interlocutor; si éste se interesa en su aventura, tiene que hacer todavía más y presionarlo hasta convencerlo. Pero será en vano, lo aseguro, pues Yugurta sabe de lo que es virtualmente capaz, sabe que el valor se mide por las acciones, y que sólo la mano obrera puede concluir lo que empezó el espíritu.

Es precisamente aquí donde Yugurta estaba aguardando: que el hombre sea capaz, es seguro; pero ¿por qué habría de dar rienda suelta a su poder? ¿Acaso es Dios para que le concedan tal importancia a sus juegos? ¿Acaso no es un mortal y no son precederos sus palacios deslumbrantes de vanidad? ¿Acaso no vivimos

sobre el flanco de una fiera que de pronto se sacude y echa por tierra nuestros edificios de arena y de arcilla? El viento del Sur y la tromba que se arremolina restituyen al desierto, en una estación, sus vergeles y sus campos...

Sería preciso plantar en el corazón de Yгурта el árbol de una nueva fe: la fe en el hombre. No la certeza: la fe. Por más que usted vuelva a mostrarle que el hombre es aquello en lo que se convierte, que está contenido por completo en lo que hace. Yгурта puede aprender las reglas de ese juego en apariencia completamente nuevo; pero una voz profunda dentro de él le susurra que el hombre es aún menos que todo eso, que no es sino la sombra de un viajero sin equipaje. Nada importa lo que hace ni la huella de sus pasos sobre la arena del tiempo. ¡Él abandona la obra que había iniciado en una aurora resplandeciente de deseo y de visión, en una majestuosidad de perspectivas imaginarias! Sin duda por ello el Magreb es una tierra colmada de ruinas antiguas y jóvenes; es la tierra de las dinastías breves, de las fortunas precarias, donde los hijos consumen en pocos meses la herencia de sus padres. ¿Se trata de una impotencia congénita para dar cuerpo a lo que fue concebido en espíritu? ¿Basta la contemplación de la obra en el espejo de la imaginación para agotar su poder de seducción y su necesidad? Sea como fuere, de pronto, sin que ningún incidente externo o interno intervenga para romper la tensión que debería haberse mantenido a toda costa, resulta que esta obra por la que el africano habría sacrificado todo, hasta su misma vida, se ve destituida ya no digamos de su prestigio, sino incluso de toda realidad. Cuando apenas ha sido esbozada, y se mantiene por tanto preñada de infinitas posibilidades, cuando permite todas las esperanzas y podría saciar todos los deseos, hela ahí herida de muerte antes de nacer; y tanto más irremediabilmente cuanto que ya estaba adquiriendo forma, que iba a convertirse en algo real, en objeto que puede tomarse entre las manos. Yгурта, que no hace mucho desplegaba en todos sentidos una extraordinaria actividad, cuyo espíritu lanzaba flamas en todas direcciones, se apaga y se hunde en una extraña apatía.

Yгурта no rumia durante mucho tiempo la centaura del remordimiento. Se regodea en la indiferencia átona, en la que bebe el más pernicioso de los venenos hasta la náusea: la tentación del absoluto. No es la imposible perfección, pues la idea de perfección se basa en el reconocimiento de los límites. Supone el sometimiento a ciertas condiciones previas: que se tenga en cuenta el destino de una obra, los medios prácticos, las reglas de ejecución; en una palabra, disciplina; así como resignarse a las imperfecciones inherentes a toda empresa humana. La perfección es el estado de una cosa imposible de imaginar como otra diferente de la que es. Yгурта seguirá imaginando, más allá de cualquier alcance, algún objeto de codicia o de admiración. No necesita mucho para sentirse satisfecho, poco menos que nada, mientras que dentro de él arde un deseo sin límites.

No hay que confundir esta inactividad desolada con la pereza común. Más bien hay que pensar en la renuncia donde el llamado místico puede hallar eco. Yugurta está dispuesto a hacerlo, sobre todo porque su sensibilidad y su sensualidad son fuertes. Disfruta intensamente el placer violento y áspero. Se entrega a la voluptuosidad con la misma convicción que se lanza a la acción, haciendo caso omiso de cualquier medida o templanza. Es lo bastante lúcido como para descubrir la razón de la voluptuosidad: que pueda conducir al éxtasis, a la nada donde la conciencia de estar en el mundo se hunde en el vértigo; pero sabe que la noche es un refugio precario: tarde o temprano se regresa a la conciencia.

Eso explica el tono de desesperación, permanente e incurable, y la melancolía desgarradora que constituyen el encanto de las grandes cantinelas del desierto. En ellas Yugurta canta lo que siente cuando se observa a sí mismo; como Narciso en la fuente, deja escapar una queja en la que a modo de sollozo eterno se escucha la desesperación del hombre huérfano, juguete de fuerzas todopoderosas que lo aplastan. Esas fuerzas no son únicamente externas: las más temibles —él lo sabe— están en él y haga lo que haga, lo conducen inexorablemente a su perdición.

\* \* \*

Yugurta o la inconstancia, Yugurta, genio de la alternancia. No puede imponerse la disciplina, condición de cualquier acción fecunda. El ascetismo y el ascenso místico lo reducen por un tiempo, pues en efecto la sequía pronto sustituye al rocío de la Gracia, y el desorden de los sentidos lleva al asco de sí mismo y de todo.

Yugurta pasa de uno a otro de esos estados extremos.

\* \* \*

Uno de los rasgos más importantes del carácter de Yugurta es su pasión por la independencia, la cual se suma a un sentimiento muy vivo de la dignidad. Su temperamento receloso, más que suspicaz, a menudo sorprende.

Si provoca inquietud es porque él mismo se inquieta rápido: de allí esas miradas entornadas, de soslayo y su comportamiento crispado. Con él, rara vez se encuentra uno al mismo nivel, y resulta difícil determinar con exactitud el ángulo de incidencia y el ángulo de refracción de las palabras que uno le dirige.

Compuesto humano de una sensibilidad extrema, afligido por una imaginación que degenera bastante rápido en mitomanía, el menor comentario corre el riesgo de herirlo profundamente, desatar su cólera y llevarlo a los actos más violentos. Si se tiene cuidado de su amor propio y del sentimiento que tiene de su dignidad, uno puede convertirlo en su amigo y conseguir mucho de él, hasta la entrega más apasionada, pues es generoso hasta la fastuosidad, como sólo saben serlo los príncipes

y la gente pobre, poco apegados a los bienes de este mundo, los primeros porque están colmados, los segundos porque la miseria y la desnudez los preservan de la avaricia del corazón y de las manos. En otras palabras, Yugurta cree muy profundamente en la unidad de la condición humana, y en que los hombres son iguales en dignidad o en indignidad, según se les compare entre sí o con lo que está por encima de ellos por naturaleza.

De ello se desprende una propensión natural a la indisciplina, un rechazo a aceptar cualquier disciplina impuesta desde afuera. Una vez que la fatalidad del destino se reconoce y acepta como una ley experimental, lo que Yugurta desea es permanecer dueño de sí mismo, libre, pues no soporta confundir a César con Dios, la autoridad de los hombres con los imperativos naturales y sobrenaturales. Además, como veremos más adelante, no se somete al destino sin rebelarse contra él. Cuando el destino rebasa la medida, Yugurta deja de pagarle tributo y se arroja sin ninguna protección en la política de lo peor.

\* \* \*

Sin embargo, Yugurta se esmera en ser diferente a sí mismo hasta la contradicción más completa. Nadie es más hábil que él para vestir la librea de otro: adopta alternativamente costumbres, lenguajes, creencias, y en ellos se siente a gusto, respira a sus anchas, llega a olvidar lo que es hasta no ser sino aquello en lo que se convirtió. Yugurta se adapta a todas las condiciones; hizo ligas poco honorables con los conquistadores; habló púnico, latín, griego, árabe, español, italiano, francés, descuidando fijar mediante la escritura su propia lengua<sup>29</sup>; adoró con la misma pasión intransigente a todos los dioses. Por tanto parecería que resulta fácil conquistarlo completamente. Pero en el mismo momento en que parecía concluida la conquista, Yugurta, despertando a sí mismo, escapa a aquel que se jactaba de haberlo sometido. En realidad uno le está hablando a sus despojos, a un simulacro que responde y que a veces sigue asintiendo; pero la mente y el alma están en otra parte, irreductibles y sordos, atraídos por una voz profunda e inexorable que el mismo Yugurta creía apagada para siempre. Regresa a su verdadera patria y entra por la puerta negra del rechazo. En este punto tocamos el carácter más profundo del genio africano, el misterio esencial de Yugurta, un rompeolas interior impenetrable. Ese que, hasta ahora, nunca había dejado de decir que sí, de pronto desaparece y se afirma en la negación y en la herejía. Aquí descubro una verdadera frontera de las almas, una verdadera frontera espiritual.

\* \* \*

---

<sup>29</sup> No tomo en cuenta las inscripciones y textos en caracteres líbicos y tifinar.

Cuando traté de definir para mí la *fe púnica*, mi pensamiento tropezó contra esto. ¿Qué es lo que en definitiva se entiende por fidelidad a la palabra dada? Un acto mediante el cual se hace descansar una hipoteca sobre el futuro y sobre sí mismo, un acto mediante el cual, por lo menos en un punto particular, uno enajena su libertad. Qué importa que se la enajene en provecho de otro o en beneficio de uno mismo, en ambos casos la naturaleza del acto es idéntica. Cuando digo “me comprometo a hacer tal cosa pasado mañana”, elimino todo lo que el futuro puede proponerme y todo lo que mi capricho o mi deseo pueden llevarme a hacer. La hipoteca sobre el futuro es una práctica común y sin ella la humanidad no habría alcanzado ningún progreso<sup>30</sup>. Pero a Yugurta le repugna la limitación voluntaria del ejercicio de su propia libertad, incluso cuando se cumple libremente, pues no quiere atentar contra su estado de perpetua disponibilidad.

Yugurta o la infidelidad: ¿acaso no nos encontramos de verdad ante el reverso de una gran virtud, que no es otra sino la fidelidad a sí mismo, sino el deseo de conservarse entero, de no coagular lo que es movedizo, de eliminar un cierto número de posibilidades, de no esterilizar de antemano el futuro? El verdadero asunto de la vida quizá no está en inscribir como pruebas de la propia existencia las huellas de la acción en el espacio y en el tiempo. Para Yugurta, vivir es unirse lo más estrechamente posible con el movimiento, y durar es permanecer flexible para hacer frente a las circunstancias cambiantes que modifican incesantemente las condiciones de la acción.

¡Admirable Yugurta, indiferente a la fortuna, al éxito, a la gloria, a todo lo que no está conforme a la corriente de su propia vida, a la trayectoria del alma en el tiempo!

\* \* \*

Es sabido, ya antes lo evoqué, que el genio africano es herético por excelencia y a partir del momento en que abraza y define un imperativo ortodoxo, si respeta con tanto rigor es porque él mismo debe permanecer perfectamente armado para combatir su propia tendencia a la herejía.

En cuanto triunfa la herejía y se convierte en ortodoxia, en cuanto ya no alimenta al rebelde, Yugurta encuentra en su genio la inspiración y en las circunstancias la ocasión para una nueva herejía. Los historiadores que han subrayado con más fuerza ese rasgo lo explican por la inestabilidad del temperamento, por alguna enfermiza insatisfacción. En realidad no explican nada, pues lo primero que

---

<sup>30</sup> En tierra berebere, el usurero es rey. Su ministerio es a menudo benefactor, sus clientes ignoran el cálculo de los intereses. No piensan en el mañana: todo sucede aquí y ahora. Para el usurero sucede lo contrario, lo que establece el equilibrio.

importaría explicar sería aquello que erigen en principio de su explicación. Tampoco yo lo explico mejor. Mi propósito es más modesto: describo. Más que un vicio, ¿no cabría ver en ese rasgo, muy por el contrario, la expresión de una virtud admirable: la negativa a aceptar lo que parecía ganado y probado de una vez por todas, y la necesidad de poner todo en tela de juicio, de hacer tabula rasa para volver a empezar desde cero.

\* \* \*

El cuadro atropellado que acabo de esbozar, quizá forzando excesivamente algunos rasgos, suprimiendo ciertas transiciones y semitonos, ¿contradice acaso las experiencias externas, el espectáculo, el ritual de la vida africana? Hablé sobre todo de un espíritu de huida, una profunda tendencia a la oposición y a la rebeldía, mientras que lo que más impresiona a los viajeros es una especie de sabiduría, de paz, de resignación. Hablé de inestabilidad y de inquietud, mientras que la imagen de África que a menudo nos ofrecen los viajeros es de una serenidad soberana. ¿Quién no recuerda a *Amyntas* y al admirable *Mopsus*, que abre un pórtico de armonía blanca y azul sobre el libro? Que la humanidad pastoral del tiempo de Abraham aún siga viviendo en los campos africanos al ritmo solemne y familiar de su existencia frugal y fastuosa al mismo tiempo resulta innegable. Aquí todo sugiere la paz, o parece sugerirla, y no existe frontera precisa entre la vida y la muerte.

Aun la meditación menos atenta en los cementerios musulmanes, que no están separados del mundo de los vivos por ningún muro, impone con fuerza esta idea. La vida y la muerte se hallan en el mismo plano; se pasa de una a otra sin ruptura. Y sin duda el Islam que, más aún que el cristianismo, es religión de la aceptación, revistió la atmósfera africana de un sudario de serenidad. Mas precisamente, debido a la sobrevivencia de viejos mitos y prácticas mágicas, y pese a profesar la religión musulmana, Yugurta persiste en la rebeldía. La religión, la sabiduría, la concepción general de la existencia y de las relaciones del hombre con la naturaleza y con el Dios que de ello deriva, lo incitan a aceptar el mundo tal como es, a pensar y a creer que Dios es el único que puede cambiar el orden del mundo, y que todo intento humano por imprimir algún retoque es sacrilego, o más simplemente ridículo si no es que se salda con una terrible catástrofe, como lo enseña la Tragedia. Pero Yugurta no vacila en recurrir a los encantos, en movilizar a los demonios para triunfar en esa empresa, pues la magia es una compleja maquinaria en la que se combinan las innumerables formas de un mismo deseo del hombre: corregir el destino.

Por el contrario, la sabiduría tradicional, al predicar la resignación tiende a mantener al hombre en una condición humillada y pasiva. Exalta y magnifica las facul-

tades puramente contemplativas y especulativas, en perjuicio de la acción. Por tanto, puede verse en la magia la sobrevivencia y expresión primitiva del espíritu de Prometeo que anima a la civilización de Occidente. Tradiciones religiosas y mágicas sostienen en el Magreb extrañas relaciones.

Aunque adorara a Baal y a Tanit-Astarté, o a Zeus, o a la Santísima Trinidad, o a Alá, Yugurta nunca les retiró sus favores a los magos y nigromantes. La persistencia de las prácticas mágicas en el Magreb, consideradas como un embrión de espíritu científico a la manera occidental, abre en el espesor del futuro una perspectiva alentadora. Imaginemos que se hiciera una especie de injerto del espíritu prometeico en el viejo tronco magrebí; la magia sería el punto de inserción de una civilización motriz y técnica en el cuerpo de una civilización especulativa y contemplativa.

Mas Yugurta aún tendrá que vencer a Yugurta, que medir todo lo que falta y lo que debe adquirir si quiere igualar a sus amos occidentales de otro modo que no sea adornándose con su plumaje. Lleva en él la fecunda inquietud, la amarga insatisfacción que motivan la búsqueda y el esfuerzo hacia el progreso. No obstante, de la magia a la ciencia el camino es largo y difícil de recorrer. Yugurta solo llegará a la meta –suponiendo que acepte verla y apuntar hacia ella– si se forma a un nuevo ideal humano. En vez de creer que el hombre es impotente para “ganar un centímetro de estatura” y que resulta inútil añadir un centímetro a su estatura, debe convencerse de que el hombre puede y debe hacer el esfuerzo por crecer extendiendo su dominio sobre la materia.

No lo logrará sin dificultad, pues no bastará con imitar al occidental o con tomar prestados sus descubrimientos para proclamarse igual a él. No se trata únicamente de aprender, sino de inventar, de crear. Occidente ha resuelto la contradicción que reside en el hecho de que el trabajo le ha sido impuesto al hombre como una maldición y un signo de esclavitud y que al mismo tiempo no es sino en y por el trabajo como el hombre puede alcanzar la salvación, es decir, conquistar poco a poco la libertad de los hijos de Dios. De suerte que, en el esfuerzo del hombre, vemos unirse al mismo tiempo al espíritu de sumisión a Dios, y al espíritu de rebeldía de Lucifer y de Prometeo.

Todo el pensamiento occidental admite implícitamente esta doctrina recibida del cristianismo y que afirma la eminente dignidad del hombre. El Génesis enseña que el hombre fue creado a imagen de Dios, que es el rey de la creación, y que a pesar del pecado original aún conserva su cetro. Los pensadores cristianos más ascéticos, los más propensos a reprimir la soberbia del hombre, no dejan de afirmar que es el ser más privilegiado entre todas las creaciones del espíritu divino. El hombre no es un esclavo de Dios omnipotente, está asociado a él en la gracia y en el amor. El dogma de la encarnación de Cristo es la piedra angular de esta doctri-

na. San Pablo afirma, en una imagen conmovedora, la estrecha asociación de Dios y de su criatura en el amor: "Somos los miembros de Cristo". De manera que el trabajo del hombre es sagrado, pues a través de su criatura Dios concluye su obra.

No se trata, pues, de complacerse en una concepción humilde de la condición humana y en una orgullosa y estéril contemplación. El desprecio del hombre y el desprecio de la materia o del bienestar aquí en la tierra no son necesariamente virtudes. Lo importante, por el contrario, es respetar al hombre y respetar al universo creado, los bienes de este mundo, sin por ello olvidar que el espíritu sigue siendo lo esencial.

La gran fuerza de Occidente no reside tanto en la agudeza, en la magnitud y en la fecundidad conceptual de la inteligencia como en el uso que se hace de ésta. Se trata no únicamente de comprender, sino sobre todo de orientar el espíritu hacia la acción. Si el objeto esencial de la ciencia es el conocimiento desinteresado, Yugurta debe convencerse de que las consecuencias prácticas de los descubrimientos del espíritu no son indiferentes, de que el avance mismo del conocimiento depende de la invención de medios técnicos que suplan la insuficiencia de los medios naturales.

Así pues, Yugurta debe interesarse por el mundo no como un objeto de contemplación estética o como una fuente inagotable de voluptuosidades y dolores efímeros. Tiene que aprender a considerarlo como su campo de acción, en el que él dará la medida de todas sus fuerzas conjugadas. Tiene que aprender virtudes humildes como la que consiste en prodigar sus cuidados al mantenimiento de los objetos de la industria humana. Por último, necesita aprender –canalizando su inquietud, equilibrando su vida psíquica– a observar, a comparar, a asociar los hechos de manera metódica y rigurosa, sin preocuparse por ninguna obediencia religiosa, sin preocuparse por saber si sus intuiciones o si las audaces construcciones de su imaginación recibirán la aprobación de la experiencia. Sólo entonces habrá salido de la era teológica y de la era de la magia.

"El eterno Yugurta" (trad. L. López Morales), *Literatura francófona III. África*, México, Fondo de Cultura México, 1997, págs. 30-40.



## ASSIA DJEBAR, *El amor, la fantasía*

### CHIQUILLA ÁRABE QUE VA POR PRIMERA VEZ A LA ESCUELA

Chiquilla árabe que va por primera vez a la escuela, una mañana de otoño, de la mano de su padre. Éste, cabeza tocada con un fez, la silueta alta y erguida dentro del traje europeo, lleva una cartera y es maestro en la escuela francesa. Chiquilla árabe en un pueblo del Sahel argelino.

Ciudades o pueblos de callejas blancas y casas ciegas. Desde el primer día en que una chiquilla “sale” para aprender el alfabeto, los vecinos adoptan el mirar astuto de los que se compadecen, diez o quince años por adelantado: del padre osado y del hermano inconsecuente. La desgracia se abatirá indefectiblemente sobre ellos. Cualquiera virgen instruida sabrá escribir, escribirá, con toda seguridad, “la” carta. Le llegará la hora en que el amor que se escribe es más peligroso que el amor secuestrado.

Poned el velo al cuerpo de la niña núbil. Volvedla invisible. Transformadla en un ser más ciego que los ciegos, matad en ella todo recuerdo del afuera. ¿Y si ella sabe escribir? El carcelero de un cuerpo sin palabras –y las palabras escritas son móviles– puede llegar a dormir tranquilo: le bastará con suprimir las ventanas, echar el candado a la única puerta y levantar hasta el cielo un muro ciego.

¿Y si la jovencita escribe? Su voz, a despecho del silencio circula. Un papel. Un pedazo de papel arrugado. Una mano de sirvienta en la oscuridad. Un niño en el secreto. El guardián deberá vigilar día y noche. El escrito emprenderá el vuelo por el patio, será lanzado desde una terraza. Azur súbitamente demasiado ancho. Y vuelta a empezar.

A los diecisiete años, entro en la historia del amor por una carta. Un desconocido me escribió: y, por inconsciencia o audacia, lo hizo abiertamente. Mi padre, sacudido por una rabia contenida, rasgó la misiva delante de mí. No me la deja leer, la arroja a la papelera.

La adolescente, cuando sale del internado, pasa el verano enclaustrada en el piso que domina el patio de la escuela, en el pueblo; a la hora de la siesta recompuso la carta que suscitó la cólera paterna. El misterioso correspondiente recuerda la ceremonia de entrega de premios que tuvo lugar dos o tres días antes, en la cercana ciudad; me vio subir al estrado. Recuerdo que le desafié con la mirada a la salida, en los pasillos del instituto de chicos. Propone ceremoniosamente un intercambio de cartas “amistosas”. Petición indecente a los ojos del padre, como si los preparativos de un raptó invisible se esbozaran en aquel envite.

Las palabras convencionales y en lengua francesa del estudiante de vacaciones se inflamaron de un deseo imprevisto, hiperbólico, simplemente porque mi padre quiso destruirlas.

En los meses y años que siguieron, me sumergí en la historia de amor, o, más bien, en la prohibición del amor; la aventura se desarrolló por el hecho mismo de la censura paterna. En aquel esbozo de educación sentimental, la correspondencia secreta se hace en francés: de esta forma, aquella lengua que me dio mi padre se me convierte en celestina e iniciación; desde entonces, se sitúa bajo un signo doble, contradictorio...

A semejanza de una heroína de novela occidental, el desafío juvenil me liberó del círculo que los susurros de antepasadas invisibles trazaron a mi alrededor y dentro de mí... Luego, el amor, arcilla conyugal, en el túnel del placer se transmutó.

Purificación ritual de los sonidos de la infancia en el recuerdo; nos arroja hasta el descubrimiento de la sensualidad que, al sumergirnos en ella, termina por deslumbrarnos... Silenciosa, separada de las palabras de mi madre por una mutilación de la memoria, recorrí las oscuras aguas de la galería como resucitada milagrosamente, sin adivinar sus murallas. Oposición de las primeras palabras reveladas: la verdad surgió de una fractura de mi discurso balbuceante. ¿De qué roca nocturna del placer conseguí arrancarla?

Hice estallar el espacio en mí, un espacio agitado por gritos sin voz, petrificados desde hacía mucho en una prehistoria de amor. Una vez esclarecidas las palabras —esas mismas que el cuerpo sin velo descubre—, corté las amarras. Con mi hijita de la mano, me fui al amanecer.

## I

Amanecer de aquel 13 de junio de 1830, en el preciso y breve instante en que el día rompe por encima de la profunda concha. Son las cinco de la mañana. Frente a la imponente flota que desgarrar el horizonte, la Ciudad Inconquistable levanta su velo; blancura fantasmal, entre un polvo de azules y grises mezclados. Triángulo inclinado en la lejanía que, tras el centelleo de la última bruma nocturna, se inmoviliza suavizado, como un cuerpo que se abandona, sobre una alfombra de verdor ensombrecido. La montaña parece una barrera bosquejada en un azul de acuarela.

Primer cara a cara. La ciudad, paisaje festoneado y de colores delicados, surge en el papel de oriental detenida en su misterio. La armada francesa va a deslizarse lentamente ante ella como en una fastuosa danza, desde los primeros momentos de la aurora hasta las proximidades de un mediodía deslumbrado. Silencio del afron-

tamiento, instante solemne, suspendido en una apnea de espera, como antes de una obertura de ópera. ¿Quién desde ese momento compone el espectáculo, de qué lado se encuentra verdaderamente el público?

Las cinco de la mañana. Es domingo; y lo que es más, el día del Señor en el calendario cristiano. Un primer vigía, en uniforme de capitán de fragata, está en el castillo de popa de un navío de la flota de reserva que desfilará por delante de la escuadra de combate, precediendo a más de cien veleros de guerra. El hombre que mira se llama Amable Matterer. Mira y escribe ese mismo día: "He sido el primero en ver la ciudad de Argel como un pequeño triángulo blanco recostado sobre la pendiente de una montaña."

Las cinco y media de la mañana. En tres filas, el inmenso cortejo de fragatas, bricbarcas y goletas empavesadas con pabellones multicolores ocupa sin interrupción la entrada de la bahía, despejada por completo en esos momentos de la noche y del riesgo de tormenta. El zafarrancho se decide desde el *Provenza*, el buque almirante.

Los cuerpos de marineros y soldados se alzan a millares sobre los puentes, suben desde las bodegas en racimos ruidosos, aglutinándose en los castillos de proa y alcázares de popa. Silencio desplegado de golpe en una inmensa sábana reverberada: como si la seda de luz, ya intensa, prodigada en charcos resplandecientes, fuera a crujir.

La ciudad berberisca no se mueve. Nada se estremece en ella ni viene a alterar el brillo lechoso de sus casas escalonadas que, poco a poco, comienzan a distinguirse: cara oblicua de la montaña, cuya masa se destaca nítidamente, en una sucesión de lomas suaves de un verde claro.

Apenas chocan con las espadas al costado oficiales y soldados rasos, erguidos unos al lado de otros sobre las batayolas, apenas se percibe una exclamación aquí, un juramento allá, una tos o el ruido de un escupitajo más lejos. En medio del desorden de las hamacas colgadas de cualquier forma, entre las piezas de artillería y las baterías en alerta continua, semejantes a las fieras del circo, preparadas para la ceremonia detrás de un halo de proyectores, la masa de futuros invasores mira. La ciudad se muestra en medio de una luz inmutable que absorbe los sonidos.

Amable Matterer, segundo de a bordo del *Ciudad de Marsella*, y sus compañeros permanecen inmóviles. La Ciudad Inconquistable les hace frente desde sus múltiples ojos invisibles. De ahí ese exceso mismo de blancura en la ciudad, como si el panorama de formas, no obstante, esperadas —ahí una cúpula de mezquita reflejada en el agua, allá arriba alguna cinceladura de un torreón o la punta de un almirante— se inmovilizara en una proximidad turbadora.

Miles de espectadores, allí, cuentan, sin duda, los navíos. ¿Quién lo dirá, quién lo escribirá? ¿Qué superviviente, y sólo una vez terminado el enfrentamiento? En la

primera escuadra que se desliza insensiblemente hacia el oeste, Amable Matterer mira a la ciudad que mira. Ese mismo día describe la confrontación, con la monacorde sobriedad de un informe.

También yo escribo en su lengua, pero más de ciento cincuenta años después. Y me pregunto, como se lo pregunta el estado mayor de la flota, si el *dey* Husein ha subido a la terraza de su Alcazaba, catalejo en mano. ¿Contempla en persona la armada extranjera? ¿Juzga irrisoria esa amenaza? ¿Desde el emperador Carlos V, rey de España, tantos y tantos asaltantes se han dado la vuelta después de unos bombardeos simbólicos!... ¿Siente el *dey* perpleja el alma, serena quizá, o se convulsiona otra vez con cólera teatral? Su última respuesta, al enviado del rey de Francia, que exigía unas excusas extravagantes, cuántos testigos la han repetido luego:

—¡Al rey de Francia sólo le queda pedirme mi mujer!

Yo me imagino que la mujer de Husein ha descuidado la oración del alba y ha subido a la terraza. Y que las otras mujeres, para quienes las terrazas siguen siendo el reino del final del día, también se han reunido allí para abarcar con una misma mirada la imponente, la deslumbradora flota francesa.

A la salida de Tolón, la escuadra se completó con el embarque de cuatro pintores, cinco dibujantes y una decena de grabadores... Todavía el conflicto no ha comenzado, la presa ni siquiera está próxima, cuando ya la preocupación de ilustrar aquella campaña es lo que importa más. Como si la guerra que se anuncia aspirase a ser una fiesta.

En aquella aurora del doble descubrimiento, ¿qué se cuentan las mujeres de la ciudad, qué sueños de amor se alumbran en ellas, o se apagan para siempre mientras contemplan la flota real, que diseña las figuras de una coreografía misteriosa?... Pienso en esa breve tregua de todos los comienzos; me insinúo, visitante inoportuna, en el vestíbulo de ese pasado cercano, quitándome las sandalias según el rito acostumbrado, reteniendo la respiración para tratar de volver a escuchar todo...

Aquel 13 de junio de 1830, el cara a cara dura dos, tres horas, y más, hasta los resplandores de antes del mediodía. ¡Cómo si los invasores fueran a ser los amantes! La marcha de los navíos que sigue la dirección del sol se hace tan lenta, tan sosegada que parece como si los ojos de la Ciudad Inconquistable los hubieran clavado allá, sobre el espejo de agua verde, en la ceguera de un flechazo mutuo.

Y el silencio de aquella mañana soberana precede al cortejo de gritos y muertes que van a llenar los decenios siguientes. [...]

## II

De aquella colisión entre dos pueblos, surgió una suerte de aporía. ¿Acaso son la violación o el amor inconfesado, vagamente percibido como pulsión culpable, los que dejan vagar sus fantasmas en uno y en otro campo, por encima del encajamiento de cuerpos, todo aquel verano de 1830?

La fascinación por parte de los que escriben parece evidente —y escriben para París, rozado aquel mismo verano por otra conmoción: la hidra de la Revolución que se trata de yugular a cualquier precio—. Pero, ¿y si esa fascinación paralizara igualmente al campo amenazado?

El agá Ibrahim, yerno del *dey*, ¿habría descuidado tan soberanamente la defensa precisamente para ver acercarse más a los asaltantes? ¿Se creía tan seguro de aplastarlos, como había sucedido en siglos anteriores ante las mismas amenazas (bien es cierto que la tempestad salvadora, que antaño contribuyó a que fracasaran españoles, ingleses, holandeses y tantos otros, tuvo lugar esta vez apenas dos días demasiado tarde)? ¿La motivación de Ibrahim no habría sido más bien escrutar más de cerca a los adversarios, tocarlos, combatirlos cuerpo a cuerpo y mezclar así la sangre derramada?

Las tribus beduinas llegaron como a una *fantasía* más, en la que el riesgo se engalana de despreocupación. Tampoco ellas creen que la Ciudad pueda ser tomada, pero el peligro les agujonea: esperan que el poder militar de Argel sufra en la prueba de fuerza alguna conmoción...

De hecho, tras la derrota de la Ciudad, los contingentes de tropas aliadas, al mando de los *beyes* como voluntarios de una “guerra santa” casi gozosa, se volverán a sus tierras, preservado su sentimiento de autonomía. El desastroso final lo será, sobre todo, para los jenízaros, quienes, en aquel duelo, se erigirán siempre en primera fila, guerreros espléndidos, refulgiendo con vivos colores que tacan entre los albornoces blancos de los autóctonos inaprehensibles.

El comandante de batallón Langlois, pintor de batallas, al día siguiente del enfrentamiento decisivo de Staoueli, se detendrá para dibujar turcos muertos, “la furia del arroj” impreso todavía en su rostro. Algunos son hallados con un puñal en la mano derecha hundido en el pecho. El domingo 20 de junio, a las diez de la mañana y con un tiempo espléndido, Langlois realiza varios dibujos de los orgullosos vencidos, luego bosqueja un cuadro destinado al museo: “Se harán litografías para el público aficionado”, anota aquel mismo día Matterer.

Barchou describe el desarrollo de la batalla. Ibrahim la ha provocado y ha elegido su estrategia. Los primeros días lo probaron: los tiradores argelinos son más precisos y de una temible habilidad. La longitud de sus arcabuces parece asombrosa. Apuntan lentamente, disparan y, después, desaparecen.

El 18 de junio, el agá Ibrahim inspecciona el terreno: rocas, barreras de lentisco y zarzas, colinas cubiertas de espino o arenosas, un decorado en el que la caballería árabe dibujará sin dificultad su danza habitual, y los infantes sabrán pegarse como reptiles al suelo, invisibles. El número parece ser ligeramente favorable al campo indígena. Pero el agá descuida lo que pesará, a la postre, en el desenlace: la superioridad de la artillería occidental y, sobre todo, la unidad del mando y de la táctica de los franceses, frente a las discordias de los jefes indígenas.

A las once de la mañana, tras siete horas ininterrumpidas de combates, encarnizados la mayoría de las veces, las baterías argelinas son rodeadas, arrolladas. Y llegamos a la última fase: los regimientos de Bourmont, atrincherados hasta ese momento, rechazan definitivamente a los asaltantes y avanzan a continuación. Una vez alcanzado y tomado el primer desnivel, descubren el campamento del agá y de los *beyes*: trescientas tiendas suntuosas esperan intactas y abandonadas.

La derrota se extiende camino de Argel. Los *beyes* del Titteri, de Orán y de Constantina se repliegan a las orillas del *uad* El Harrach. Para las tropas victoriosas es la etapa decisiva de una posesión real. Iban a poder tenderse en los sofás y hacer que les sirvieran el café.

Los cadáveres tapizan la meseta de Staoueli. Se cuentan dos mil prisioneros. A pesar del parecer de los oficiales, ante la insistencia de los soldados, serán fusilados todos. "Los disparos del batallón han dejado tirada en el suelo esa canalla, de modo que se cuentan unos dos mil que han dejado de existir", escribe Matterer que permaneció en su navío durante la batalla.

Al día siguiente, pasea tranquilamente entre los cadáveres y el botín.

Del combate vivido y escrito por el barón Barchou, sólo guardo en mi memoria una breve escena, fosforescente, en la noche de aquel recuerdo.

Barchou la refiere en un tono helado, pero su mirada, que parece concentrarse en la terrible poesía así revelada, se descompone de horror: dos mujeres argelinas son entrevistas en una pelea.

Pues ciertas tribus del interior llegaron en su totalidad: mujeres, niños y ancianos. ¡Como si combatir fuera, más que atacar y exponerse en la cima, entregarse en bloque, todos juntos, sexos y riquezas confundidos! En particular los zuavos, cabileños aliados del *bey* del Titteri, forman una multitud abigarrada en medio de la efervescencia general.

Un mes después, Barchou lo recuerda y escribe:

"Las mujeres, a las que se encontraba siguiendo siempre en gran número a las tribus árabes, habían demostrado un mayor encarnizamiento en las mutilaciones. ¡Una de ellas yacía junto al cadáver de un francés al que había arrancado el corazón! Otra huía llevando a su hijo en brazos: al ser herida por un disparo, aplastó con

una piedra la cabeza del niño para impedir que cayera vivo en nuestras manos; los soldados acabaron con ella a bayonetazos.”

Aquellas dos argelinas –una agonizante, ya casi rígida, con el corazón de un francés en la mano ensangrentada, y la segunda, en un arranque de bravura desesperada, haciendo estallar el cráneo de su hijo como una granada de primavera, antes de morir, consolada–, aquella dos heroínas entran, de ese modo, en la historia nueva.

Escrupulosamente, recojo la imagen, dos guerreras entrevistadas, de espaldas o de soslayo, en medio del tumulto, por el ayudante de campo de mirada incisiva. Anuncio de una fiebre alucinadora, herida de locura... Imagen inauguradora de las futuras “mater dolorosa” musulmanas que, necróforas de harén, parirán, durante la sumisión del siglo venidero, generaciones de huérfanos sin rostro.

¡Desde aquel preludio, se atiza como un sol negro!... Pero, ¿por qué, por encima de los cadáveres que se pudrirán en sucesivos campos de batalla, aquella primera campaña de Argelia deja escuchar los sonido de una cópula obscena?

*El amor, la fantasía* (trad. I. Jiménez Morell), Madrid, Ediciones del Oriente y del Mediterráneo, 1990, págs. 11-17 y 28-31.



## Kateb YACINE, *El polígono estrellado*

*Messimy*: La Cámara en su totalidad siente la urgente necesidad de una reforma profunda, no únicamente de la legislación, sino sobre todo de la conducta pública en Argelia. Esta reforma profunda será el resultado, en primer lugar, de la modificación del régimen indigenista y de la supresión de la reclusión administrativa en una penitenciaría. Estas dos modificaciones pueden ser consideradas como el prefacio urgente y necesario de toda la política de reforma. Luego quedará un gran número de cambios por hacer.

A mi entender, el medio más seguro, el más eficaz y general de realizar de manera práctica y en muy pocos años estas reformas, es otorgar a los indígenas no la igualdad política —es necesario al principio de mis observaciones que quede claro que nadie con alguna sensatez reclama para los indígenas la igualdad de derechos políticos—, es, digo, otorgar a los indígenas no la igualdad de derechos políticos sino un régimen representativo, de manera que puedan realmente hacer oír su voz con total libertad y sin restricción, y llevar sus quejas ante la opinión pública soberana. ¡Muy bien! ¡Muy bien!).

*Rachid*: Yo no estaba dispuesto en lo más mínimo a nacer, cuando mi querida ciudad Constantina tembló bajo un discurso de su alcalde, el doctor Morsly.

*El alcalde Morsly*: Señor Ministro,

Tengo el gran honor de ofrecerle mis más respetuosos saludos en nombre de las poblaciones musulmanas de Constantina. Desde que la circunscripción entró en vigor, ellos (*sic*) saben, entienden, que han entrado más íntimamente en la gran familia francesa...

*Mustafá*: En aquella época, mi abuelo consiguió dos cajas de aperitivos variados para fortalecerse, siguiendo los consejos del doctor Morsly. Esas dos cajas llevaron al extremo los sentimientos antifranceses de mi abuelo.

*Rachid*: ¿Tu abuelo vivía entonces en Constantina?

*Mustafá*: Era cliente del doctor Morsly, un magistrado suplente en la justicia musulmana. Era, sobre todo, un precursor de los Hermanos Musulmanes. Defendía la civilización árabe y la virginidad de sus hijas.

*La censura*: ¡Que la vergüenza cubra a los escribas de tu especie que publican semejantes detalles!

*Tabar*: Están los que no saben leer y los que no saben beber. Comportémonos en el bar, y el que quiera hacer escándalo que vuelva a su casa.

*El comandante.* Señor Ministro, el insulto hecho a nuestro pabellón con la toma del navío de comercio comandado por el capitán Jouve hacía necesaria la ocupación de Cherchell, cuyo puerto amenazaba con convertirse en un nuevo nido de piratas. No tuvimos que combatir por Cherchell. La ciudad estaba vacía. Sólo encontramos a un pobre ciego y a un cretino de dos pies de altura. Pero no por ello deja de ser una buena operación.

*Jean Xavier.* ¡Un momento! Mi cigarro se ha apagado. Lo prendo de nuevo, estoy en mi derecho. Aún no estoy muerto, y he leído los periódicos. El comandante chochea. Un coronel llegó con instrucciones oficiales del ministro. El mariscal debe evitar hacer en Miliana y Medea lo que hemos hecho en Mascara al destruir y arruinar la ciudad, lo que le permite al extranjero llamarnos los Vándalos del siglo XIX. No, no acepto que me venden los ojos.

*El comandante.* Algunos movimientos de tropas permitirían pensar que el mariscal, luego de sus encuentros con el coronel Delarue, ha resuelto adelantar la fecha de su campaña contra el emir Abdelkader, ya sea para oponerse con un triunfo a las reticencias ministeriales, o bien para adelantarse a la llegada inminente del duque de Orleans. Incluso se asegura que ciertas sugerencias secretas del Sr. Thiers son las que han provocado esos preparativos. El Sr. Thiers, en efecto, ve con malos ojos al presunto heredero del trono en Argelia, así como temería ver en ese puesto al Sr. Bugeaud, a quien estaría ligado por compromisos parlamentarios para el puesto de gobernador general... Pero es más que probable que el mariscal Valée, por sí solo, haya precipitado las cosas y trastornado el ministerio. Incluso hace poco, ¿no informó el mariscal a París que si el general Cubières venía a Argelia lo haría detener por los gendarmes? Ahora bien, esa información debía de provenir directamente del mismo general Cubières, nombrado ministro de la Guerra en el gobierno del 7 de agosto... Es cierto que no ha cambiado nada en la marcha de las operaciones. El grueso del ejército abandonó Blida el 26 de abril, y el mismo día hubo un alistamiento de caballería, al que no habría que restarle importancia, en el extremo occidental de la llanura. Dos batallones y dos escuadrones fueron enviados a último minuto para tomar posición en Douera. Sin embargo, el 28 de abril, con la niebla a su favor, los árabes penetraron hasta Bir Khadem, donde mataron colonos y a sus domésticos, para luego atacar Maison-Carrée, por más que los gendarmes les estuvieran siguiendo la pista. Al día siguiente, en la misma región, nuevas incursiones nos fueron señaladas. Nos escriben de Orán que Bou Hamedi está todavía instalado en la montaña de Tesseila. Él y Bentami confiaron a Abdelkader la mitad de sus tropas.

Estos dos jefes parecen estar a la defensiva, pero aún hay tiroteos a las puertas de Cherchell. El 27 de abril, a las cuatro de la mañana, el enemigo ya había simulado un ataque. Como los árabes parecían ser numerosos en las alturas, tuve que

abandonar la ciudad con tres compañías, pero di media vuelta camuflando mis líneas. El 28 de abril, cerca de las ocho de la mañana, los primeros grupos se quebraron ante nuestras defensas y perdieron veinte hombres. Tuvimos dos bajas. Pero no fue más que una escaramuza. La jornada del 29 comenzó con tiros de fusil. A las cinco, una columna de reconocimiento cayó en una emboscada, cerca de la puerta de Ténès, a doscientos metros de la plaza. Trajeron a cinco heridos graves, oficiales y suboficiales; los árabes nos habían herido en la cabeza, luego se dispersaron. A las cinco de la tarde, cuando me encontraba a orillas del mar, volvió a comenzar el tiroteo; me hirieron en el muslo izquierdo. Perdí a otro hombre. Pasamos la noche armados, pues el enemigo había demostrado tener un inquietante conocimiento de nuestros movimientos. Pasó el primero de mayo. Sólo tuvimos que repeler un breve ataque en el puesto de Bal El Arouss. Mataron a un soldado. Pero al día siguiente, a las diez de la mañana, los árabes bajaron en masa. Había sin duda unos dos mil combatientes en orden de batalla con importantes reservas que debían de esperar las armas, o prepararse a recibirlas en el lugar, como es su costumbre. La primera en ser atacada por el litoral fue la compañía de vanguardia. Dado que el teniente y el capitán fueron heridos con los primeros disparos, la compañía perdió a la mayoría de sus hombres. Cinco fueron degollados.

*El soldado:* Mi coronel, aquí está la cabeza.

*El comandante:* Pues bien. Muéstrenla, páséenla entre las tribus.

*El soldado:* A sus órdenes.

Sale.

*El comandante:*

¡Que Dios guarde su alma!

*El artífice de mi gloria:*

Quiero que vaya al paraíso

De hecho hacia allí se dirigía

Primero la cabeza

Pues venía huyendo

Vendido por uno de los suyos

Cuando fue perseguido

Por cuatro granaderos

Que lo mataron de inmediato.

Cayó a algunos pasos

De su joven mujer

Y de sus cuatro hijos.

¡Que Dios guarde su alma!

*Entra el coronel.*

*El comandante:* Mi coronel, a sus órdenes.

He aquí mi informe:  
La muerte de ese bandido  
Locuaz e influyente  
Sembró el terror  
Entre los indígenas.  
Ninguno osó bajar  
Hasta el fondo de la hondonada  
Donde yacía el cadáver.  
Tuve que coger por la fuerza  
El caballo de un espahí  
Que lloraba como una mujer.  
Pero fue peor aún  
Cuando quise la cabeza  
De ese sacerdote maldito.  
Ningún espahí osó ejecutar mi orden.  
Finalmente un joven turco  
Que nos sirve con devoción  
Decapitó al monstruo  
Y le cortó la muñeca izquierda.  
Me acaban de informar  
De que mi turco a su vez  
Acaba de perder la cabeza  
De sangrienta manera  
Y en nuestras propias filas  
Entre nuestros propios mercenarios.  
Ahora más que nunca debo actuar con severidad.  
Si por desgracia trajeran  
A un solo rebelde vivo  
Salvo interrogatorio  
Todos mis soldados están avisados  
De lo que les espera.  
Nuestra divisa es simple:  
Matar a todos los adultos  
Hasta la edad de quince años  
Sólo perdonar a los perros  
Que se arrastran a nuestros pies  
Y deportar al resto a las islas Marquesas.  
Si se me permite  
Un comentario político

Esa es mi coronel

La única solución.

*El coronel sale sin responder.*

*El comandante se acerca a Irene y continúa su relato.*

*El comandante:* Mientras tanto, dado que el combate tenía lugar en el oeste, el enemigo realizaba al este, cerca de la puerta de Argel, una maniobra de distracción para alejar a las compañías de refuerzo a cuyo mando me encontraba...

*Irene:* ¡A pesar de tu muslo izquierdo! Pobre de ti, tú que bailabas tan bien...

*El comandante:* No hay nada que lamentar. En el hospital uno descansa, se encuentra con otros oficiales, aprende, medita, hay tiempo para escribir, y sobre todo para sacar partido de todas las informaciones que no siempre llegan a oídos del mariscal. Sin embargo, debo decir que diez años después de nuestro desembarco, aún estamos lejos, vea usted, lejos estamos de haber agotado nuestras penas. Los principales tenientes de Abdelkader en la región de Argel están a la cabeza de un verdadero cuerpo armado, que actúa con una coordinación y una táctica de las cuales las anteriores operaciones no habían dado ningún ejemplo. Otras tribus que parecían neutrales se aliaron al emir. Este agrupamiento explica los ataques, en las inmediaciones de Argel, el 14 y el 15 de mayo. ¿Quién podría dormir tranquilo en la capital aparentemente conquistada, cuando sombras desconocidas vienen a cortar cabezas en el café de los Plátanos, a dos pasos del campo de maniobras? Como animales enjaezados que no paran de dar coces, sentimos el peligro y podríamos darle un nombre, ¡si por lo menos supiéramos con quién hablar! Consejeros, procuradores del rey, aduaneros, recaudadores, cobradores, intendentes, funcionarios amigos del papeleo y hasta un obispo, todo ese cortejo nos acompaña en la guerra. Nuestros soldados de infantería, en sus uniformes estrechos, se agotan persiguiendo a un adversario más sutil de lo que se imagina, y cuánto más liviano... Nuestras más temibles columnas, entorpecidas por los príncipes y sus séquitos, deben primero trazar rutas transitables, mientras que el enemigo se infiltra y pasa como el viento a través de nuestras líneas. (Suena la sirena). Un barco sale esta noche. Discúlpeme. Debo dictarle...

*Irene, escribiendo:* Señor Ministro,

*El comandante:* El mariscal y el duque de Orleáns están entre nosotros. Fuimos a Medea para instalar tropas, y también para perderlas: de regreso, al atravesar el paso, tuvimos que sostener un combate encarnizado, el 21 de mayo, de la mañana a la noche. Cuatrocientos hombres fuera de combate. ¡Triste día, en verdad, para el duque de Orleáns! Y encima, le ocultan que la llanura de Mitidya ha estado una semana bajo la administración directa de Abdelkader. Por más que el mariscal corra ahora, ¡no se aprende a guerrear a los setenta años! Sabemos que un viento de derrota sopla ya en el Parlamento. El general Sebastián se ha atrevido, por primera

vez, en la sesión del 15 de mayo, a oponerse a la conquista. Según él, en caso de conflicto en el viejo continente, tendríamos que evacuar el ejército de África. Felizmente para Francia, el Sr. Thiers, por más paisano que sea, lo ha puesto en su lugar: el día que hagamos la guerra en Europa, poco importará que tengamos o no cuarenta mil hombres en África, porque tendríamos que asignar seiscientos mil hombres al teatro de operaciones... No, Argel no podría debilitar nuestra posición. Es una conquista útil y una escuela de gloria para nuestros jóvenes soldados. Argelia linda con Gibraltar por Orán, con Sicilia por Bône. Hacemos mejor agrandando el puerto de Argel para ubicar treinta navíos de guerra que enviando al archipiélago costosas escuadras. Acá formamos mejor a nuestros oficiales, en una guerra de todos los días, mientras que en las grandes maniobras clásicas en Europa no hacemos más que perseguir la imagen o la idea del combate.

*Corneta:* ¿Has visto  
La gorra, la gorra  
Has vistó  
La gorra de don Bugeaud?

*Los oficiales saludan en posición de firme.*

*Bugeaud:* La guerra que nos disponemos a hacer no es más una guerra a punta de fusil. Cuando privemos a los árabes de las riquezas de sus suelos habremos terminado con ellos. No sean simplemente soldados, sino también labriegos y colonos de la nueva Argelia. Que el indígena sea expulsado a sus bosques asesinos, que se pudra en sus pantanos, que conozca el destino del lobo, del jabalí, del animal acorralado. No dejen al enemigo ni rebaños ni cosecha. Al regreso de los combates, donde ondee nuestra bandera, den el ejemplo, señores oficiales: corten el trigo, corten la cebada, en una palabra, ¡pacifiquen!

*Los oficiales:*

*I:* ¡Un soñador, un socialista!

*II:* Habla como un político.

*III:* Lamoricière, ese sí que es un dirigente.

*IV:* Yo lo vi tomar Constantina.

*V:* Con un hacha en la mano.

*I:* Yo estaba ahí. A las siete de la mañana...

*II:* Y teníamos sangre hasta las rodillas.

*III:* ¡Viva Lamoricière! ¡Abajo el mariscal!

Tañido de campanas. Los oficiales dan vueltas en el centro de la escena.

*I:* Una sola emboscada

Trescientos hombres fuera de combate

¡Sin hablar de la fiebre

Y de otras calamidades de la tierra africana!  
 Compañías de ciento veinte hombres  
 Que se derriten al sol  
 Reducidas a treinta individuos  
 ¿No es eso un desastre?  
 ¡Y aún estamos a seis leguas de Bliida!  
*II:* Encerrados en un puesto de guardia...  
*III:* Con los animales enfermos...  
*IV:* El equipaje de los príncipes...  
*V:* ¡Y los refectorios de los generales!  
*III, señalando a sus congéneres:* ¿A eso llaman soldados? ¡Puaj!  
*IV:* Vienen casi todos de las compañías disciplinarias.  
*V:* No hay ninguno que no haya arrastrado cadenas en los tobillos.  
*I:* ¡He cogido a algunos robando fusiles!  
*III:* Municiones de guerra que vendían a los árabes.  
*III:* ¡Pobre Francia!  
*IV:* ¡Pobre África!  
*Irene:* ¡Al fin cartas, cartas!  
 Todo un paquete de cartas  
 De Luc y de Lucien, ¡de Lucien y de Luc!  
 ¡Pobres soldaditos!  
 Incluso en África son fieles  
 ¡A Francia, al rey y a mí, la pequeña Irene!  
 (*Besa las cartas*)  
 ¡Apenas victoriosos de la odiosa comuna  
 Helos aquí en tierra de berberiscos  
 Amenazados por la peste y la circuncisión!  
 Pero debo ser valiente.  
 Al menos allá crecen, ¡mi pobres florcillas!  
 A pesar del suelo ingrato, ascienden de categoría.  
 ¡Oh, qué mala suerte sería  
 Si fueran a morir  
 O regresar con fiebre  
 Con el baile de San Vito!  
 Pero debo ser valiente  
 Pues todos están en Argelia  
 Mi Luc y mi Lucien  
 Mi Lucien y mi Luc  
 Esperaré su regreso

Yo, igualmente fiel  
Habiendo en ardua lucha  
Gracias a mi constancia  
Ganado el derecho a voto  
Y tragado mis lágrimas  
Para mí todos los soldados serán capitanes  
¡Y si sólo queda uno, será aquel!  
*Abandona la escena.*



*Lucien:* Nieva a grandes copos, nieva en Argelia. Avanzamos en un lodazal, cubiertos de barro, sangre y aceite, y un vago olor a especias flota en el aire cargado de pólvora. Un enorme botín espera a nuestros caballeros. Pero primero hay que terminar la cacería. Fusilamos, degollamos, lo disfrutamos, como si jugáramos con bolas de nieve, como en broma, para calentarnos mientras esperamos la sopa; y los gritos de terror de los seres sin defensa ya no se distinguen de las quejas del ganado sorprendido, sangrado en el lugar o empujado al vivaque, junto con los sobrevivientes que interrogaremos para después matarlos. Las mujeres se amontonan unas sobre otras. Han pasado toda la noche soplando los labios azules de los bebés muertos de frío, como las seis mil cabezas de rebaños enemigos que tapizan el terreno, por todas partes... Usted lo ha dicho, tío, nos hemos convertido en los peores bandidos, a fuerza de exportar la civilización a punta de lanza y de cañón...

*Le polygone étoilé*, París [Seuil, 1966], Points Roman, 1997, págs. 115-126 [Traducción inédita de Laura Calabrese].

## LOUIS BERTRAND, *La sangre de las razas*

Se erigía la Argel moderna.

La fiebre de la construcción, que dura hasta hoy, comenzaba a desparramar en los arrabales a toda una muchedumbre abigarrada de trabajadores. Se edificaban las bóvedas del puerto y el bulevar de l'Impératrice. Se esbozaban las calles de Isly y de Constantine, arrastrando, como dos grandes canales, la marea ascendente de las nuevas poblaciones hacia las playas y los barrancos floridos de Mustapha. Del lado de las canteras de Bab-el-Ued había un movimiento perpetuo de pesadas galeras cargadas de materiales. Los gritos de los carreteros se sucedían sin interrupción, en inflexiones roncadas o largamente moduladas, en medio de los chasquidos de los látigos y del polvo cegador, que levantaban en las rodadas del camino los pies de los animales y de los hombres.

Aquel sábado de junio por la noche, el aliento inmóvil del siroco abrasaba el aire. El alto eucalipto que se alza a media cuesta sobre las canteras no se movía, y sus hojas marchitas colgaban como ramos quemados. Eran cerca de las siete. Una bruma resplandeciente se extendía tras el promontorio de Matifou, y las llamas rojas se estiraban sobre las cimas de la Bouzarea.

Siguiendo uno de los recodos que vienen de las canteras, tres picapedreros bajaban hacia el arrabal. Alertas, ligeros en sus alpargatas y sus pantalones de lona ceñida, parecían no sentir el ardor del aire ni el polvo que se levantaba y que, vuelto cáustico por la orina de los mulos, irritaba sus ojos e inflamaba sus párpados. Detrás de ellos aparecieron otros grupos, y rápidamente toda una procesión de hombres se desplegó en el flanco de la montaña. Los gritos se respondieron, las brasas de los cigarrillos se propagaron de una banda a otra.

Los tres jóvenes se encontraban un poco más adelante que los grupos. Al tiempo que andaban con paso largo y ágil, conversaban un poco, contentándose con aspirar el humo de sus cigarrillos. El más bajo, Ramón, de aspecto achaparrado como los campesinos del Sur de España, trataba de romper el silencio con arranques de locuacidad; pero el humor plácido de los otros dos dificultaba su palabrería. Estos últimos, dos tíos desgarbados y huesudos, tenían rostros demacrados y ojos pálidos y parpadeantes: el mayor, *Cagnète*, llevaba ese apodo porque era largo y flaco como una caña; el otro, Cinto, tenía piernas apenas más cortas que las de su hermano, pero un bigote rubio espeso le animaba un poco el rostro.

Los tres estaban "recién bajados del barco", como se decía. El año anterior, huyendo del hambre, se habían marchado del pueblo de San Vicente, cerca de Ali-

cante, con bandas enteras de campesinos de su provincia. A pesar de las imprecaciones de las abuelas, habían venido a buscar el pan y la dicha en esta tierra de África, donde el antiguo odio a su raza les hacía temer aún los maleficios sacrílegos y las traiciones del moro. Se habían instalado como en su casa, habían reencontrado su país, a aquellos que habían nacido bajo las palmeras de Elche o cerca de los acantilados de Cartagena, como los labradores de la *buerta*<sup>31</sup> de Valencia o los que cultivaban naranjos en el gran jardín húmedo de Murcia.

Los tres muchachos se dirigieron con prisa al albergue. Era un tugurio grande y chapucero, mitad de ladrillo, mitad de madera, que se levantaba poco antes de llegar al pequeño puente del ued M'Kacel. El siroco se había vuelto más pesado después de la puesta del sol. El camino polvoriento estaba lleno de niños que se perseguían dando chillidos, o que, chaqueta en mano, jugaban "a los toros". Frente a la puerta del albergue, dos clientes bebían ajenjo, sentados alrededor de una mesita verde. Ramón quiso imitarlos a toda costa, para no parecer uno de esos que acababan de "bajar del barco" y remedar a los franceses. Ofreció un ajenjo a Cagnète y a Cinto, que desaprobaron ese exceso y como buenos bebedores de agua se contentaron con un jarabe de limón. Los albañiles rezagados llegaban en bandas, con la espuerta del almuerzo en la mano, y sacudían a la entrada sus alpargatas blancas de polvo.

"Había hombres de todas las naciones"<sup>32</sup>; los terraplenadores piamonteses eran los más ruidosos de todos, con sus caras rosadas de galos con largos bigotes rubios y ojos azules. Ostentaban grandes botas y pantalones de velludillo tan anchos como faldas, al lado de los monos de lona azul de los carpinteros de armar marseleses. Aquí y allá resplandecían las fajas multicolores de los pequeños carreteros de la Camarga y del valle del Ródano, que gesticulaban entre las espaldas de los piamonteses. Una blusa de Montelimar, desteñida por los lavados y cuyos bordados negros desaparecían bajo el polvo, se agitaba con gestos amplificadas por los pliegues. Todos se entendían, se excitaban, se embriagaban con sus palabras, que los piamonteses subrayaban con bruscos acentos tónicos. El vino corría por los vasos, incendiaba los rostros y dilataba los ojos.

Más pacíficos, los hombres del Norte se mantenían apartados: eran casi todos alsacianos inmigrantes, nativos de Baden, en la Selva Negra. Algunos, antiguos zuaivos o cazadores de África, se reconocían por la barba en forma de perilla. Los albañiles auverneses se unían a ellos, con sus patillas negras y sus gorras de piel de conejo, que se dejaban puestas a pesar del sol, por facilidad. Para sobresalir, en el albergue todos aparentaban hablar sólo francés, lo que provocaba la risa de los

---

<sup>31</sup> En español, en el original.

<sup>32</sup> Cita de Flaubert, *Salammbô*.

marsellese. A algunos los interpelaban de las otras mesas imitando su mal alemán:  
–¡Eh! Schumacher... dónde essssstá tu *schnaps*?

Y los pequeños carreteros de la Camarga repetían en todos los tonos: *schnaps*, *brod*, *grumbeeren*, remedando las inflexiones guturales y cansinas de los alsacianos.

Cerca de los españoles había mesas enteras de malteses, napolitanos, mahoneses, todos carreteros o albañiles, muy a sus anchas, que hablaban fuerte como quien está en su casa. Los malteses de tez mate y rostro repleto acariciaban sus largos bigotes estilo Víctor Emanuel. Muchos llevaban aros de oro en las orejas. Pero en el fondo los otros los despreciaban, por su sangre mezclada y su parecido con los moros y los judíos. Los napolitanos los aplastaban con su facundia, orgullosos de sus camisas de lana roja, y los mahoneses, arrellanándose sobre sus espaldas, asataban pesadas réplicas que inspiraban respeto.

En medio del tumulto, los carboneros valencianos, que trabajaban en las hondonadas del Frais-Valon, permanecían serios, casi siniestros, con sus rostros lampiños y tiznados y sus camisillas de lustrina negra. Asistían con una actitud de perfecta indiferencia a los alaridos y las risas, paseando su mirada tranquila de los piemonteses batalladores a los mahoneses brutales y feroces.

Todos esos hombres se alimentaban con una especie de furor agradable de ver. Rompían el ayuno de los ancestros, se despedían de la frugalidad y la miseria de los países áridos, se bañaban en la riqueza y la abundancia venidas del Norte.

*Le sang des races*, citado según la *Anthologie des écrivains français du Maghreb* (dir. Albert Memmi), París, Présence Africaine, 1969, págs. 61-64 [Traducción inédita de Laura Calabrese].



## Robert RANDAU, *Los colonos*

Hacia las seis de la mañana, a la luz púrpura de un Oriente acurrucado bajo un colchón de tenues brumas, las bandadas de pájaros carnívoros llegados de las montañas se lanzaron chillando, y las nubes de langostas peregrinas se irguieron bajo los espetones de picos hambrientos, se esparcieron para rearmarse más lejos, espantadas en su marcha hacia adelante por las alas batientes, por los agudos gritos de los voraces. La inmensa capa amarilla de acrídidos se balanceaba, se perdía en la lejanía en un hormigueo confuso, cubría la llanura, creaba montículos sobre las piedras, susurraba a toda brisa; el sol relucía sobre esa gran coraza de oro que se levantaba y caía como si la tierra, abajo, hubiese tratado en vano de despojarse de ella. En el flanco de las montañas, campos de trigo maduro esparcidos entre los desiertos de rastrojos despleaban su amarillo pálido, que por contraste parecía enfermo. Langostas casi adultas, desparramadas aquí y allá, pasaban y volvían a pasar entre las espigas, cuya masa parecía una cabellera rubia torturada por parásitos. La columna más importante de herbívoros movía su ariete siguiendo la dirección general del valle, hacia el mar. Las viñas de Jos Lavieux le cortaban el paso, se sostenían tristemente, encapuchadas en sus hojas aún tiernas, tras las murallas que el dueño había edificado rápidamente para proteger su ciudadela. Delante del frente de ataque, sobre una larga línea zigzagueante, las barricadas corrían, blancas; el hule de los dispositivos chipriotas, sostenido del lado de las viñas por estacas, se extendía sin interrupción hasta las primeras colinas; cada treinta metros, algunos obreros indígenas semidesnudos cavaban fosas mientras los atacaba la ola de acrídidos rompiendo sobre ellos. Cuando se liberaban, mediante un brusco movimiento de riñones, en el resplandor exasperado del sol, un polvo de oro emanaba de ellos y se arremolinaba. Otros obreros, con grandes regaderas en la mano, esperaban al lado de las fosas. El asalto de los animales era furioso. Flanqueada por bandas de *fellabs*<sup>33</sup> que la mantenían, a golpes de ramas, alejada de sus albornoces, la columna amarilla se dirigía, inmensamente espesa, hacia los dispositivos blancos que le hacían obstáculo; trepaba a los hules, no conseguía enganchar sus miríadas de patas en el reborde superior; volvía a caer, retrocedía hacia las fosas, que ocupaba en un abrir y cerrar de ojos y donde moría, bañada en aceites pesados. Nuevos combatientes franqueaban sin descanso los cadáveres, escalaban los hules, volvían a caer. El trabajo de los hombres era arduo; hacían gestos de sed, escupían mucosidades blancuzcas, ya no se secaban el sudor que goteaba en lágrimas constantes

---

<sup>33</sup> Campesinos.

sobre el suelo. El viento pringaba sus brazos y sus mejillas de barro. Los pantalones bombachos amarillentos, las blusas raídas daban chasquidos secos a lo largo de las piernas cubiertas de tafilete, marcando los nudos musculares. [...]

Esa mañana, Jos Lavieux se sintió por un momento desbordado por la invasión. Había rasgaduras en el reborde del hule, en un ángulo entrante del dispositivo; en otras partes el calor ablandaba el revoque y permitía que las patas se engancharan; en varios lugares, la columna de asalto franqueaba las barreras, se abalanzaba sobre las cepas. [...]

Jos pensó que si no cerraba las brechas no habría vendimia. No se desesperó, no levantó el puño hacia el cielo reviviendo años pasados, no pensó en su mujer ni en sus hijos; se contentó con maldecir un poco y luego, con el gesto decidido del hombre de acción, puso a galopar su caballo, siguió la línea de los hules, en los puntos rasgados ordenó apostar centinelas, niños armados con ramas, que apartaron la ola de langostas; hizo frotar los revoques encerados con ropa húmeda. Pronto los invasores perdieron todo contacto con el grueso de su ejército; los daños que ocasionaron fueron insignificantes. Tosiendo y escupiendo, el colono, con la mano sobre el pecho aún adolorido por la contusión, amonestó a sus hombres en árabe, les prometió una buena comida y una buena paga.

Las risas sacudieron los *libams*<sup>34</sup>, iluminaron el dorado de los rostros. Nuevos equipos de obreros vinieron a relevar a los que trabajaban desde la aurora; la teoría de hombres exhaustos se paseó un instante cerca de los hules, juzgó que la invasión perdía terreno, que muchas langostas se rezagaban en la retaguardia a ramonear alguna cosilla, y se refugió finalmente bajo el abrigo de los arbustos. Los cigarrillos saboreados lentamente, masticados hasta la raíz, preludiaron los goces más profundos de la comida. Jos ordenó que sirvieran cuscús con carne, tomates frescos, leche agria; el acto de comer les parecía de una voluptuosidad divina; los pueblos sobrios lo saborean con gran dignidad. Metódicamente regaron con caldo de pimientos el montículo de sémola, que desprendía con suavidad un deleitable aroma de mantequilla rancia en su punto. Se atracaron hasta glorificar a Dios. Varios de ellos, echados de espaldas, con el velo sobre la nariz, deseaban que el sueño llegara; pero los criados traían sandías gigantes, tazas de café hirviendo. Se oyeron risas, los corazones se dilataban hasta alcanzar la absoluta plenitud del bienestar. Se esbozaron en la sombra fragmentos de canciones, unos montañeses se burlaron de un trabajador de Ksour que les respondió con chanzas lúbricas, la carne rojo intenso de las sandías se derretía como almíbar helado bajo la lengua, el rostro entero se sumergía en su perfume y embriagaba las narinas. Finalmente, el café precipitó el ritmo de las digestiones; cada uno, con el alma rebotante de benevolencia y

---

<sup>34</sup> Velos con los que las mujeres y los tuaregs se cubren la parte inferior del rostro.

amabilidad, se envolvió en su albornoz, que parecía más mullido, y se echó a soñar a la sombra, lejos de las moscas que atacaban los granos negros de la sandía, amontonados en grumos como intestinos sanguinolentos. [...]

Conforme con los resultados de la lucha, Jos pensó en los trabajos que emprendería a comienzos de la estación de las lluvias para hacer germinar mayores riquezas; previó los beneficios, calculó los gastos. De aquel lado, en una península del ued, construiría jardines irrigables, sobre las colinas plantaría olivos, agrandaría el invernadero de los naranjos, compraría otro alambique de geranios; dejaría envejecer sus aguardientes, cuyo aroma mejoraba en un clima casi tropical que los iluminaba con su exaltación, los doraba como a una piel humana; el valle le pertenecía, él lo trabajaba como un hombre ocupado al que impacientaban las lentitudes de las generaciones vegetales. Un proyecto lo ocupaba ahora; su hijo Henri se había casado: le tenía aprecio, no en calidad de hijo, ya que su afección por ellos era breve, sino como energía capaz de perpetuar la suya; su ceño constantemente fruncido había cubierto de sombra la infancia del muchacho, que miraba de frente al padre terrible, le resistía con su silencio desconcertante, aprendía a callarse, a disimular su pensamiento, el gran secreto de la fuerza árabe. Jos lo había preparado para la vida y, contento con su obra, lo miraba con una sonrisa. Se cansaba de su granja, que ya no le presentaba obstáculos que vencer; se cansaba de su casa de rincones familiares; revivía con alegría los años en los que desbrozaba sus tierras vírgenes, construía a crédito presas y molinos, recorría los mercados para vender y comprar ganado, cuidaba con sus cultivadores la granja solitaria por la noche. Un deseo lo oprimía, el de volver a comenzar esa existencia de obstáculos, de traiciones, de luchas. Olisqueaba la maleza con placer, no porque fuera sensible a su poesía sino porque debía ser destruida, y porque el suelo sobre el que reposaba merecía ser cosechado. Le cedería la explotación de los bienes de Ratène al médico de su hijo, instalaría a su anticuada mujer en la casa y se internaría solo en el poblado salvaje de su amigo el caíd Ahmed Cheik, con el cual estaba asociado desde hacía tiempo. Ahí construiría una granja nueva, roturaría los campos sin labrar, se zambulliría nuevamente en la orgía creadora de otros tiempos.

*Les colons*, citado según la *Anthologie des écrivains français du Maghreb* (dir. Albert Memmi), París, Présence Africaine, 1969, págs. 279-283 [Traducción inédita de Laura Calabrese].



## Isabelle EBERHARDT, “Delincuente”

En la húmeda depresión rodeada de altas montañas desnudas y de rojos escarpes acababa de crearse el “centro” Robespierre.

Las tierras de colonización, unos campos pedregosos y rojizos, además de pobres, habían sido tomadas del territorio de los Uled Bu-Naga... Aunque los “directores”, los “inspectores” y otros funcionarios de Argel, encargados de “poblar” Argelia y de cobrar sueldos proconsulares, jamás habían ido allí.

Durante un mes, los papeleos, costosos e inútiles, se habían acumulado para dar una apariencia de legalidad a lo que, de hecho, no era sino la ruina de una gran tribu y una empresa incierta para los futuros colonos.

¿Qué importaba? Nadie se preocupaba en los despachos de Argel de la tribu ni de los colonos...

Desde tiempos inmemoriales, la fracción de los Bu-Achur ocupaba las mejores tierras de la región en la vertiente oeste de la montaña. Unidos por una estrecha consanguinidad, vivían en sus tierras sin haber procedido a reparto alguno.

Pero la expropiación había llegado y se había llevado a cabo una investigación larga y embrollada sobre los derechos *legales* de cada uno de los *fellabs* del territorio ocupado. Para ello, habían indagado en las amarillentas y deterioradas actas de los *cadís* de antaño y habían establecido el grado de parentesco entre los Bu-Achur.

A continuación, basándose en sus averiguaciones, llevaron a cabo el reparto de las indemnizaciones para su distribución. Aquí, también, la triste comedia burocrática produjo sus frutos malsanos.

El sol de otoño, casi sin fuerza, cubría con una pátina de oro pálido los feos y deteriorados edificios administrativos. Alrededor, las casas de argamasa estaban en ruinas y la hierba crecía en las tejas descoloridas y sin lustre.

Frente a las oficinas se amontonaba el tropel gris de los Uled-Bu-Naga. Acucillados en el suelo, envueltos en sus *albornoces* de un color uniformemente terroso, esperaban resignados, pasivos.

Se encontraban allí todas las variantes del tipo teliano: perfiles bereberes de finos rasgos, con ojos rojizos de aves rapaces; macizas caras de sangre negra, hocicudas, lampiñas; rostros árabes, aguileños y severos. Los velos enrollados con cordeles rojos y las ropas flotantes, ondulándose al capricho de actitudes y gestos, con-

ferían a los africanos un cierto aire de arcaísmo y, sin las feas construcciones “europeas” de enfrente, la visión hubiera resultado intemporal.

Mohammed Achuri, un viejo alto y delgado, de rostro ascético y rasgos duros, con la mirada preocupada, esperaba un poco apartado, dando vueltas entre sus dedos huesudos a las cuentas amarillas de un rosario. Su mirada se perdía en la lejanía, donde flotaba un polvo de oro sin brillo.

Los *fellabs*, preocupados a pesar de su apariencia cerrada y resignada, hablaban poco.

Iban a pagarles sus tierras, a justificar las ventajas que habían hecho brillar ante sus ojos ávidos, sus ojos de gente pobre y simple, antes de la presión definitiva.

La angustia de la larga espera se estaba adueñando de ellos... Les habían convocado para el martes, pero estaban ya en la mañana del viernes y no les habían dado todavía nada.

Todas las mañanas volvían allí y esperaban pacientemente. Luego se dispersaban por grupos en los cafés moros de C..., comían un pedazo de torta de pan negro y duro traído desde el *aduar* y bebían una taza de café a perra chica... Después, a la una, volvían a sentarse a lo largo del muro y esperaban... Al *Magreb* se iban, tristes, descorazonados, murmurando palabras de resignación... Y la marea de oro rojo del sol poniente magnificaba sus andrajos, engalanaba su prolongado sufrimiento.

Al final muchos de ellos no tenían ni pan ni dinero para permanecer en la ciudad. Algunos dormían al pie de un muro, envueltos en sus harapos...

Delante de las oficinas, discutía y reía un grupo de hombres: soldados de caballería y guardias rurales cubiertos con un gran *burnous* azul, que hablaban de mujeres e incluso de bebidas.

A veces, un *fellab* iba, tímidamente, a consultarles... Entonces, con un gesto evasivo de la mano, familiar entre los musulmanes, los *majzenia* y los *chenabez*, que tampoco sabían nada, respondían:

—¡*Osbor!*... Paciencia...

El *fellab* agachaba la cabeza y volvía a su sitio, murmurando:

—¡Sólo se encuentra fuerza y ayuda en el Altísimo!

Mohammed Achuri reflexionaba, y preso de la duda, se lamentaba de haber cedido sus tierras. Su corazón de campesino sangraba cuando pensaba que ya no tenía tierra...

¿Y dinero?

En primer lugar, ¿cuánto le darían?... Después ¿qué haría con él? ¿A dónde iría a comprar otro campo, ahora que había vendido el pedazo de tierra que le aseguraba la subsistencia?...

Por fin, a las nueve, el *caíd* de los Uled-Bu-Naga, un joven alto y moreno, de mirada dura y reservada, llegó para pasar lista a la gente de su tribu... Estaba de

pie en el umbral de la oficina, con un papel en la mano. Los *fellabs* se habían levantado con un oleada marina de albornoces desplegados... Quisieron saludar a su *caíd*... Unos besaron su turbante, otros su hombro. Pero él los apartó con un gesto y comenzó a pasar lista. Su guarda rural, un viejecillo canoso y fisgón, empujaba hacia la derecha a los que habían respondido al oír su nombre, ya sea con el tradicional *naam* o bien diciendo “soy yo...”. Algunos aventuraron incluso un militar “bresent” (presente).

Después, el *caíd* los condujo a las oficinas que se conocen con el nombre genérico de “Patrimonio” (ingresos, contribuciones, fincas, etc.).

El *caíd* entró. Le ofrecieron una silla.

Un soldado de caballería llamaba a los Uled-Bu-Naga desde el umbral y los hacía pasar uno a uno.

Mohammed Achuri fue introducido entre los últimos.

Delante de una mesa de despacho negra con señales de cortaplumas se hallaba un funcionario europeo con un terno raído. El *jochba*, un joven miope con quevedos, traducía de pie.

—Achuri Mohammed ben Hamza... Eres el biznieto de Admed Yilali ben Yilali, que poseía las tierras del lugar llamado “Ued-Nuar”, fracción de los Bu-Achur. Tienes, pues, legalmente derecho de propiedad sobre los campos llamados Zebbuya y Nafra... Hechas las cuentas y pagados todos los gastos, te corresponde la suma de *once céntimos y medio*<sup>45</sup> por indemnización de venta... Como no existen los céntimos, ahí tienes.

Y el funcionario colocó dos perras chicas en la mano extendida del *fellab*.

Mohammed Achuri permaneció inmóvil, esperando todavía.

—Venga, ¡*rob!* ¡*balek!*

—Pero yo he vendido mis tierras, una arada y media de campos de labor y varias hectáreas de bosque (monte bajo)... ¡Dame mi dinero!

—Si ya lo has recibido... ¡Eso es todo! ¡Venga, el siguiente! ¡Abdalá ben Taïb Yeluli!

—¡Pero esto no es dinero! ¡dos perras chicas!...Dios es testigo...

—¡Por Dios qué imbécil! ¡*Balek fissa!*

El de caballería echó fuera al *fellab* que, una vez en la calle, agachó la cabeza sabiendo lo inútil que era discutir.

Los Uled-Bu-Naga continuaban allí en apretado grupo, como si aún les quedara un rayo de esperanza en la adversa situación. Tenían la mirada espantada y tristemente estúpida de los corderos camino del matadero.

—Tenemos que reclamar al administrador, sugirió Mohammed Achuri.

<sup>45</sup> Rigurosamente auténtico

Y se dirigieron en pequeños grupos hacia las oficinas de la comuna mixta, en el centro de la ciudad.

El administrador, un buen hombre, hizo un gesto evasivo con las manos... –Yo no puedo hacer nada... Ya les he dicho en Argel que era la ruina para la tribu... No han querido saber nada, ellos mandan, nosotros obedecemos... No hay nada que hacer.

Y sentía vergüenza al decirlo, vergüenza de la mala acción que le obligaban a hacer.

Entonces, puesto que el *bakem*, que personalmente nunca les había hecho daño alguno, les decía que no había nada que hacer, aceptaron calladamente la ruina y se fueron hacia su valle natal, en el que entonces sólo serían unos pobres.

Sobre todo, no llegaban a comprender y les parecía injusto que algunos hubieran cobrado sumas relativamente importantes, aunque siempre habían labrado una extensión muy inferior a la que ocupaban otros que no habían recibido más que unos céntimos, como Mohammed Achuri.

Un soldado de caballería, hijo de un *fellab*, quiso explicarles la causa de este trato desigual.

–Pero ¿qué importancia tiene el parentesco con gente que está ya muerta y que Dios tenga en su gloria? –dijo Achuri –¡Si vivíamos en comunidad, tenían que haber dado más dinero al que más cantidad de tierra labraba!...

–¿Qué quieres? Así son los *bokkam*... Ellos saben más que nosotros... Dios lo ha querido así...

Mohammed Achuri, al no encontrar de qué vivir, cuando el producto de la venta de sus animales se agotó, entró como gañán al servicio de M. Gaillard, el colono que había obtenido la mayor parte de las tierras de los Bu-Achur.

M. Gaillard era una buena persona, aunque algo rudo, enérgico, pero, en el fondo, bueno y honesto.

Había notado la actitud claramente hosca y solapada del gañán. Los otros criados que eran de la misma tribu también eran hostiles, pero Mohammed Achuri manifestaba un distanciamiento más tajante, más franco hacia el colono, a cuyas maneras campechanas no correspondía nunca.

Al día siguiente de la cosecha, cuando el corazón de los *fellabs* sangraba al ver almacenarse toda aquella riqueza salida de sus tierras, el granero y los almiarés apenas terminados ardieron una hermosa noche cálida y oscura.

Se acumularon pruebas aplastantes contra Achuri. Como último argumento de su defensa, él negó con tranquilidad, obstinadamente... Y fue condenado.

Ante la imposibilidad de vengarse del *Beylik*, su obtusa inteligencia de hombre simple y su corazón de pobre despojado y engañado en nombre de leyes que no podía comprender habían volcado todo su odio y su rencor contra el colono, el

usurpador. ¡Ese era, lo más seguro, el que se había reído de los *fellabs* y el que le había dado a él, a Achuri, las irrisorias perras chicas de indemnización por toda aquella tierra que le habían usurpado! Ese, al menos, estaba al alcance de su venganza...

Y, una vez consumado el atentado, ese atentado que Mohammed Achuri seguía considerando como un acto de justicia, el colono se preguntaba con dolorido estupor qué le había hecho a aquel árabe al que daba trabajo para que le odiase hasta tal punto... Apenas sospechaban ni el uno ni el otro, que ahora eran las víctimas solidarias de una misma iniquidad grotescamente triste.

El colono, próximo y accesible, había pagado por los lejanos funcionarios confortablemente instalados en sus palacios de Argel... Y el *fellab* arruinado había golpeado, pues el delito es a menudo, sobre todo entre los humillados, un último gesto de libertad.

"Delincuente", *País de arena. Relatos argelinos* (trad. I. Jiménez Morell), Madrid, Ediciones del Oriente y del Mediterráneo, 1989, págs. 29-36.



## Mohammed DIB, *El incendio*

—La existencia es corta —dice Comandar—. ¡Que Dios nos conceda larga vida! Veremos cantidad de cosas nuevas. Te lo digo yo, Comandar. Algo ha cambiado en este mundo. Créeme si quieres, o no me creas. Hemos visto lo que ha sucedido y que ya no sucederá más. No he recorrido toda Argelia. No he hollado el suelo patrio cuando aún podía. Y ya no podré hacerlo. Pero mi corazón me tiene al corriente de todo. ¡Ha visitado todo el país, todas las ciudades y todos los pueblos! ¡Eh! ¡Viene de lejos! Me anuncia que ya hay algo nuevo. Grande ha sido nuestra paciencia.

Así se expresó Comandar.

—Tú piensas: ¿Qué son diez chozas? ¡Pues todo Bni Boublen de Abajo! Hace cien años, poco más o poco menos, aquí no había nadie. ¡Y es que entonces Bni Boublen aún no existía! Los ancianos del pueblo te dirán que llegaron aquí por separado. Pero antes, los fellahs tuvieron campos de cebada, higueras, maíz, huertos y olivos. Y se los quitaron. A partir de aquel momento, se consideró que el fellah es vago y abandona la tierra al agave, al azufaifo y al palmito. ¡Incapaz de hacer algo decente y productivo! ¡Eh! ¡Son las ventajas de la civilización, hombre! ¡Ah, cómo han sabido despojarlos por su bien y por la civilización! Un monstruo escurridizo y voraz, que, cuando menos se lo esperaban, se llevaba a sus sombrías fauces grandes jirones de esa tierra que habían regado con su sudor y su sangre. Era la Ley. Se volvieron a donde se volvieron, la Ley los golpeaba. Siempre culpables ante la Ley. Nunca faltan motivos para presentarles las tablas de la Ley. La Ley abre una carretera que atraviesa sus cultivos como una rueda que atravesara su cuerpo. La Ley les discute la propiedad de sus tierras. La Ley ha cambiado, les dicen. Hay una nueva Ley. ¿Y los antiguos títulos se convierten en caducos y nulos? ¿Y nula la herencia de los antepasados? Sí, hombre, ¡nulos! Se apropian de los *babus*<sup>46</sup> y las tierras *aarch*<sup>47</sup>. Les dijeron a los fellahs: pueden acudir a los tribunales. Se hará justicia, sólo hay que presentar una demanda. La ley garantiza sus derechos; si quieren hacer valer un derecho, la nueva Ley, establecida con toda equidad e igual para todos, los defenderá si es necesario. ¿Cómo podemos recurrir a la Ley que nos despoja?, respondió esa buena gente. La desgracia de los que, a pesar de todo, creyeron en ella no tuvo límites. Perdieron el resto de sus bienes, y algunos, hasta la razón. Ahora, si encuentran una pizca de tierra donde depositar sus cuerpos, no muy lejos de las llanuras fecundas e irrigadas, con eso les basta. Se paran. Y si consiguen trabajo en la propiedad más próxima de un colono, ocupan las antiguas gru-

---

<sup>46</sup> *Habous*: bienes inalienables

<sup>47</sup> *Aarch*: territorio perteneciente a una tribu.

tas de la montaña, y los más ambiciosos levantan casitas de barro y paja. ¡Esto es Bni Boublen de Abajo! ¡Así es cómo se hizo, hombre! Y así es como ha cambiado de manos este país, y el pueblo de esta tierra, expulsado, se ha convertido en extranjero en su propio suelo. Muchos de los fellahs que se marcharon al mismo tiempo que los habitantes de Bni Boublen aún siguen errando por ahí. Otros fueron junto a las ciudades. No hay día en que no se vea a una familia, el padre con un hatillo al hombro y la mujer con un retoño sujeto a la espalda, acercarse a la ciudad. Pero encierran en ellos una temible fuerza. De momento, trabajan a jornal para los mismos que los han desposeído. “Es la voluntad de Dios”, dicen. “¡Pero ojalá un día nos muestre el camino de los justos!”. Desde tiempo inmemorial, no se conoce maldición tan espantosa.

Así se expresó Comandar.

Omar contemplaba al anciano y sentía a su lado aquella multitud, aquella tierra, invocadas desde la distancia. Era una vaga presencia, amigable y silenciosa. Todos aquellos hombres formaban una asistencia que comprendía el sentido de las palabras de Comandar; pero su terrible fuerza los dejaba taciturnos. Aquellos hombres vivían junto a Comandar, acuciados por una inmensa esperanza.

*L'incendie*, París [Seuil, 1954], Points roman, 1989, págs. 64-66 [Traducción inédita de Inmaculada Jiménez Morell].

## Albert CAMUS, *El primer hombre*

Más tarde, en el avión que lo llevaba de vuelta a Argel, Jacques trataba de ordenar las informaciones que había recogido. A decir verdad, eran pocas, y ninguna se refería directamente a su padre. La noche, curiosamente, parecía subir de la tierra con una rapidez casi mensurable para atrapar por fin al avión que corría recto, sin un movimiento, como un tornillo hundiéndose directamente en el espesor de la noche. Pero la oscuridad acentuaba el malestar de Jacques, que se sentía dos veces enclaustrado, por el avión y por las tinieblas, y respiraba mal. Volvía a ver el libro de familia y el nombre de los dos testigos, nombres bien franceses como [se] ven en los letreros parisienses, y el viejo médico, después de contarle la llegada de su padre y su propio nacimiento, le dijo que eran dos comerciantes de Solferino, los primeros que aparecieron, los que habían aceptado hacerle ese favor a su padre, y tenían nombres de gentes de los suburbios de París, sí, pero qué tenía de raro si Solferino había sido fundado por rebeldes del 48.

—Ah, sí —dijo Veillard—, mis bisabuelos lo eran. Por eso había en el viejo una simiente de revolucionario.

Y había precisado que los primeros abuelos eran, él un carpintero del Faubourg Saint-Denis, ella una lavandera fina. Había mucho desempleo en París, había inquietud y la Constituyente había votado enviar cincuenta millones a una colonia. Le prometían a cada uno una casa y entre dos y diez hectáreas.

—Imagínese si habría candidatos. Más de mil. Y todos soñaban con la tierra prometida. Sobre todo los hombres. Las mujeres tenían miedo a lo desconocido. ¡Pero ellos! Por algo habían hecho la revolución. Eran de los que creían en papá Noel. Y papá Noel para ellos usaba albornoz. Partieron en el 49 y la primera casa se construyó en el 54. Entretanto...

Ahora Jacques respiraba mejor. La primera oscuridad se había decantado, refluía como una marea dejando tras de sí una nube de estrellas, el cielo se cubría de estrellas. Sólo el ruido ensordecedor de los motores lo obsesionaba todavía. Trataba de volver a ver al viejo vendedor de algarrobas y forraje que, sí, había conocido a su padre, se acordaba vagamente de él y repetía sin cesar: "Poca charla, era de poca charla". Pero el ruido lo atontaba, lo sumía en una especie de torpor maligno en el que inútilmente trataba de ver, de imaginar a su padre, que desaparecía detrás de ese país inmenso y hostil, se fundía en la historia anónima de esa aldea y esa llanura. Detalles de su conversación con el doctor le volvían con el mismo movimiento con que las pinazas, según el mismo doctor, habían llevado a Solferino a

los colonos parisienses. Con el mismo movimiento, y no había tren en aquella época, no, no, sí, pero no llegaba hasta Lyon. De modo que seis pinazas arrastradas por caballos de sirga, con *La Marsellesa* y el *Chant du départ*, desde luego, a cargo de la banda municipal, y bendición del clero a orillas del Sena, bandera con el nombre bordado de la aldea todavía inexistente, pero que los pasajeros iban a crear por ensalmo. La pinaza empezaba a alejarse de la orilla. París se deslizaba, se volvía fluido, iba a desaparecer, que Dios bendiga vuestra empresa, y hasta los espíritus escépticos, los duros de las barricadas callaban, con el alma en un puño, sus mujeres asustadas apoyadas en la fuerza de ellos, y en la cala había que dormir sobre esteras con su ruido sedoso y el agua sucia a la altura de la cabeza, pero primero las mujeres se desnudaban detrás de las sábanas que entre ellas mismas sostenían. En todo esto, ¿dónde estaba su padre? En ninguna parte, y, sin embargo, esas pinazas remolcadas cien años antes por los canales del final del otoño, derivando durante un mes por ríos y afluentes cubiertos por las últimas hojas secas, acogidos en las ciudades por las fanfarrias oficiales y relanzados con su cargamento de nuevos gitanos hacia un país desconocido, le decían más sobre el joven muerto de Saint-Brieuc que los recuerdos [seniles] y desordenados que había ido a buscar. Ahora los motores cambiaban de régimen. Abajo, esas masas sombrías, esos fragmentos de noche dislocados y filosos, eran la Cabilia, la parte salvaje y sangrienta de ese país, durante mucho tiempo salvaje y sangriento, hacia el cual cien años atrás los obreros del 48, amontonados en una fragata con ruedas, "*Le Labrador*, decía el viejo doctor, así se llamaba, imagínese, *Le Labrador*, para ir hacia los mosquitos y el sol", *Le Labrador* en todo caso se afanaba con todas sus palas, removiendo el agua helada que el mistral agitaba como una tempestad, los puentes barridos durante cinco días y cinco noches por un viento polar, y los conquistadores en el fondo de las calas, sintiéndose mal hasta reventar, vomitando unos sobre otros, deseando morir, hasta entrar en el puerto de Bône, con toda su población aguardando en los muelles para recibir con música a los aventureros verdosos que venían de tan lejos, que habían abandonado la capital de Europa con mujeres, niños y muebles para aterrizar tambaleándose, al cabo de cinco semanas de errancia, en esa tierra de lejanías azuladas, cuyo olor extraño, hecho de estiércol, especias y [una palabra ilegible] descubrían con inquietud.

Jacques se revolvió en su asiento; estaba semidormido. Veía a su padre, a quien nunca había conocido, del que no sabía siquiera la estatura, lo veía en aquel muelle de Bône entre los emigrantes, mientras las poleas bajaban los pobres muebles que habían sobrevivido al viaje, y las peleas estallaban por los que se habían perdido. Allí estaba, decidido, sombrío, apretando los dientes, y después de todo, ¿no era el mismo camino que había tomado de Bône a Solferino, unos cuarenta años atrás, a bordo de la carreta, bajo el mismo cielo de otoño? Pero la carretera no

existía para los emigrantes, las mujeres y los niños amontonados en los vehículos del ejército, los hombres a pie, cortando camino a ojo a través de la llanura pantanosa o los matorrales espinosos, bajo la mirada hostil de los grupos ocasionales de árabes, siempre a distancia, acompañados casi continuamente por los aullidos de las jaurías de perros cabileños, hasta llegar, al final del día, al mismo país al que había llegado su padre cuarenta años antes, chato, rodeado de montañas lejanas; sin una casa, sin un palmo de tierra cultivada, con un puñado apenas de tiendas militares del color del polvo, un espacio desnudo y desierto sin más, lo que era para ellos el confín del mundo entre el cielo desierto y la tierra peligrosa, y por la noche las mujeres lloraban de fatiga, de miedo y desengaño.

La misma llegada de noche a un lugar miserable y hostil, los mismos hombres y después, después... ¡Oh! Jacques, de lo que pasó con su padre nada sabía, pero para los otros, hubo que despabilarse frente a los soldados que se reían, e instalarse en las tiendas. Las casas vendrían más tarde, las construirían y después distribuirían las tierras, el trabajo, el trabajo sacrosanto lo salvaría todo. "Trabajo no hubo en seguida...", había dicho Veillard. La lluvia, la lluvia argelina, enorme, brutal, inagotable, cayó durante ocho días, el río Seybouse se desbordó. Las ciénagas llegaban al borde de las tiendas y no podían salir, hermanos enemigos en la sucia promiscuidad de las enormes tiendas que resonaban bajo el chaparrón interminablemente, y para huir del hedor cortaron unas cañas huecas que les permitían orinar afuera sin salir, y en cuanto la lluvia terminó, a trabajar, en efecto, bajo la dirección del carpintero para levantar unos barracones ligeros.

—¡Ah, pobres gentes! —decía Veillard riendo—. Terminaron sus cuchitriles en primavera, y después le llegó el turno al cólera. Si he de creer al viejo, el abuelo carpintero perdió a su mujer y a su hija, que tenían toda la razón cuando dudaban ante el viaje.

—Pues sí —decía el médico, andando de una punta a la otra, siempre erguido y orgulloso con sus polainas, incapaz de estarse sentado—, se morían unos diez por día. El calor había llegado prematuramente, la gente se asaba en los barracones. Y en cuanto a la higiene... En fin, que se morían unos diez por día.

Sus colegas, militares, eran impotentes. Curiosos colegas, además. Habían agotado todos los remedios. Entonces tuvieron una idea. Había que bailar para calentarse la sangre. Y todas las noches, después del trabajo, los colonos bailaban entre dos entierros, al son del violín. No estuvo tan mal pensado, en efecto. Con el calor las pobres gentes transpiraban a chorros y la epidemia se detuvo. "Fue una idea que merece reflexión." Sí, había sido una buena idea. En la noche caliente y húmeda, entre los barracones donde dormían los enfermos, el rascatripas sentado en un cajón, con una linterna al lado, alrededor de la cual zumbaban los mosquitos y los insectos, los conquistadores, ellas de vestido largo y ellos con traje de paño, baila-

ban, traspiraban gravemente en torno a un gran fuego de malezas, mientras en los cuatro rincones del campamento la guardia velaba por los sitiados para defenderlos de los leones de negras crines, los ladrones de ganado, las bandas árabes y a veces también las *razzias* de otras colonias francesas necesitadas de distracción o de provisiones. Por fin, más tarde, les dieron tierras, unas parcelas dispersas lejos de la aldea de barracas. Después se construyeron murallas de adobe alrededor de la aldea. Pero dos tercios de los emigrantes habían muerto, allí como en toda Argelia, sin haber tocado el pico y el arado. En los campos los otros seguían siendo parisienses que trabajaban con chistera, el fusil al hombro, la pipa entre los dientes, y sólo la pipa con tapadera estaba autorizada, jamás los cigarrillos, debido a los incendios, la quinina en el bolsillo, quinina que se vendía en los cafés de Bône y en la cantina de Mondovi como un producto de consumo corriente, ¡a su salud!, acompañados de sus mujeres vestidas de seda. Pero siempre el fusil y los soldados alrededor, y aun para lavar la ropa en el Seybouse necesitaban una escolta aquellas que antes, en el lavadero de la Rue des Archives, trabajaban como en un salón apacible, y la aldea misma era frecuentemente atacada de noche, como en el 51, durante una de las insurrecciones en que cientos de jinetes con alboroz, caracoleando alrededor de las murallas, terminaron por escapar al ver los tubos de chimenea que blandían los sitiados simulando cañones, edificando y trabajando en un país enemigo que rechazaba la ocupación y se vengaba en todo lo que encontraba, ¿y por qué pensaba Jacques en su madre ahora, mientras el avión subía y bajaba? Al evocar el carro empantanado en el camino de Bône, donde los colonos habían dejado una mujer embarazada para ir en busca de ayuda y a la vuelta la encontraron con el vientre abierto y los senos cortados.

—Era la guerra —decía Veillard.

—Seamos justos —añadía el viejo médico—, los habían encerrado en grutas con toda la *smalab*, sí, sí, y ellos habían cortado los cojones a los primeros berberiscos, que a su vez... y así uno se remonta al primer criminal, ¿sabe?, se llamaba Caín y desde entonces viene la guerra, los hombres son atroces, especialmente bajo un sol feroz.

Y después del almuerzo cruzaron el pueblo, semejante a otros cientos de pueblos en toda la superficie del país, unos cientos de casitas del estilo burgués de fines del siglo XIX, distribuidas en varias calles cortadas en ángulo recto con grandes edificios como la cooperativa, la caja agrícola y la sala de fiestas, y todo ello convergiendo en el quiosco de música de estructura metálica, que parecía un ti vivo o una gran entrada de metro, y donde, durante años, el orfeón municipal o la fanfarria militar habían ofrecido conciertos los días de fiesta, mientras las parejas endomingadas daban vueltas alrededor, en el calor y el polvo, descascarando cacahuetes. También hoy era domingo, pero los servicios psicológicos del ejército habían

instalado altavoces en el quiosco, la multitud era en su mayoría árabe, pero no daba vueltas alrededor de la plaza, estaba inmóvil y escuchaba la música árabe que alternaba con los discursos, y los franceses perdidos en la multitud se parecían todos, tenían el mismo aire sombrío y volcado hacia el futuro, como los que antaño habían llegado a *Le Labrador*, o los que habían aterrizado en otros lugares en las mismas condiciones, con los mismos sufrimientos, huyendo de la miseria o de la persecución, para encontrar el dolor y la piedra. Como los españoles de Mahón, de los que descendía la madre de Jacques, o aquellos alsacianos que en el 71 rechazaron el dominio alemán y optaron por Francia, y recibieron las tierras de los insurrectos del 71, muertos o prisioneros, refractarios que ocupaban el lugar todavía caliente de los rebeldes, perseguidos-perseguidores que habían engendrado a su padre y cuarenta años más tarde, llegaba a esos lugares con el mismo aire sombrío y obstinado, enteramente vuelto hacia el futuro, como los que no aman su pasado y reniegan de él, emigrante también como todos los que vivían y habían vivido en aquellas tierras sin dejar huellas, salvo en las lápidas gastadas y verdosas de los pequeños cementerios coloniales semejantes al que, tras la partida de Veillard, Jacques había visitado con el viejo médico. De un lado, las construcciones nuevas y feas de la última moda funeraria, esa con abalorios abastecida en los mercadillos del rastro, en que ha ido a parar hoy el culto de los muertos. Del otro, entre los viejos cipreses, en los senderos cubiertos de agujas de pino y piñas de ciprés, o bien cerca de los muros húmedos, al pie de los cuales crecían las oxalídeas con sus flores amarillas, unas viejas losas que se confundían casi con la tierra y eran casi ilegibles.

Multitudes enteras habían llegado allí durante más de un siglo, habían labrado la tierra, abierto surcos cada vez más profundos en ciertos lugares, en otros cada vez más irregulares, hasta que una tierra ligera los recubría y la región volvía a la vegetación salvaje, y procreaban y desaparecían. Y así sus hijos. Y los hijos y los nietos de aquellos se encontraron en esa tierra como se encontraba él, sin pasado, sin moral, sin lección, sin religión, pero contento de estar y de estar en la luz, angustiados frente a la noche y a la muerte. Todas aquellas generaciones, todos aquellos hombres venidos de tantos países diferentes, bajo ese cielo admirable donde subía ya el anuncio del crepúsculo, habían desaparecido sin dejar huellas, encerrados en sí mismos. Un inmenso olvido se extendía sobre ellos, y en verdad, eso era lo que dispensaba esa tierra, eso que bajaba del cielo junto con la noche sobre tres hombres que regresaban a la aldea con el alma acongojada por la cercanía de la oscuridad, llenos de esa angustia que se apodera de todos los hombres de África cuando la noche cae rápida sobre el mar, las montañas atormentadas y las altas mesetas, la misma angustia sagrada que en los flancos de Delfos, donde la noche produce el mismo efecto y hace surgir templos y altares. Sin embargo, en la tierra de África los templos son destruidos y no queda más que ese peso insopor-

table y dulce en el corazón. ¡Sí, qué muertos estaban! ¡Cómo seguían muriendo! Silenciosos y apartados de todo, como muriera su padre en una incomprensible tragedia, lejos de su patria carnal, después de una vida enteramente involuntaria, desde el orfanato hasta el hospital, pasando por el casamiento inevitable, una vida que se había construido a su alrededor, a pesar suyo, hasta que la guerra lo mató y lo enterró, en adelante y para siempre desconocido para su familia y para su hijo, devuelto él también al vasto olvido que era la patria definitiva de los hombres de su raza, el lugar final de una vida que había empezado sin raíces, y tantos informes en las bibliotecas de la época sobre la manera de emplear en la colonización de ese país a los niños abandonados, sí, aquí todos eran niños abandonados y perdidos que edificaban ciudades fugaces para morir definitivamente en sí mismos y en los demás. Como si la historia de los hombres, esa historia que había avanzado constantemente en una de sus tierras más viejas dejando en ella tan pocas huellas, se evaporase bajo el sol incesante junto con el recuerdo de los que la habían hecho, limitada a crisis de violencia y asesinatos, llamaradas de odio, torrentes de sangre que rápidamente crecían, rápidamente se secaban como los *uedes* del país. Ahora la noche subía del suelo mismo y empezaba a anegarlo todo, muertos y vivos, bajo el maravilloso cielo siempre presente. No, nunca conocería a su padre, que seguiría durmiendo allá, el rostro perdido para siempre en la ceniza. Había un misterio en ese hombre, un misterio que él siempre había querido penetrar. Pero al fin el único misterio era el de la pobreza, que hace de los hombres seres sin nombre y sin pasado, que los devuelve al inmenso tropel de los muertos anónimos que han construido el mundo, desapareciendo para siempre. Porque eso era lo que su padre tenía en común con los hombres del *Labrador*. Los mahoneses del Sahel, los alsacianos de las altas mesetas, con esa isla inmensa entre la arena y el mar, que ahora empezaba a cubrir un enorme silencio, es decir, el anonimato, al nivel de la sangre, del coraje, del trabajo, del instinto, a la vez cruel y compasivo. Y él, que había querido escapar del país sin nombre, de la multitud y de una familia sin nombre, pero en quien alguien, obstinadamente, reclamaba sin cesar la oscuridad y el anonimato, formaba parte también de la tribu, marchaba ciegamente en la noche junto al viejo médico que respiraba a su derecha, escuchando la música que llegaba a oleadas de la plaza, viendo otra vez el semblante duro e impenetrable de los árabes alrededor de los quioscos, la risa y la cara voluntariosa de Veillard, volvía a ver también con una dulzura y una pena que le encogían el corazón el rostro agónico de su madre cuando la explosión, caminando en la noche de los años por la tierra del olvido, en la que cada uno era el primer hombre, donde él mismo había tenido que criarse solo, sin padre, sin haber conocido nunca esos momentos en que el padre llama al hijo cuando éste ha llegado a la edad de escuchar, para confiarle el secreto de la familia, o una antigua pena, o la experiencia de su vida, esos momen-

tos en que incluso el ridículo y odioso Polonio se agranda de pronto al hablar a Laertes, y él llegó a los dieciséis años, después a los veinte años y nadie le habló y hubo de aprender solo, crecer solo, en fuerza, en potencia, encontrar solo su moral y su verdad, nacer por fin como hombre para después nacer otra vez en un nacimiento más duro, el que consiste en nacer para los otros, para las mujeres, como todos los hombres de ese país donde, uno por uno, trataban de aprender a vivir sin raíces y sin fe y donde todos juntos hoy, arriesgando el anonimato definitivo y la pérdida de las únicas huellas sagradas de su paso por esa tierra: las lápidas ilegibles que la noche cubría ya en el cementerio, debían enseñar a los otros a nacer, al inmenso tropel de los conquistadores ya eliminados que los habían precedido en aquella tierra y cuya fraternidad de raza y de destino habían de reconocer ahora.

El avión bajaba hacia Argel. Jacques pensaba en el pequeño cementerio de Saint-Brieuc, donde las tumbas de los soldados estaban mejor conservadas que las de Mondovi. El Mediterráneo separaba en mí dos universos, el de los espacios medidos, donde se conservaban los recuerdos y los nombres, y el de los vastos espacios, donde el viento de arena borraba las huellas de los hombres. Había tratado de escapar al anonimato, a la vida pobre, ignorante, obstinada, incapaz de vivir al nivel de esa paciencia ciega, sin frases, sin otro proyecto que lo inmediato. Había andado por el mundo, edificando, creando, quemando otros seres, sus días habían estado llenos hasta rebosar. Y, sin embargo, ahora sabía en el fondo de su alma que Saint-Brieuc y lo que representaba nunca había sido nada para él, y pensaba en las tumbas desgastadas y verdosas que acababa de abandonar, aceptando con una especie de extraña alegría que la muerte lo devolviera a su verdadera patria y cubriese a su vez con su vasto olvido el recuerdo del hombre monstruoso y [trivial] que había crecido y se había formado sin ayuda y sin auxilio, en la pobreza, en una orilla feliz y bajo la luz de las primeras mañanas del mundo, para abordar después, solo, sin memoria y sin fe, el mundo de los hombres de su tiempo, y su espantosa y exaltante historia.

*El primer hombre* (trad. A. Bernández), Barcelona, Tusquets, 1994, págs. 158-169.



## Mohammed BEN CHERIF, *Ahmed Ben Mostapha, goumier*

### LOS GOMIERS EN MARRUECOS

Corroído por la envidia, Kouider no sabe qué hacer ni con las piernas ni con la lengua.

Acude rápidamente a felicitar con hipocresía a “su amigo” ben Mostapha.

–*Baraka Allalou fik ya kbouiyia*. ¡Caray! La sangre de nuestros padres acaba de subírsenos a la cabeza. Después de haber enseñado a todo el mundo cómo se hace hablar a la pólvora, acabas de exponer a los extranjeros, que nos creen unos ignorantes, tus conocimientos ilimitados. Por ben Djallaoub, tu abuelo, la luz que surge de la espada de Bou Awana aún nos ilumina.

–Déjame –le suelta ben Mostapha con desdén.

Al anochecer, tras el toque de queda, el *goumier* se desliza entre los arcos y los caballos alineados; golpea suavemente la lona de la tienda de campaña donde el teniente Marcin, como siempre, lo espera para una larga charla.

–Entra, ben Mostapha, cierra las anillas de la puerta, y siéntate en este taburete; tengo que hablarte...

–*Messa el keir ya*, mi teniente.

–Te han propuesto para la medalla militar. ¡Enhorabuena! *Mabrouka* –añade el oficial sonriendo.

–Qué Dios aumente sus bienes y los de Francia.

–¿Estás contento?

–Al fin he soltado las riendas que deben domar el ardor de mi caballo para ocuparme únicamente del recorrido de la bala en el espacio.

–¡Lo has hecho bien! El gesto merecía ser visto. ¿Pero, crees, querido Mostapha, que se va a la guerra como se va de caza? Tenías hombres bajo tus órdenes. Cuando te fuiste solo tras el marroquí, tus *goumiers* se quedaron sin jefe. No me gustó mucho. Un tirador como tú habría conseguido lo mismo apeando.

–Es verdad, mi teniente, pero usted me había puesto como ejemplo a los hijos de mi tribu; tenía que demostrarles que la muerte se aparta del camino de los que van a su encuentro.

–No hace falta en absoluto demostrar que uno es valiente, simplemente hay que serlo.

–También es verdad, mi teniente, pero nuestros antepasados pensaban que sólo el ejemplo del sacrificio exalta las debilidades y da ánimo a los jóvenes.

Además –añadió tímidamente– sin mi táctica nadie se habría percatado de que existo.

–Excepto yo que te quiero mucho. Pero he de regañarte. Tus prejuicios de antaño te ciegan aún, y, cada noche, sigues alabando la ciencia de combate de tus padres. Yo voy a hablarte de ellos; y en pocas palabras aprenderás que esa táctica no les convirtió en uno de los más grandes pueblos conquistadores de la tierra.

Antes de vuestro profeta, la guerra, la poesía y la muerte eran los únicos objetivos de los árabes, tus antepasados, que vivían en tribus rivales dispersas en las amplias llanuras. Pero luchaban como bárbaros, se tiraban encima los unos de los otros, intentando degollar al enemigo. Durante todo ese período de su existencia nómada en la que sólo luchaban entre sí, no les interesaba cambiar ni la táctica, ni las armas –la espada, la flecha, la lanza– que habían sido durante siglos los medios de combate de los caballeros.

–Pero cuando Mahoma...

–“Que la plegaria y la paz sean con él” –dijo ben Mostapha rápidamente y en voz baja, besándose los dedos tras tocarse la frente...

–¿Decías?

–Veneraba la memoria del profeta.

–¡Ah, sí! Entonces con el advenimiento de vuestro profeta que insufló en el alma de sus intrépidos guerreros la fe que mueve montañas con su cortejo de virtudes, de sabiduría y de abnegación, esos hombres, que lucharon antaño por una camella perdida, por un pasto pisado, por una mujer, encontraron, de repente, en el origen de su nueva creencia un fin sublime que satisficiera su naturaleza sedienta de combates.

Guiados por el primer califa, atacaron al imperio greco-romano, el imponente coloso de Siria. Los primeros encuentros no siempre fueron afortunados. Les faltaba la disciplina y el arte de las batallas, con estos rudos problemas que la audacia no reemplaza. Pero la hora del Islam había llegado, debíais entrar en el gran escenario del mundo. Vuestros antepasados, inteligentes, propensos a los asuntos de la guerra, aprendieron en la escuela de sus ganadores la manera de vencerlos.

La primera victoria, que coincidió con la muerte del primer califa, fue la famosa toma de Damasco en el año 13 de la hégira. Al enterarse de la mala noticia y de los medios de los cuales os habíais servido, el emperador Heracleo se exclamó, prediciendo el futuro: “¡Adiós Siria!...”

Tenía razón. Exaltados por el triunfo, disciplinados, ágiles en las maniobras y dispuestos a derramar sangre por los califas depositarios de la ley divina, vencisteis al Imperio greco-latino, derrocasteis del trono persa al rey de los reyes, destino predicho y marcado por esa imprecación del profeta: “Qué Dios rasgue su reino como rasgó mi carta.” ¿Esta es la anécdota de vuestra tradición, no?

–Sí, sí, mi teniente –dijo ben Mostapha– ansioso de escuchar la opinión de un cristiano sobre lo que fue el Islam en aquellos días de gloria.

–A la muerte del califa Ali, el último de los compañeros de Mahoma –continúa el teniente–, el Imperio árabe ya era grande. Se extendía del Cáucaso a las fronteras de China, de las Indias al Nilo y hasta las puertas de Constantinopla. En menos de dos siglos, bajo el impulso inteligente de las famosas dinastías de los Omeyas, de los Abasís, dignos sucesores de los primeros califas, el cuarto de luna del profeta brilló por todas partes victorioso, sobre una gran parte de Asia, sobre todo el norte de África, sobre toda España y mas allá de los Pirineos hasta el Loira, uno de los grandes ríos de las Galias. [...]

El Papa en Roma y el Emperador en Constantinopla le pagaban tributos. Al cabo de tres siglos, después de conquistar todos los países en los que el clima templado se acerca al que meció vuestra infancia, y cuando no quedó más que la naturaleza inclemente, os lanzasteis con vuestra fogosidad habitual en el ámbito del pensamiento y ahí vuestras conquistas han permanecido inmortales.

Fueron tan rápidas como la vertiginosa carrera a través de los tres continentes. Vuestros califas atraieron a los sabios más grandes del mundo, siempre en busca de ciencia, de arte y de poesía. [...]

–Mi teniente, amo a Francia de todo corazón, y cuando envía a oficiales que nos comprenden y hablan con nosotros como usted, daría mi vida por ella –dijo ben Mostapha, emocionado, mientras gruesas lágrimas tibias corrían por sus enérgicos rasgos... [págs. 51-55]

### HACIA LAS CÁRCELES ALEMANAS

Fue entonces cuando los alemanes sin piedad empezaron la propaganda oficial. A esto lo llaman “investigaciones”.

Emplean tanto el halago como el temor. El Califa ha declarado la “guerra santa”, los combates son duros y pide a todos los fieles que vayan en su auxilio. Mediante miles de artimañas, los *boches* sugieren a los adeptos del Corán que vayan a defender su fe. Se separará de sus camaradas a quienes deseen marcharse a Constantinopla; dormirán en barracones más confortables y se les alimentará mejor. Para los demás, considerados como prisioneros, el tratamiento será más severo.

Una mañana les tocó a los *goumiers* sufrir aquella tortura moral de responder a duras preguntas.

Ben Mostapha fue llamado el primero.

–¿Cómo se llama?

–Ahmed ben Mostapha.

—¿No era soldado antes de la guerra?

—No.

—¿Qué hacía en su país?

—Vivía con mis hermanos e intentaba que mi conducta fuera para ellos un ejemplo.

—¿Qué puede hacer aquí?

—Lo mismo.

—¡Vaya! Dijo el oficial... Siéntese. ¿Quiere un cigarillo?

—No, gracias.

—Bueno, señor ben Mostapha, desde la llegada de los prisioneros a mi campo, he visto, por su comportamiento, que pertenecía a una familia de renombre: los soldados siempre se apresuran a su alrededor. Sin duda, esconde usted su pasado.

Como es inteligente, lee mucho, según me han dicho los centinelas. Por lo tanto, sabe todo el mal que Francia ha hecho a los indígenas de Argelia. Les enrolan a la fuerza, vejan a sus letrados, insultan a sus soldados. Tengo aquí un libro muy bien documentado, muy justo, sobre el Islam en el ejército francés escrito por Boukabouya, el teniente de los tiradores argelinos.

Mire —dijo el oficial hojeándolo—. He aquí un despacho dirigido a un francés: “Electores reunidos en sesión plenaria; piden ayuda urgente a su autoridad; oposición al servicio militar de los indígenas con derechos civiles. Contamos firmemente con su devoción.”

Y... los colonos se salieron con la suya, ¿no?

En vez de asegurarles derechos, les dieron dinero. Y cuando los soldados árabes están cansados, los oficiales les dicen:

—¡Caminad panda de cerdos! Os pagan por eso ¿no?

Aceptan también que los oficiales indígenas, letrados éstos, compartan el peligro, pero se les niegan las recompensas. A menudo incluso les mandan inferiores. Y en el frente, en los grandes ataques, se envía a los indígenas por delante, con el fin de que caigan bajo las balas de sus amigos alemanes.

Lo lamentamos de todo corazón y se lo estamos demostrando desde que son ustedes nuestros huéspedes.

El teniente Boukabouya explica aquí, con gran claridad y una conciencia absoluta, que los europeos, incluso cuando yerran el camino tienen razón ante la ley.

Los administradores, llamados “reyezuelos de la República”, les mandan a los calabozos sin que puedan ni siquiera quejarse, mientras que en la tribuna francesa se leen discursos en los que se evoca la gran fórmula en nombre de la cual, este pueblo inteligente, pero sin organización, ¡mueve al mundo! ¡¡¡Libertad!!! ¡¡¡Igualdad!!! ¡¡¡Fraternidad!!!

En cuanto a sus tierras, ¿caso no se las expropian, cuando no se las quitan directamente? Desarmados ante unas leyes que ignoran, se callan.

Eran mucho más felices en la época en la que los turcos, sometidos como ustedes a la ley coránica, dirigían a sus hermanos. Somos los amigos del orden, amamos a las familias de prestigio porque su organización feudal se parece mucho a la nuestra.

Somos poderosos, Francia será golpeada, los turcos entrarán en Egipto, en Argelia y los hijos de buena familia sólo se someterán a la autoridad del califa. Mire al teniente Boukabouya, está aquí, libre, bien considerado, recibido por el Emperador; a su Majestad jamás se le olvidarán sus servicios.

Piense en todo lo que le acabo de decir, y venga a hablarme mañana.

Ben Mostapha se levanta, avanza unos pasos hacia la puerta y se da la vuelta:

—Puedo preguntarle, comandante, si es verdad que los turcos han ahorcado a los jefes de las familias árabes más famosas en Siria. Y entre ellos, a un argelino, el nieto de Abdl el Kader.

—¡No! El Emir Ali estaba allí el día de la fiesta.

—Hablo de otro.

—¡Ah sí! Pero esos siempre estaban descontentos. El califa los mandó ejecutar con razón.

—¡Ah! Estaban descontentos... Y los colgaron... Bien...

Y Ben Mostapha se retira pensativo.

Llaman a otros *goumiers*. Unos son maltratados, amenazados; otros, tentados... el dinero... los honores.

Por la noche, en el barracón, los *goumiers* se reúnen en torno a Ben Mostapha. En la oscuridad, unos rayos de luna atraviesan las rendijas y rozan con su brillo los rostros morenos. Los prisioneros escuchan al amigo, al orgulloso camarada de los días de gloria, al atento compañero de los días de duelo.

—Hermanos míos, me han llamado esta mañana y me han ofendido sin que pueda responder. Estoy aterrado. Esa gente es incapaz de comprender nuestra mentalidad. Nos toman por un rebaño y quieren comprarnos.

La situación es grave.

A vosotros también os han llamado, quizá hayáis vuelto asqueados e indignados.

El sagrado espíritu del Señor de los Hombres ha debido estremecerse, cuando nuestros carceleros han osado invocar el pretexto de la Religión Santa para obtener de nosotros —al igual que esos morabitos pedigüeños de los *ziaras*, que ya conocéis— el don de nuestro honor. [...]

Los que aquí nos retienen quieren que reneguemos de Francia, para ir a ayudar a los turcos, siervos de Alemania.

No odiamos a esos hermanos de religión a pesar del inmenso mal que han hecho a nuestra raza, ya que su jefe lleva el título venerado de Comendador de los Creyentes.

*Ahmed Ben Mostapha, goumier* (presentado y anotado por Ahmed Lanasri), París, Publisud, 1997, págs. 51-55 y 146-149 [Traducción inédita de Beatriz Mangada Cañas].



## Mouloud FERAOUN, *La tierra y la sangre*

No es tanto el miedo al futuro como una vaga decepción lo que impulsa a Amer a hablar. No entiende que su señora sea tan feliz, pues a él todo le parece envejecido, abandonado y afeado. Aunque en Francia solía representarse su pueblo, sus gentes y sus campos con su apariencia menos favorecedora, ahora reconoce que su imaginación no había osado aproximarse a la realidad. ¿O es que ahora tiene otros ojos, una mirada más severa? Si así fuera, ¿por qué la francesa vería diferente? En buena lógica, debería estar decepcionada a más no poder. Sin embargo, la verdad es que el país no ha cambiado. Lo que pasa es que la mirada de Amer ya no es la mirada de un niño. La gente y las cosas ya no tienen ese halo ideal con que la infancia las envolvía, esa especie de celofán brillante que embellece los paquetes: ahora ve las rugosidades, las arrugas y las grietas.

El sendero, comido por la maleza, se ha hecho insignificante. El roble grande, que imaginaba colosal y en el que pensaba cada vez que veía un árbol grande en Francia, no merece mayor respeto: ahí está esperándolo desde hace quince años con su follaje polvoriento y ralo, y su aspecto de anciano escuálido nada majestuoso. Las higueras han envejecido pero sin crecer. Aquí y allá, unos garrones secos, unas ramas retorcidas, un árbol joven mutilado por los animales. Un campo desamparado. Eso siente. Un reproche más. Sí, Madame tiene razón. Más vale irse. ¡No hay porqué! Ya está atrapado. El desdén y la decepción no servirán de nada. Hombre en este país que lo ha conocido de niño. Sin transición. Y como los olivos adultos arrancados a la llanura para ser trasplantados a las tierras esquistas de Ighil-Nezman, tendrá que echar raíces de nuevo. Lo más que podrá será rumiar recuerdos. No hay nada como la memoria del pasado para soportar el presente y saborearlo mejor. Sin embargo, no es exacto que nos lamentemos porque creamos haber cambiado completamente, de modo que parece, cuando reflexionamos sobre lo que fuimos, que nos las habemos con otro personaje, que no tiene nada en común con el personaje actual. Por ese motivo, los reproches, formulados o no, irritan a Amer pero no le afectan. Se dirigen a otro. Eso es todo.

Otra prueba más de que ese personaje no tiene ahora nada en común con él es que ni siquiera consigue recordarlo con claridad en el pasado. Por mucho que remueva sus recuerdos, no logra reconstituir sin lagunas toda su historia. Sólo desde hace unos años tiene la impresión de ser él mismo. Y desde entonces, no tiene nada importante que reprocharse y excusa, por ejemplo, al chiquillo inexperto que era cuando se fue.

No puede olvidar cuando se fue. Poco importan el día y el mes. Fue en 1910, al final del invierno, una mañana. Vuelve a verse a la salida del pueblo con tres compatriotas ya muertos. Los padres los acompañan llorando. Dirige a su madre una mirada desesperada, y Kamuma gesticula agitando los brazos. Kamuma, fuerte aún, pero con el rostro surcado de arrugas. La recuerda vestida con una almalafa de mangas anchas y un paño de lana tejido por ella, que le cubría toda la espalda hasta las piernas, abrochado a los hombros y sujeto con un cinturón de franela rojo a la cintura. Era el atuendo de la época, el vestido de las campesinas que apenaban con su hombre y les traía sin cuidado la elegancia y el frío, auténticas réplicas de los fellahs con chilabas de lana y cinturones anchos de cuero.

Kaci también era viejo, pero robusto, sostenía firme su fuerte complexión y miraba a los ojos de aquel hijo al que empujaba sin pestañear hacia la aventura y lo desconocido. El tono de su voz era tranquilo. Quería que su hijo se fuera como un hombre.

—Ve, hijo mío. Reúnete con tus amigos. Mi bendición te acompaña. Nunca he hecho daño a nadie. Los santos de nuestra tierra no te abandonarán.

¿Se daba cuenta del vacío que dejaba al marcharse? Le pertenecía por entero el corazón de los viejos, pero era demasiado joven para sentirlo. Su angustia provenía de lo desconocido que iba a afrontar, de la travesía del mar, de esa sociedad a la que se dirigía con sólo sus brazos para vivir y hacer dinero. Creía que su existencia pronto cambiaría de rumbo. Se representaba a su futuro patrón, al jefe al que tendría que obedecer, al capataz, el obligado trabajo, la paga al final de la semana y el horario que tendría que cumplir. En definitiva, él, que había vivido libre, iba a alquilarse, a ser criado o esclavo. No podía saberlo. En contrapartida, habría distracciones, trajes elegantes, comida abundante y variada, domingos y fiestas... Los que iban con él eran locuaces.

Hay que señalar que en los tiempos heroicos de antes de la primera guerra mundial, los cabileños empezaban a descubrir Francia. Hasta entonces se habían contentado con ir a trabajar a las explotaciones de corcho en Philippeville o en Bona. Algunos se iban a trabajar a las minas de fosfatos de la región de Constantina o de Gafsa, y la mayoría se ajustaba en cuadrillas para los colonos de la Mitidya por unas perras de jornal. Sólo los más osados se atrevían a cruzar el mar, creían afrontar grandes peligros y aceptaban la idea de que los condenasen por haber vivido en un país cristiano, pero, en cambio, se veían bien recibidos, bien pagados y considerados. Al regresar, traían mucho más dinero que los demás, no ocultaban nada de lo que habían visto e incitaban a los suyos a que los acompañaran a ese nuevo mundo. Pero estos, en general, seguían escépticos y desconfiados. La idea de ir a Francia se iba propagando poco a poco. Los más audaces eran los jóvenes que habían frecuentado la escuela. Pero necesitaban algún inicia-

do que volviera allá y consintiera en llevarlos. De modo que Kaci, el padre, procuró compañía a su hijo. En cualquier caso, el chico iba hacia lo incierto, y hacía falta valor para dejarlo marchar. A pesar de su impaciencia, él se embarcó en la aventura con el corazón en un puño.

Salvo la angustia de la partida, todo lo demás es muy vago, pero hay detalles insignificantes que recuerda cuando piensa en ello: la llegada a Argel, el baño moro donde pasó la noche, una noche agitada, pues a uno de Argel lo pillaron tanteando en la oscuridad bajo la almohada de un serrano; luego se ve a sí mismo en el puente de proa del barco entre un montón de cabileños asustados y vomitando las tripas. Pero él hizo la travesía sin ponerse malo. Ningún recuerdo preciso de Marsella, ni de los campos y las ciudades que desfilaron tras los cristales: estaba muy pendiente de sí mismo como para pensar en distraerse. Conforme se acercaban a su destino, tenía la impresión de que sus compañeros se apartaban cada vez más de él. Terco pero con el corazón en un puño, esperaba el momento en que le dijeran: "Ya has llegado, ¡ahora arréglatelas!". En realidad, eran los nervios los que le producían esa impresión: tanto él como sus amigos estaban ya hartos del viaje. Frente a él, una señora con un gorro con encajes y una chiquilla embutida en un abrigo oscuro. La niña le tendió sus manitas sonriendo. Él se ruborizó de placer y timidez. La señora le habló. Le pareció que sus compañeros se ponían celosos.

Así podría seguir devanando toda una serie de imágenes, escenas y peripecias. Todo esto es su pasado. Para comprenderlo, habría tal vez que imaginar un lienzo inmenso con dibujos descoloridos, un rollo gigantesco que abarque varios años y pintado por un maestro con lápices malos: el conjunto es borroso, difuminado. Aquí y allá aparece una pincelada insólita que guarda todo su frescor: un trazo negro y neto como una cicatriz reciente, un rostro preciso, severo o sonriente, una callejuela triste con casas sombrías, un cuarto reducido y abarrotado, inmensos hangares humosos, una llanura desnuda y helada, bosques infinitos... Un cuadro disparatado. Y cuando vuelve a colocarse en el cuadro, se da perfecta cuenta de que es otro el que se está ahí. Olvidar es cosa natural.

Gracias a esos fantasmas que reaparecen más o menos dócilmente, según los días y al albur de las invocaciones, podríamos reconstituir, en sus grandes líneas, la historia de Amer durante su prolongada ausencia.

Nada más llegar a la estación de Lyon, tras una noche en blanco en el tren, constató que sus compañeros no lo abandonaban. Pero se veía perdido en un barullo inimaginable, un infierno de rumores y ruidos, perdido en la multitud hormigueante de todo un pueblo que se despertaba. Le costó mucho no perderse y seguir a los demás. Finalmente, uno de sus compañeros lo tomó de la mano, y los cuatro avanzaron juntos, titubeantes, tímidos y asustados, con semblante serio y humilde. A la salida de la estación había una cantidad increíble de coches de punto, ómni-

bus, carretas, vehículos de todo tipo, ¡y hasta automóviles! ¡Y cuánta gente! Niños, hombres y mujeres que parecían tener prisa y un destino preciso que había que alcanzar rápidamente. Era la primera impresión. Aunque veía muchas cosas que podrían asombrarle y acaparar su atención, no tenía tiempo. Sólo las personas que comprenden son capaces de admirar. Él no comprendía. Un miedo instintivo se apoderó de él, tenía unas ganas locas de acabar, de alejarse, de descansar en un rincón tranquilo y solitario con la gente que conocía y por la que ahora sentía verdadero afecto.

Se metieron en el metro y poco después salieron a un ancho bulevar tan animado y tan tumultuoso como la estación. Amer seguía a sus compañeros, que parecían compartir su malestar y su indecisión. Tomaron una arteria menos frecuentada y luego subieron por una calleja, torcieron de nuevo en otros cruces y al final se detuvieron ante un hotel viejo, alto y estrecho. Entraron. En la sala de la planta baja, que era un café, Amer vio a gente de Ighil-Nezman, que tardó en reconocer. Y sin embargo, eran ellos. Se le alegró la cara. Recibieron a los recién llegados con sonrisas acogedoras. Se sentaron todos en torno a una mesa, pidieron algo de beber y se pusieron a hablar. Al verse entre los suyos en aquella salita oscura, oírles reír abiertamente y hablar alto y en cabiléño, Amer sintió que su garganta exhalaba una bocanada de bienestar que lo envolvía con suavidad.

Su estancia en París fue muy corta; sólo guardó el recuerdo de ese primer contacto. Fue con sus compañeros a las minas del norte. Había allí toda una colonia de Ighil-Nezman. Todo le resultó sencillo, pues estaba rodeado de gente de su tierra. Los veteranos no siempre se dan cuenta del alivio que su acogida supone para los recién llegados. Consiguen que se sientan cómodos. Eso es lo mejor. Basta con dejarse llevar, mostrarse impasible y esperar a que las cosas se arreglen. Había allí, en aquella pequeña ciudad de mineros, unos cuantos a los que Amer conocía ya; vivían juntos, trabajaban en el mismo sitio, compartían las mismas camas, comían lo mismo y ganaban el mismo salario.

Entre ellos había sedentarios y migratorios. Los primeros rechazaban cualquier motivo para regresar a Cabilia. Estaban satisfechos de vivir en Francia y tenían secretos en que gastarse el dinero. Siempre se acababa por descubrir esos secretos, pues aunque se negaban a pensar en sus familias y en el regreso, no podían separarse de sus compatriotas y vivir completamente al margen esa otra vida, que, aparentemente, los retenía. Pues no, permanecían con los demás, viviendo exactamente como ellos, sólo que con un vicio más. Pero ese vicio era su razón de ser, el elemento fijo de la célula. Como olvidan sus deberes de padres o cabezas de familia, se sienten obligados con sus compatriotas novatos. Los reciben, los apoyan, los aconsejan y los ayudan a organizarse. De lo que a veces obtienen algún provecho, y siempre, un orgullo legítimo.

Los migratorios van y vienen, es lo propio. Se enriquecen, compran tierras, se casan y un día u otro acaban estableciéndose en Ighil-Nezman. Hablan mal de los que se han establecido en Francia. A estos les trae al fresco. Los sedentarios saben cuál es su obligación. Nunca faltan a ella. ¡Ya pueden los muy listos regresar a Ighil-Nezman! Otros les sustituirán: pobres, jóvenes e ignorantes. ¿Cómo abandonarlos? De estos jóvenes saldrán un día los nuevos sedentarios. Cosas del destino [págs. 51-57].

Tras el accidente, Amer vivió muchas vicisitudes, años difíciles y muy malos momentos. Más de una vez volvió a ver la muerte de cerca, tan cerca que llegó a no temerla.

A principios de septiembre, los alemanes, que habían invadido Francia, lo encontraron en Douai. Lo capturaron junto a otros jóvenes compatriotas y lo enviaron a Alemania como prisionero de guerra. Conoció varios campos, los trabajos forzados y los golpes. Pasó cinco años en un país maldito, en una llanura helada y brumosa donde creyó dejarse la piel. Y sin embargo, regresó.

Nunca tuvo, a lo largo de aquel tiempo, un amigo o alguien que le manifestara la más mínima compasión, se mostrara amable, tuviera un gesto o una mirada que lo reconfortara. Estuvo solo, en medio de miles de personas que se empujaban, se maltrataban, engañaban y fingían amarse. Poco a poco, aprendió que la existencia es "una coz perpetua", como dice un proverbio cabileño.

Llegó la liberación, y su regreso a París con los demás. Estaba contento de haber sobrevivido. Creyó que podía empezar de nuevo y ser feliz, como cuando era adolescente. También él saboreó algo de la euforia general de todo un pueblo victorioso. Pues al acabar la guerra, la paz al principio fue otra especie de locura, hecha sobre todo de alegría física, parecida a la de la naturaleza adormecida al llegar el deshielo. Pero Amer no tenía nada de un hombre victorioso. Ya sólo sabía armarse de prudencia, de desconfianza, como esos seres inquietos que ven un peligro en todas partes, o como esos desgraciados desesperados que han estado a punto de suicidarse. Un hombre arruinado y digno de compasión sin resortes ni frenos. Necesitaba rehacerse.

Muchos de sus compatriotas, prisioneros como él, regresaron a su tierra para reintegrarse en su ambiente, retomar la vida de los suyos y dar de nuevo sentido a su miserable existencia y sus migraciones periódicas. Volvieron a ver a sus familias, a los "amigos", a los "enemigos", los çofs y las propiedades. Construyeron una casa o se casaron, y luego volvieron a Francia sabiendo a lo que iban. La posguerra fue un período de prosperidad sin igual para los cabileños: los empleaban por todas partes, ya no los rechazaban, y los salarios subían cada vez más. Los que se

hacían buhoneros o se dedicaban a negocios dudosos se hacían en poco tiempo con pequeñas fortunas que gastaban en su tierra con gran ruido y celeridad a fin de regresar enseguida. Amer no hizo nada. No tenía prisa por volver a Ighil-Nezman. Sin embargo, cuando piensa en su pasado, aquel período sigue siendo el que le produce menos amargura [págs. 71-72].

*La terre et le sang*, París [Seuil, 1953 y 1962 para el prólogo], Points roman, 1998, págs. 51-57 y 71-72 [Traducción inédita de Inmaculada Jiménez Morell].

## Mohammed DIB, *La casa grande*

La gente de Dar-Sbitar había oído varias veces seguidas aquella sirena en el transcurso de las semanas anteriores; la probaban con regularidad. Les habían dicho bien a las claras que la guerra iba a estallar. Y sin duda estallaría: en la casa, se habían hecho a la idea. Se hablaba de ello con cualquier motivo. Decían que el que iba a desencadenar la guerra era un hombre poderoso. Su emblema, la cruz con los brazos rotos de forma extraña y que parecía una rueda, cubría los muros de la ciudad, trazada con carbón o con tiza. Había cruces gigantes pintadas con alquitrán junto a la inscripción: ¡Viva Hitler! Por todas partes, uno se daba de bruces con el sello y las inscripciones. El hombre llamado Hitler era tan fuerte que nadie hubiera osado medirse con él. Y partía a conquistar el mundo. Y sería el rey. Y ese hombre tan poderoso era el amigo de los musulmanes: por eso, cuando atracara en las costas de este país, los musulmanes disfrutarían de todo lo que desearan, y su felicidad sería grande. Privaría de sus bienes a los judíos, que no le gustaban y los mataría. Sería el defensor del islam y echaría a los franceses. Además, el cinto que le ceñía la cintura llevaba inscrita la *shabada*: ¡No hay más Dios que Alá, y Mahoma es su profeta!

Ese cinto no lo abandonaba ni de día ni de noche. Por eso era invencible.

Los simulacros de alerta habían entrado a formar parte de las costumbres. Decían:

—¡Ah! Ya está gritando.

Y, acto seguido, los lamentos prolongados giraban en el aire.

—Parece que hoy anda resfriada.

—¿Cómo que resfriada?

—Por el tiempo, que está húmedo.

No obstante, cuando de repente sonó, tuvieron la impresión de que la oían por primera vez.

Era una tarde de septiembre. Omar pasaba por la plaza del Ayuntamiento. La sirena soltó su mugido salvaje. Estaba situada sobre los tejados del edificio municipal. Empezó con una nota grave que rápidamente se hizo agudísima, ascendió recta como un chorro hacia el cielo y permaneció suspendida durante largos segundos, inmóvil, como si el propio cielo engendrara aquel sonido estridente. Luego, se desplomó bruscamente.

Cada vez que Omar pasaba junto al Ayuntamiento, subía los escalones de la entrada por uno de los lados, y los saltaba todos a la vez por el otro. Permanecía sobre el escalón superior, inmóvil y estupefacto.

Durante un instante, recordó la extraña sensación que lo había recorrido cuando se desató la sirena. Una bofetada o más bien un soplo violento se abatió sobre él. Estaba ya al pie de la escalera pública, con el corazón desbocado. Luego se echó a andar por la calle, presa del pánico. Mientras caminaba deprisa por la ciudad, se iba cruzando con hombres y mujeres que también corrían en todos los sentidos. ¿Por qué? ¿Sabían a dónde iban? Las mujeres lloraban y con los ojos rojos se interpelaban. Luego proseguían su camino, haciendo resonar las calles con sus sollozos. Los hombres se alejaban apresuradamente. Echaban los cierres metálicos. Las principales salidas estaban atestadas, la gente se apresuraba: parecía que querían ir a alguna parte; andaban taciturnos y con el semblante sombrío; algunos se interpelaban, y sus voces las transía un temblor que hacía inciertas las palabras.

Y en nada de tiempo las calles se quedaron vacías. Omar galopaba a través de una ciudad desierta. De vez en cuando se cruzaba con un policía o con un perro vagabundo. ¡Qué vacío! La vida se retiraba de Tremecén, y el sol se adueñó de ella. Y de repente, como si la ciudad hubiera dejado de vivir hacía milenios, sus largas avenidas se convirtieron en inmensas vías solitarias y antiguas sin ruidos; sus edificios, en templos de un culto perdido; y su vasto silencio, en la cruel paz de la muerte que brillaba en el ardor del día. Tremecén prolongaba su existencia en la piedra.

Tras el primer sobresalto, aquella calma vigilante y aquella soledad pasajera traían a Omar ecos amenazantes. El peligro hacía así su brusca aparición en medio de un extraño sosiego.

Omar estaba cada vez más convencido de que no llegaría nunca a Dar-Sbitar, que no acabaría nunca de recorrer aquella ciudad que se metamorfoseaba lentamente en una muralla maldita. Algo terrible le sucedería antes. El peligro, como una sombra alta y soberana, agrupaba los edificios y los jardines. Y Omar se echó a correr hasta quedarse sin aliento; la gigantesca silueta lo seguía dando zancadas, bruscas y entrecortadas. El niño sentía su presencia en la espalda. Finalmente, la desgracia, la desgracia atraída por la sirena, había llegado.

Se metió en Dar-Sbitar a toda velocidad, se tumbó boca abajo en cuanto estuvo frente a su madre, y pudo al fin llorar, agitado por los temblores. Aini lo cogió en brazos y lo atrajo hacia ella. Su agitación se desvaneció de golpe. Un saludable vacío lo invadía, el mismo vacío que había sentido hacía un rato. Omar escuchaba los rápidos latidos de su corazón. Esperó, y sus ojos se fueron abriendo poco a poco. Se encontraba en la linde de un país singular. ¡Qué sensación de despertar! Ya nada tenía importancia; el mugido de la bestia sin rostro había desgarrado el mundo.

—Es el fin del mundo. El fin del mundo.

Y tras lanzar con vehemencia estas palabras, la mujer que se dirigía a Aini añadió:

–En el siglo catorce, no busques salvación, dicen. ¿Y es que no estamos en el siglo catorce?

–Claro que estamos en el siglo catorce –confirmó la vieja Aixa.

–¿Entonces todo el mundo va a morir?

–Todo el mundo, mujer.

–Todo el mundo, ¿y nosotros, también?

–La hora de la justicia ha llegado.

Las mujeres se quedaron mudas. Algunas levantaron los ojos al cielo. De repente, resonó un clamor pavoroso. Attyka se desplomó de golpe en medio del patio.

Hubo un barullo a su alrededor. Mientras algunas intentaban levantarla y tranquilizarla, ella jadeaba y forcejeaba con furia; y, babeando, profería en un estertor:

–¡El siglo catorce! ¡Satanás! ¡Satanás!

Nada más llevarla a su casa, se calmó en un abrir y cerrar de ojos. A Attyka le daban ataques a menudo: se reponía y, al poco, ya no se acordaba. Empezaba otra vez a platicar y hasta parecía más contenta.

La conversación entre las mujeres se reanudó:

–Es señal de guerra.

–¡Seguro!

–¿El qué? ¿Lo que le ha pasado a Attyka? Eso no es señal de nada.

–Eso, según.

–¡Venga! Dejaos de cuentos. Attyka es así; la conocemos desde hace mucho.

¿Por qué os empeñáis en que sea señal de algo?

–¡Chitón! ¡Chitón!

Unas voces de hombre se elevaron en la callejuela, muy cerca de la casa. Una de ellas, profunda y grave, parecía pertenecer a un hombre de edad avanzada. Reconocieron entonces la voz de *Sid Salah*.

–Volved a vuestras casas. Todo eso que está pasando no es cosa vuestra.

Otra voz replicó:

–Pues la guerra, nada menos.

–El momento de la verdad ha llegado –respondió alguien.

–Sí, es la guerra, no lo podemos negar.

El diálogo proseguía, aún más apesadumbrado.

–En estos tiempos, ya nadie cree. ¡Ya nadie cree y es una desgracia!

–Sí, es una desgracia.

–Dios está preparando el castigo de sus criaturas.

*Sid Salah* murmuró pausadamente:

–Ahora, volved a vuestras casas. Los hombres que nos gobiernan saben lo que hacen.

–Dios quiera que sea verdad lo que dices. Pero no estamos seguros.

—¡Qué va! Las calamidades las cosecharemos nosotros; todo caerá sobre nosotros.

—Ocupémonos de nuestros asuntos. No nos faltará trabajo hasta el final de nuestros días. ¡Que nos dejen en paz!

En Dar-Sbitar, Attika volvió a salir de su habitación con el rostro iluminado y desgañitándose:

—¡El fin del mundo!

Las mujeres espantadas por la profecía repitieron:

—Dentro de cuarenta días.

Attika siguió gritando y gesticulando en medio de la casa. Las hijas de la poseída acudieron y la arrastraron a su cuarto. Ese día tuvo dos ataques; lo que nunca había pasado hasta entonces.

Al anoecer, Omar salió para ir a buscar una hogaza de pan al horno común.

Era su compra preferida. Por lo general, refunfuñaba cuando había que hacer cualquier recado. Eludía la situación invocando siempre la misma razón:

—¿Pero por qué siempre me toca a mí? No hay nadie más aquí. ¿Y por qué no va Auixa o Meriem?

Trataba de sustraerse a las otras servidumbres, pero ésta, sin embargo, le gustaba.

Llegaba al horno. Qué alegría contemplar todas las hogazas extendidas en el suelo sobre tablas de madera, ataifores y bandejas metálicas, esperando a que un hombre totalmente negro, cuyos hombros y cabeza asomaban por la fosa del fondo, las metiera en el horno. En la boca del horno incandescente, el panadero agitaba los brazos y empujaba y sacaba sin cesar una larga pala de madera. La metía hasta el fondo cargada de hogazas por cocer y después la sacaba vacía. En aquel antro profundo, el pan dispensaba una vaga blancura, y en los rincones perdidos en la sombra olía a pan recién hecho.

Se demoraba ante aquel espectáculo; no se cansaba; era reconfortante y solemne.

Le gustaba llevar a casa el pan crujiente que todavía quemaba. Por el camino, arrancaba las rugosidades y las puntitas demasiado cocidas y las mordisqueaba. ¡No podía llegar a casa con el pan empezado! Se hubiera ganado una zurra. ¡Qué gusto llevar esa estupenda hogaza! Omar la apretaba contra su pecho, y ella lo calentaba desprendiendo su apetitoso olor.

Fuera, la ciudad volvía a bullir como un hormiguero. Había tanta gente que parecía que todo Tremecén se hubiera dado cita en la calle.

Tras el vacío brusco de la tarde, aquella multitud de hombres, mujeres y niños que fluía lentamente renacía de su miedo. La palidez dorada del crepúsculo de sep-

tiembre añadía una atmósfera de solemnidad. Un nuevo sentido de las cosas y de los seres, hasta entonces olvidado y recuperado de repente, acercaba a los hombres. Todo aquello hubiera parecido ridículo un día antes. Todo Tremecén se había confabulado; todos salían a la calle de común acuerdo; podía pensarse que tuvieran algo muy importante que decirse. Pero seguían esperando a que alguien tomara el primero la palabra. Lo que, naturalmente, no sucedió. ¿Qué quería expresar aquella multitud tan imponente? ¿Por qué estaba allí? ¿Quería protestar contra la guerra? ¿Pero entonces por qué se callaba? Lentamente, alzaba la cabeza, segura de sí misma, de lo que guardaba en su seno, torpe aún pero indómita y poderosa. Los habían inducido siempre a no pensar; y en aquel momento surgía ante ellos su propia aventura, llena de amenazas, oscura y terca; y todos aquellos hombres y todas aquellas mujeres permanecían desnudos ante sí mismos. Habían dejado su corazón a la espera, en reposo. Pero la desgracia los golpeaba, y ellos se despertaban. ¿Cuántos, entonces, se sentían realmente vivos? Aunque aún tuvieran amarga la boca, comenzaban a reír al verse juntos.

Al descubrir aquella masa casi feliz, Omar se olvidó del pan. Aunque se viera lejos de casa, arrastrado por la marea impetuosa, no tuvo miedo y se deslizó en ella, en pleno centro. A pesar de su corta estatura, de su debilidad de niño, se abandonó a la corriente que lo atravesaba y lo llevaba en la misma dirección.

Dejó de ser un niño. Se convirtió en una parcela de aquella gran fuerza muda que afirmaba la voluntad de los hombres frente a su propia destrucción. Todas las calles vertían aquella masa en la plaza del Ayuntamiento. Fue allí donde se reunió todo Tremecén. Miles de pies marchaban con un ruido sordo y cadencioso; sus voces sonaban como una fábrica lejana en plena actividad. Las luces de la ciudad no alumbraban aún, y avanzaban bajo una oscuridad creciente. Ya no reconocían los rostros, aunque caminaban juntos. Entonces las voces se reconocían y se reunían por encima de las cabezas.

—Krimu, ¿estás ahí?

—Sí, ¿y tú?

—Sí, yo también. Estoy aquí.

—Entonces, ¿es la guerra o qué?

—Sí, la guerra.

Y se entablaba una nueva conversación.

—Esto es la guerra, Kader. Desgraciado, ¿qué vas a hacer?

—Pues haré como todo el mundo. Iremos al frente.

—¿Sabes al menos coger un fusil? ¿Qué harás cuando te den un fusil?

—Vendrás a enseñarme tú.

Dos franceses hablaban al lado de Omar.

—Nos la han jugado los muy cerdos con su guerra.

—Ya decía yo que no hacían más que mentir cuando juraban que no habría guerra. Mira que nos habían dicho que se habían puesto de acuerdo en Munich...

—Vamos a tener que apañárnoslas. Ahora nos toca cargar con su guerra.

La ausencia de iluminación parecía tener también un sentido. Sin ton ni son se empezó a atribuir un sentido a todo, unas palabras lanzadas al aire, las farolas que no se encendían, la marcha irregular de la muchedumbre... De modo que, cuando las calles de la ciudad se iluminaron de repente, un ¡ah! salió de todas las gargantas, liberadas de un peso enorme. Aquella noche el alumbrado público se iluminó a la hora de siempre.

Terminaron sintiéndose como en una fiesta; flotaba en el aire una exaltación embriagadora; reinaba la agitación; una gran marea parecía llevar a la gente. Hablaban y reían fuerte.

Omar llegó muy tarde a casa. Cuando lo vio, su madre le preguntó con voz apagada:

—¿Dónde está el pan que has ido a buscar?

¡Vaya! Se le había olvidado por completo. Dónde tengo la cabeza, se dijo. Bueno, otra vez los gritos, los juramentos y los golpes.

Su madre estaba fuera de sí.

—Pero, bueno, dime, ¿dónde estabas? ¿Hasta esta hora por ahí fuera, y nosotros esperando? ¡No sé qué voy a hacer con este perro vagabundo! Vete ahora mismo a buscar el pan. Si vuelves sin él, te aconsejo que no pongas los pies aquí.

—¡Pero sí es la guerra, mamá!

—¿Y es que no se come porque sea la guerra?

No era eso lo que él quería decir. Ella no le entendía. Y él no conseguía formular su pensamiento.

—¡Es la guerra! ¡La guerra!

No pudo articular nada más.

—¿Te has vuelto idiota? Ya nos hemos enterado de que es la guerra.

A pesar de lo avanzado de la hora, las vecinas seguían parlotando.

—Mientras sus hijos y sus hijas se iban al baile y no pensaban más que en arreglarse, el alemán se dedicaba a fabricar armas. Y aquí tienes el resultado.

—¡Qué desgracia, pobre Francia!

—No se merecía esto.

Omar se fue corriendo al horno común a través del laberinto de callejuelas sombrías. ¡Cerrado! Por lo menos eran las nueve de la noche. Sabía dónde vivía el patrón del horno: era al final de un callejón apartado. Pero, así le cortaran la cabeza, no iba a aventurarse allí solo. Omar se plantó a la entrada del pasaje con la esperanza de que algún transeúnte apareciera y quisiera llevarlo hasta allí. Escudriñó la calle con la mirada: nadie. Con voz temblorosa, llamaba a la gente que veía pasar

a lo lejos y lloraba de desesperación. ¿Podían acompañarlo a la casa del patrón del horno? Al fin apareció un anciano que lo cogió de la mano y lo condujo ante la casa de la puerta cuadrada.

Omar tuvo que golpear muy fuerte y durante mucho tiempo antes de que abrieran.

—¿Quién es? —refunfuñó una voz desde el interior.

—Soy yo, Omar.

El patrón refunfuñó:

—¿Ahora vienes a buscar tu hogaza, granuja! ¿Y encima, aquí, a mi casa? Vete al diablo. Ve mañana por ella al horno.

El niño empezó a lamentarse para apiadar a Kaddur. Pero éste le cerró la puerta en las narices sin conmoverse; Omar se lo impidió sujetando el pesado batiente y se echó a llorar desconsoladamente.

—Tío Kaddur, ¡que Alá te proteja! Ven a darme el pan. El buen Dios te concederá una fortuna. ¡Que te lleve a la Meca!

Cuando Omar, agotado ya de tanta súplica, había perdido la esperanza de verlo salir de su oscura guarida, el monstruo acabó cediendo a disgusto a la plegaria del niño.

El chico se apresuraba, con el pan apretado con las dos manos contra su pecho. Las callejuelas solitarias mostraban su cara nocturna. Omar trotaba sin verdadera prisa y ya no sentía ninguna inquietud. Estaba atento a la calma que lo rodeaba como agua apacible. Lo invadía un sentimiento de seguridad. Se encontraba en el interior de un mundo fraternal. Las callejuelas se entrelazaban y desembocaban sin fin unas en otras. Algunas bombillas desperdigadas excavaban en ellas profundos claros de luz. La iluminación incidía violentamente en las casas colocadas de través y producía un contraste de paciencia y misterio. El corazón de Omar se estremeció. ¿De alegría? No sabríamos decirlo. Y sin embargo, era la alegría lo que henchía su corazón de aquella manera: una sensación que lo invadía en luminosas olas. ¿De dónde venía esa felicidad que lo inundaba? La guerra: Omar rememoró aquella multitud que al anochecer anhelaba el alumbrado público, y su alivio tan inmenso cuando de repente la plaza se iluminó. No sabía lo que era la guerra. La guerra... y otras cosas se prolongaban como una alegría secreta en su corazón. Omar siguió la estela de sensaciones que lo conducían al umbral de una tierra desconocida. La atmósfera inusitada de la ciudad aquella tarde aún lo obsesionaba. Tuvo la sensación de haber crecido de repente desde que resonaron los aullidos de la sirena. Aun sabiéndose niño, comprendía lo que era ser un hombre. Pero aquella intimidad imprevista con lo que él llegaría a ser se desvaneció con rapidez. Omar reabrió los ojos a su horizonte de niño. Ya no quería ir hacia aquel futuro envuelto en una oscuridad que ninguna fuerza penetraba.

Llegó ante la puerta de Dar-Sbitar, abierta de par en par, y gritó desgañitándose:

–¡Auixa! ¡Auixa!

La hundida boca de opaca oscuridad se tragó su llamada. Omar esperó.

–¡Auixa! –insistió–. ¿Quieres venir? Estoy aquí.

Pasaron unos segundos, y el niño percibió un ruido ahogado de pies desnudos que corrían sobre el enlosado.

–¡Entra! –dijo su hermana mayor desde el fondo del vestíbulo.

–¡Burra! ¿No oyes cuando te llaman?

–¡Y tú, chiquitita mía, ¿necesitas que te acompañe una mujer?

–¡Basta ya, idiota!

Una risita brotó en la oscuridad como un fuego fatuo. Auixa se burló:

–Mírenlo, pero si sabe mandar. ¡Qué hombre!

Dentro de la casa, Omar se sintió más a gusto: de las habitaciones iluminadas llegaba el bullicioso rumor que animaba Dar-Sbitar a la caída de la noche. Con un empujón brusco y solapado, el chico lanzó a su hermana en medio del patio... Luego voló a su vivienda, descorrió la cortina de la entrada y tendió la hogaza a su madre.

–¡Bastardo! –exclamó Aina.

Sonrió al comprender la ternura que se ocultaba tras el insulto.

Omar se puso en cuclillas con los demás ante la *meida* y observó cómo su madre partía el pan sobre su rodilla.

*La grande maison*, París [Seuil, 1952], Points roman, 1996, págs. 167-179 [Traducción inédita de Inmaculada Jiménez Morell].

## Mouloud MAMMERI, *La colina olvidada*

Las grandes ocasiones, para nosotros, eran la boda de Kou, de Aazi, una *sehja*<sup>38</sup> bien hecha, el final de la cosecha de higos, la apertura de Taasast, nuestra garita; el último discurso del sheik en la asamblea. Pero a nuestro lado también estaban Akli y los neófitos de la civilización y las ideas ilustradas, que se mantenían al tanto de la actualidad. Un día leímos, pasmados, en los grandes titulares de los diarios, que la paz sólo pendía de un hilo y que millones de hombres, descontentos con su suerte y con la intención de mejorarla, iban a abalanzarse sobre otros millones de hombres.

Con la distancia, y a la luz de lo que sucedió después, nuestra despreocupación de entonces me parece ahora insensata y pueril. Después de leer el periódico, Akli informaba de las noticias a Davda. Para conmover la imaginación de su esposa, dramatizaba sin esfuerzo una situación que no necesitaba de su ayuda para ser trágica. Davda salía inmediatamente al patio común de nuestra casa y, en medio de todas las mujeres reunidas, reconstruía a su manera, oscureciéndolo un poco más, el cuadro que Akli acababa de bosquejar. Afectaba impasibilidad, explicaba cosas que no comprendía, se acaloraba, se transportaba con el sonido de su propia voz, con esas miradas que se fijaban con ansia, inventaba detalles que se le ocurrían en la excitación del momento:

—Habrán tal cantidad de aviones. El administrador de Michelet ya ha dado la orden de construir casas bajo tierra.

Y ninguno de sus bellos rasgos se alteraba cuando precisaba:

—Todos los hombres se marcharán, todos. Sólo quedarán los viejos, los niños y las mujeres. ¿Cómo haremos para trabajar la tierra?

Las mujeres escuchaban primero con la boca abierta, luego cada una daba su opinión, sus impresiones, y la conversación se generalizaba.

Esto se prolongaba cada día hasta bien entrada la noche.

Para esas campesinas que no habían ido más allá de Aourir, la aldea vecina, para quienes incluso la colina de Icheriden era un mundo lejano, la guerra, con todos esos nombres de países nuevos, se había convertido en una maravillosa historia que, gracias a Akli y a Davda, continuaba cada noche.

Por eso todas consideraban a Baba Ouali, el tío Ouali, un aguafiestas. Cada noche, cuando estaban a punto de dispersarse, el ciego entraba en la mezquita, precedido por el ruido vacilante de su bastón en el suelo. Cada noche ellas le pedían

---

<sup>38</sup> Palabra bereber que designa un coro de jóvenes.

noticias, con la secreta esperanza de que él, el hombre, iba por fin un día a anunciar el gran evento, y cada noche, invariablemente, él respondía lo mismo.

—¡Que Dios lo aparte de nosotros! Si todavía hay santos para velar por nosotros, nuestros jóvenes no se marcharán. Vosotras os quedaréis con vuestros maridos, vuestros hermanos y vuestros hijos.

—Baba Ouali, se dice que Hitler es un ogro, un diablo, que todos los alemanes están listos a morir por él como los combatientes de la Guerra Santa.

Esas palabras, que pretendían ser un anatema, reflejaban en realidad su admiración por el hombre cuyo genio tenía la capacidad de trastocar a tal punto el mundo entero.

—¡Maldito sea! ¿No puede Dios enviarle un mal que acabe con él?

Y todas se iban decepcionadas. ¿Qué interés tenía el entrometido ese en interrumpir la trama de una historia tan apasionante? ¿Y qué podía saber él, con lo ciego, viejo e ignorante que era? Akli, por el contrario, leía los diarios.

De todas formas, sólo se hablaba de eso, las mujeres en la fuente, en los caminos, los hombres en la plaza pública, en los cafés, en los mercados. Por distintas razones, y por una extraña inconsecuencia en esos hombres y mujeres que sólo tendrían que sufrir las ruinas de la guerra, la esperaban casi con júbilo. Finalmente un gran evento, esencial porque era cuestión de vida o muerte, general porque involucraba a todo el mundo, iba a quebrar la monotonía de vivir. Como si todos estuvieran cansados de esperar cada día aquello que habían vivido el día anterior, aceleraban con el peso de su consentimiento, expreso o implícito, la carrera desesperada hacia la solución estúpida. Por lo demás, todo los conducía a eso: el lavado de cerebro de la prensa, de la radio, de los chismes en un principio cuidadosamente calculados, la miseria. ¿Esa pusilanimidad y esa indigencia, que desde hacía años azotaban a Tasga y a todas las otras aldeas de la montaña, encontrarían ahí su remedio? Si no la deseaban, todos habían llegado al menos al punto de esperarla vagamente.

Efectivamente, desde hacía tiempo nuestro poblado sufría de una extraña e inasible enfermedad. Estaba en todas partes y en ninguna, parecía desaparecer algunos meses, luego se restablecía brusca, terriblemente, como para recuperar el breve momento de tregua que nos había dado. Habíamos intentado todos los remedios; no había nada que hacer, sobre todo porque nadie conocía exactamente la causa del mal, a qué santo habíamos ofendido, cuándo los jóvenes se habían pasado de la raya o los viejos hecho en la asamblea falsos razonamientos y tomado decisiones injustas.

Durante dos años seguidos todos los manantiales se secaron, y tuvimos que ir a buscar el agua bien abajo, en el valle. El granizo había quemado el trigo en ciernes, se habían apagado en un mismo verano cuatro incendios, con algunos días de intervalo, en el bosque de Ifran. Los niños ya no se peleaban, se sentaban en cír-

culo en la plaza, como los viejos, y hablaban de coches o del precio de las mercaderías; no jugaban, como nosotros en otra época, a los chacales, los jabalíes, a los arriesgados juegos que nos llevaban hasta Aourir y más allá. Nunca hacían batallas de piedras, y los viejos que nos las prohibían, por las heridas y los estragos que los dos grupos provocaban en los campos, terminaron por lamentar que ninguna banda derribara las mieses en su raudal correteo. Nacían tantos niños como antes, pero sobre todo niñas; había también muchos muertos, pero eran más bien los varones los que morían. Un viento maléfico soplabá sobre Tasga; todos los viejos recordaban haber salido con la cabeza descubierta bajo la nieve; a nuestro zapatero le alcanzó con permanecer bajo el viento del norte el tiempo de herrar a su asno para que tuviéramos que enterrarlo al día siguiente. Un hombre tan bueno que arreglaba nuestros zapatos por casi nada.

Pero lo más grave no era eso; lo más grave era esa tristeza que rezumaban las paredes, esos asnos lentos que bajaban la pendiente de Takoravt, el cementerio de Tasga; esos bueyes somnolientos, esas mujeres cargadas que parecían realizar sin ganas una tarea insípida para la que tenían todo el tiempo del mundo: parecían tener frente a ellos la eternidad, por eso no se daban prisa. Al verlos tan indiferentes a la dicha, parecía que los hombres y las mujeres ya no esperaban nada.

Además, muchos jóvenes se marchaban a Francia, adonde iban a ganar dinero; la tierra no alcanzaba para satisfacer todas las necesidades. Nuestros abuelos tenían la mitad de necesidades y el doble de tierra que nosotros. Entonces todos se marchaban. La cosa había comenzado con los dos hijos del zapatero, después de la muerte de su padre; luego se fueron Mebarek, Ouali, Ali, después Idir, pero de él no se podía decir nada, seguramente no era por trabajo que se había ido, y ni siquiera sabíamos si volvería.

Entonces las calles, vaciadas de los grupos ruidosos, salvajes y alegres de todos esos jóvenes que se iban a ganar dinero, se volvieron pulcras y frías. Las muchachas, a quienes ya nadie esperaba en las plazas, transportaban el número exacto de cántaros que necesitaban, mientras que antes pasaban tantas veces que, como decía Ouali, debían de verter el agua en tinajas agujereadas; ahora caminaban con lentitud y en calma, y sólo iban a las fuentes más cercanas, cuando antes reían y se desviaban e iban a buscar el agua al otro extremo de la aldea. Las fuentes y los caminos, privados de las risas y los juegos de esas muchachas, se habían vuelto austeros y serenos como los razonamientos de los sabios.

Por otra parte, había demasiadas muchachas, tantas que ya era preocupante. Nunca se había visto tantas en Tasga, porque los jóvenes ya no se casaban. Al igual que los *iroumien*, los europeos, decían que primero tenían que ganar dinero suficiente para dos; creían, los impíos, que del trabajo de sus brazos saldría el alimento para sus hijos; ignoraban que es Dios el que provee y Dios el que empobrece.

Nuestros sabios abuelos se casaban primero, pues sabían que es una necesidad natural y un deber hacia Dios y a la ley del profeta, y luego trataban de satisfacer las necesidades de la casa, porque Dios es clemente y misericordioso.

Pero no era sólo eso. Las discusiones en la *tajmait*, la asamblea del pueblo, se habían convertido en un largo diálogo entre el sheik y mi padre. Ya no había en Tasga un orador capaz de hablar largamente y con dignidad. Los viejos, porque después del sheik y de mi padre no tenían nada que decir; los jóvenes, porque eran incapaces de pronunciar un discurso correcto en bereber. Cuando por casualidad uno de ellos tomaba la palabra, se veía inclinarse una tras otra las cabezas barbadas y ajadas de los viejos, sentados en línea sobre las baldosas del fondo. Un malestar los envolvía a todos, porque los discursos de los jóvenes se parecían a las conversaciones de los tenderos: secos, fríos, sin orden, sin citas, sólo apuntaban a la solución de un pequeño detalle en particular, su palabra preferida era "Imoufid", lo mínimo: ¿qué podía esperar la asamblea de esas arengas que buscaban abiertamente lo mínimo?

Era como si sid Hand-ou-Malek, el Santo que velaba desde hacía casi cuatro siglos por nuestra aldea y nuestra tribu, hubiera perdido interés en nosotros. Se sentía por todas partes una especie de degradación, de cansancio de vivir, y de no haber sido por el respeto que se le debía al ancestro amado por Dios, habríamos podido preguntarnos si la *baraka*, la bendición del gran santo, no permanecía muda ante los rezos de nuestros morabitos, como si ya no nos amara; sorda, como si no oyera nuestras voces.

Es cierto que habíamos hecho todo para merecer esa maldición. ¿Acaso el chalán de la aldea no había tenido la audacia de proponer a la asamblea la supresión de Timechret, el sacrificio de corderos o de bueyes que la aldea entera hacía a comienzos de la fiesta del Aid, a principios de la primavera? "Cuesta demasiado caro, y ¿para qué sirve?" Incluso un falso *taleb*<sup>39</sup>, recién llegado de la Universidad de El-Azhar de Cairo, había dicho que era pecado en nuestra religión, pero Dios lo perdona por haber emitido esa blasfemia, es tan joven.

Sin embargo, la mayoría de los hombres de la aldea tenía la misma opinión. El último argumento había arrasado con los últimos escrúpulos: "¿Para qué sirve?" Al final de la arenga del chalán, el murmullo de aprobación había sido tan intenso que el sheik, sintiendo que perdía la partida, había levantado la sesión antes de tomar cualquier decisión: se decidiría en la próxima reunión; mientras tanto esperaba a que Dios esclareciera a los ciegos.

—Lo resolveremos después, dijo, si Dios quiere. Mañana será otro día.

Y de eso les hablaba incansablemente a mi padre y a todos los viejos.

---

<sup>39</sup> Estudiante en una escuela coránica.

—Haremos el Timechret este año, les decía, este año y todos los años que vendrán antes de mi muerte; luego, después de mí, que los pobladores de Tasga hagan lo que está escrito que harán [págs. 28-35].

Fui asignado al primer batallón de francotiradores en Blida, junto con Menach y Medclour. Ouali debía unirse al séptimo en Setif, pero el caíd no pudo siquiera transmitirle la orden de llamada, dado que Ouali no se presentaba desde hacía rato, al menos ante el caíd.

Por lo demás, había abandonado la montaña, y desde hacía algunos días seguía hacia el sur las tribulaciones del buhonero Ouelhadj.

Todo eso lo supe más tarde, cuando volví de Túnez. En efecto, poco tiempo después de nuestra llegada a Blida, fuimos conducidos hacia el este, donde los norteamericanos trataban de vencer a las tropas de Rommel.

Yo estaba en el comando de compañía. Calzados con alpargatas de paisano, vestidos con pantalones bombachos franceses, chaquetas mitad francesas, mitad americanas, con casco, gorro o fez, según los individuos y los azares del abastecimiento, mis ametralladores exhibieron valientemente su miseria durante tres meses contra las tropas del Afrikakorps. Comíamos cuando podíamos y donde podíamos, salvo cuando una feliz casualidad nos conducía al mismo sector que una unidad americana: entonces los hombres robaban lo que no les daban, y yo tenía que hacerme el desentendido ante ciertos pertrechos súbitamente afectados por una inexplicable corpulencia.

En total sólo perdí a dos hombres, un tío larguirucho y bronceado del Sur, que murió tratando de salvar su arma, y un cabo primera que, para compensar algunas indelicadezas, condujo voluntariamente una patrulla de la cual no regresó. Tanta era la indigencia de los francotiradores que al cabo de tres meses hubo que retirar el batallón entero para volver a equiparlo más decentemente. Volví rendido; mi silueta había menguado durante esos tres meses.

Iba vestido a la manera americana de la cabeza a los pies, tras haber obtenido de un oficial norteamericano una vestimenta entera a cambio de una botella de coñac.

A mi regreso, nada había cambiado. Los paisanos hablaban de la campaña de Túnez, según sus simpatías confesas o secretas, como se sigue un partido de bridge. En ningún momento pareció que estuvieran al tanto de que la guerra se hace con muertos, y mis compañeros y yo terminamos por preguntarnos si no éramos nosotros los que soñábamos [págs. 148-150].

**UAM**  
  
 Ediciones

## Hélène CIXOUS, *Mi argeliancia*

Mi mente nació con el pensamiento de que yo habría podido nacer en otra parte, en uno de los veinte países donde había aterrizado un fragmento vivo de mi familia materna que había estallado en el campo de minas nazi. Con el pensamiento del azar, del accidente, de la caída. La lluvia de átomos de Lucrecio, lloviendo el átomo de mi madre había encontrado el átomo de mi padre. La molécula extraña desprendida de la nube negra del norte había aterrizado en África.

En la tierna niña sonriente y feliz que yo era escondía (a los demás y a mí misma) a una niña secreta, inquieta, clandestina, que en verdad sabía bien que había nacido en otra parte. El sentimiento confuso de haber surgido aquí por azar, de no ser de ningún aquí por herencia o por descendencia, la sensación de ser un frágil champiñón, una espora eclosionada en una noche, que se mantiene en la tierra solamente por tempranas y frágiles raíces. Otro sentimiento en la sombra, la certeza nunca mermable de que “los árabes” eran los verdaderos vástagos de este suelo polvoriento y perfumado. Pero cuando andaba descalza con mi hermano por los calientes caminos de Orán, sentía la planta de mi cuerpo acariciada por las palmas acogedoras de los ancestrales muertos del país, y el tormento de mi alma se apaciguaba.

### DOS CEMENTERIOS

El camino para ir al instituto pasaba por delante del cementerio del Boulevard Bru. El cementerio católico. El resumen historial concreto de nuestra accidencia en Argelia. Noviembre el mes más cruel: nos bajábamos en la parada del cementerio, cargadas de enormes crisantemos dorados y de las últimas dalias, victorias póstumas de mi padre quien apresuradamente había plantado un jardín magnífico, y que después murió. Vivíamos de estas plantaciones del muerto. Comíamos estas legumbres y de estos frutos que había preparado para nosotros.

Pero lo peor eran las flores. Las vendíamos.

Humillados furiosos dóciles las transportábamos como condenados. En la entrada del cementerio las vendedoras españolas vestidas de luto católicas de flores para tumbas de los muertos enemigos. Como salidas de un cuento de Hoffmann, palpaban las cabezas de los crisantemos dorados y nos pagaban cien céntimos. Y

teníamos tiempo mientras huíamos de oír las revender en el acto nuestras flores convertidas en mercancías a cien céntimos multiplicados por diez a las viudas católicas. ¡Vender flores! Aquí murió nuestro sentido del comercio. Pero el verdadero cementerio, el judío, llamado además Saint-Eugène, estaba al otro lado de la ciudad. Allí dejé a mi padre mezclar su polvo con este polvo, tributo devuelto a una tierra de préstamo.

Dejar tras de sí la tumba de su padre: por el polvo me llega una especie de pertenencia invisible a una tierra a la que estoy unida por mis átomos sin nacionalidad. A causa del fantasma de mi padre no puedo apatriarme en ninguna parte. Una abandonancia retiene mi memoria sobre las alturas invisitadas de Argel.

#### PASAPORTE

No puedo mirarlo sin temblar por el hecho de ser desenmascarada, pues es una falsificación, desde siempre. Mentira, falsificación, falsificación de documento, a pesar mío con mi consentimiento.

Es este verbo ser el que me ha molestado siempre. ¿Qué es usted? ¿Es francesa? ¿Quién soy? Y responder con una palabra o una cruz en la casilla, cuando necesito cien o un espacio en blanco.

Ser francesa, y no un francés en el árbol genealógico es seguramente el milagro más hermoso pero depende del árbol como una hoja amenazada por el viento.

En mi fuero interno yo misma nunca creí en ello, y confieso incluso no haber pensado nunca en desearlo ni por supuesto rechazarlo.

Y sin embargo tengo que decirlo, en la caída incontrolable de la que soy el resultado tengo el sentimiento de haber caído bien. Y además, como si hubiera para mí una fatalidad de felicidad, por no haber dejado de caer bien y también justo a tiempo, justo ante el abismo o ante la muralla de prisión.

Bien caída: esto depende también de una apertura geográfica y simbólica de Francia, un país que siempre me pareció poseer una porosidad –país de orillas marinas y viajeras–, que escapa por suerte de las estructuras enclavadas de la Mitteleuropa por ejemplo, país atravesado, recorrido, invadido, mestizado, país de puertos, y en absoluto recluso, ni replegado. He gozado de la *pasaporosidad* francesa.

LA PARADOJA DE ESTE PASAPORTE: TENERLO ME ENCERRÓ SIEMPRE EN UN DOUBLE-BIND

Por un lado afirmar “yo soy francesa” es una mentira o una ficción.

Por otro decir “no soy francesa” es una falta de cortesía.

Y de gratitud debida a la hospitalidad. Hospitalidad agitada, intermitente del Estado y de la Nación. Pero la hospitalidad infinita de la lengua.

No hay coincidencia entre los papeles y el sentimiento íntimo.

Mi historia está presa en una doble memoria contradictoria:

—por un lado a mi familia alemana instalada en Estrasburgo a principios del siglo XX, le fue otorgada por la Francia victoriosa de 1918 una nacionalidad francesa que entonces no le impidió regresar precipitadamente “a su casa” de Alemania y que posteriormente se manifestó saludable para mi madre y para mi abuela, cuando la muerte se adueñó de Alemania como dijo Celan;

—por otro lado la misma Francia si es la misma —cuyo gesto salvaba in extremis a mi abuela en 1938— nos excluía en 1940 de la ciudadanía francesa y nos privaba de todos los derechos civiles, empezando por mí por el de ir a la escuela, y en lo que a mi padre respecta el de ejercer la medicina que en 1939 acababa, sin embargo, de ejercer en el frente tunecino en el Ejército francés.

Ni Francia, ni Alemania, ni Argelia. Sin remordimientos. Es una suerte. Una libertad, una libertad incómoda, insostenible, una libertad que obliga a soltar la presa, a elevarse, a batir las alas. A tejer una alfombra voladora. *No me he encontrado bien en ninguna parte.*

## GUERRAS

África del Norte era un teatro árido y perfumado, sal, jazmín, azahares, en el que se representaban obras violentas.

La escena era siempre la guerra, no se hacía más que cambiar de guerra, por encima del Tell rosa y oscuro el arco iris era azul-blanco-rojo.

Vivimos siempre inmersos en los episodios de una Argeliada brutal, arrojados desde que nacimos a uno de los campos vulgarmente labrados por el demonio de la Colonialidad. Decían: “los árabes”; “los franceses”. Y éramos representados a la fuerza en la obra bajo una falsa identidad. Campos-caricaturas. Las máscaras mantienen los discursos arquetípicos que acompañan, como los tambores a las batallas, a las oposiciones decididas.

El Coro de los franceses lanzaba al unísono que los árabes eran: sucios-perezosos-ladrones-incapaces.

Era el reino de la injuria y del apóstrofe.

Los personajes eran reagrupados étnicos simplificados y purificados, decían: los árabes y los franceses, y también los judíos y los católicos (ni bereberes) (ni protestantes). Pero en nuestras familias preocupadas por el prójimo se utilizaban palabras pronunciadas encima del fango y del arroyo: “israelitas”, “musulmanes” o “indígenas”.

Ni antonomasias, ni eufemismos.

El sustantivo "argelino" ha nacido hace muy poco. *Antes, "argelino" no era más que un adjetivo.*

Durante la guerra (la guerra ordenaba cualquier pensamiento, como el pivote del tiempo: se pensaba antes-de-la-guerra, durante-justo-después-después-de-la-guerra) la palabra que empieza por "j" no se decía era una palabra prohibida, peligrosa maldita como la palabra "pederasta" en *Sodoma y Gomorra*.

Mi madre, en la calle, bajo el doble efecto de la Alemania nazi y de la Argelia de Vichy no decía nunca la palabra judío. Ingenua, decía es una J. Exorcismo. Tabú. He conocido los sutiles venenos de lo prohibido: las prohibiciones se prohíben a ellas mismas. Se automutilan. Ya no quedaba de nosotros más que la letra J. J se convirtió en mi primera letra preferida: yo decía "je" con energía [...].

#### EL NOMBRE DE CIXOUS

Mi apellido salvaje erizado sexual no limpio cortante como un higo chumbo, vulnerable, embestido, bárbaro.

¿Qué es este apellido? ¿Qué hay en un apellido?

Hoy aún la forma en que lo tratan estropeándolo las reacciones, las proyecciones, las deformaciones. Un apellido imposible. Y algo en o desde la lengua francesa que lo hace impronunciable e inortografiable: incluso dictado es inaudible e inaceptable. Apellido no-francés. Un apellido bárbaro, extraño, y desconocido. Sin origen. Ni francés, ni siquiera judío. Un patito feo entre los patronímicos judíos de Argelia. Un apellido peor que judío, o incluso más judío que un apellido judío familiar. Una especie de "apellido encontrado". Un anónimo casi. Incluso los judíos de Argelia no saben qué hacer con él. *"Un apellido enrevesado"*. Yo soy una enrevesada. Una noche mi hermano se subió al tejado. Desde allí se veía la pequeña iglesia nueva construida junto a las chabolas árabes, para burlarse de él. Un cura joven salió rodeado de sus fieles franceses. Los franceses gritaron. ¡*Sucio judío!* al ver a mi hermano en su propio tejado, me dijo mi hermano. El cura se reía.

Hasta que lentamente muy lentamente atravesando nuestros asombros llegó un rumor a mis oídos: un día alguien me dijo: "Cixous es un apellido árabe". ¿Árabe? Después el rumor desapareció. Para reincidir con firmeza: unos amigos bereberes reconocían al patito bárbaro. Cixous, es, dicen, un apellido de tribu berebere.

Cómo, por qué historia de amor, de conversión, de guerra de pasión, mi familia antaño española era fue o se convirtió o dejó de ser berebere, sólo el olvido lo sabe.

He estado a punto de sacrificarlo: cuando mi primer libro iba a aparecer, me aconsejaron un apellido menos apotropaico. Pensé en Jonas, el apellido de soltera de Omi.

Me serené: mi apellido, mi nariz demasiado grande demasiado aguileña, mis prominencias. Mis trazos excesivos. In extremis renuncié a renunciar a mis marcas. De lo que me guardé, conservando mi apellido y mi nariz era de la tentación de renegar.

#### IMPRESIONES, HUELLAS, ESPEJOS

Podíamos no ver, no haber visto nunca nada no ver la miseria, no ver a las mujeres, no ver a los sifilíticos y a los tuberculosos el pus y los esputos.

Para mí era el país de los ojos: nos enviábamos miradas, veíamos, no podíamos no ver, sabíamos y se sabía que lo sabíamos que se sabía, estábamos desnudos, éramos denunciados, amenazados, nos lanzábamos dardos, nos observaban. Era el país del otro, no el semejante. El otro: me predice, me previene, me prevé, me advierte, me altera. Me impresiona, como decía Montaigne. *“Yo distingo el mal que estudio y lo tumbo en mí” (De la force de l’imagination, I, 21)*. En cuanto bajaba a la calle agarraba Argelia.

Yo era miope, pero carecía de ceguera. Me hubiera gustado no ver. Era imposible. La angustia ajena me perfora. Estaba sorprendida, herida, marcada, tanto en sentido propio como en sentido figurado, llena de cicatrices.

Me hubiera gustado no ver a los mendigos, a los niños harapientos, a los ciegos, a los lisiados pero los veía y me obsesionaba.

El gusto amargo de mi merienda que ese niño árabe me reclamaba y comer fuera sin compartir era imposible.

Pero la verdad es que yo no compartía: amortizaba sin parar los intereses de una deuda enorme e interminable, no había don, solamente la infame impotencia del niño que tiene una casa y una cartera.

Argelia ha sido siempre lo imposible.

Siempre me ha gustado lo imposible.

[...] No he perdido Argelia porque nunca la he tenido, y nunca he estado. Padecía porque ella se perdió para sí misma, separada de sí misma por la colonización. Si alguna vez me identifiqué con ella fue por la rabia de verse herida, amputada, humillada. Siempre he vivido Argelia con impaciencia, como que debía regresar a los verdaderos propietarios. ¿Francia? No la conocía no conocía allí a nadie. Mi familia judía alemana había emigrado a veinte países diferentes excepto a Francia.

Yo era una francesa sin Francia y era la primera de la familia en tomarla por objetivo o por recurso. Mi hermano se creía argelino futuro y para la eternidad. ¿Pero qué quiere decir Francia para nosotros judíos de Argelia que hemos conocido la extraña aventura de ser expulsados, in situ, capturados y prohibidos por las leyes antisemitas de Vichy en 1940? En 1941 en Orán mi madre me llevó a mi primera escuela que era grande como un comedor. Era además un comedor, el de la Señora Bentolila, que los judíos del barrio enseguida llamaron escuela cuando fueron excluidos por Vichy de la ciudadanía francesa, de la educación, de la profesión, de todo. Aquí éramos semejantes en despojamiento a los árabes, ¿fuimos conscientes de ello? Fue en la escuela-comedor judía des-afrancesada donde tuve mis primeros éxtasis francolingüísticos. [...]

#### PASANCIA

Que una criatura con un alma pueda para siempre permanecer bajo el yugo no lo creía. En la primera ocasión, cuando ella tuviera 18 o 19 años, como mi madre al abandonar la Alemania nazi, Argelia iba a levantarse y afirmar su propio destino, nunca lo dudé.

Algo extraño que coincidió con mi propia cronología. En 1954, Argelia y yo, nos largamos el mismo año. Yo lo esperaba, lo sabía, era el movimiento mismo de la vida.

Consideré la salida como un nacimiento, como una metamorfosis: dejar caer los simulacros, errores, penas y penalizaciones. Motivada por mi propio impulso.

Fui hacia Francia, sin pensar en que allí podría llegar. Una vez en Francia no estaba allí. Me percaté de que nunca llegaría a Francia. Nunca había pensado en ello. Al principio me quedé confusa, extrañada, había querido tanto irme que debí pensar vagamente que irme llevaría a llegar. Al igual que comenzar llevaría a terminar. Pero en absoluto. Todo no ha hecho nunca más que partir y comenzar. En un primer momento de ingenuidad es muy extraño y difícil no llegar allí donde se está. Durante un año sentí que el suelo temblaba, que las calles me rechazaban, estaba enferma y en estado criollo. Hasta el día en que comprendí que no hay peligro, solamente dificultades, en vivir en las chabolas sin cuidado. Durante mucho tiempo pensé que era mi accidencia argelina lo que había hecho de mí una pasante. No sé cómo y cuándo todo esto comenzó pero fue "llegando" a Francia sin llegar y sin encontrarme allí cuando descubrí: mis diversas posibilidades genealógicas e históricas se pusieron de acuerdo para que yo permaneciera pasante, de forma para mí original soy siempre pasante, en pasancia. Me gusta además la forma progresiva y las palabras que terminan en *-ancia*. Aunque sí me he dirigido hacia Fran-

cia sin desconfianza es quizá a causa de esta terminación la que da al participio presente su oportunidad.

Partir (para) no llegar de Argelia, es también, incalculablemente, una forma de no haber roto con Argelia. Siempre me he regocijado de haber sido salvada de toda "llegada". Quiero la llegada, el movimiento, lo inacabado en mi vida. Es también sobre partir sobre lo que escribo. Me gusta la frase: llego, su interminable y sutil mesianicidad. La palabra mesianicia me viene desde Argelia.

"Mi Argeliancia" (trad. M. Peñalver Vicea), *Revista de Occidente*, 234, Noviembre de 2000, págs. 120-147.



II.

Con sus pijamas de algodón amarillo, Lakhdar atrae a muchos internos burlescos; hacen el mismo efecto que sus camisas de rayas, sus dos pantalones de cutí, su caja con el enorme candado, lleno de higos secos, mientras que sus vecinos del dormitorio se tragan, sin saborearlos, sus *marrons glacés*, y Mustafa rompe furiosamente los papeles de plata que Lakhdar quiere coleccionar.

*Indépendance de l'Algérie*, escribe Lakhdar, con su navaja, sobre los pupitres, sobre las puertas.

Lakhdar y Mustafa abandonan el círculo de la juventud para ir a buscar banderitas.

Los campesinos están preparados para el desfile.

—¿Por qué diablos se han traído a sus animales?

Obreros agrícolas, obreros, comerciantes. Sol. Mucha gente. *Alemania ha capitulado*.

Parejas. Cervecerías abarrotadas.

Las campanas.

Ceremonia oficial; monumento a los caídos.

La policía permanece a distancia.

*Contra-manifestación popular*.

Ya está bien de promesas. 1870. 1918. 1945.

Hoy, día 8 de mayo, ¿es realmente la victoria?

Los scouts desfilan delante, detrás van los estudiantes.

Lakhdar y Mustafa marchan uno al lado del otro.

El gentío aumenta.

De cuatro en cuatro.

Ningún transeúnte se resiste a las banderitas.

Las autoridades reciben empujones.

El himno comienza en los labios de los niños:

*De nos montagnes s'élève*

*La voix des hommes libres*<sup>40</sup>.

---

<sup>40</sup> De nuestras montañas se eleva / La voz de los hombres libres (canción revolucionaria argelina).  
(N. del t.)

Mustafa se encuentra en el centro de un ciempiés inatacable.

Con tantos bigotes, con tantos pies con callos, uno puede mirar por encima del hombro a los colonos, a la policía, al gallinero que emprende la huida.

Un agente de seguridad, escondido a la sombra de un arco, dispara a la bandera.

*Metralla.*

Las autoridades flotan.

Han dejado desarmar a los manifestantes en la mezquita, por el comisario, ayudado por el muftí.

Sillas.

Botellas.

Ramas de árboles cortadas al paso.

Las autoridades quedan enterradas.

*¿Contener al pueblo en su primera manifestación masiva?*

El portaestandarte se desploma.

Un antiguo combatiente empuña su clarín.

*¿Es la diana o la guerra santa?*

Un campesino da un tajo con su sable en el hombro de un estudiante sin tocado, confundiendo con un europeo.

Mustafa tira su corbata.

El alcalde francés es derribado por un policía.

El dueño de un restaurante cae rodando dentro de su *burnous* enrojecido.

*Lakbdar y Mustafa quedan separados en la desbandada.*

Ya sólo quedan tres estudiantes alrededor de Mustafa; una vieja judía tira a uno de ellos un tiesto de flores, más bien para alejarle de la ventana, no para darle; los últimos grupos ceden el sitio a los nidos de ametralladoras; el ejército corta la avenida central, disparando hacia los harapos; la policía y los colonos operan en los barrios populares; ya no queda ninguna puerta abierta.

Son las diez.

Todo ha ocurrido en unos minutos.

El autocar de X..., medio vacío.

Mustafa se alza.

El sueño de infancia realizado: Mustafa está al lado del chofer; un gendarme musulmán ha subido a su lado:

–Póngase cerca de la puerta –ha sonreído el gendarme.

Mustafa está encantado.

No ve que la gorra del gendarme está agujereada por una bala. *Es peligroso asomarse al exterior*, dice el chofer; pero el campo está desierto; el autocar se queda vacío hasta el pueblo. El teléfono está cortado. *Los campesinos se desplie-*

gan. Metralla. Los primeros que caen son los partidarios de Ferhat Abbas; un redactor del tribunal, un escribano público; el comerciante que llevaba la tesorería se ha suicidado; los senegaleses han irrumpido en el norte del pueblo; las mujeres han sido violadas; los saqueos han sido sugeridos por los colonos, organizados en milicias armadas, en cuanto se ha tenido conocimiento de los acontecimientos de Setif.

El administrador trata por todos los medios de mantener el orden. Los colonos y sus esposas suplicantes quieren terminar con esto.

El administrador cede al comandante de los senegaleses.

Los campesinos son ametrallados.

Dos fugitivos son fusilados a la entrada del pueblo.

La milicia establece la lista de los rehenes.

El abogado Gharib es nombrado instigador.

Sol todavía alto.

13 de mayo.

*Mustafa va a visitar a los dos fusilados.*

Toque de queda.

Gritos de cigarras y de policías, dando escolta a los sospechosos, a patadas.

Los cuerpos quedan expuestos al sol.

### III. *Diario de Mustafa* (continuación)

Trepé por un talud donde solía sentarse Mónica, con las hijas de los gendarmes.

Había en la carretera, contemplando a los fusilados, el guarda rural y la señora N..., su inseparable esposa, a quien todo musulmán había venido a saludar militarmente desde el 8 de mayo.

Con ellos se encontraban B..., guardián de la prisión; R..., uno de mis compañeros de clase; el electricista F... y su mujer, padres de Mónica.

Oía perfectamente su conversación.

F...: ¡Hay que ver lo mal que huelen!

Señora F...: Por favor, que me dan ganas de vomitar.

F...: Claro, vosotras, las mujeres... Yo ya me he visto con otras. Sólo en la Marne, había que ver la de alemanes y franceses por los suelos.

Señora N...: Pero no eran árabes. Éstos, cuando están vivos, ya huelen que apestan. Con mayor razón cuando están muertos...

B...: Se creen que el ejército está hecho para lo perros.

F...: Esta vez, ya se han enterado.

*N...*: ¿Crees tú? Te digo que éstos vuelven a empezar. No han sabido cogerlos como es debido.

*Señora N...*: ¡Dios mío! Si Francia no se ocupa de esto, no seremos nosotros quienes podremos defendernos.

*F...*: Francia está podrida. Que nos armen y que nos dejen a nosotros. Aquí no se necesita la ley. Sólo conocen la fuerza. Les hace falta un Hitler.

*Señora F...*, acariciando a *R...*: ¡Y decir que van a la escuela contigo, hijo mío! Claro, ahora se lo saben todo...

*R...*: ¡Huy, pero la cosa va a cambiar! Antes, se tenía miedo. Son muchos en mi clase; somos sólo cinco franceses, sin contar a los italianos y a los judíos.

*Señora F...*: ¡Cuidado, hijo, que son unos salvajes!

*Señora N...*: Si supieran lo que he llorado por estos inocentes. Si yo tuviera un hijo, me volvería loca.

Me fui del talud, tan exaltado que me encontré en pleno centro de la carretera, apresurándome, sin más precauciones.

Mi padre "tomaba el sol" ante la puerta. Saludaba a soldados invisibles... Toda la noche se ensañó conmigo: estaba yo loco, me creía más listo que los demás, haría matar a mis padres, etc. Mi madre lloraba. Los reproches aumentaron después del toque de queda, cuando una bala de mosquetón rompió la cabeza de la loca del pueblo, joven famélica y solitaria... La mataron muy cerca de nuestra casa, yendo a la fuente.

Me detuvieron a la mañana siguiente (13 de mayo)

*Nedjma* (trad. M.<sup>a</sup> del C. Muley), Barcelona, Planeta, 1970, págs. 212-216.

## Mohammed DIB, *La casa grande*

En cuanto se acoplaron en sus pupitres, el maestro anunció con voz estentórea:  
—¡Moral!

Lección de moral. Omar aprovecharía la ocasión para comerse el pan que llevaba en el bolsillo y que no había podido dar a Chaqueta-caqui.

El maestro dio unos pasos entre las mesas; el rumor sordo de las suelas sobre el parqué, las patadas a los bancos, las llamadas, las risas y los cuchicheos se desvanecieron. La calma invadió la clase como por encanto: los alumnos contenían la respiración transformándose en santones maravillosos. Pero a pesar de su inmovilidad y aplicación, flotaba una alegría ligera, aérea y danzante como un rayo de luz.

Don Hassan, satisfecho, se dirigió a su mesa, donde hojeó un grueso cuaderno. Proclamó:

—La Patria.

La noticia fue acogida con indiferencia. No comprendieron. La palabra permanecía en el aire, balanceándose.

—¿Quién sabe lo que quiere decir Patria?

Un ligero alboroto perturbó la calma de la clase. La vara golpeó sobre un pupitre devolviendo el orden. Los alumnos buscaron a su alrededor, sus miradas se pasearon por las mesas, las paredes, las ventanas, el techo y la cara del maestro; era evidente que no estaba allí. Patria no estaba en clase. Los alumnos se observaron. Unos cuantos permanecían indiferentes y esperaban plácidamente.

Brahim Bali levantó el dedo. ¡Mira éste! ¿Se lo sabe? Claro. Repetía curso y estaba enterado.

—Francia es nuestra madre Patria —balbuceó Brahim.

Su tono nasal era el que los alumnos adoptaban durante la lectura. Al oírlo, todos chasquearon los dedos, ahora todos querían hablar. Sin permiso, repitieron a cual mejor la misma frase.

Omar amasaba una bolita de pan en la boca sin mover los labios. Francia, capital París. Eso lo sabía. Los franceses que se ven en la ciudad vienen de allí. Tanto para ir como para volver, hay que atravesar el mar, coger el barco... El mar: el mar Mediterráneo. No había visto nunca el mar ni un barco. Pero sabe: una extensión muy grande de agua salada y una especie de tabla flotante. Francia, un dibujo en colores. ¿Cómo ese país tan lejano va a ser su madre? Su madre está en casa, es Aini; no hay otra. Aini no es Francia. No tienen nada que ver. Omar acababa de descubrir una mentira. Patria o no patria, Francia no era su madre. Aprendían mentiras para evitar

la famosa vara de olivo. Estudiar era eso. Las redacciones: describan una velada junto al fuego... Para motivarlos, don Hassan les ponía lecturas que trataban de niños inclinados con aplicación sobre sus libros. La lámpara proyecta su claridad sobre la mesa. Papá, arrellanado en un sillón, lee el periódico, y mamá borda. De modo que Omar no tenía más remedio que mentir. Y añadía: el fuego que arde en la chimenea, el tic-tac del reloj de péndola, el acogedor ambiente del hogar mientras afuera llueve, hace viento y es de noche. ¡Ah! ¡Qué bien se siente uno en su casa junto al fuego! O también: la casa de campo donde pasan sus vacaciones. La hiedra trepa por la fachada; el riachuelo susurra en el prado cercano. El aire es puro, ¡qué gozo respirar a pleno pulmón! O también: el labrador. Que empuja feliz el arado cantando, acompañado de los trinos de la alondra. O también: la cocina. Las hileras de cacerolas están tan lustrosas y relucientes que uno puede mirarse en ellas. O también: la Navidad. El árbol de Navidad en casa, los hilos de oro y de plata, las bolas multicolores y los juguetes en los zapatos. O también: los dulces del *Aid el-Seguir*, el cordero que se degüella para el *Aid el-Kebir*... O también: ¡la vida!

Los alumnos decían entre ellos: el que mejor sabe mentir, aderezar mejor su mentira, es el mejor de la clase.

Omar pensaba en el sabor del pan en su boca: el maestro, junto a él, restablecía el orden. Una lucha permanente alzaba la fuerza animada y fluida de la infancia contra el orden estático y rectilíneo de la disciplina. Don Hassan empezó la lección.

—La patria es la tierra de nuestros padres. El país en el que estamos asentados desde hace generaciones.

Amplió este punto, lo desarrolló, lo explicó. Los niños cuyas veleidades de agitación habían sido refrenadas con firmeza, tomaban nota.

—La patria no es únicamente el suelo en el que vivimos, sino también el conjunto de sus habitantes y todo lo que hay en ella.

Imposible pensar todo el tiempo en el pan. Omar le dejará su parte mañana a Chaqueta-caqui. ¿Chaqueta-caqui estaba incluido en la patria? Como el maestro dice que... Tendría gracia que Chaqueta-caqui... ¿Y su madre, y Auixa, y Meriem, y los vecinos de Dar Sbitar? ¿Contaban todos para la patria? ¿Y Hamid Saraj también?

—Cuando de fuera vienen extranjeros que pretenden hacerse los amos, la patria está en peligro. Estos extranjeros son enemigos contra los que toda la población debe defender la patria amenazada. Entonces se produce la guerra. Los habitantes tienen que defender la patria al precio de sus vidas.

¿Cuál era su país? A Omar le hubiera gustado que el maestro lo dijera para saberlo. ¿Dónde estaban esos malvados que se proclamaban los amos? Omar no se atrevía a abrir la boca para hacer esas preguntas por culpa del sabor del pan.

—Los que aman intensamente su patria y actúan por su bien y su interés se llaman patriotas.

La voz del maestro adquiría acentos solemnes que resonaban en la clase. Iba y venía.

¿Don Hassan era patriota? ¿Hamid Saraj era también patriota? ¿Cómo era posible que lo fueran los dos? El maestro era, por así decirlo, un notable; y Hamid Saraj, un hombre al que la policía buscaba a menudo. De los dos, ¿quién era entonces el patriota? La pregunta seguía pendiente.

Omar escuchó sorprendido al maestro hablar en árabe. ¡Él, que se lo prohibía a ellos! ¡Asombroso! ¡Era la primera vez! Aunque sabía que el maestro era musulmán —se llamaba don Hassan— y dónde vivía, Omar no daba crédito. Ni siquiera habría sabido decir si le estaba permitido expresarse en árabe.

En voz baja, que una violencia intrigante atravesaba, dijo:

—Eso no es verdad, si os dicen que Francia es vuestra patria.

¡Caramba! Omar sabía de sobra que esa era también una mentira.

Don Hassan se repuso. Pero durante unos minutos pareció intranquilo. Parecía que estaba a punto de decir algo más. ¿Pero qué? ¿Se lo impedía una fuerza superior a él?

De modo que no enseñó a los niños cuál era su patria.

*La grande maison*, París [Seuil, 1952], Points roman, 1996, págs. 17-21 [Traducción inédita de Inmaculada Jiménez Morell].



## Mohammed DIB, *El incendio*

El Gran Colughli dijo entonces que querría que un alma nueva ordenara a los hombres que realizaran trabajos sorprendentes y nuevos a la vez; no de esos a los que ya estamos acostumbrados, sino trabajos nuevos e importantes. Aquel día pedía, para él y para los demás, un alma lozana y fines elevados. Si el mundo estaba triste, era precisamente porque le faltaba un alma lozana y trabajos grandiosos. Lo único que pedía el mundo era realizar trabajos grandiosos. Por lo tanto no era de extrañar que él, el Gran Colughli, se encontrase solo con su tristeza: no hacía ninguno de los trabajos que cambian el mundo. Trabajos grandiosos y un alma lozana, eso era lo que deseaba, dijo para concluir.

–El mundo padece demasiadas cosas injustas –continuó a renglón seguido el hombre de Bni Boublen de Arriba–. ¡Ay, Dios mío, cómo lo ultrajan! Hermanos, hermanos, lo que sufro por ello.

–En definitiva, reprochas a los hombres que no saben vivir –constató Sliman Meskin.

–Tú lo has dicho –respondió el Gran Colughli.

–Pero antes de que tus hermanos sepan vivir, falta hace que puedan vivir. ¿Tú qué piensas?

–Una vez más tienes razón.

–¿Pero vivimos? Nosotros y los demás. Todos los que conocemos y los que no conocemos, ¿quiénes son mayoría? ¿Acaso somos libres para vivir?

–No lo somos.

–Luego no somos libres de vivir como queremos.

–Permíteme: aunque viviera cien años no hablaría de otra cosa...

–Está bien que hables de ello. Habla mientras puedas. Pero estoy seguro de que no se puede reprochar al hombre vivir como vivimos si no es libre.

–En lo que a mí respecta –prosiguió el Gran Colughli–, soy independiente; soy libre cuando quiero.

–Quizá te crees libre. Pero tu pueblo no lo es. Por lo tanto tú tampoco lo eres, ya que fuera de tu pueblo no existes. ¿Puede este brazo vivir fuera de mi cuerpo?, y sin embargo al verlo actuar se podría pensar que es independiente, o esta mano fuera de mi brazo, pero, al ver mis dedos atrapar todo lo que quieren, se podría pensar que son independientes. Así eres tú con tus hermanos de sangre.

–En cualquier caso estaría contento –dijo el Gran Colughli–, estaría tremendamente contento... Yo querría que todos los hombres fueran como ramos... Entre tanto, ultrajamos la vida.

Aissani Aissa dijo:

—Si hoy nos hemos reunidos todos, es precisamente para que el mundo deje de ser ultrajado.

Era la primera reunión; Hamid Saraj se daba cuenta de que había que escuchar lo que decían esos hombres. No era tiempo perdido. ¿Que la conversación no tenía mucho que ver con la sesión? Al contrario. Y con eso aprendía mucho. Se daba cuenta de que ahora los *fellabs* hablaban con el corazón en la mano: sin miramientos ni timidez, expresaban su verdadera forma de ver las cosas. Eso era lo esencial.

Pero cuando se preguntaban si los dos hombres iban a proseguir aún mucho tiempo la discusión, Bensalem Adda levantó la voz:

—¿Por qué no habláis de los colonos? Todo lo que decís es prudente y sensato. ¿Pero para qué sirve? No decís ni una sola palabra de los que están aquí para desgracia nuestra. ¡Todos nuestros males vienen de ellos! Si nos habláis de nuestros males, pero no decís nada de los responsables, lo único que hacéis es gastar saliva. Estamos tristes, eso también me lo digo yo para mis adentros; nos interesamos demasiado por nuestros males y no lo bastante por su origen. Pero de lo que habría que hablar es precisamente de los responsables. A todos vosotros, hombres, a la asistencia pido perdón. Si me he expresado de este modo, es porque creo que es así como hay que decir las cosas.

Bensalem Adda había soltado estas palabras en un tono intempestivo. Toda la miseria del argelino desposeído afloró en su cara huesuda. Sin embargo, ningún hombre abrió la boca.

Bensalem Adda era un *fellab* con la sangre caliente. Por ello no había que guardarle rencor; no se metía con nadie.

Pero la cuestión ya estaba planteada. Era curioso. Se diría que nadie se lo esperaba.

Todo el mundo estaba sorprendido, los hombres no estaban irritados como hacía un rato. De repente, se habían vuelto más sombríos y también más pensativos.

Hamid Saraj volvió a tomar confianza. El problema acababa de plantearse en su verdadero terreno. El primero que quiso contestar a Bensalem Adda fue Saraj. Pero Sid Ali había tomado ya la palabra.

—Seguro que en ninguna parte del mundo los hombres han estado rodeados de tanta simpatía como los franceses aquí. ¿Y cómo han respondido a esta amistad, que era verdadera y sincera, lo afirmo por el suelo que nos une, cómo? Solo con indiferencia, y muchas veces con desprecio. No han querido ver en nosotros a sus iguales. Y hemos sido tratados con desprecio. Nosotros ponemos precio a la amistad que concedemos. En este caso, no hemos regateado, nos hemos entregado sin

reservas. ¿Y a quién, vamos a ver? ¡A gente que se ha mostrado poco digna de ello, ¡que pisotea la amistad! Se hicieron los dioses y les hubiera gustado que los adorásemos. Benditos sean tus antepasados, Bensalem; me has dado la ocasión de decir lo que guardaba en el corazón.

Sid Ali sólo era un *fellab*, y sin embargo esas fueron sus palabras. Había dicho: “¡Gente que pisotea la amistad!”

Estaba bien considerado en la región. Junto a otros *fellabs* del lugar, arreglaba los asuntos de unos y otros, desde el que decidía repudiar a su mujer, hasta los que tenían un litigio que resolver... La mayoría de las veces eran asuntos de honor. Sus opiniones eran fruto de una madura reflexión y por lo general eran las que se adoptaban. Los vecinos daban gracias al Cielo por haberles concedido guías así.

Sid Ali volvió a pedir la palabra:

—Sin embargo, éramos nosotros los que teníamos que decidir si debíamos aceptar su amistad. Pero cambiaron los papeles porque les concedimos la nuestra sin reflexionar. Pero la deuda, la verdadera deuda, sigue siendo suya. ¿Y cómo actúan? En el mejor de los casos, nos conceden su consideración. ¿Se puede entonces hablar de amistad? Lo que nos dan sobre todo es limosna, que es aún más difícil de aceptar que el desprecio. ¡Venga, diréis, no hay gente honrada, hombres sinceros entre ellos! ¡Pues claro que los hay! Pero la indiferencia los mata. Creen que los musulmanes son de otra raza, ¡que no son hombres! Resultado: que dejan las manos libres a los otros, a la gente más ávida y menos escrupulosa que existe sobre la tierra. En eso son cómplices y todos ellos comparten grandes responsabilidades. Por tanto, ¿hay algo más natural que defenderse de todos ellos? Hasta los que actúan como bandoleros, y que no son tontos, se las arreglan para hacer que Francia cargue con sus actos. Y lo han logrado gracias a la indiferencia de todos. ¿O es que las peores bajezas cometidas en nuestra tierra no lo han sido en nombre de Francia? ¿O no expropian y roban en nombre de Francia; encarcelan en nombre de Francia; condenan al hambre en nombre de Francia, y en nombre de Francia asesinan? El nombre de Francia va unido a muchos trabajos sucios. Nunca nos quitaréis de la cabeza que, a fin de cuentas, tales delitos son imputables a Francia. ¡Qué nos importa a nosotros que ese país sea grande y glorioso! ¿Acepta todo eso o no lo acepta? ¡Los de ellos que no lo acepten que alcen la voz! ¡Que se les oiga un poco!

Las últimas palabras fueron lanzadas al aire con voz dura. Luego el *fellab* continuó pausadamente:

—La tiranía nunca ha podido con los pueblos.

—La unión de los pueblos por encima de las fronteras la hará volar en mil pedazos en todo el mundo —añadió Hamid Saraj.

—Hace tiempo que nuestro pueblo no espera ya nada de Francia. Ahora lo que quiere lo exige de sí mismo, de su propio patrimonio.

–Claro –le interrumpió Hamid–. Pero creo que te olvidas de una cosa. ¡También muchos de ellos son como nosotros! ¡En su propio país! ¿Y qué creéis que dicen? Están contra sus autoridades.

–Qué... ¿Qué nos estás diciendo? –preguntó perplejo Sid Ali–. No puedo creer-te, Hamid.

–Pues es muy fácil: en su país muchos trabajan por casi nada, pasan hambre, son perseguidos, detenidos... En Francia.

–¡Entonces son los indígenas de su país! –exclamó en voz alta Ali ber Rabah.

–Si te parece –respondió Hamid Saraj–. Son casi como nosotros. Yo he trabajado allí y lo he visto. Y los hay que son desgraciados. ¡Los hay! Creedme.

–Nos dejás sorprendidos, Hamid –insistió Sid Ali.

Los *fellabs* clavaron sus ojos en los de Saraj y esperaron.

–Así es –dijo.

Levantó el dedo índice y juró:

–Por los alimentos...

Señaló los bancales de trigo sobre las colinas. Luego prosiguió:

–Por los alimentos que nos rodean... lo juro.

Los *fellabs* parecieron preocupados. Los campesinos eran hombres insondables. No de fría piedra; había que tener en cuenta todo lo que los rodeaba; las parcelas de cultivo, el sol y las lluvias; la semilla que trabaja el subsuelo, el agua que trabaja la tierra, las nubes que trabajan el cielo, los árboles que trabajan el soplo del viento.

–Repítelo, ¿qué dicen los indígenas de su país? –preguntó Sid Ali.

–Como acabo de decirlo: ya no quieren nada con sus autoridades. Están hartos. Les hacen padecer muchas penalidades.

–Pero las autoridades que gobiernan aquí y allí son las mismas –intervino Ben Yub.

–Eso es –respondió Hamid Saraj–, son los mismos los que hacen daño aquí y allí.

–¡Entonces resulta que hay indígenas en todos los países! –exclamó Ba Debouche–. ¡No me lo puedo creer! ¿Así que cada país tiene sus propios indígenas?

–Con los que trabajan, sufren y luchan, la alianza es indispensable –afirmó Hamid Saraj–. Por otro lado, sí, esta unión existe.

En ese momento, iluminado por una súbita idea, Sid Ali exclamó triunfalmente:

–¡Allí son sus autoridades las que los gobiernan! Mientras que aquí... Pues aquí son extranjeros.

–Puede... –asintió Hamid Saraj–. Pero allí ellos dicen también que sus propias autoridades son como extranjeros.

–¡Ahora lo entiendo! [págs. 87-92]

Sliman Meskin habló al hombre que se encontraba a su lado; éste no respondió. Le tomó del brazo y vio rodar por sus mejillas lágrimas abundantes que se perdían en su barba corta y descolorida. Slimane le dijo:

—Azuz, viene la policía...

El hombre solo tenía ojos para las casuchas calcinadas que ahora apenas eran un montón gris de cenizas y carbón. Todo había acabado consumiéndose. Era un incendio limpio, que había despejado el lugar. El fuego no rebasó las chozas y quedó aislado en medio de los campos, dejando cuadrados de tierra quemada.

El alba iluminaba la escena y confería a todas las cosas una tranquilidad familiar.

El hombre dijo:

—Hay que soportar también a los policías.

“Nunca —pensó Sliman Meskin— hubiéramos creído que unas casuchas de *fellabs* ardieran tan bien.”

Recordó las columnas de humo desplegarse y retorcerse por encima de la hoguera, interminables columnas coronando las magníficas antorchas. Los campos de alrededor resplandecían sombríamente. Las cortinas llameantes renacían cada vez más altas, vibraban y luego se desgarraban como un grito; el impulso alegre de la fogata alimentaba la angustia de los hombres; sí, Slimane lo había visto y había oído los gritos. No había soñado.

Se había iniciado un incendio, y ya nunca se apagaría. Continuaría reptando a ciegas, secreto y subterráneo; sus llamas sangrientas no tendrán fin hasta que no hayan arrojado su brillo siniestro sobre todo el país.

El lugar tenía la apariencia de los días nefastos, un gris de luto revestía la mañana. La gente, tras una noche de insomnio, tenía un aspecto sombrío. Tenían la cabeza vacía y un sabor amargo en la boca. Como si salieran de un cuerpo a cuerpo con una pesadilla, se habían quedado sin ganas de hablar ni de moverse.

Los policías ocuparon los campos conmocionados. Avanzaban entre vastas áreas vacías y aldeas abandonadas. Por delante de ellos, se extendían como la niebla la sospecha y el temor. Iban rápidamente de un lugar a otro, con una especie de apresuramiento mecánico. Sus pasos se hundían como agudas cuñas en el suelo.

La región permanecía en calma. Sliman iba por los campos. Unos campesinos se dirigían hacia destinos inciertos. Cuando se cruzaban, apenas se detenían; algunos se limitaban a un gesto con la cabeza. Y emprendían de nuevo la marcha llenos de hastío, infinitamente pacientes. Los policías se acercaban, los rodeaban y los inspeccionaban.

“Las energías del país aún no se han despertado”, se dijo Sliman. La gente estaba sumida en un estado de sonambulismo; caminaban como adormecidos. “Pero ahí abajo, en las profundidades —pensaba Sliman—, una voluntad inconmensurable

y desbordante de revuelta se dispone a conmovier todo el sistema y su armazón de plomo. Tal vez, los elementos más activos del país han iniciado ya la lucha" [págs. 131-132].

*L'incendie*, París [Seuil, 1954], Points roman, 1989, págs. 88-93 y 131-132  
[Traducción inédita de Inmaculada Jiménez Morell].



HISTORIA DE ARGELIA II. 1954-1962  
“GUERRA DE INDEPENDENCIA  
Y GUERRAS DENTRO DE LA GUERRA”



## ANOUAR BENMALEK, *Los amantes de Argel*

*Aurès 1955*

Hace calor y, sin embargo, todos tiritan de miedo en el autobús. De vez en cuando, una tos nerviosa, un suspiro resignado rompe el silencio. Afuera, la primavera estalla en todo su esplendor. El amarillo de las mimosas se extiende por doquier. Las amapolas y los geranios que, por miríadas, jalonan las laderas de las colinas, dan un aire festivo al paisaje austero que se asoma a las ventanillas del pesado vehículo. Pero nadie piensa en eso. Los viajeros acaban de darse cuenta del imponente control que corta la carretera. “¡Dios mío, hasta hay un helicóptero!” exclama un pasajero. Un gran helicóptero de dos rotores aparece rodeado de camiones, jeeps y muchos soldados, tanto tiradores como boinas rojas. Tras unos sacos terreros hay soldados en posición de tiro. Anna se encoge de hombros y aprieta fuertemente un bolso contra su regazo; allí está toda la documentación. A los ojos de todos, lo quieran o no, el hombre sentado a su lado es su marido. Árabes y franceses deben considerarla, en el mejor de los casos, como una chica ingenua engañada, y en el peor, como una especie de ramera que había conseguido sentar la cabeza, ¡pero a qué precio! Repite la palabra *marido* para sus adentros, la compara con la palabra *amante*, sin decidirse por ninguna de las dos. Le gustaría hablar con Rina, o con su madre verdadera. Las dos están muertas, convertidas hace años en un montón de huesos... Su compañero, moreno, bigotudo “árabe hasta la médula”, como le dice a veces, la mira con ternura. Supone que está pensando en la documentación y sonríe forzadamente. Vuelve a palpar el bolsillo interior de su chaqueta. Sus dedos se retuercen de ira. Maldice una vez más haber aceptado llevar esta maldita carta sin saber a quién va dirigida: *ellos* sólo le han dicho que alguien vendrá a recogerla a casa de su madre. El control está ya a un tiro de piedra. Espera poder disimular el pánico que le invade porque acaba de reconocer, cerca del primer grupo de soldados, una silueta ligeramente encorvada, con la cabeza escondida bajo el sucio capirote negro de los delatores... [...]

Ya sólo están a pocos metros del control policial; incluso pueden distinguirse claramente los rastrillos tendidos a lo ancho de la carretera. Tiradores y paracaidistas, algunos en posición de tiro detrás de sus vehículos blindados, observan con desgana el vehículo que frena con el ruido característico de sus gastados ejes. Anna,

con un nudo en el estómago, observa que su marido se ha acurrucado sobre sí mismo como si tuviera ganas de vomitar y, aunque vuelva la cabeza hacia la ventanilla, aún percibe el sudor que resbala por el crispado rostro del argelino.

Un olor intenso, que se burla de los soldados, de sus presas, de la suciedad de su miedo y de su rabia, se eleva del entorno. Una brisa inquieta trae hacia el control, como golpes de ondas perfumadas, complejas mezclas de olores a glicina, a lavanda, a rosas silvestres...

Los pasajeros son puestos en fila, con las manos en alto. Un poco más allá, Anna, muy pálida, observa la escena. Un soldado controla su pasaporte y su recién estrenado libro de familia. De pronto, indignado, esculpe al suelo: "¡Señora, usted ha traicionado a su raza!". Anna entonces desprecia a todo el mundo: a esos sanguinarios militares que humillan a todos los que no van armados; a esos árabes despavoridos y muertos de miedo; incluso a su marido que, con las manos en alto como el resto, no ha hecho otra cosa que dejarse insultar. Para tranquilizarse ("Dios mío, Dios mío, ¿qué he venido a hacer a este país maldito?"), cierra los ojos y llama en voz baja a sus dos hijos, sus hijos queridos... El individuo que viste una cuculla avanza cojeando, respirando con dificultad tras el embozo. Le cuesta moverse. Nassreddine piensa para sus adentros que le han dado una buena. Mientras tanto, el soplón ya ha señalado con el dedo a dos personas, a un hombre de unos cuarenta años vestido con *gandoura* y con turbante blanco y a un adolescente aterrorizado que se pone en seguida a lloriquear como un niño. Dos boinas rojas los sacan violentamente de la fila y los llevan a puntapiés hacia un camión. El individuo con pinta de tratante de caballos que empuña un grueso bastón se vuelve para protestar. Uno de los paracaidistas se lo quita y lo golpea en la cara. Se oye crujir el hueso, mientras la sangre brota de inmediato, manchando la *gandoura*. El hombre, ya humillado, saca un pañuelo a cuadros, se limpia con cuidado y se dirige al camión que los soldados le indican. Gimoteando, el adolescente lo sigue con docilidad, como un perrillo.

El soplón está a pocos pasos de Nassreddine. El sargento que está al mando del control se está poniendo nervioso al ver que no señala a nadie más. Como a disgusto, la encorvada silueta señala con el dedo a la persona que se encuentra al lado de Nassreddine, un desdentado campesino que, dominado por el miedo y el asombro, corre hacia el camión al ver acercarse al boina roja con el palo.

El hombre de la cuculla se fija a continuación en Nassreddine. Algo ha cambiado ahora en su actitud. Nassreddine siente que su lengua se va volviendo áspera, chocando contra su paladar, como si no le perteneciera, como si fuera un objeto extraño. Observa cómo al soplón, al levantar la cabeza bruscamente, se le iluminan los negros agujeros de sus ojos, dándole la espalda a toda prisa. Como si unos colmillos de animal le estrujaran el corazón al vuelo: ¡él conoce esos ojos, aun-

que no los haya visto desde hace mucho tiempo! y dice estupefacto: "¿Eres tú, Hadj Slimane?"

Contento, gruñe el sargento: "¿Y él, quién es?". El soplón hace un gesto negativo y va rápidamente hacia el siguiente. El sargento, agarrándolo por la manga, le ladra: "¿Te quieres burlar, cerdo, por qué no lo señalas? ¿Es uno de tus cómplices?"

Así que lo detienen. En ese momento, a pesar de los golpes, no tiene tiempo para sentir miedo, pues su mujer grita con todas sus fuerzas: "¡Dejad a mi marido, soltadle, acabamos de casarnos!". Cuanto más chilla, más se divierten los soldados golpeándolo. Alguien provoca un ataque de risa al decir: "Parece que la damita está cachonda. ¡Debe tener una buena polla, el muy cabrón!"

Esa mujer que se desgañita, sollozando: "¡Dejadlo, no ha hecho nada!", que la abofetean cuando añade: "¡Banda de canallas, no le peguéis más!", es la última imagen que guarda de su esposa cuando bajan la lona trasera del Dodge.

El miedo, el de verdad, viene después. Los puntapiés han hecho ya efecto y tiene dificultades para sentarse en la banqueta del camión, pero está demasiado alelado para pensar que ha caído en las garras de un comando del ejército francés que le ha tomado por un auténtico *mudjabidín* del FLN. Los soldados han encontrado la carta, ¡pero un trozo de papel no es suficiente! ¡Todo tiene su explicación, seguro que lo entenderán! Durante este capítulo de la guerra ha intentado mojarse lo menos posible, pensando solamente en su mujer y en sus hijos (en "mis cachorillos"), y en cómo alimentarlos. Como a todo el mundo en Argelia, le gustaría que hubiera algo más de justicia, y también algo más de dignidad y, por qué no, la independencia, si ésa era la única manera de lograr ambas cosas. Pero se cree poca cosa, muy poco valiente, cobarde más bien, para unirse a los rebeldes y combatir con las armas en la mano. Matar o que le maten, poner bombas o morir de hambre y de frío, perseguido en los *djebels*, no se siente con fuerzas para unirse a ellos. Cierta que, de vez en cuando, ha realizado algún que otro servicio a los *hermanos*, pero para que no tomen represalias. Una contribución poco arriesgada, para el caso de que ganaran los nacionalistas. Oportunismo quizá, ¿pero hay otra manera de defenderse en este país de locos? Anna, a veces, lo pincha diciéndole: "Te preocupa más tu seguridad que el destino del mundo". Y él le responde susurrándole al oído y empujándola suavemente hacia la cama: "No es verdad, lucero de mis sueños, no sólo me interesa mi seguridad, deberías saberlo..."

Cuando llega al cuartel lo torturan. A los oficiales les excita la idea de haber cogido a un miembro destacado del FLN regional. ¡Es estupendo, incluso está casado con una europea! Quieren saberlo todo: quiénes son sus jefes, el organigrama de las células de la zona, qué papel juega en todo esto... El sargento que lo azota con un vergajo le repite casi con ternura: "Tarde o temprano vas a hablar, macaco. ¿Por qué no ahora? ¿De qué sirve que lo hagas cuando no puedes ya tenerte en pie?"

Por la noche le traen a su tío, Hadj Slimane. Toda su vida ha oído a su tío, sentado en sus rodillas cuando era pequeño, echar pestes contra la humillación que suponía la ocupación francesa. Desde hace tiempo trabaja para el Frente, aunque nadie en casa hablase de ello. Observa en silencio a su sobrino, ensangrentado, que se asfixia con la baba, la saliva y el dolor de un cuerpo reducido a carne tumefacta. "Eres el hijo de mi querida hermana, llevas mi sangre, te quiero como a un hijo y, sin embargo, no puedo hacer nada por ti, no puedo ni siquiera aconsejarte. Ya ves cómo estoy. Tengo un miedo a los golpes que una hiena vale más que yo...", dice, reprimiéndose un sollozo. Su tío musita en voz baja que ha aguantado dos largas semanas, pero que ha terminado derrumbándose porque "ni Dios bendito aguantaría tal castigo". El hermano de su madre añade que ya no puede ni salir del cuartel: "hijo mío, en el control has revelado a todo el mundo quién era; ¡mis hermanos rebeldes (para gran sorpresa de Nassreddine da a la palabra *hermanos* un tono cariñoso) me cogerían y me cortarían la garganta allí mismo!".

Ese día, para no ser como su tío, el pobre Nassreddine no hablará. En el cuchitril que le sirve de calabazo sopesa con cuidado los pros y los contras. Hablar sería sencillo y tentador y, por ahora, serviría para salir del infierno. Los soldados han sufrido en la región muchas bajas. Están rabiosos y si no les dice algo terminarán por matarlo sin molestarse ni siquiera en camuflar su cuerpo debajo de una carga de madera. Aquí estamos lejos de la ciudad... Por otra parte, los *mudjhabidines* lo abrirán en canal si sospechan de su lealtad. En el aduar le contaron que en una aldea vecina cogieron a un campesino del que sospechaban que había pasado información a los franceses, le cortaron el pene, lo pincharon en una caña y se lo metieron por el culo. No contentos con esto, obligaron a su mujer y a sus hijos a escupir sobre el cadáver. Nassreddine, sacando fuerzas de flaqueza, piensa en su mujer y en sus hijos: no soportarían tener a un soplón por marido y padre. [...]

Apasionada, desesperadamente, Nassreddine se ha aferrado con toda la fuerza de su corazón a este alegre recuerdo.

Le aplican varias descargas eléctricas, le introducen una botella por el ano, y un trapo empapado en cresyl y orina. Todo parece desarrollarse dentro de la rutina más completa, aunque dentro del orden más estricto, hasta el punto de que hay un encargado del látigo, otro de las descargas eléctricas, y otro especializado en la bañera y los trapos; de este modo se trata de evitar la metedura de pata: que el prisionero la palme antes de *cantar*.

Al tercer día, Nassreddine *canta*, por supuesto, cuando de repente le abandona el coraje, como cuando se desploma un glaciar gigantesco. Canta lo que sabe, que no era gran cosa. Lo siguen torturando para comprobarlo. Entonces, se pone a soltar nombres de enlaces en Argel; primero, los que supone vagamente que tienen relación con el Frente; después, sin otra razón que evitar el dolor tremendo del cas-

tigo, gente del vecindario, nombres pronunciados al azar, según la mayor o menor intensidad de los latigazos.

El oficial se da cuenta y, hastiado, da orden de parar. El prisionero ya no es más que un mero comparsa. Poco a poco van llegando al cuartel algunos de los que ha delatado, incluido algún maqui más o menos importante. Uno de ellos, con el pelo pegado a la frente con costras de sangre, mientras lo arrastran por el pasillo le dice con desprecio: "¡Asqueroso traidor, despídete del cuello cuando salgas!".

Un teniente del servicio de información le propone que se aliste en el ejército porque, de todas formas, está quemado así que ya no puede volver al aduar. Nassreddine, presa de un miedo indescriptible que lo deja mudo y atontado, continúa más de un mes en la prisión. Piensan que la amenaza de los terroristas es su mejor carcelero, y dejan sin vigilancia a este preso de mirada apagada y paso lento, que no dice palabra y que, de vez en cuando, recibe un puntapié cuando tarda demasiado en limpiar los retretes o en lavar, una vez a la semana, el coche del capitán.

Se escapa fácilmente porque nadie le presta ya atención. Con el corazón en un puño, se dirige al aduar, llegando a la casa de su madre rodeando el pueblo por el curso del río para no dar con nadie; al final del camino ribeteado de chumberas, se para, impresionado por el silencio reinante. Durante algunos segundos misericordiosos cree que se ha equivocado.

Está a punto de gritar cuando reconoce, esparcidos por el huerto, entre cardos y alcachofas, varios vestidos de su madre y algunos juguetes de sus hijos. Con un nudo en la garganta, empuja con el pie la puerta del corral. En medio hay un *bornillo* de carbón tirado y objetos desparramados en desorden. Recoge un jerseycito y un pantalón corto. [...]

Cuando al final puede levantarse, ya ha caído la noche, y encamina sus pasos hacia la casa más cercana, la de la comadrona, con el jersey y el pantalón en el puño.

[...]

—Los mudjahidines nos dijeron que eras un traidor, hijo mío... Perdóname si repito lo que ellos han dicho. También nos dijeron que por tu culpa la aviación de los infieles había arrasado una aldea; casi todos murieron: hombres, mujeres y niños.

La mujer lo observa con avidez y repite: "Dios te ayude y te dé paciencia, pequeño Nassreddine". Un hilillo de saliva fluye del mentón del hombre.

—¿Y después que pasó?

—Dijeron que tenías que pagar por lo hecho, tú y tu familia... Que no había

razones para que tu familia se librara, que sería injusto respecto de los muertos por los bombardeos. Y que sería un aviso para los que crean estar a salvo dentro de los muros de los cuarteles... Llegaron al anochecer, y degollaron a tu madre y a los niños... [...]

—¿Es que nadie intervino?

—Nadie, hijo, nadie. ¿Qué se puede hacer cuando estas cosas suceden?

La anciana solloza, al no soportar más el rostro inexpresivo de Nassreddine.

—A la mañana siguiente fueron enterrados. Todo el mundo lloraba, los hombres, las mujeres, todos, hijo mío. ¡Qué pena, esos tres cuerpos tendidos en el suelo! Este pueblo ya nunca será el mismo...

Esgrimiendo todavía en el puño el pantaloncito y el jersey, Nassreddine da un gemido:

—¿Y mi mujer?

—Estuvo al día siguiente del entierro, no pudo venir antes porque los soldados la habían detenido para interrogarla. Fue lo mejor que pudo sucederle porque, de lo contrario, la hubieran matado también. Se volvió loca. Se arrancaba el pelo a mechones, la pobre...

La comadrona chasquea con sus dedos:

—Después llegaron los perros de los franceses y se la llevaron por la fuerza. No la dejaron ni llorar sobre la tumba de sus hijos...

Nassreddine se ha guardado en los bolsillos el pantalón y el jersey, dispuesto a subir al monte. Camina de aquí para allá toda la noche. Las veredas transcurren por lugares escarpados, y en varias ocasiones tropieza con las piedras y las zarzas. Al despuntar el día, se para extenuado, saca el pantalón y el jersey y se abraza a ellos "¡Mis hijos, pobres hijos!" Sin derramar una lágrima se duerme, con un sollozo ahogado en la garganta.

Un golpe lo despierta. Unos hombres con atuendos militares, y que hablan árabe, lo examinan con curiosidad. Van armados con mausers y ametralladoras Beretta y Stati. Uno de ellos, que lleva una escopeta de caza, lo zarandea sin contemplaciones:

—¡Eh, idiota! ¿Cómo paseas por zona prohibida? Esos cabrones de lagartos podrían darte caza sin problemas.

Otro masculla:

—A menos que trabaje para ellos...

El de mas edad, probablemente el jefe, los interrumpe:

—Vayámonos de aquí, en este pico estamos totalmente al descubierto. Los paracas nos pisan los talones. Además, hay un avión constantemente dando vueltas,

desde la mañana. Somos un blanco perfecto. ¡Tú, Alí, averigua qué hace aquí este imbécil, y reúnete con nosotros lo antes posible!

El *djoundi* de largos bigotes pelirrojos gruñe:

—¡Eh, pastor! Ya has oído. ¿Qué estás haciendo aquí?

El grupo desaparece rápidamente detrás de una roca. El *djoundi* lo empuja, impaciente. Nassreddine se levanta:

—¿Estás mudo o qué? ¿Qué son esos harapos que escondes en la mano?

Nassreddine, sin pronunciar una sola palabra, le tiende el jersey y el pantalón. En el momento en que éste da un paso atrás para examinar mejor la ropa, saca su cuchillo y le lanza al pecho una puñalada.

Nassreddine grita de dolor cuando el guerrillero le tuerce violentamente el brazo y, furioso, lo tira contra el suelo, subiéndosele encima. Con el cuchillo de Nassreddine en la mano, ciego de ira, berrea:

¡Hijo de puta, te cortaré en pedazos! ¡Por qué me querías apuñalar, contesta!

El guerrillero le pega un puñetazo al tiempo que le hace la pregunta. Nassreddine lanza un grito de dolor; el golpe en su nariz anula de momento el dolor del brazo, quizá roto. Observa cómo el cuchillo de cocina se acerca a su cuello. ¿Va a ser su final este individuo con olor a sudor y a macho cabrío, que gesticula sin entender nada? ¡Vaya historia!... De pronto, respira, aliviado. ¡Qué dulce, que lo maten!

—Por favor, date prisa.

La sonrisa y el tono desconciertan ahora al guerrillero:

—Eres un chiflado. ¿Por qué quieres morir?

Nassreddine mira la ropa que ha caído al suelo. El individuo examina el jersey y el calzón. Su voz se hace más ronca:

—Unos niños... ¿Tus hijos, verdad? ¿Están... muertos?

Nassreddine no contesta. Con voz clara, inesperada, continúa:

—Yo también tengo hijos. Tres, si quieres saberlo.

Nassreddine se encoge de hombros, pero el movimiento le produce dolor:

—Soy un traidor, amigo, y por eso los míos han pagado por mí.

Y exasperado, añade:

—Muévete, *djoundi*; tu banda de degolladores te espera.

Cierra los ojos y durante unos segundos los músculos de su rostro se contraen esperando el golpe, pero después su cuerpo se relaja. El individuo se levanta, lívido y lanza lejos el cuchillo:

—¡Mierda, no soy un verdugo! Sólo luché por liberar a mi país. Escucha el ruido de los cañones en el valle. Sabes lo que hacen los soldados: prueban sus nuevos cañones disparando sobre aldeas y rebaños de ovejas. Y los nuestros, los que han tenido que huir, se mueren de hambre en los campos de refugiados. Echo de menos a mis hijos, y quizá también ellos hayan muerto.

Emocionado, mira a Nassreddine:

–No soy responsable de la muerte de tus hijos. Nunca he tocado a un niño, créeme. Nunca lo haré, pase lo que pase.

Nassreddine aún sigue en el suelo. Tiene tierra en la boca. Sus ojos suplican al guerrillero que lo mate. Él, girando la cara hacia el otro lado, escupe:

–Morir sería sencillo después de lo que has hecho. Vivirás. Es tu castigo, traidor.

*Los amantes de Argel* (trad. A. Martínez de la Presa), Madrid, Akal, 2001, págs. 7-8 y 12-20.

## Mehdi CHAREF, *El barki de Meriem*

Una mañana, sin avisar ni a su esposa ni a su madre, se fue al cuartel de la ciudad. Se alistó en el ejército francés. Quince francos por semana, y ya en su primer permiso regresó a casa con regalos y vituallas. La familia aceptó, muy contenta. La madre se encargó del dinero. Pudieron comprar jabón, azúcar, café y aceite. Pero, alrededor, el djebel ignoró definitivamente a Azzedine. La madre les había dicho a los vecinos:

—¡Hace lo que quiere, no me escucha y no me da nada! ¡Además, si me propusiera algo, ya se pueden imaginar que lo rechazaría!

Meriem, la mujer del sacrificado, tuvo derecho, después, a algo más de consideración. Olvidaron su esterilidad y sus cuñadas la ayudaron en las tareas. Los maridos, pudieron incluso pagarse el *hamman*. La madre acompañaba a sus hijas y a su nuera hasta la ciudad. Hacían incluso algo de compra, pero, al pasar delante del cuartel, bajaban la cabeza.

A Meriem le gustaba cuando Azzedine le mordisqueaba la punta de los senos. La recorrían escalofríos que la levantaban del suelo, y reventaba de risa. La boca de Azzedine recorría todo el cuerpo de su mujer. Meriem le acariciaba el cabello y esperaba a que aquella boca volviera a la suya. Con los ojos cerrados, era toda sonrisa, emocionada por aquel amor. Y cuando la penetraba, le decía:

—¡A que a lo mejor me traes un bebé, Inch'Allah!

Cruzaba las piernas sobre la espalda y se escondía bajo él.

—Si te matan, me moriré después —le decía a su marido que estaba de permiso.

—¿Por qué quieres que me maten?

—Dicen que tienden emboscadas a los *barkis* que se aventuran solos en la ciudad.

—Nunca estoy sólo y voy armado —contestaba Azzedine para tranquilizarla.

—Ten mucho cuidado... No pensaba que siendo dos, podríamos llegar a sentirnos tan solos.

Azzedine se sintió realmente solo cuando Meriem se marchó de Reims. Ella le había dicho:

—Me vuelve loca pensar que podría encontrarme con el asesino de mi hijo en esta ciudad y debería excusarme si lo empujara.

No quiso llevarse nada. Abrazó a su marido, a su hija y cogió su pasaporte francés. Era el vuelo de mediodía, en Orly, Air Algérie. Saliha volvió a la residencia

de enfermeras. Azzedine regresó al F4 que, de repente, se había vuelto demasiado grande y tranquilo. Se sentó en el borde de la bañera.

[...]

Salió del baño con las manos en los riñones. Me estoy haciendo viejo, se decía. Cincuenta y tres años. A dos pasos de la jubilación. Se echa la culpa por no haber acompañado a su mujer. Allí dirán: tiene miedo, no quiere morir. Eso le indignaba, él, Azzedine, no tenía miedo de morir. Lo único es que no quería morir a manos de aquellos que no llevaban uniforme militar francés, ni uniforme de revolución; a manos de los que se habían incrustado en la administración tras la independencia. A manos de aquellos para quienes siempre hacía falta un enemigo o un partido de fútbol que lanzar al pueblo, porque, claro, el pueblo no debía pensar. A manos de aquellos que no tuvieron el valor de ganar al maqui bajo el pretexto de que no habían venido a buscarles, que no sabían... A manos de los que se alistaron en el ejército argelino tras el último disparo, porque habían adivinado hacia dónde soplaría el viento a partir de ese momento.

Era un enemigo para esas personas que no habían tenido el valor ni de imitarle ni de combatirle. Esos eran los que vomitaba Azzedine. Esos los que le torturarán si vuelve.

Él había sido soldado y había perdido. Perdió su guerra. Guerra en la que no creía al alistarse. Tenía veinticuatro años. Para él, todas las trampas y emboscadas tendidas al ejército colonial no eran más que la obra de un grupo de idealistas fáciles de amordazar.

En aquellos años de finales de los cincuenta, las palabras guerra e independencia no existían en aquel pueblo. Estaba lejos de Argel y de los Aurès. Y además a Azzedine le importaba un bledo si hubiera guerra o independencia, y, por lo tanto, si acabaría o graduado o con los cojones en la boca. No se alistó contra nadie, se alistó contra la tierra: el vientre árido de su tierra. El sol había secado incluso el río que atravesaba la propiedad y todos se pasaban el día rezando para que volviera la lluvia. El suelo estaba tan duro, tan agrietado que incluso las serpientes huían. Las había bajo las camas, atraídas por la sombra y el frescor de las habitaciones. ¡Los campos de hortalizas parecían terrenos de petanca! Los árboles daban frutos sin jugo como una madre que amamanta con senos secos. Se llevaban a los animales lejos, muy lejos, cuando no se iban ellos mismos, hacia riberas aún húmedas. Y cuando por la noche, Azzedine quería traerlos de vuelta, las bestias se negaban a abandonar aquella poca hierba, aquellos charcos. Entonces, Azzedine golpeaba fuerte el lomo de las vacas, ¡incluso daba en los flancos de los terneros! ¡No servía para nada! No tuvo más remedio que acostumbrarse a ordeñar las dos vacas allí mismo. Su hermano Driss venía con el burro para recoger la leche. Azzedine tenía que pasar la noche allí mismo.

Una tierra donde ya sólo se podía reventar. Eso fue lo que Azzedine se repitió durante sus treinta años de exilio. Pero como ya no le quedaba más que la vida, la dio por los suyos.

En el F4 invadido por el silencio, Azzedine se acordó del primer día cuando pisó el cuartel.

—¿Cuántos años tienes, hijo mío?

El reclutador ayudante Lasaosa hablaba árabe.

—Veinticuatro.

—¿Hablas un poco de francés?

—No...

—Entonces te lo vamos a enseñar. ¡En pelotas!

Azzedine se desvistió. El ayudante lo midió de arriba abajo.

—¡Gírate!

Antes de darse la vuelta, Azzedine se puso las manos en la espalda, para taparse el trasero: ¡Bastante con que le llamaran marica por no dejar preñada a su mujer!

—¡Quita esas manos! ¡Tienes miedo de enseñar el agujero!

Azzedine obedeció.

—Bueno, vale, el médico hará el resto —dijo Lasaosa.

Azzedine se volvió a vestir y el jefe que reclutaba le pidió que se mantuviera derecho.

—¿Por qué te alistas con nosotros?

Azzedine no se esperaba esa pregunta. Lasaosa le ayudó.

—¿Para jalar? ¿Porque los *fellaghas* ya han hecho bastante daño así? ¿Para tener una situación noble y hacerte hombre? ¡Contesta!

—Situación noble —respondió Azzedine que no veía cómo escabullirse ante el superior.

—¡La situación noble y segura, la tendrás, hijo mío!

[...] Puso una hoja en la máquina. Se oían botas, que pasaban y volvían a pasar, con ritmo acompasado, bajo la ventana y un bocazas gritaba: "Uno, do, uno, do". Y luego: "¡Lefur, cuando hayas acabado de hacerte un lío con las patas, ponme esa cabeza bien alta!"

Lasaosa miró hacia la ventana.

—¿Nombre y apellido?

—Azzedine Ould-Haffouz

—¿Tu *dachbra*?

—Sidi-Aïssa.

Lasaosa echó el ojo al nuevo recluta:

—¿Por eso estás tan delgaducho? Tengo entendido que por tu tierra ya no va ni el viento, de lo poco que queda ya.

Azzedine inclinó la cabeza tímidamente sin entender del todo. Lasaosa dejó de escribir y preguntó con sorna:

–¿Oye, dime, en tu tierra, no habrás visto algún *fellouze*?

–¡No, señor!

–...¡Mi ayudante!

–Mi ayudante.

–Al menos habrás oído hablar de *fels* por ahí –dijo Lasaosa rascándose bajo el brazo.

–Nada, mi ayudante.

–¡Pues mira chico! ¡Acabas de perderte una prima por tu llegada!

–No sé, mi ayudante.

–¡Pues deberías aprender a saber, chico, porque cuando hayas firmado esta hoja, será tu oficio, y me extrañaría mucho que no hubiera por allí ningún *fel* al que joder.

Lasaosa se rió y prosiguió:

–Intentarás acordarte esta noche en tu cama, una cama de verdad, limpia y blanda, con una sopa antes. A partir de ahora no te va a faltar de nada, ya no te faltará nada nunca más. Francia se hace cargo de ti y te da la enhorabuena por unirte a ella.

El ayudante se frotó las manos. Azzedine dio las gracias con la cabeza. El otro retomó:

–Y dentro de unos meses sabrás leer y escribir, te sacarás el carné y tendrás un buen sueldo. Francia te quiere responsable y civilizado, y si esos gilipollas de *fellouzes* no dan mucho la coña, tus chicos también podrán aprovecharse.

Azzedine se limitaba a asentir tímidamente.

–Chico, estamos aquí para preparar este futuro. La independencia es una gilipollez, y lo sabes puesto que te unes a nuestra lucha. Esos piojosos de mierda no aguantarán mucho. Con tipos como tú, serios y valientes, vamos a cortarles el pito en un pispás. Y verás que en unos años saldrás de aquí engrandecido y con condecoraciones. Y todos los que te hayan escupido porque estás con nosotros te darán las gracias cuando hayan comprendido que Francia debe quedarse aquí por el bien de todos y de la civilización. ¿Te enteras, no, chico?

–¡Sí, mi ayudante!, soltó Azzedine, en una inocente posición de firme.

–Está bien, hijo. ¡Eso demuestra que no eres gilipollas como un *fel*!

[...] El dormitorio común era gris. Los jergones marrón, camas superpuestas en aquella inmensa habitación; sobre las paredes, algunas fotos de árabes a los que buscaban. Olía a cresyl. A Azzedine y su petate lo pusieron junto a los otros reclutas. Tres árabes, Boussetta, Chaouch, Naïm y un español, Pérez. Prestaron juramento, la mano derecha levantada frente a la bandera tricolor, y se alinearon al

paso acompasado bajo las órdenes del bocazas, Forbach, que así se llamaba, uno del Este que había fracasado en el Oranais porque tenía a sus cuñados en el trase-ro. Entre cerveza y cerveza debió de golpear demasiado fuerte a su mujer.

[...]

Tras el paso de marcha, la pizarra negra. Azzedine aprendió a leer en francés. Primero era necesario, y luego un soldado instructor, un joven recluta con gafas redondas, le había dicho:

–¡Aplicate, tío, te hará falta un día!

Ahora, en Reims que se dormía poco a poco, Azzedine entendía lo que el instructor quiso decirle. Se preguntaba qué habría sido de aquel joven maestro enviado al *bled* a pesar suyo. ¿Y los otros? ¿Y Pérez que se decía más francés que un Durand? El español insultaba a los franceses porque no cogían las armas para defender ese país que decían ser suyo. Mejor era no hablarle de ello, de esa comunidad francesa, la vomitaba.

–Si realmente es su tierra no tienen más que coger el rifle y defenderla. Lloriquean, eso es todo lo que saben hacer. Dejan la pelea al ejército. Pero, para mí, Argelia es mi *bled* ¡y la defiendo para quedarme luego!

Más tarde, como le parecía que no se golpeaba lo suficiente en la región, había pedido incluso que le enviaran a los Aurès: “¡Porque allí hay cabrones que desangrar hasta la última gota!” A su alrededor los *barkis* no estaban de acuerdo, sobre todo con “cabrón”.

–Que os jodan a todos –gritó en medio del refectorio, y se subió encima de una mesa.

Entonces llegaron órdenes del comedor de oficiales para que al tal Pérez lo llevaran al calabozo. Lo que no le impidió seguir:

–¡Aquí, quien hace falta es Franco y no ese de los cojones, el de Gaulle! –gritó mientras soplabla sobre el mechón negro que le tapaba la vista.

Luego se desahogó soltando insultos en español contra los dos tipos de servicio que le habían cogido por el gorro de militar.

–La próxima vez que diga cabrón, lo jodo –dijo Chaouch empujando la tartera.

Si no hubiera tenido miedo del calabozo, Chaouch hubiera tirado incluso la suya, pero Boussetta y Azzedine lo calmaron. Naïm no decía nada. La verdad es que hablaba poco. Era muy joven, apenas veinte años, con el rostro mate, indiferente a todo lo que pasaba o se decía a su alrededor como si no tuviera más que una idea en la cabeza y esperara para vivirla. Por la noche, apenas dormía. Descalzo, rondaba el pasillo, echándose un cigarrillo tras otro.[...] Al llegar, había dicho: “Ellos han matado a mi padre...” de tal manera que Lasasosa no le había hecho pasar ni siquiera la visita médica. “...y quiero vengarle”, le había confesado a Azzedine, con una voz llana, sin cólera, en una noche que iba a pasar en blanco. “Ellos”: los

*Fellouzes*. Si lo habían matado, era porque su viejo había dicho que no. Fue en Medenine. Querían que atravesara todo el pueblo, hasta el bar francés, con una carreta cargada de explosivos bajo el heno. Ellos se encargarían de encender la mecha.

—¿Y yo? ¿Quién se ocupará de mi familia si me cogen?

—¿Tienes miedo? ¡Entonces envíanos a tu hijo!, habían respondido los *moudjabidines*.

El viejo no había hablado de ello más que con su mujer. Una noche su pobre rebaño de cabras volvió solo. Encontraron su cuerpo en un antiguo manantial reseco. Naïm le había quitado el turbante y se lo había anudado al cuello para tapan el corte rojo. Luego lo había traído a hombros y el viernes siguiente, en la mezquita, antes de la oración de la noche, se había dirigido a los fieles en lugar del imán.

—Nuestros hermanos mataron a mi padre porque lo que le pidieron le pareció demasiado peligroso. No mostraron ninguna indulgencia hacia él. Su jefe, ya lo sabéis todos, es Bachir-Tani. Él los dirige a todos en nuestra región, y entre vosotros los hay que combatís con él. Por eso, cuando le volváis a ver, decidle a Bachir-Tani que ahora cuenta con un enemigo más: ¡uno curtido y con el pelo rizado como él!

[...] Por lo que se refiere a Boussetta (en árabe: el que tiene seis... dedos, simplemente porque su abuelo tenía seis en cada mano), no le gustaba ni el tiro ni la marcha a pie, y en cuanto había que salir del cuartel, con el fusil al hombro, rumiaba artimañas para poder tumbarse a la bartola. Había venido de lejos, de Guelma, para alistarse en este ejército que no era para él ni un refugio, ni el trampolín social con el que se trataba de seducir a los reclutas. Era un trabajo cualquiera con un sueldo en mano. Se dedicaba a ello un poco como un jornalero, pero lo que prefería era su cama. No se le podía proponer ir al burdel, y menos aún empinar el codo. Decía en posición firme de través:

—Mi ayudante, guárdeme las pelás para mis ahorros: yo ni siquiera fumo.

[...] Ponía su sueldo aparte, siempre con la misma idea: casarse.

A todos sus compañeros, se proponía como cuñado pero ninguno tenía hermanas que casar.

## Assia DJEBAR, "Mirada prohibida, sonido interrumpido"

### II

En tiempos del emir Abdelkáder, en 1839, unas tribus nómadas que le son fieles, los Arbaa y los Harazelias, se hallan asediadas en el fuerte Ksar el Hayran por su enemigo tradicional, los Teyini. El cuarto día de cerco, los sitiadores están ya encaramándose a los muros, cuando una joven Harazelia, llamada Mesauda (la afortunada), viendo a los suyos dispuestos a abandonar, exclamó:

"¿A dónde vais tan corriendo? ¡Los enemigos están de ese otro lado! ¿Así que una muchacha tiene que enseñaros cómo han de comportarse los hombres? ¡Pues vais a ver!"

Se sube a la muralla y se asoma afuera, cara al enemigo. Y, al mismo tiempo que se expone así, declama:

"¿Dónde están los hombres de mi tribu?"

"¿Dónde mis hermanos?"

"¿Dónde los que cantaban canciones de amor para mí?"

En esto, los Harazelias se lanzan en su ayuda, y cuenta la tradición que, electrizados por el llamamiento de la joven, rechazaron al enemigo entonando este grito de guerra y amor:

"¡Afortunada seas, aquí están tus hermanos, tus amantes!"...

A hombros llevaron a Mesauda, y, desde entonces, se canta en las tribus del sur de Argelia "la canción de Mesauda", que narra ese suceso y termina con la exaltación de la desgarradura heroica:

"¡Mesauda, tú serás para siempre la tenaza que arranca los dientes!".

Numerosos episodios de la historia de las resistencias argelinas del diecinueve evocan a mujeres guerreras que se salen del papel tradicional de espectadoras. Su temible mirada agujoneaba el valor, pero su repentina presencia en medio del hervidero del combate, allí donde asoma la postrera desesperación, es decisiva.

Otras narraciones sobre el heroísmo femenino ilustran la tradición de la reina madre feudal (inteligencia, sentido de la organización y valor "viril"), como la lejana Kahina berebere.

La historia de Mesauda, más modesta, a mi entender presenta un aspecto novísimo: es una variante más del heroísmo y la solidaridad tribal, pero aquí, sobre todo, un cuerpo en peligro (en ese movimiento totalmente improvisado) que se corresponde con una voz que interpela, desafía y hiera. Y, para concluir, cura del riesgo de cobardía y permite encontrar el desenlace victorioso.

“Afortunada seas, aquí están tus hermanos, tus amantes!”. ¿A esos hermanos-amantes, qué asusta más: la visión del cuerpo completamente expuesto o los “electriza” más aún la voz femenina que se propaga? Ese sonido surgido al fin de las entrañas, rozando la sangre de la muerte y la del amor. Y se produce la revelación: “¡Afortunada seas!”. El solo canto de Mesauda consagra esa felicidad de la mujer, enteramente en la movilidad a un tiempo improvisada y peligrosa, creadora en definitiva.

No abundan, desgraciadamente, las Mesaudas en nuestro cercano pasado de resistencia anticolonial. Antes de la guerra de liberación, la búsqueda de la identidad nacional, cuando incluía la participación femenina, se complacía, incluso si se trataba de figuras excepcionales y reconocidas de guerreras, en escamotear sus cuerpos y presentarlas como “madres”. Pero cuando a lo largo de los siete años de guerra nacional se exalta el tema de la heroína, lo es precisamente en torno al cuerpo de las jóvenes que yo llamo “portadoras de fuego” y que el enemigo encarcela. De Harenes fundidos por un tiempo en prisiones “Barberousse”, las Mesaudas de la “batalla de Argel” se llamarán Yamilas.

Desde la llamada de Mesauda y la respuesta de sus “hermanos-amantes”, desde esa carrera hacia delante del orgullo femenino liberado, ¿qué nos queda del “decir” de nuestras mujeres, de la palabra femenina?

El cuadro de Delacroix nos muestra a dos mujeres como suspendidas en la sorpresa, pero su silencio no consigue llegarnos. Palabra detenida de las que bajan los párpados o miran en el vacío para relacionarse. Como si se tratase de un secreto sobre cuya elucidación vela la criada, de quien no se sabe muy bien si espía o es cómplice.

Desde la niñez, se enseña a la chiquilla “el culto del silencio, que es una de las mayores cualidades de la sociedad árabe”. Lo que un general francés “amigo de los árabes” denomina “cualidad”, lo percibimos como una segunda mutilación. [...]

Cuentan que en 1911, en los campos argelinos, las mujeres (madres y hermanas) rondaban en torno a los campamentos donde se instalaban los reclutas denominados “indígenas” para llorar y desgarrarse la cara. La imagen de la mujer desconsolada, lacerándose las mejillas hasta la histeria, es la única imagen “en movimiento” para los etnólogos de entonces: se acabaron las guerreras y las poetisas heroicas. Cuando no se trata de mujeres invisibles y mudas, si hacen cuerpo con su tribu, solo pueden aparecer como furias impotentes. Silencio incluso de las bailarinas prostitutas de los Uled Nails, de cuerpos cubiertos hasta los pies y caras de ídolo recargadas de joyas, salvo el sonido rítmico de las ajorcas de sus tobillos.

De 1900 a 1954, en Argelia, cerrazón de una sociedad indígena cada vez más desposeída en su espacio vital y hasta en sus estructuras tribales. La mirada orien-

talista –con sus intérpretes militares primero y sus fotógrafos y cineastas después– gira en torno a esa sociedad cerrada, subrayando aún más su “misterio femenino” para mejor ocultar la hostilidad de toda una comunidad argelina en peligro.

Lo que no impide, sin embargo, que durante esa primera mitad del siglo XX el estrechamiento espacial condujera a un estrechamiento de las relaciones familiares: entre primos, entre hermanos, etc. Y en las relaciones hermanos-hermanas, estas últimas fueron la mayoría de las veces –siempre gracias a ese “sí-silencio de las lágrimas”– desheredadas en beneficio de los varones de la familia: otra ilustración del inmemorial abuso de confianza, de la alienación de bienes y cuerpos.

De modo que la mujer, doblemente prisionera en esta inmensa cárcel, sólo tiene derecho a un espacio que se encoge como una piel de zapa. Únicamente la relación madre-hijo se reforzó más aún hasta bloquear todas las otras circulaciones. Como si el apego cada vez más difícil a sus raíces para esos nuevos proletarios sin tierra y pronto sin cultura pasara de nuevo por el cordón umbilical.

Pero más allá de ese recogimiento en el interior de las familias, del que sólo se benefician los varones, está el apego a las raíces orales de la historia.

Sonido de la madre, quien, mujer sin cuerpo ni voz individual, recupera el timbre de la voz colectiva y oscura, necesariamente asexuada. Pues, en el torbellino de la derrota que ha concluido en una trágica inmovilidad, los modelos para recuperar un segundo aliento y oxígeno se buscan en otro lugar que en esa especie de vientre nutricio en que la cohorte de madres y antepasadas, a la sombra de los patios y las chozas, mantuvo la memoria afectiva...

Ecos de batallas perdidas un siglo antes, detalles de colores dignos de un Delacroix en las recitadoras analfabetas: las voces susurradas de esas olvidadas mujeres desarrollaron frescos irremplazables y trenzaron así nuestro sentido de la historia. [...]

Como punteado perdura un trazado titubeante, restos de una cultura de mujeres que se asfixia poco a poco: canciones de azotea de jovencitas, cuartetas de amor de las mujeres de Tremecén, magníficos trenos funerarios de las de Laghuat, una verdadera literatura que se hace cada vez más lejana y terminará pareciéndose a esos guadis sin desembocadura, extraviados en la arena... [...]

### III

En los albores de la guerra de liberación de Argelia, Picasso va a vivir de diciembre de 1954 a febrero de 1955, día a día, en el mundo de las *Mujeres de Argel* de Delacroix. Se enfrenta a ese mundo y construye alrededor de las tres mujeres, y con ellas, un universo completamente transformado: quince telas y dos litografías con el mismo título.

Me emociona pensar que el español genial preside así el cambio de los tiempos.

Al inicio de nuestra “noche colonial”, el pintor francés nos entregaba su visión que, señala Baudelaire con admiración, “exhala no sé qué intenso perfume de lugar de perdición que nos conduce sin tardanza hacia los limbos insondables de la tristeza”. Ese perfume de lugar de perdición llegaba de muy lejos y se concentrará todavía más.

Picasso echa a tierra la maldición, hace pedazos la desgracia e inscribe en trazos audaces una felicidad totalmente nueva. Presciencia que debería guiarnos en nuestra vida diaria.

“A Picasso siempre le gustó liberar a las beldades del harén”, señala Pierre Daix. Liberación gloriosa del espacio, despertar del cuerpo en la danza, el derroche y el movimiento gratuito. Pero también preservación de una de las mujeres que permanece hermética, olímpica e inmensa de pronto. A manera de una propuesta ética: encontrar la relación entre serenidad antigua y engalanada (la señora, detenida antaño en su hosca tristeza, está desde ahora inmóvil, pero como una roca de fuerza interior) e irrupción improvisada en un espacio abierto.

Pues ya no hay harén, la puerta está abierta de par en par, y la luz entra a raudales; tampoco criada espía, sencillamente otra mujer, pícara y danzarina. En resumen, las protagonistas –salvo la reina, cuyos senos resplandecen, no obstante– están totalmente desnudas, como si Picasso recuperara la verdad del lenguaje corriente que, en árabe, designa a la “desveladas” como las “desnudadas”. Como si el desnudarlas no fuera solo un signo de “emancipación”, sino más bien de un renacimiento de esas mujeres en sus cuerpos.

Dos años después de esa intuición del artista, apareció la estirpe de portadoras de bombas, en la “batalla de Argel”. ¿Eran únicamente hermanas-compañeras de los héroes nacionalistas? Desde luego que no, pues todo sucede como si ellos, aislados, fuera del clan, hubieran recorrido un largo camino desde 1920 hasta casi 1960 para reencontrarse con sus “hermanas-amantes”, y todo ello a la sombra de las cárceles y las sevicias de los legionarios.

Como si hubiera sido necesaria la guillotina y los primeros sacrificios al frío del amanecer para que las jóvenes temblaran por sus hermanos de sangre y lo dijeran. El acompañamiento ancestral hasta entonces había sido el clamor del triunfo y la muerte.

Habría que preguntarse si las portadoras de bombas, al salir del harén, eligieron por pura casualidad su forma de expresión más directa: sus cuerpos expuestos afuera y ellas mismas atacando a otros cuerpos. De hecho, sacaron esas bombas como si hubieran sacado sus pechos, y las granadas estallaron contra ellas, bien cerca.

Algunas de ellas, sexos electrocutados y desollados por la tortura.

Si la violación como acto y "tradición" de guerra es en sí mismo horriblemente trivial desde que las guerras existen, se convirtió –cuando nuestras heroínas fueron sus víctimas expiatorias– en motivo de dolorosa conmoción, vivida como un traumatismo por el conjunto de la colectividad argelina. Su denuncia pública a través de periódicos y salas de audiencias interpuestas contribuyó sin duda a amplificar su resonancia escandalosa: las palabras que la nombraron lograron la unanimidad explícitamente reprobadora de la violación. Una barrera de palabras caía, se transgredía, se rasgaba un velo ante una realidad amenazada, pero cuyo rechazo era demasiado fuerte como para no dar marcha atrás. Ese rechazo ahogó una solidaridad en la desgracia que había sido momentáneamente eficaz. Y sobre aquello que las palabras habían desvelado durante una guerra recae la gruesa capa de los temas tabú y se invierte el sentido de la revelación. Regresa entonces el pesado silencio que pone fin al establecimiento pasajero del sonido. El sonido es nuevamente interrumpido. Como si los padres, los hermanos y los primos dijeran: "Ya hemos pagado bastante por quitar el velo de las palabras". Olvidando sin duda que unas mujeres inscribieron en su carne herida ese decir que, sin embargo, se penaliza con un silencio que va ensanchándose a su alrededor.

Sonido de nuevo interrumpido y mirada prohibida de nuevo vuelven a construir las barreras ancestrales. "Un perfume de lugar de perdición", decía Baudelaire. Ya no existe el serrallo, pero la "estructura del serrallo" intenta imponer, en los nuevos descampados, sus leyes: la ley de la invisibilidad y la del silencio.

Solo veo en los retazos de susurros antiguos cómo tratar de restituir la conversación entre mujeres, la misma que Delacroix congeló en su cuadro. Solo tengo esperanza en la puerta abierta a pleno sol, la que Picasso impuso después, una liberación concreta y cotidiana de las mujeres.

"Regard interdit, son coupé", en *Femmes d'Alger dans leur appartement*, París, Des femmes, 1980, págs. 179-189 [Traducción inédita de Inmaculada Jiménez Morell].



## Albert CAMUS, *El primer hombre*

—Y después vino la guerra. Murió. Me mandaron la esquirla del obús.

La esquirla del obús que había abierto la cabeza de su padre se guardaba en la cajita de bizcochos, detrás de las mismas toallas, en el mismo armario, con las postales enviadas desde el frente y que podía recitar de memoria en su sequedad y brevedad. “Mi querida Lucie. Estoy bien. Mañana cambiamos de acantonamiento. Cuida bien de los hijos. Un beso. Tu marido.”

Sí, en el fondo mismo de la noche de su nacimiento, durante la mudanza, emigrante, hijo de emigrantes, Europa ponía de acuerdo ya sus cañones que estallarían al unísono unos meses más tarde, expulsando a los Cormery de Saint-Apôtre, él hacia su regimiento en Argel, ella hacia el pequeño apartamento de su madre en un barrio miserable, llevando en brazos al niño hinchado de picaduras de mosquitos. “No se preocupe, madre. Cuando Henri vuelva, nos iremos.” Y la abuela, erguida, el pelo blanco peinado hacia atrás, los ojos claros y duros: “Hija mía, habrá que trabajar”.

—Estuvo en el regimiento de zuavos.

—Sí. Hizo la guerra en Marruecos.

Era verdad. Lo había olvidado. En 1905 su padre tenía veinte años. Había hecho el servicio activo, como se dice, contra los marroquíes. Jacques se acordaba de lo que le había dicho el director de su escuela cuando lo encontró unos años antes en las calles de Argel. El señor Levesque había sido llamado a filas en la misma fecha que su padre. Pero habían permanecido sólo un mes en la misma unidad. Según él, había conocido mal a Cormery, porque éste hablaba poco. Infatigable en el trabajo, taciturno, pero ecuánime y de buen carácter. Una sola vez se puso Cormery fuera de sí. Era de noche, después de un día tórrido, en aquel rincón del Atlas donde el destacamento acampaba en la cima de una pequeña colina protegida por un desfiladero rocoso. Cormery y Levesque tenían que relevar al centinela apostado al pie del desfiladero. Nadie había respondido a los llamamientos. Y tras un seto de chumberas encontraron al camarada con la cabeza echada hacia atrás, extrañamente vuelta hacia la luna. Y al principio no la reconocieron, tenía una forma extraña. Pero era muy sencillo. Había sido degollado, y en la boca, la tumefacción lívida era su sexo entero. Entonces vieron el cuerpo con las piernas abiertas, el pantalón de zuavo desgarrado y en mitad de la abertura, bajo el reflejo ahora indirecto de la luna, el charco cenagoso. Cien metros más lejos, esta vez detrás de un gran peñasco, estaba el segundo centinela, expuesto de la misma manera. Se dio la voz

de alarma, se duplicaron los puestos de guardia. Al alba, cuando subieron al campamento, Cormery dijo que los que habían hecho eso no eran hombres. Levesque, reflexionando, respondió que, a juicio de ellos, ése era el modo en que debían obrar los hombres, que ellos estaban en su tierra, y empleaban cualquier medio. Cormery porfió.

–Tal vez. Pero está mal. Un hombre no hace eso.

Levesque dijo que para ellos, en ciertas circunstancias, un hombre debe permitirse todo y [destruirlo todo]. Entonces Cormery gritó, como en un arrebató de locura furiosa:

–No, un hombre se contiene. Eso es un hombre, y si no... –Y después se calmó–. Yo –agregó con voz sorda– soy pobre, salgo del orfanato, me ponen este uniforme, me arrastran a la guerra, pero me contengo.

–Hay franceses que no se contienen –[dijo] Levesque.

–Entonces ellos tampoco son hombres.

Y de pronto gritó:

–¡Raza inmundá! ¡Qué raza! Todos, todos... –Y entró en su tienda, pálido como un muerto.

Reflexionando, Jacques se daba cuenta de que la persona que más le había hablado de su padre era el viejo maestro. Pero nada más, salvo detalles, de lo que el silencio de su madre le había permitido adivinar. Un hombre duro, amargo, que había trabajado toda su vida, había matado porque se lo ordenaban, aceptado todo lo que no se podía evitar, pero que conservaba en el fondo una negativa, algo inquebrantable. Un hombre pobre, en fin. Pues la pobreza no [se] elige, pero puede conservarse. Y por lo poco que sabía a través de su madre, trataba de imaginar al mismo hombre, nueve años más tarde, casado, padre de dos niños, y al que, tras haber conseguido una situación un poco mejor, se le convoca en Argel para la movilización, el largo viaje nocturno con la mujer paciente y los niños insoportables, la separación en la estación y, tres días después, en el pequeño apartamento de Belcourt, su llegada repentina con el magnífico uniforme rojo y azul y los bombachos del regimiento de zuavos, sudando bajo la lana espesa, en el calor de julio, el sombrero de paja en la mano, porque no tenía ni fez ni casco, pues había salido clandestinamente del depósito situado bajo las bóvedas de los muelles y corrido para abrazar a su mujer y a sus hijos antes de embarcarse esa noche para Francia, que nunca había visto, por el mar que nunca lo había llevado, y los abrazó fuerte, brevemente, para marcharse al mismo paso, y la mujer en el balconcito le hizo una señal a la que él respondió en plena carrera, volviéndose para agitar el sombrero, antes de seguir corriendo por la calle gris de polvo y de calor y desaparecer delante del cine, más lejos, bajo la luz brillante de la mañana, para no volver más. El resto había que imaginarlo. No a través de lo que podía contarle su madre, que

ni siquiera tenía idea de la historia o de la geografía, que sólo sabía que vivía en una tierra próxima al mar, que Francia estaba al otro lado de ese mar que jamás había atravesado, Francia, ese lugar oscuro, perdido en una noche indecisa, al que se llegaba por un puerto llamado Marsella que imaginaba como el puerto de Argel, donde brillaba una ciudad muy bella, decían que se llamaba París, y donde había por fin una región llamada Alsacia de donde procedían los padres de su marido, huyendo, hacía mucho tiempo, de unos enemigos llamados alemanes para instalarse en Argelia, región que era preciso recuperar de los mismos enemigos que habían sido siempre malos y crueles, sobre todo con los franceses, y sin ningún motivo. Los franceses se veían siempre obligados a defenderse de esos hombres pendercianos e implacables. Allí, junto con España, que no podía situar pero que en todo caso no estaba lejos, de donde sus padres, menorquines, se habían marchado hacía tanto tiempo como los padres de su marido para venir a Argelia porque se morían de hambre en Mahón, que no sabía ni siquiera que estuviese en una isla, ignorando por otra parte lo que era una isla ya que jamás había visto una. De otros países a veces la sorprendían los nombres, sin llegar a pronunciarlos correctamente. Y en cualquier caso, jamás había oído hablar de Austria-Hungría ni de Serbia, Rusia era como Inglaterra, un nombre difícil, desconocía lo que era un archipiélago y jamás hubiera podido pronunciar las cuatro sílabas de Sarajevo. La guerra estaba allí. Como una nube maligna cargada de oscuras amenazas a la que no podía impedirse que invadiera el cielo, como no podía impedirse la llegada de las langostas o las tormentas devastadoras que se precipitaban sobre las mesetas argelinas. Los alemanes obligaban a Francia a ir a la guerra, una vez más, se iba a sufrir –no había causas para ello, ella no conocía la historia de Francia, ni lo que era la historia–. Conocía un poco la suya, y apenas la de aquellos a quienes quería, y éstos debían sufrir como ella. En la noche del mundo, que no podía imaginar, y de la historia, que ignoraba, una noche más oscura acababa apenas de caer, habían llegado órdenes misteriosas, traídas al pueblo por un gendarme sudoroso y cansado, y hubo que dejar la finca donde preparaban la vendimia –el cura estaba ya en la estación de Bône para despedir a los soldados: “Hay que rezar”, le había dicho, y ella contestó: “Sí, señor cura”, pero en realidad no lo había oído, porque no le había hablado bastante fuerte, y por lo demás no se le hubiera ocurrido la idea de rezar, nunca había querido molestar a nadie–, y su marido se había marchado con su hermoso traje multicolor, volvería pronto, todo el mundo lo decía, los alemanes serían castigados, pero entre tanto había que encontrar trabajo. Afortunadamente un vecino había dicho a la abuela que en la cartuchería del Arsenal militar se necesitaban mujeres y que darían preferencia a las esposas de los movilizados, sobre todo si tenían familia, y ella tendría la posibilidad de trabajar durante diez horas al día ordenando unos tubitos de cartón por tamaño y color, podría llevar dinero a la abuela, los niños

tendrían con qué comer hasta que los alemanes fueran castigados y Henri regresara. Desde luego, no sabía que hubiera un frente ruso, ni lo que era un frente, ni que la guerra pudiera extenderse a los Balcanes, al Oriente Medio, al planeta, para ella todo ocurría en Francia, donde los alemanes habían entrado sin avisar y habían atacado a los niños. Todo pasaba allá, en efecto, lugar adonde se habían transportado, lo más rápido que se podía, las tropas de África, y entre ellas, a H. Cormery, a una región misteriosa de la que se hablaba, el Marne, sin haber tenido tiempo siquiera de encontrarles cascos, una región donde el sol no era lo bastante fuerte como para matar los colores, como en Argelia, de modo que oleadas de argelinos árabes y franceses, vestidos de tonos vivos y pimpantes, con sombreros de paja, objetivos blancos, rojos y azules que se veían a cientos de metros, llegaban a oleadas a la línea de fuego, eran destruidos a montones y empezaban a abonar un territorio estrecho que, durante cuatro años, hombres venidos del mundo entero, agazapados en madrigueras de barro, se obstinarían en defender metro por metro bajo un cielo erizado de obuses luminosos, obuses que maullaban mientras atronaban las grandes barreras de fuego que anunciaban los vanos asaltos. Pero por el momento no había madrigueras, sólo las tropas de África que se fundían bajo el fuego como multicolores muñecos de cera, y cada día centenares de huérfanos nacían en todos los rincones de Argelia, árabes y franceses, hijos e hijas sin padre que tendrían que aprender a vivir sin lección y sin patrimonio. Unas semanas después, un domingo por la mañana, en el pequeño rellano interior del único piso, entre la escalera y los dos retretes sin luz, agujeros negros de mampostería, a la turca, eternamente lavados con lejía y eternamente hediondos, Lucie Cormery y su madre, sentadas en dos sillas bajas limpiaban lentejas bajo el tragaluz de la escalera, y el pequeño, en una cesta de ropa blanca, chupaba una zanahoria llena de babas cuando un señor grave y bien vestido apareció en la escalera con una especie de pliego. Las dos mujeres, sorprendidas, dejaron los platos con las lentejas limpias que sacaban de una marmita situada entre ambas, y se secaron las manos cuando el señor, que se había detenido en el penúltimo escalón, les rogó que no se movieran, preguntó por la señora Cormery. “Es ella”, dijo la abuela, “yo soy su madre”, y el señor dijo que era el alcalde, que traía una noticia dolorosa, que su marido había muerto en el campo de honor y que Francia lo lloraba y al mismo tiempo estaba orgullosa de él. Lucie Cormery no lo había oído, pero se levantó y le tendió la mano con mucho respeto, la abuela se incorporó, cubriéndose la boca con la mano, repitiendo “Dios mío” en español. El señor retuvo la mano de Lucie en la suya, después volvió a estrecharla con sus dos manos, murmuró unas palabras de consuelo y le entregó el pliego, se volvió y bajó las escaleras con paso pesado [...].

–Mamá –dijo Jacques.

Ella seguía mirando la calle con la misma expresión y no lo oía. Jacques le tocó el brazo flaco y arrugado y ella se volvió hacia él sonriendo.

–Las postales de papá, ¿sabes?, las del hospital.

–Sí.

–¿Las recibiste después de la visita del alcalde?

–Sí.

Una esquirla de obús le había abierto la cabeza y lo transportaron en uno de esos trenes sanitarios pringosos de sangre, paja y vendas que hacían el trayecto entre la carnicería y los hospitales de evacuación en Saint-Brieuc. Allí había podido garabatear dos tarjetas a tientas, porque no veía. “Estoy herido. Nada grave. Tu marido.” Y murió al cabo de unos días. La enfermera escribió: “Es preferible. Hubiera quedado ciego o loco. Tenía mucho coraje”. Y después la esquirla de obús.

Abajo, una patrulla de tres paracaidistas armados pasaba por la calle en fila india, mirando a todas partes. Uno de ellos era negro, alto y flexible, como un animal espléndido de piel manchada.

–Es por los bandidos –aclaró ella–. Y estoy contenta de que hayas visitado su tumba. Yo ya soy demasiado vieja y además está lejos ¿Es bonita?

–¿Qué, la tumba?

–Sí.

–Es bonita. Hay flores.

–Sí. Los franceses son muy valientes.

Lo decía y lo creía, pero sin pensar ya en su marido, ahora olvidado, y con él la desgracia de entonces. Y no quedaba nada más, ni en ella ni en la casa, del hombre devorado por un fuego universal y del que sólo subsistía un recuerdo impalpable como las cenizas de un ala de mariposa quemada en el incendio del bosque.

–Se me va a quemar la comida, espera.

Se levantó para ir a la cocina y él ocupó su lugar, mirando a su vez la calle sin cambios desde hacía tantos años, con las mismas tiendas de colores apagados y desconchados por el sol. [...] La calle vivía ahora la animación del domingo por la mañana. Los obreros, con sus camisas blancas recién lavadas y planchadas, se encaminaban charlando hacia los tres o cuatro cafés que olían a sombra fresca y a anís. Pasaban árabes, pobres también pero limpiamente vestidos, con sus mujeres siempre veladas pero con zapatos Luis XV. A veces eran familias enteras de árabes endomingados. Una de las familias llevaba tres niños a rastras, uno de ellos disfrazado de paracaidista. Y justamente en ese momento volvía a pasar la patrulla de paracaidistas, tranquilos y en apariencia indiferentes. Cuando Lucie Cormery entró en la habitación resonó la explosión.

Parecía muy cercana, enorme, sus vibraciones se prolongaban interminablemente. Un buen rato después de oírse, la bombilla del comedor seguía vibrando en

el fondo de la tulipa de vidrio que les iluminaba. Su madre retrocedió al fondo de la habitación, pálida, los ojos negros llenos de un terror que no podía dominar, vacilando un poco.

–Es aquí. Es aquí –repetía.

–No –dijo Jacques y se precipitó a la ventana.

La gente corría, él no sabía adónde; una familia árabe entró en la mercería de enfrente, empujando a los niños, y el mercero los recibió, cerró la puerta, deslizo el pestillo y se quedó plantado detrás del escaparate, vigilando la calle. Entonces volvió a pasar la patrulla de paracaidistas corriendo en dirección opuesta. Los autos se acomodaban precipitadamente a lo largo de las aceras y se detenían. En pocos segundos la calle quedó vacía. Pero inclinándose, Jacques podía ver un gran movimiento de la multitud más lejos, entre el cine Musset y la parada de tranvía.

–Voy a ver –dijo.

En la esquina de la Rue Prévost Parado, vociferaba un grupo de hombres.

–Raza inmunda –decía un pobre obrero en camiseta, increpando a un árabe pegado a una puerta cochera, cerca del café.

–Yo no he hecho nada –dijo el árabe.

–Estáis todos en el ajo, banda de cabrones –y se abalanzó sobre él.

Los otros le contuvieron. Jacques le dijo al árabe:

–Venga conmigo –y entró con él en el café que ahora era de Jean, su amigo de infancia, el hijo del peluquero.

Jean estaba allí, siempre igual, pero arrugado, pequeño y delgado, con un aire socarrón y atento.

–No ha hecho nada –dijo Jacques–. Déjalo entrar en tu casa.

Jean miró al árabe mientras secaba el zinc.

–Ven –dijo, y desaparecieron por el fondo.

Al salir, el obrero miró de reojo a Jacques.

–No ha hecho nada –dijo Jacques.

–Hay que matarlos a todos.

–Eso se dice cuando uno está furioso. Reflexiona.

El otro se encogió de hombros:

–Ve a mirar y ya hablaremos cuando hayas visto la papilla.

Se oían campanillas de ambulancia, rápidas, apremiantes. Jacques corrió hasta la parada del tranvía. La bomba había estallado en el poste de electricidad, cerca de la parada. Y había mucha gente esperando el tranvía, toda endomingada. El pequeño café de al lado se llenó de gritos, no se sabía si de cólera o de dolor.

Se giró hacia su madre. Estaba ahora muy erguida, muy blanca.

–Siéntate –y la llevó hasta la silla que estaba muy cerca de la mesa. Se sentó junto a ella, sosteniéndole las manos.

–Dos veces esta semana –dijo–. Tengo miedo de salir.

–No es nada –dijo Jacques–, ya se va a acabar.

–Sí –dijo ella. Lo miraba con un curioso aire indeciso, como si vacilara entre la fe que tenía en la inteligencia de su hijo y la certidumbre de que *la vida entera* era una desgracia contra la cual lo único que podía hacerse era aguantar–. Compréndelo, soy vieja. Ya no puedo correr.

La sangre volvía ahora a sus mejillas. A lo lejos se oía el campanileo de las ambulancias, apremiante, rápido. Pero ella no lo oía. Respiró profundamente, se calmó, sonrió a su hijo con su bella sonrisa valiente. Había crecido, como todos los de su raza, en medio del peligro, y el peligro podía encogerle el estómago, pero ella lo soportaba como el resto. Era él quien no podía soportar esa cara contraída de agonizante que le aparecía de pronto.

–Vente conmigo a Francia –le dijo, pero ella sacudió la cabeza con resuelta tristeza:

–¡Oh!, no, allá hace frío. Soy demasiado vieja. Quiero quedarme en casa [págs. 69-73].

Ahora era un adulto... En el camino de Bône a Mondovi, el coche en que viajaba J. Cormery se cruzaba con *jeeps* que circulaban lentamente, erizados de fusiles...

–¿El señor Veillard?

–Sí.

Enmarcado por la puerta de su pequeña finca, el hombre que miraba a Jacques Cormery era bajo y rechoncho, con los hombros redondos. Su mano izquierda mantenía la puerta abierta, la derecha apretaba fuertemente el marco de modo que al tiempo que abría la entrada a su casa, la cerraba. Tendría unos cuarenta años, a juzgar por su pelo ralo y gris que le hacía una cabeza romana. Pero la piel atezada de su rostro regular de ojos claros, el cuerpo un poco espeso pero sin grasa ni vientre en el pantalón caqui, sus alpargatas y su camisa azul con bolsillos, le daban un aspecto mucho más joven. Escuchaba, inmóvil, las explicaciones de Jacques. Después:

–Entre –dijo, y se hizo a un lado.

Mientras Jacques avanzaba por el pequeño pasillo de paredes blanqueadas, amueblado solamente con un cofre marrón y un paragüero de madera torneada, oyó reír al colono.

–¡En una palabra, una peregrinación! Bueno, francamente, es el momento.

–¿Por qué? –preguntó Jacques.

–Entre al comedor –respondió–. Es la habitación más fresca.

Una veranda, con los estores de paja flexible desplegados, salvo uno, formaba parte del comedor. Con excepción de la mesa y el aparador de madera clara y de

estilo moderno, la habitación estaba amueblada con sillones de mimbre y tumbonas. Jacques, al volverse, vio que estaba solo. Se acercó a la veranda y, por entre el espacio libre entre los estores, vio un patio con terebintos entre los que resplandecían dos tractores de color rojo vivo. Más allá, bajo el sol todavía soportable de las once, empezaban las hileras de viñas. Instantes después entraba el colono trayendo en una bandeja una botella de anisete, vasos y agua helada.

El colono alzaba el vaso lleno de un líquido lechoso.

—De haber tardado, tal vez ya no me hubiese encontrado aquí. Y en todo caso, ni un francés para informarlo.

—El viejo doctor fue quien me dijo que en su finca nació yo.

—Sí, la finca formaba parte de la propiedad de Saint-Apôtre, pero mis padres la compraron después de la guerra.

Jacques miraba a su alrededor.

—Seguramente usted no nació aquí. Mis padres lo reconstruyeron todo.

—¿Conocieron a mi padre antes de la guerra?

—No lo creo. Se habían instalado muy cerca de la frontera tunecina, y después quisieron acercarse a la civilización. Solferino, para ellos, era la civilización.

—¿No habían oído hablar del administrador precedente?

—Usted que es del país, sabe cómo se funciona aquí. Aquí no se conserva nada. Se demuele y se reconstruye. Se piensa en el futuro y se olvida lo demás.

—Bueno —dijo Jacques—, lo he molestado para nada.

—No —dijo el otro—, ha sido un placer.

Y le sonrió. Jacques apuró su vaso.

—¿Se quedó su familia cerca de la frontera?

—No, es la zona prohibida. Cerca del embalse. Y se ve que usted no conoce a mi padre.

Bebió también lo que le quedaba en el vaso y como si le pareciera un motivo más de diversión, lanzó una carcajada.

—Es un viejo colono. Chapado a la antigua. De esos a quienes se insulta en París, como usted sabe. Y es cierto que siempre fue muy duro. Sesenta años. Pero largo y seco como un puritano con su cara de [caballo]. Estilo patriarca, ¿comprende? Sus obreros árabes las pasaban negras, y para ser justos, sus hijos también. Por eso, el año pasado, cuando hubo que evacuar, fue un follón. La región era ya invivible. Había que dormir con el fusil preparado. Cuando atacaron la finca Rasteil, ¿se acuerda?

—No —dijo Jacques.

—Sí, el padre y los dos hijos degollados, la madre y la hija violadas, hasta matarlas... En fin... El prefecto había tenido la malhadada idea de decir a los agricultores reunidos que había que reconsiderar las cuestiones [coloniales], la manera de tratar a

los árabes, y que se había vuelto la página. El viejo le dijo que nadie en el mundo dictaría la ley en su casa. Después no aflojó los dientes. Por la noche se levantaba y salía. Mi madre lo observaba a través de las persianas y lo veía andar a campo traviesa por sus tierras. Cuando llegó la orden de evacuar, no dijo nada. La vendimia estaba terminada, y el vino en cubas. Las abrió, fue hasta una fuente de agua salobre que él mismo había desviado en otros tiempos, la apuntó directamente a sus tierras, y transformó un tractor en desmontadora. Durante tres días, al volante, con la cabeza descubierta, sin decir nada, arrancó las viñas en toda la superficie de la finca. Imagínese, el viejo seco zangoletéandose en su tractor, empujando la palanca para acelerar cuando el arado no acababa con una cepa más gruesa que las otras, sin detenerse siquiera para comer, mi madre le llevaba pan, queso y [sobrasada], que engullía pausadamente, como hacía todo, arrojando el último mendrugo para acelerar, y todo eso desde la salida hasta la puesta del sol, y sin una mirada al horizonte de montañas, ni siquiera a los árabes enterados de inmediato y que se mantenían a distancia observándole, sin decir nada tampoco. Y cuando un joven capitán, prevenido por alguien, llegó y le pidió explicaciones, el viejo le dijo: "Joven, si lo que hemos hecho aquí es un crimen, hay que borrarlo". Cuando todo hubo terminado, volvió a la finca y cruzó el patio empapado por el vino que se había escapado de las cubas, y empezó a preparar sus maletas. Los obreros árabes lo esperaban en el patio. (Estaba también una patrulla enviada por el capitán, no se sabía bien por qué, con un amable teniente que esperaba órdenes.) "Patrón, ¿qué vamos a hacer?" "Si yo estuviera en vuestro lugar", dijo el viejo, "me iría al maquis. Son los que van a ganar. En Francia ya no quedan hombres." –El colono se reía: ¡Era directo, eh!

–¿Se han quedado con usted?

–No. No quiso oír hablar más de Argelia. Vive en Marsella, en un apartamento moderno... Mi madre me escribe que da vueltas por su cuarto.

–¿Y usted?

–Oh, yo me quedo hasta el fin. Ocurra lo que ocurra, aquí me quedo. A mi familia la he mandado a Argel y aquí reventaré. En París, esto no lo entienden. Salvo nosotros, ¿sabe quiénes son los únicos capaces de entender?

–Los árabes.

–Justo. Estamos hechos para entendernos. Tan estúpidos y brutos como nosotros, pero la misma sangre de hombre. Todavía vamos a matarnos un poco, a cortarnos los cojones y a torturarnos una pizca. Y después empezaremos a vivir de nuevo entre hombres. El país así lo quiere. ¿Un anisete?

–Ligero –dijo Jacques [págs. 153-156].



## Mouloud MAMMERI, *El opio y el palo*

—Déjame buscar una emisora. A esta hora está Mónaco.

¡Claro! Con lo lista que era, sabía exactamente a qué hora cada emisora pasaba música para bailar. Giró el botón, esperó. Una voz surgió, creció súbitamente, raspando las consonantes, aguzando las vocales; una voz que olía a *merguez*, como decía Bachir. Era Argel: “Cuarenta y siete malvivientes fueron puestos fuera de combate. Se lamenta un herido leve entre las fuerzas del orden. La limpieza del terreno continúa.

“Ayer, en Magenta, emotiva manifestación de fraternidad franco-musulmana: los ex combatientes musulmanes quisieron proclamar una vez más su lealtad, su indefectible apego a una patria por la cual están dispuestos, cito: ‘a detener al enemigo del interior con la muralla de sus pechos contra la que una vez se hizo añicos el enemigo del exterior’.

“Ayer en Argel, a las veintiuna y quince horas, fue perpetrado un horrible atentado. Un terrorista lanzó una granada en un bar de la calle Bugeaud. Se cuentan nueve heridos y tres muertos: una joven mujer europea, madre de dos niños y que esperaba próximamente un tercero; un anciano y un niño de ocho años. El asesino fue capturado. Repitiendo una escena ya conocida, negaba enérgicamente el acto y no portaba armas. Pero numerosos consumidores europeos lo reconocieron categóricamente. La intervención de una patrulla impidió que la justificada ira de la multitud le aplicara al asesino un castigo por su horrible crimen. Pero veo que me llaman, sin duda para anunciarme una buena noticia. Efectivamente, a último minuto nos informan que, al montarse en un Jeep del primer Regimiento de Paracaidistas Coloniales, el terrorista fue abatido mientras intentaba escaparse...”

—¿No puedes cambiar de disco?

—Pensé que te interesaba.

—¿Los muertos? ¿Eso crees? No soy sepulturero.

Ella giró el botón. La voz era laboriosamente familiar.

“¡Pues bien! En política exterior, Argelia ocupa nuevamente el centro de la escena, ya que las fuerzas del orden...”

—¡Saca eso!

—Pero era Mónaco.

—¡Déjame buscar! Mira, Radio Sottens. ¿Cuántos, en Sottens?

—¿A esta hora? Pasan la cotización de la Bolsa.

Él giró al azar...

“La asamblea general de las Naciones Unidas celebró ayer la trigésimo novena sesión del período. Los delegados oyeron el resto de las intervenciones acerca del problema argelino. El primero en tomar la palabra fue el honorable delegado de la unión Sudafricana, que demostró con entusiasmo cuán peligroso era para la asamblea inmiscuirse en los asuntos internos de los Estados miembro de la Organización... El discurso fue muy bien recibido...”

—¡Sinvergüenza!

Apagó el aparato.

No veía la hora de echarla fuera, por la niña, por la tía, por su manera exasperante de recitar los horarios de todas las radios del mundo, por la guerra, por las mentiras de la radio, por sus silencios, ¡por todo! Tenía ganas de estar solo.

—Cuando Tata esté aquí, la llevaremos a conocer el lugar.

—¡Es el momento indicado!

—Yo no les he hecho nada a los fellaghas... Y Tata tampoco.

—¡Claro que no! Y ellos seguramente lo saben.

—¿Cómo es posible que uno pague por los otros? No es justo.

—¿Y ellos? ¿Piensas que es justo que paguen desde hace ciento treinta años por crímenes que desconocen?

—¡Bueno! Contigo nunca se sabe. Un día estás apasionadamente contra ellos y al día siguiente los defiendes con furia.

—Razonar no es lo tuyo. Te daña la piel y te congestiona. Harías mejor en irte a dormir, ve, sé buena.

La empujó hacia la puerta. Ella la abrió con el mismo gesto preciso, él oyó su paso menguar en la escalera...

La carta de Ramdane esperaba sobre el velador. La abrió:

“Quería continuar nuestra conversación (esta mañana no tenía tiempo, con los exámenes... y todo el resto) con respecto a los intelectuales. Seguramente te sorprendí cuando dije que había que fusilar a todos aquellos que no eran aduladores incondicionales de un régimen popular. Acabo de leer en *L'Aube* las elucubraciones de algunos descerebrados que se creen intelectuales (a menos que se trate simplemente de crápulas, es decir, de gente inteligente que cobra por cada línea de mentira que escribe). Con respecto a la siniestra guerra que nos están haciendo, ellos hablan de conciencia, de humanidad, de Occidente, de civilización. Es innoble, sin ninguna duda. Pero pensándolo bien, la acción de los intelectuales que se creen de izquierdas, resguardados por la orgullosa armadura de los principios intangibles: la objetividad, el humanismo, la libertad, la defensa de los débiles y los oprimidos, no es de ninguna manera más aceptable.

“Honestamente, todos esos hombres de ideas que intervienen en la historia como ciegos en la contienda y que se exhiben, profetizan, vaticinan, lanzan diti-rambos o anatemas... es poco serio y no es justo.

"Nosotros (a Ramdane le gustaba identificarse con lo que él llamaba el pueblo) no somos instruidos, sólo tenemos una vida por delante: esta; si la dejamos pasar, habremos fracasado en todo.

"Por eso actuamos con tanto celo, con tantas precauciones, con tanto amor. Pero para vosotros, que habéis estudiado en los libros, la vida de un hombre no es más que un eslabón de la cadena. Vosotros habéis aprendido la historia de todos los pueblos en todos los siglos pasados; eso os permite proyectaros en el futuro. Cuando os detenéis en el presente, es cuando os oprime por todos lados y no podéis ya evitarlo. ¡Justo el tiempo de fijarlo! ¡Un breve instante! E inmediatamente lo ponéis en su lugar (nunca mejor dicho), y yo os pregunto, ¿qué es nuestra pobre vida cuando la hemos puesto en su lugar?

"Por eso no os permitís más que la atención distraída, amable, distanciada que prestáis a Felipe el Hermoso o a los faraones de la octava dinastía. Y, naturalmente, hacéis tonterías. ¡No por maldad!, no, por falta de seriedad. Ya que podéis vivir tan fácilmente con Pericles como con nuestros bisnietos, pobres ellos, setenta años de vida efímera, a la cual nosotros estamos encadenados, por nuestra vista corta, nuestra falta de imaginación, dejadnos al menos llevarlos a buen puerto sin que encima tengamos que soportar el insoportable peso de vuestra levedad."

Bachir tiró la carta sobre el velador: "¡Insoportablemente literarios, estos profesores!"

[...]

Bachir tomó del velador las hojas de grueso papel de colegial, las releyó. Estaba furioso. Tomó su papel de cartas rosado y de un tirón escribió:

"Mi querido profesor:

"He recibido tu filípica y, como siempre cuando te escucho, siento que me vuelvo agresivo.

"Si no he entendido mal, tu posición es, como siempre, clara y simple: la política es cosa seria y los intelectuales se equivocan al querer aplicar la inteligencia, que todo lo estropea. Al principio creí que bromeabas, que jugabas a sostener una paradoja, y después pensé que eso equivalía a injuriarte, que tú nunca juegas con las cosas serias. Y sin embargo...

"Y sin embargo la política no merece ese exceso de honor. Sé que es la enfermedad de moda. Todo el mundo la padece, hay algunos que viven de ella y los más graves llegan a aceptar morir por ella. Desde hace algunos años, sobre todo, unos defienden con pasión aquello contra lo que otros se alzan ardientemente. Alcanza con que un día hayan oído vociferar en su presencia. El asunto está resuelto. Toman el grito como un argumento y se lo creen.

“Una vez que han entrado en el juego, ya no pueden salir. Como el opiómano, necesitan cada día su dosis de excitación... o como el fakir, cuando se es un verdadero fakir, alcanza con oír un violín llorando las primeras notas de la melodía adorada, o incluso una pandereta tocando a lo lejos, que uno no se puede contener, entra en la fila y baila, se contonea, pernea, se bambolea, patatea hasta que, con espuma en la boca y los miembros bañados en sangre, cae como un plomo. Los que manejan el arco son una porquería, estoy de acuerdo, pero los que bailan me repugnan aún más. Ni siquiera puedo escupirles, me dan demasiado asco. Y además, eso no los despertaría. Al contrario, matan a aquellos que quieren sacarlos de su sueño. Los judíos clavaron en la cruz al hombre que quería alejarlos de sus supersticiones imbéciles. Los jueces de la ciudad más inteligente del mundo condenaron a la cicuta al sabio que quería curarlos del veneno con el que morían deliciosamente.

“¡Esos hombres que corren a enjaularse y ocupan su lugar en la manada! Tienen una tarjeta con un color y un número, sellos y firmas y fechas. Así no corren el riesgo de escaparse, están fichados, catalogados, etiquetados, numerados, encerrados y enmarcados. No tienen que llevar el peso de una libertad que es un estorbo.

“Cómo me agotan con su propaganda. Entra al Partido Popular Argelino, ¿quieres la libertad de tu país o estás satisfecho de ser un esclavo? Ven a la Unión Democrática del Manifiesto Argelino, vamos a obtener la independencia por etapas, sin forzar nada. Adhiere al Partido Comunista, doctrina científica, eficacia garantizada, el nacionalismo es o bien un error pasajero o bien una enfermedad mortal. Únete a los ulemas, vuelve al islam puro, fuera del cual estás condenado en este mundo antes de condenarte en el otro. ¡Hala! ¡Hala! ¡Acércate! ¡Ven aquí! Mira el lindo collar con clavos de cobre brillantes. ¡Hala! ¡Ven! Pon tu cuello en el collar redondo. ¡No tengas miedo! No te hará daño. Y además, no eres el único. Mira a tu alrededor y cuenta los cuellos sin collar, será más rápido que contar los dedos de tu mano.

“Sé lo que vas a decir. Primero, para simplificar, como siempre, vas a encasillarme, a etiquetarme: ¡anarquismo pequeño burgués! Y la jugada está hecha. Luego vas a hablarme de heroísmo, no del de los profesionales, claro que no, el de los héroes humildes, anónimos, sin sable y sin escarapela, los que son héroes sin saberlo. Como si el heroísmo fuera algo más que una forma de compensación, como el opio y Dios. Cuando están vivos, los héroes sólo se diferencian de los soldaduchos entre los que actúan por un grado mayor de inconciencia y de sensibilidad. Sólo después adquieren unas proporciones y un brillo desconocidos, cuando los seres mediocres que han llegado después se multiplican por miles, por millones en su mediocridad, o simplemente están hartos de proyectar sus sueños imposibles sobre

la memoria de sus ancestros, preferiblemente más sanguinarios, y para soportar la monotonía de sus días, inventan el esplendor de los días pasados.

“¡Desconfía! La cultura sólo pende de un hilo. Una fina capa frágilmente depositada sobre un fondo sólido de barbarie. ¡No hay que soplar muy fuerte! Alcanza con algunos días para que el lento edificio de lucidez, de razón, de humanidad, se derrumbe. ¡Espera un poco y vas a entrar en el baile, como todos, en el clan estrecho de aquellos que manejan el tambor y el arco, o en la vasta canalla de aquellos que se afanan sobre la pista y sólo se mueven al compás!

“Los del baile son sólo títeres risibles para el que los mira de lejos. Cuando uno penetra en la multitud, entra al mismo tiempo en el baile; comienza por coger el ritmo, termina por contagiarse del éxtasis y ni siquiera puede notar los destellos enajenados en la mirada de los otros, porque uno también los tiene en los ojos.

“Por ahora te encuentras tan sólo en la fase artesanal de los comienzos, cuando la leyenda nace en las brumas amalgamadas de la frustración, la evasión, la búsqueda de los símbolos y los emblemas. Pero si no reaccionas, vas a pasar junto con los otros a la fase superior de los ojos cerrados, para no ver o ver todo azul, de la mutilación voluntaria de los sucesos, de la ampliación épica y de las recreaciones de los artistas. Pronto, lo sabes, van a nacer poetas a granel. Los poetas, esos mentirosos distinguidos, autorizados, los poetas de mentiras armoniosas. Platón los había desterrado de la ciudad. Ya es bastante con que domen al pueblo. Que encima se burlen de él, lo adormezcan, que junten al policía con el charlatán equivale a despreciarse junto con él, pues es despreciar la naturaleza humana. Platón, lo sé, pretendía ignorar que los hombres tienen aún más necesidad de verse travestir que de enseñar la verdad, y que hay épocas en las que las multitudes necesitan fábulas como un suelo árido al rocío.

“Pero, ¿qué importa? A las mentes preeminentes les alcanza el aire frío de la razón. No ceden al vértigo confuso del instinto, ni a la tentación de las certezas clavadas en la mente como cuñas en un leño de roble...”

Bachir cerró la carta, giró el botón de la Telefunken.

La radio graznó:

“Las fuerzas del orden dejaron a treinta rebeldes fuera de combate...”

Con un gesto brusco, Bachir Lazrak cortó el hilo de voz. La desaparición del islote de luz sorda que rodeaba a la radio hizo más densa la oscuridad.

La política es quizá risible, pero cuando se juega hasta sus últimas consecuencias, produce cadáveres por decenas en Radio-France V, reproducidos por todas las radios del mundo.



## Rachid MIMOUNI, *La maldición*

La mudanza se hizo a bombo y platillos. El vehículo volvió a su lugar media hora más tarde. Sid Morice estaba eufórico, pero no por ello menos inspirado.

—Tengo la impresión, mi querido Kader, de que acabas de hacer una tontería. Eso me regocija. Antes no se me pasaba ninguna.

Después de la disolución de su compañía sid Morice había ido a parar a la zona de frontera, encargado de supervisar, a través de la línea electrificada, el despacho de armas y de material proveniente del país vecino.

—El alambrado era de una perfección diabólica. Se mostraba sensible al paso de una liebre que escapaba de un depredador. Al menor temblor, los cañones eléctricos entraban en furor mientras volaban los helicópteros y se ponía en marcha la vagoneta blindada. Una verdadera delicia, me divertí mucho.

Le gustaba destruir, decía, y lo hacía con el mayor deleite.

—A menudo provocaba un apocalipsis sólo para poder leer la hora en mi reloj.

Cada día se ingeniaba nuevas astucias para dismantelar el vallado. Cuando se aburría, ojeaba hasta la línea a un jabalí arisco, que enredado en los alambres desencadenaba un magnífico espectáculo.

—Tuve una vida dura en los puestos de guardia de mi sector. Desde entonces me volví noctámbulo.

Su barba de profeta se estremecía de placer al evocar esas dichas del tiempo de la guerra. La cosa tornó al duelo entre el ingeniero que controlaba el alambrado y sid Morice, que constantemente intentaba detectar sus insuficiencias.

—Como la ventaja era mía, le hice algunos favores. El primer alambre seccionado suscitaba emoción. Alarma inútil. Yo sólo lo estaba probando. Debo reconocer que mi lejano adversario reaccionaba bien. Comprendió rápidamente que un solo alambre roto podía abrir el camino. Se corrigió.

El especialista afinaba cada día su sistema. Triplicó la tensión eléctrica; sid Morice tuvo que conseguir cizallas con un mango más aislante. Los tiros de los cañones se hicieron más precisos; el maquis utilizó los accidentes del terreno para escapar a los radares. Las vagonetas aparecían cada vez con más frecuencia; utilizó artificios para engañarlas.

Pero el demoníaco experto tuvo la idea de construir líneas secundarias, en forma de V abierta sobre el primer vallado formando una nasa, que conducían inevitablemente hacia su ángulo a los sobrevivientes de la primera línea. Allí los esperaban los helicópteros.

—Me di cuenta después de que al alimentar el orgullo del ingeniero, había servido de cobaya inesperada. Los pasajes que yo organizaba se transformaron en hecatombes. Nueve de cada diez personas dejaban la vida en ese lugar.

Sid Morice movió la cabeza, ignorando el plato que acababa de servirle Palsec. Sus recuerdos eran sustento suficiente. Sólo le interesaba la botella apenas comenzada.

—Un día, prosiguió, vinieron a avisarme que debía prepararme para abrirles el paso a dos personas importantes. El enviado insistió en que tomara todas las precauciones. Yo había omitido preguntarle en qué sentido se haría el pasaje. Sólo a último momento entendí que los ilustres querían largarse y alcanzar el cielo más clemente del país vecino.

Apostado en una roca, sid Morice había vigilado la llegada del grupo. Los responsables llevaban traje bajo las *kachabias* prestadas. Los dos maquis que los acompañaban los trataban con temeroso respeto. Sid Morice no se dignó bajar del promontorio que había elegido. Los contempló largamente desde lo alto de su observatorio.

—¡Hola! Dijo al fin.

Abandonó su mirador.

—¿Queréis un poco de té?

—Llevamos prisa, le hizo notar un bigotudo alto.

—Sería un error. No olvidéis que habéis venido sólo por unos días; me place ofrecer la hospitalidad de mi palacio. Sólo espero que vuestras alforjas contengan suficientes higos secos, porque en lo que a mí respecta, comparto la pitanza de los jabalíes. Sólo me alimento de bellotas.

Inmediatamente les dio la espalda. Unos minutos más tarde, los cuatro hombres se dirigieron a la gruta. Sid Morice estaba prendiendo un brasero. El retaco se sentó frente a él mientras afirmaba que le gustaba mucho el té. Su sonrisa trataba de ablandar al pasador, cuya irritación se revelaba en los gestos bruscos. Paseando la mirada a su alrededor, movió la cabeza con afectada satisfacción.

—No está mal tu residencia.

El furor de sid Morice aumentó una nota.

—La cambiaría sin problema por la suya.

—Me llamo Belkacem, he vivido sobre todo en los sótanos de algunas villas especiales. Están provistas de aparatos muy sofisticados, mi cuerpo conserva aún las huellas de los ejercicios a los que fui sometido. También me hospedaron en Lambeze, lugar de pasaje de los condenados a muerte.

Sid Morice se dio cuenta de que se había equivocado acerca del personaje. Su cólera se calmó y observó al hombrecito desde una nueva perspectiva. Con un tono súbitamente grave, le preguntó si su pasaje era indispensable.

–Ya lo creo, le respondió su interlocutor. ¿A qué viene la pregunta?

–Debe saber que esta operación costará varias vidas humanas.

–Explíqueme.

Una vez vaciados los vasos, los dos hombres abandonaron la gruta para instalarse en la cresta preferida de Sid Morice. Era el crepúsculo. Se oía el último pío de los pájaros. El bosque se abría a la fauna nocturna.

Sid Morice levantó el brazo hacia el vallado que llevaría su nombre.

–Ahí está, la "línea Morice", a dos kilómetros. Es tan sofisticada que muchos animales ya no consiguen atravesarla. Se han convertido en extraños para sus vecinos. Los lobos argelinos ya no pueden encontrarse con sus hermanos tunecinos para formar hordas. Incluso los zorros, a pesar de la flexibilidad de su espinazo, se hacen pescar. Por el contrario, las liebres salen ganando. Cuando son perseguidas, siempre se dirigen hacia el alambrado. El no man's land abunda en madrigueras; es lo que me permite no morir de hambre.

El visitante escrutó el horizonte, intentando distinguir la famosa barrera.

–Es inútil obstinarse, no va a ver nada.

El compañero de Sid Morice permanecía silencioso, pero atento.

–Necesitaremos tres comandos para cizallar los alambres en varios lugares y crear maniobras de diversión, de manera que los cañones, locos de agitación, no sepan dónde dar la alarma. Con dos o tres muertos se arreglarán. Nuestro grupo estará compuesto por unas quince personas. En medio de los fuegos de artificio, empujaremos a los mulos que los han transportando hacia la línea, con la esperanza de que hagan explotar el mayor número de minas antes de que se hagan pedazos. Pongan cuidado en caminar sobre sus huellas. Evidentemente, ustedes pasarán últimos. En esos cincuenta metros, uno o dos hombres nos abandonarán. Miembros desprendidos o cuerpos despedazados; es cuestión de no dejarse distraer por sus estertores lancinantes y seguir corriendo. De los alambres que hay que seccionar podremos hacer una derivación en unos veinte, pero no más. Luego, los otros cortes de cizalla desencadenarán el trueno de los cañones. La precisión de sus tiros es temible. Bajo el alambrado hay más minas enterradas. Muchos de los que vayan arrastrándose a la cabeza van a saltar con ellas. Después habrá que ponerse a correr como locos para escapar al fuego de la vagoneta, porque las bengalas harán que la noche sea más deslumbrante que el sol del mediodía. Si logramos salvarnos, no hay duda de que nos veremos atrapados en la nasa de la línea secundaria. Una vez más recurriré a las cizallas. Es menos riesgoso. Con la distancia, los obuses pierden precisión. Ese vallado sólo sirve para atrasarnos. Entonces la cosa se pone seria. Estaremos agotados, por lo que habrá que acelerar el paso. Los maquis que nos acompañarán son capaces de mantener ese ritmo; ustedes, no. Tendremos que esperarlos. Muy cerca de la frontera salvadora, acecharemos a los paracaidistas enviados en helicóptero. Los sobrevi-

vientes tendrán que enfrentarlos con la esperanza de facilitar su huida. Al final de la travesía, sólo algunos habrán escapado de milagro.

El hombrecito permaneció silencioso por un buen rato.

—Mi compañero y yo tenemos la orden de reclamarles a nuestros dirigentes instalados en Túnez más armas y hombres. La presión del ejército francés está ahogando al maquis.

—¿Por dónde los haremos transitar?

—Precisamente, sé que China nos ha ofrecido proyectiles capaces de hacer explotar la línea. ¿Dónde los almacenan? ¿Qué esperan para mandarlos? Nuestros responsables del otro lado de las fronteras están realizando maniobras que no nos gustan en lo absoluto. Debemos esclarecer la situación.

Sid Morice pensó que con esos instrumentos el juego se volvería menos excitante.

—Creo que su misión vale algunos sacrificios. Salimos pasado mañana, pero debo advertirles.

—¿De qué?

—Cuando los cañones comiencen a rugir y las bengalas iluminen el bosque, cuando retumben las vagonetas y el cielo se agite en una nube de helicópteros, un miedo, un miedo pánico oprimirá el pecho de la mayoría de los hombres, les cortará las corvas y se desplomarán en el suelo, incapaces del menor movimiento, lastimosos pero aún con vida. Morirán ahí donde hayan caído.

—¿Qué me aconseja?

—Todavía tengo unos gramos de hachís. Les daré dos cigarrillos antes de salir. Ya verán, la aventurilla les parecerá una excursión al campo.

Sid Morice hizo una pausa para poder apreciar el interés de sus auditores. Su plato se había enfriado, pero el contenido de la botella había disminuido notablemente. Con un signo vehemente de la cabeza, Said lo impulsó a continuar.

—Las armas chinas que esperábamos nunca llegaron. Vino una época de vacas flacas. Los pasajes disminuyeron cada vez más. Me aburría mucho, dedicaba mis días a cazar furtivamente o a soñar. Incluso empecé a engordar.

Poco a poco, el proyecto adquirió forma en la cabeza de Sid Morice. Sin verdadera convicción redactó la carta, pero la dejó tirada en algún lugar de su guarida rocosa. Luego se decidió a dársela al guardia forestal que le servía de proveedor y recadero, para que la echara al correo la próxima vez que fuera a la ciudad. El hombre de los bosques servía de mensajero a los maquis, pero se sospechaba que era también un soplón del ejército francés.

Sid Morice se marchó, después de haber vaciado la reserva de vino tinto del guardia. Se preguntaba si iba a mandar el sobre o entregárselo a una de las partes a las que informaba.

Tres meses más tarde, el hombre de los bosques irrumpía en el antro de sid Morice, con la capucha de su kachabia cargada con dos botellas de cuello largo.

—¿Los días están tranquilos? Preguntó a manera de preámbulo.

—Más taciturnos que una vida sin amor.

El visitante descorchó la primera botella y se la tendió a su anfitrión.

—He olvidado los vasos, le advirtió.

—No los necesitamos.

Bebieron en silencio, luego el mandadero se levantó anunciando que el paquete había llegado. Agregó que como era muy voluminoso, no podía guardarlo por más tiempo.

—Además, mi sótano no es inagotable. ¿Cuándo pasas a recoger lo tuyo?

—Esta misma noche.

Al empujar la puerta de la cabaña, sid Morice vio, a ambos lados de una inmensa mesa, dos cabezas que se balanceaban separadas por una espesa hilera de botellas vacías. Apenas notó su presencia, Jo se levantó con una vivacidad sorprendente y corrió a colgarse de su cuello. Dejó la barba naciente del maquis raspar por largo rato sus mejillas. Luego, se apartó de sid Morice para contemplarla mejor.

—Dime si no pareces un guerrillero.

—De hecho lo soy.

—¿De verdad verdadera?

—Un puro fellagha garantizado.

—Llevas barba y kachabia, y te pareces a la imagen que dan los periódicos. Pero, ¿dónde está tu arma?

El hombre levantó el cañón bajo la gruesa tela de lana de la kachabia.

—¡Ah! replicó Jo, decepcionada. Ya me parecía haber sentido algo, pero esperaba que se tratara de tu arma carnal.

—Ambas están dispuestas a disparar.

Un destello de deseo hizo brillar los ojos de Jo. Agarró con fuerza la mano de sid Morice para arrastrarlo hacia una cama situada en el fondo del cuarto.

*La malédiction*, París [Stock, 1993], Press Pocket, 1997, págs. 114-121 [Traducción inédita de Laura Calabrese].



Rachid BOUDJEDRA, *El vencedor de la copa*

Toulouse: 3 - Angers: 0

Tendido en su cama, el prisionero n. 1122 esperaba a ser juzgado. Había habido una gran agitación en la prisión a su llegada, donde habían mudado muebles y prisioneros para otorgarle –gratuitamente– la celda más aislada y hermética, seguramente porque sabía de fontanería. Habían transferido a un señor de edad ario, especialista en genocidios anteriores que había perpetrado con total conciencia y minuciosidad, y verdugo ávido de golosinas y dulces. Prisión de alta seguridad. Celda en la que Pierrot el loco había grabado sus últimos poemas de amor antes de ser guillotinado, y ocupada después de esa decapitación célebre en los anales jurídicos por el viejo nazi ofendido de que lo cambiaran de lugar, pues se había acostumbrado a su pequeño espacio tranquilo, donde pasaba sus días entre lecturas típicamente hitlerianas y el tema musical preferido de Lili Marlene, para ceder su lugar privilegiado a un semita de pura raza árabe. Sarcasmos de la historia y desbordos de la locura burocrática de un mundo carcelario no al revés, sino herméticamente cerrado sobre su propia prefiguración de los destinos humanos, donde las contradicciones no tienen lugar, como tampoco el asombro. Entre Pierrot el loco, delincuente ciertamente genial pero común, y el viejo alemán que tenía siempre un caramelo en la boca, habían tenido que componérselas para deslizar al prisionero n. 1122, que no había hecho más que ejecutar a un traidor cuyas exacciones comenzaban a volverse problemáticas. Desbarajuste de horarios y desplazamiento delicado de un viejo fotógrafo dedicado a rumiar las nostalgias lilianas. En suma, el 1122 era un huésped de marca tan desbordado por los sucesos, que al llegar a la antigua celda de Pierrot el loco durmió sus cuarenta y ocho horas a pierna suelta. Inmediatamente se ganó la consideración de los cancerberos, los carceleros, los chivatos, los gamberros, los condenados a muerte y los miembros de su propia Organización, que se habían enardecido con su llegada, habían festejado triunfalmente mientras él se echaba un sueño de aquellos, fuera de alcance, visionario y con un orgullo arrogante y artificioso. Mohamed Sadok, alias Stalin. Nacido en 1931 en Bône (Argelia). Antiguo miembro de los SMA (scouts musulmanes argelinos). Diplomado en fontanería. Llega a Francia por primera vez en 1955 (el 3 de marzo). Estancia en Estrasburgo antes de instalarse en París. Trabaja en Saclay en el momento de su arresto. Domicilio fijo: *Hotel Djurdjura*, calle Saint-Jacques n. 17 (5to distrito). Servicio militar en 1949 en Bône. Mientras sirve en el ejército organiza huelga para protestar contra el envío de soldados indígenas a Túnez. Enviado a un batallón dis-

ciplinario en Tlemcen en 1950. Niega cualquier participación en una organización terrorista. Declara haber actuado por su propia iniciativa y reconoce haber matado con una bala de calibre 7,35 al Bachaga Mohamed Chekhal en el estadio de Colombes el domingo 26 de mayo a las 18 horas 7 minutos. Fin del informe redactado por el comisario de policía local. Hecho en. Extendido en su cama, el prisionero n. 1122 ocupaba la celda n. 63 de la cárcel de Fresnes, en la sección de alta seguridad en la que sólo se aloja a los condenados a muerte, mientras esperaba a que comenzara su juicio [págs. 77-78].

### Toulouse: 5 - Angers: 2

*... Faltan cinco minutos para el final del partido y a Fragassi se le escapa el balón que le pasa Bouchouk. Di Loreto aparece en el momento oportuno, recupera el balón y anota con toda calma mientras toda la defensa de Angers está descolocada y el guardameta por el suelo, con la portería completamente vacía. Es el quinto tanto del Football Club de Toulouse, que se recuperó dos minutos después del traspie del zaguero derecho tolosano, que marcó un gol en contra en el minuto 83. El desquite de los hombres de Pleimelding no se hizo esperar mucho, sólo dos minutos durante los cuales arietes como Dereudre, Rytkonen, Brabimi, Bouchouk y Di Loreto realizaron proezas y un par de milagros. Antes de ese quinto gol de Toulouse, todos los atacantes del equipo llevaron el balón, multiplicaron los pases de un lado a otro del campo, los cambios de posición, los tiros directos y repetidos desde cualquier posición y situación. Parecía que el equipo de Toulouse tenía más de once jugadores, a tal punto saben desdoblarse, desmarcarse, ir a buscar el balón si es necesario, amagar, gambetear y tirar a la portería. Desde hace dos minutos estamos asistiendo a la pulverización del S.C.O. Angers, cuyo ánimo está por el piso desde ese quinto gol. Y sólo quedan cinco minutos de juego. Resumiendo:*

### TOULOUSE F.C.: 5 - S.C.O. ANGERS: 2

*Difícil de remontar una desventaja de tres goles. Angers tiene que marcar cuatro tantos si quiere ganar... en un lapso de pocos minutos. [...] El balón sigue en movimiento. Bocchi se relaja y de un cabezazo imparable desvía el esférico hacia Rytkonen, que corre a lo largo de la línea de banda y...*

Algunos días había que hacer inspecciones en los albergues, despertarlos, obligarlos a escuchar, amenazarlos, exhortarlos, suplicarles, insultarlos, leerles las últi-

mas directivas, exigirles que pagaran inmediatamente las cotizaciones atrasadas, sacarlos de la cama, hoscos y huraños, rascándose continuamente los costados y la espalda, soñolientos, casi despreocupados a causa –seguramente– de la presión del sueño; repartirles tareas, darles consignas, apelar a la religión para seducirlos, convertirlos antes de utilizar medios más drásticos, matar a uno o dos como aleccionamiento cuando, habiéndose agotado la paciencia, los argumentos y las fuerzas, se oye decir a uno de ellos, sin duda un lenguaraz que quiere imponerse a los otros y a sí mismo, chapurrear una negativa o una justificación, o intentar ganar tiempo diciendo: "Enviamos todo el dinero a la familia. ¿Cómo quiere que hagamos?". Él sabe con toda seguridad que es cierto. Pero no es enviando giros como va a escapar de la masacre. Quizás en el preciso momento en que intenta hacerse el listo, ha dejado de tener una familia, arrastrada por la borrasca de la guerra despiadada que tiene lugar en el país arrasado, puesto entre paréntesis, bombardeado, aplastado en sangre, rodeado de alambres de púas, en vías de exterminio total y de desaparición. ¿Cómo explicarle que se está ilusionando? ¡Que ninguna familia resiste! Que él también tiene madre. Que el Arzobispo, dice la conclusión, perdió a su mujer y a sus hijos bajo los bombardeos de napalm. Pero no era el único que se equivocaba. Al principio tenían todos mucho miedo y no creían que la Organización fuera capaz de luchar contra el enemigo en su propio país, de llevar la guerra hasta el centro de las grandes ciudades. La mayoría eran escépticos o abiertamente hostiles. No, no era el único que no quería ver las cosas tal como eran. Los comienzos del grupo de choque que dirigía habían sido difíciles. Muy difíciles. Habían tenido que desbrozar prejuicios, miedos, desconfianzas, y para eso habían debido recurrir a las ejecuciones, amenazas, mutilaciones de la nariz o de los labios, pero sobre todo habían tenido que marcar de un cuchillazo a los más indecisos, aquellos que seguramente iban a poder convertir algún día, y eliminar lisa y llanamente a todo un grupo de golfillos, de importantes proxenetas, de repugnantes traficantes de droga, de eminentes chantajistas y otros parásitos que han exprimido a esta pobre comunidad. No, claro, él no era el único que había caído en la trampa de la transigencia. Otros habían caído –de otra manera– con un enorme grito, de andamios muy altos, con los ojos ojerosos por el horror al vacío, ateridos antes de la caída, viscosos después, en una explosión de luces mientras llueve, llueve sobre las ciudades, los pasantes, los astilleros, los maderos, los soportes aéreos y esbeltos, los carretes de alambre, el barro, las máquinas lúgubres. [...] Otro farfullaba que no tenían dinero, que lo habían enviado íntegramente a la familia; se lavaba las manos, se desentendía un poco de la Organización, de la lucha emprendida, que no íbamos a abandonar después de tantos muertos, heridos, locos, exiliados, deportados, guillotizados, prisioneros. Se lavaban las manos al terminar el trabajo, con una paciencia que hacía reír de pena y de tristeza a sus compañeros, como una espe-

cie de ablución cuyo recuerdo no era más que un atavismo camuflado, una suerte de mecánica de la costumbre en el vacío, desesperada. Una costumbre que no tenía ya razón de ser. Pero seguían preparando sus comidas bajo las camas, a escondidas de los propietarios [...], en hornillos improvisados, en marmitas abolladas o sartenes oxidadas o cazos resquebrajados, y rescatados –todos esos utensilios improvisados– del último diluvio, de la última mudanza o del último trasiego. A pesar de la guerra, seguían yendo de construcción en construcción como atraídos por la esbeltez de las grúas, sus colores vivos y sus técnicas sofisticadas. Tosían los pulmones en el papel gredoso de las bolsas de cemento. Iban y venían sin idea previa ni precisa. Y otros –siempre había alguno– farfullando excusas familiares, pensando seguramente que la Organización ignoraba los problemas o que la gente que combatía no tenía ningún sentido de la familia. Entonces había que hacerlos callar a bofetadas, a tal punto la rabia de verlos indecisos, caguetas y egoístas lo sacaba de quicio, pues sabía que después de esas reacciones violentas de su parte le daría remordimientos, insomnios y un sentimiento desastroso de culpa tenaz y pernicioso. Tareas ingratas, ciertamente, rancias y nauseabundas, pero que debía cumplir para así poder sentar las bases la Organización en su propia miseria y su propia ignorancia. [...]

El magistrado le mostraba pasquines, casi a hurtadillas, que llamaban a la violencia y decía: “No puede decirnos quién ha escrito ese texto... Es una incitación al asesinato... ¡Es gravísimo, sabe usted!” Y él no respondía, recurriendo y abusando quizá del diálogo interior, diciéndose: “Qué cretino este tío. Yo reivindico la ejecución, ¡no el asesinato, ojo! Hay un matiz fundamental y esencial, o sea, hay toda una red abstracta, filosófica, incluso metafísica que separa el acto criminal del acto político, el delito común crapuloso de la reivindicación lúcida y consciente de una posición... Pero no vale la pena explicarle todo eso... Ya he gastado suficiente saliva con los otros, mis propios hermanos, y aún así no era fácil hacerles entrar en la cabeza las tesis políticas de la Organización... Así que con este, ni siquiera es necesario... Tiene un arsenal de leyes... Yo reivindico haber matado al Bachaga y él me habla de un pasquín que incita al asesinato...” Y el juez de instrucción, dirigiéndose esta vez al abogado: “Pero, ¿de dónde viene ese apodo de Stalin, abogado? No quiere explicarse. Dice que lo encontró en la guía de teléfonos o en la Enciclopedia universal... No para de contradecirse... Ese apodo esconde sin duda una filiación política. ¿Su cliente ya ha adherido al partido comunista? ¿Aquí o allá?” [...] Y el juez, rezongón: “Vea usted, su cliente no parece haber hecho muchas cosas por casualidad. Es una cabeza organizada. No nos dice la verdad. Es lamentable. El procurador de la República no tendrá muchas dificultades para convencer al jurado de que este hombre es peligroso. ¡Peor para él! Y él, siempre monologando interior-

mente: "Sólo se detiene en los detalles. Por suerte. Eso me permite hacerles olvidar la Organización... Minuto 89 o 90. Ese pasquín banal de fraseología ordinaria y estereotipada de todos los revolucionarios del mundo. Mi apodo. Eso es todo lo que le preocupa, y mientras él sigue con sus insensateces, la Organización continúa operando. El golpe de ayer lleva la firma de Bazoka [págs. 185-192].

*Le vainqueur de coupe*, París [Denoël, 1981], Folio, 1989, págs. 77-78 y 185-192 [Traducción inédita de Laura Calabrese].

UAM  
Ediciones

## Mouloud FERAOUN, "El último mensaje" (Homenaje a Camus)

Argel, 27 de enero de 1960

"He puesto mis esperanzas en un futuro más auténtico, quiero decir un futuro en el que no estaremos separados ni por la injusticia ni por la justicia." Este es el último mensaje que guardo de Camus. Es de hace unos meses, y el domingo por la noche, esta frase se inscribía para mí en un cielo sombrío, cargado de tormenta, que lo estriaba como un relámpago rápido, un trazo deslumbrante, a la vez frágil y denso, que subrayaba con rigurosa exactitud el llamamiento a la calma lanzado, cada diez minutos, por el delegado general del Gobierno en Argelia:

"Con gran emoción tomo la palabra esta noche. A pesar de que el comandante en jefe y yo, con todos los jefes militares, hemos multiplicado los llamamientos públicos y los encarecidos ruegos en privado, lo que hemos intentado evitar ha sucedido: se ha derramado la sangre..."

Es lo que suele suceder. Pienso en Camus y en aquellos de los que ya sólo me queda venerar la memoria, en aquellos de los que estoy momentáneamente separado y que siguen siendo amigos muy queridos. Pienso en ellos cuando la ceguera y la estupidez desgarran aún más mi país herido, cuando la obstinación convoca la catástrofe y no nos queda más recurso que la sumisión a la fuerza. Pues ahí nos encontramos en este momento, y con la soga al cuello nos preparamos para ir a pedir humildemente perdón por haber dudado de nuestros amos.

Ayer a las 20 horas, escuché en Radio Argel una declaración muy violenta de un diputado argelino. Integración o matanza, amenazó. Se va a París a trasladar la amenaza al general de Gaulle. Así están las cosas. La integración les gusta: en consecuencia, esa es la solución del problema argelino. Ese diputado profesor preconizaba no hace mucho otra solución. Una solución original que Camus encontró aceptable. Pero él se creía débil. Ahora delira porque se siente fuerte. En cuanto a Camus, ya no está aquí para asistir al triste espectáculo del delirio de sus compatriotas.

El 13 de mayo de 1958, habían fabricado un milagro porque todavía dudaban de su fuerza. Entonces creyeron en ese milagro que al menos les valió para acceder al poder y nos dejaron tranquilos. Esta vez tienen la intención de catequizarnos. Será mucho peor.

Hace un rato, durante las noticias, he escuchado en Radio Luxemburgo a ese diputado asociar en la misma cita a Camus y a San Agustín para advertir a los buenos franceses de que los argelinos eran un pueblo apasionado y fiero, poco refle-

xivo, muy firme en sus decisiones y que no había, por lo tanto, que confundirse ni esperar que cambiase de idea. Uno cree estar soñando.

¿De quién se burlan los insurrectos? Puesto que se reconocen tantos signos distintivos y se vanaglorian de sus inestimables cualidades, ¿por qué quieren a toda costa integrarse en Francia? Puesto que ya no invocan al abuelo Bugeaud sino a los primeros cristianos de África, ¿qué tienen en común con los franceses? Si tan seguros están de sí mismos, ¿por qué no repudian pura y simplemente a Francia y se dedican a su país sumido en la desgracia desde hace ya casi seis años? Ahora bien, si Francia se va, con su ejército y sus capitales, aun con todo seguirán estando los árabes. Tienen miedo de los árabes, a los que Francia, por no haber querido destruir ni someter, se dispone a emancipar. No quieren que Francia emancipe a los árabes y la desprecian por no haberlos sometido ni suprimido. Y ahora, ahí los tenemos exhortando al ejército para que se una a ellos, para suprimir a los árabes y arruinar a Francia, que tanto los ha mimado.

Quisiera ponerme en su lugar para tratar de comprenderlos. ¿Cómo conseguirlo sin compartir su mala fe y sin delirar yo también? Por eso me vuelvo hacia mis amigos, vivos y muertos, y también la sombra melancólica de Camus me acompaña esta noche. A ellos sí, podría preguntarles e incluso imaginar sus respuestas. Pues, desde que se han acostumbrado a ponerse en nuestro lugar, a hablar como nosotros y por nosotros, han tenido muchas veces el valor de decir en voz alta lo que los clarividentes de este país han pensado en voz baja, lo que los responsables y los irresponsables han querido ocultar y que nos ha conducido al abismo. Ahora también sabrían declarar a favor de los suyos y sostener el único lenguaje susceptible de conmovernos.

Pero si me vuelvo hacia ellos, no es ni para preguntarles ni para imaginarme sus respuestas. Si la sombra melancólica de Camus permanece junto a mí, tan tangible como una presencia amiga, es para sobreponerme a mi angustia y dejar de temer las mentiras.

Lo sé. En definitiva las mentiras habrán sumido Argelia en un horrible baño de sangre: no habrán matado más que a los hombres, y la Historia, que recordará los acontecimientos, sin duda tomará nota, para ser digna de sí misma, de nuestro común sufrimiento y nuestro idéntico apego a la tierra que nos ha visto nacer. Entonces aparecerá en toda su cruel inhumanidad ese doloroso enfrentamiento que habrá conducido a la destrucción el campo del más vulnerable. Y la Historia pesará en su balanza de equidad, en un detallado balance, las culpas de unos y de otros, tras este vergonzoso combate fratricida cuya única causa será una injusticia secular y del que nadie puede hoy prever todas las consecuencias.

Mi propósito no es epilogar el pasado ni adelantarme a la historia. Simplemente, en nombre de esta fidelidad a la patria argelina que nos une en el seno del

drama mismo que nos opone, querría decir hasta qué punto la desaparición de Albert Camus afecta de la misma manera a los europeos y a los musulmanes, como si hiciera falta un luto común para unir a su vez la doble acumulación de lutos particulares.

El que la prensa literaria ha saludado dolorosamente como "el último de los justos" era argelino en el sentido más noble del término. Nadie ha sabido mejor que él expresar la belleza y la dulzura de esta Argelia que amaba físicamente con todas las fibras de su ser, y estoy en condiciones de afirmar que, frecuentemente, el mero descubrimiento de algunas páginas estremecidas de emoción bastó para conquistarle el corazón de sus lectores musulmanes, con los que compartía fraternalmente el mismo amor por la misma tierra. Pero, a decir verdad, las páginas en que trata de Argelia, en que el artista sale de sí mismo y lanza una mirada sobre su pueblo, son escasas. Su descripción finaliza entonces con una nota sombría, una seria advertencia, una condena inequívoca, tristes como manchas insólitas en un cuadro de un maestro. He aquí un ejemplo tomado al azar entre decenas de ellos:

"La miseria aquí no es una fórmula ni un tema de meditación. Es. Grita y desespera. Una vez más, ¿qué hemos hecho por ella?, ¿tenemos derecho a darle la espalda?... Yo había subido a las alturas que dominan la ciudad. Allí contemplábamos el anochecer. Y en esa hora en que la sombra que desciende de las montañas sobre esta tierra espléndida aporta un respiro al corazón del hombre más endurecido, yo sabía, sin embargo, que no había paz para quienes, al otro lado del valle, se reunían en torno a una hallulla de mala cebada. Sabía también que habría sido muy dulce abandonarse a ese atardecer tan sorprendente y grandioso, pero que esa miseria cuyas hogueras rojeaban frente a nosotros ponía como un impedimento a la belleza del mundo".

Albert Camus aún no tenía veinticinco años cuando escribió esta página. En esa época, los indígenas luchaban aún solamente por la igualdad de derechos y contra un régimen de excepción que pesaba sobre ellos desde hacía un siglo. La voz de Camus era débil, él era joven, era pobre: le hicieron la vida difícil, y se marchó de Argelia. ¿Qué otra cosa podía hacer? Al menos conocía el verdadero rostro de su país, y si se iba con la nostalgia del sol mediterráneo, también se llevaba en su corazón la obsesión del mal que atormentaba a los hombres y asistió de lejos con horror a las primeras manifestaciones de este mal: la revuelta y la terrible represión de mayo de 1945. Y desde entonces esa obsesión no lo abandonó nunca.

"Unos y otros deberíamos conseguir situarnos por encima de los odios estúpidos que deshonran nuestro país y nos envenenan la vida", me decía en su primera carta hace diez años, cuando acabábamos de conocernos. Su angustia no dejó de crecer, completamente volcada en esa tierra que era la suya y esos hombres que se mataban entre ellos, pero que los sabía tan próximos y que, en definitiva, nece-

sitaban tan poco para entenderse: ¡un corazón generoso como el suyo! Murió con su angustia: tal vez el destino quiso evitarle que conociera nuevas explosiones de odio, nuevas matanzas y la última locura que consumaría la ruptura.

Para Camus, el problema argelino no era un problema sino una enfermedad terrible. Le “dolía Argelia como a otros les duelen los pulmones”. Esa enfermedad no pudo con él pero alcanzó a todo el mundo y golpeó ferozmente a miles y miles de argelinos, combatiendo la vida de los débiles y de los inocentes, atropellando las viejas tradiciones, violando las leyes del honor o, más generalmente, la ley moral básica, dejando sufrir al hombre en su carne, destruyendo el humilde patrimonio, paralizando grandes energías, incendiando las chozas y las granjas y sembrando el terror tras la desolación. Deseaba ardientemente que Argelia se curara de esa enfermedad. Como otros, tampoco encontraba la medicina apropiada. Y optó por callarse porque –me confió un día– “cuando dos de nuestros hermanos libran un combate sin cuartel, es una locura criminal azuzar a uno u otro. Entre la sabiduría reducida al mutismo y la locura que se desgañita, prefiero las virtudes del silencio. Sí, cuando la palabra consigue disponer sin remordimientos de la existencia del prójimo, callarse no es una actitud negativa”.

Mientras me hablaba así, yo imaginaba a dos adversarios librándose un combate sin cuartel, veía al más débil derribado por el más fuerte, jadeando, asfixiándose bajo un peso demasiado grande y con el cuello violentamente atenazado. Y al mismo tiempo yo escuchaba la llamada de socorro lanzada a los “creyentes” y a los hombres de corazón por su prójimo en peligro de muerte. Esa llamada irresistible bien conocida en los tiempos antiguos de la inseguridad por los montañeses, y a la que el pundonor obligaba a responder. “*Abub al mumnin*” (¡Auxilio, creyentes!), gritaba uno de los dos hombres, y los creyentes acudían de todas partes, como en la leyenda cabileña. Pero era el vencedor quien gritaba así su miedo.

–¿Por qué pedir auxilio? –le reprochaban al llegar al lugar del combate–, has derribado a tu enemigo. No eras tú quien debía quejarse.

–¡Protegedme, oh creyentes, acabará levantándose!

Probablemente Camus conocía la leyenda: no quise recordársela porque la tragedia que vivimos no puede representarse esquemáticamente con una fábula, pero estoy convencido de que el problema argelino es también un poco esto. Aquel día pensé que, precisamente, un hombre como él tenía que ser de esos que podrían consolar al vencido antes de levantarlo, tranquilizar al vencedor al ponerse en pie su adversario y encontrar las palabras que reconcilian y permiten entablar el diálogo.

Pero, para que a uno lo escuchen tiene primero que hacerse oír, y en una Argelia en revolución hace tiempo que el estruendo de la guerra ahoga las palabras de paz. Evidentemente la salvación consistiría, antes que nada, en parar la guerra. Por

el contrario, el error imperdonable sería pretender parar la guerra suprimiendo la revuelta, porque, entonces, la reconciliación no tendría razón de ser, y, sencillamente, la Francia del siglo XX habría reconquistado Argelia.

Ese es sin duda el designio secreto de quienes –detrás de las barricadas y con la metralleta en la mano para probar a Francia y al mundo que Argelia es de ellos y que al margen de ellos no hay Argelia– se dirigen a los árabes que se han sublevado y a los soldados a los que han convocado para invitarles sin distinción a fraternizar con ellos, o si no, juran ametrallar a los soldados y colgar hasta el último árabe.

“*¡Abub al mummin!*” gritan amenazantes, y los buenos creyentes, llegados de todas partes para cumplir con su deber de humanidad, se quedan anonadados ante un vencedor que grita su derrota futura y un vencido, reducido a la impotencia, que espera tranquilamente poder clamar su triunfo.

En las horas difíciles que estamos viviendo desde el domingo, pienso en los millones de buenas personas afectadas por la “enfermedad de Argelia” que esperan la salvación como se espera un milagro; me digo que Francia, que construyó este país, tiene al menos derecho a hacerse oír: nos pedirá sin duda que dejemos de combatirla a causa de ese pasado que condenamos, pero sabrá calmar a los que sueñan con exterminarnos en nombre de un futuro al que temen. Tal vez entonces se cumpla la esperanza de Albert Camus, pues si un siglo de injusticias no nos ha separado, ¿es concebible que una era de justicia pueda constreñirnos a ello?

Una era que muchos argelinos, como Camus, no habrán vivido, pero que recordará con el mismo agradecimiento a todos los que lucharon para conjurar el infortunio, aliviar los sufrimientos y salvar vidas, y que ayudaron por todos los medios a su alcance a restablecer la paz. En cuanto a él, su nombre brillará en el firmamento de los grandes pensadores y de los hombres de buena voluntad, al lado de Ibn Jaldún y San Agustín, dando en cierto modo razón, por una vez, al señor diputado profesor.

“Le dernier message (Hommage à Camus)”, en *L'anniversaire*, París [Revue *Preuves*, avril 1960; Seuil, 1972], Points roman, 1989, págs. 45-52 [Traducción inédita de Inmaculada Jiménez Morell].



## Jules ROY, *Adiós madre, adiós corazón mío*

Mamita, querida mamá, una vez más, te voy a dejar pero no puedo demorarme más. Nuestros protectores miran el reloj. Ves, son hombres como tú y yo, nos llevamos bien. Con ellos, ya no me siento un bastardo. Son hermanos o casi hermanos, después del siglo pasado juntos y de la manera en que hemos actuado con ellos. Incluso si no tenemos nada que reprocharnos. Una de las hijas del tío Désiré se casó con un estudiante cabileño, y yo, después de Robert, he abogado por quienes se dejaron despedazar por nosotros en Guebwiller y por sus herederos. Los he "entendido", como diría de Gaulle...

El permiso se agotó. Robert y René cogieron el barco de vuelta para Marsella. En ausencia del tío Jules, nos quedamos algún tiempo en la granja con mi abuela. Mi madre sabía manejar un rifle, el máuser no le daba miedo: lo cogió en la habitación que compartía con su madre. Meftah jugaba a ser jefe con los caballos y los bueyes. Volvía a decir a las mujeres: "No tengáis miedo. 'Stoy' aquí." ¡Yo también estaba ahí, por Dios! En el cementerio de Sidi-Moussa, ante sus tumbas, a casi todos, a los justos como a los injustos, a los que habían matado o habían muerto por la misma causa, a los débiles y a los cobardes, regalo estas flores. "Voy a dejarte, madre querida, mayor que tú y sin saber lo que tú sabes ahora, ahí donde estás."

Cómo han cambiado las cosas, lo que cogimos a los árabes, se lo hemos devuelto de otra manera; se devoran entre sí. Como hemos ido a su país, pagan con la misma moneda y los que pueden se vienen aquí. Les hemos legado nuestra manía de no hacer nada como los demás, y a pesar de todos los errores que cometemos, ese don de amar al tiempo que fingimos lo contrario, y de hacernos amar. Como Dios con el barro, ese misterio, Francia lo fabrica a veces con unos extranjeros, y a veces con los más pobres de todos y los más próximos de nosotros, los árabes. De momento, se exterminan, se degüellan, a veces en nombre de Dios, a veces en virtud de la libertad de pensamiento. Nos marchamos, les dejamos, muy a pesar nuestro, esa joya enorme del planeta y quizá del cosmos. Cuando de niño miraba al sol levantarse sobre la llanura y recubrirla de su gloria, me decía que eso sucedía cada día, que aquello era un rito inamovible. No pensaba en pedirle al tío Jules que me explicara nuestra posición con respecto al sol de la mañana y a las estrellas de la noche; y nuestra propia existencia. No sospechaba que habían sido necesarias tantas condiciones para que la vida brotara en nuestro planeta. A veces, cuando estábamos sólo los dos, Meftah hacía un gesto que abrazaba las montañas y el mar invisible, sin olvidar el cielo deslumbrante, y después me miraba y decía: "Djab Rebbi".

Más tarde supe que quería decir que era Dios, su Dios, quien nos había regalado todo aquello. Movía la cabeza, asentía como si comprendiera. Meftah parecía contento. Después, el tiempo pasó, en forma de largas estaciones, distinto de lo que me había imaginado. Después de la guerra de mis hermanos, hubo otra guerra, la mía. Y después hubo lo que yo el primero, en 1960, me atreví a llamar por su nombre, la guerra de Argelia, término prohibido, tabú.

Había sacado provecho de los años por decenas, ya era “mayor”.

Cuando recién convertido a la justicia dije a mi madre que los acontecimientos de Sétif se debieron a la falta de consideración que tuvimos hacia los árabes, ella no se lo creyó. “Falta de consideración”, me dices. ¿Hacia quién?, ¿hacia esos vagos, esos piojosos, esos ignorantes, excepto unos pocos, hacia esos salvajes? Siempre fueron sumisos como esclavos. Muy pocos fueron los que no se merecían esa palabra. Les hemos enseñado a servirse de lo que habíamos inventado: los coches, los trenes, los tranvías, la electricidad; les trajimos la luz cuando estaban a oscuras...” Machacaba su cantinela como un rosario. “Les hemos cuidado, hemos construido hospitales. E incluso carreteras cuando apenas se desplazaban, o como mucho, ¡a lomos de un borrico! Que se hayan enrolado en el ejército, que hayan muerto por nosotros, que treinta mil hayan muerto por Francia en la guerra de 14-18 o en la de 70, como dice Robert, por todo ello, deberían besarnos las manos! Eres demasiado bueno, hijo mío –añadió después de una vacilación pasajera. Tu estancia en Inglaterra te ha cambiado. Acuérdate de la granja. ¿Qué cogías de ellos? ¿Y cómo se trataban en los regimientos de tiradores de antaño? Acuérdate –repetió–, esa gente no es nada. Les hemos instruido para que nos muerdan. Harán peor aún. Un día, se rebelarán, y como no paran de hacer niños, apenas eran un millón cuando llegamos, y ya son seis, siete, ocho millones, nos inundarán. En Bab-el-Ued y por las calles, ya sólo hay árabes. Un millón más por año, ya verás. Su Argelia eran chozas y marismas por conquistar. Ahora es Francia. Tan bonito. ¡Ojo, ten cuidado hijo mío!”

Yo no respondía.

A los antiguos colonizados, se les llamó entonces franceses musulmanes. No nos habían devorado, sino echado. Y los pieds-noirs, generosos, dispuestos a creérselo todo, y a abrir su corazón a todos, tuvieron miedo como mi madre. No querían dejar el pellejo ahí; entre ellos se decían que habían trabajado por el rey de Prusia, como se decía entonces, para hacer de Argelia una tierra fértil, poderosa, bella hasta el punto de que todos estaban enamorados de ella. Habían hecho oídos sordos a la propaganda falaz del FLN: que tendrían los mismos derechos en el Estado argelino, por ejemplo, libertad de conciencia, libertad de culto; que se les considerarían como argelinos y que se respetarían sus bienes. Con un gesto grosero, que traducía

bien lo que quería decir, dejaban entender que no se lo creían, y desde el fondo de la tumba, mi madre les daba la razón.

Algunos ingenuos se quedaron. En los pueblos de la llanura, los árabes de la montaña se habían apoderado de las casas vacías, lo que parecía inevitable; hacía falta acuerdos sobre los "bienes vacantes". Acuerdos, los había, pero los antiguos colonizados no los respetaban, lo que parecía inevitable y nada escandaloso. Mi madre lo tenía previsto. Ya no estaba aquí para repetir que tenía razón.

Achacaba mi cambio de mentalidad a Amrouche, al que le presenté una vez en Argel. No le gustaba. Naturalmente le causó buena impresión, y la aduló un poco. Un cabileno. Un producto del cardenal Lavignerie, que se había equivocado de punta a cabo al esperar que con sus Padres blancos convertiría la Cabilia. Un hijo de m'tourni, como decían los árabes con desprecio. Por mucho que Amrouche fuera profesor, de francés, por mucho que hubiera salido de la Escuela normal de Saint-Cloud, ser oficial de los zuavos de reserva no infundía respeto. ¡Era para aprovecharse mejor! ¡Era para engañarnos mejor! ¡Y se casó con una francesa! Comía cerdo, se decía cristiano, hablaba de San Agustín, ya se veía de embajador de Argelia en la Santa Sede, ¿y qué más?

De repente, estuve harto. Le pregunté a mi madre si se acordaba del profesor árabe que mi padre, su segundo marido, maestro en la Casbah al final de su carrera, trajo un día a casa a comer en la calle Montaigne de Argel. Fue durante las vacaciones de Semana Santa, yo estaba allí. Un árabe vestido a la francesa, guapo como un ángel, alto, dulce, y educado, que se expresaba con la compunción de un obispo. Mi padre le acomodaba en la mesa del comedor. "Usted va a compartir nuestro modesto almuerzo. Sí, sí" –insistía–. Estaba como loca, pero bueno, había llevado un pequeño restaurante, sabría guisar algo. Se agita y se calma. ¡Imagínese! Una tortilla de patatas y paella que le quedaba. Un profesor de historia. Le llamaba "señor"...

El profesor se interesó por mí, quiso saber qué estudiaba, latín, griego. Él hablaba latín. Y para parecer sociable: "¿Sabe cómo me llamo?" No, no lo sabía. Mi padre farfullaba. "Abdelkader Nououareddine. Nououar significa flor, una flor. Eddine, ya lo sabe, es una palabra que, aquí, se emplea a menudo en las injurias árabes. Pero ahí significa: flor de la religión..." Yo pensaba para mis adentros: naddine immek. La puta de tu madre.

Hablamos mucho y durante mucho tiempo del profesor Nououareddine. Había dejado pasmada a mi madre. Mi padre hacía alardes de frecuentarlo a menudo, pero decía, un poco avergonzado: "Un árabe que sabe más que yo...". Y mi madre no tenía más remedio que admitir que había moros admirables. Para ella, tanto más peligrosos. Era el caso de Amrouche. Ya que incluso podía seducir. Armand Guibert, el poeta de Túnez, al que mi madre recibía de vez en cuando y que estaba

enamorado de Amrouche, decía: "Lleva una corona de estrellas"... Aún no sabías, querida madre, que acabarías siendo director de revista en París, que entrevistarías a Claudel, Mauriac, Gide, Jouhandeau; que hablaría en la radio nacional, y que, gracias a él, escribí *La vallée beureuse*... De saberlo, habrías dicho: "No quita para que en casa duerma bajo la tienda y coma con los dedos..."

No era culpa tuya. No eras peor que los demás. La mayoría de las mujeres en nuestro país hablaban como tú. Tenían miedo. Y además, todo pasa tan deprisa en la vida, uno no tiene tiempo de comprender. O si no es demasiado tarde.

En esto, me acerco a Mustafá, mi protector. Para que entienda en qué estado me encuentro, le toco el hombro, y a media voz le digo que el deseo de justicia que hay en mí, el deseo que siento por culpa de las palabras que se lanzaron a los árabes como si fueran perros, eso ni mi padre ni mi madre me lo han inculcado, y los lazaristas aún menos que los *pieds-noirs*. Fue Camus quien, en 1945, hizo que me avergonzara de mi mentalidad de aquella época. Tenía treinta y ocho años y salía de la guerra. Para él, los árabes eran hombres como los demás, sufrían con el calor, con las enfermedades, con el frío, tenían un alma.

"¿Como yo, un alma?"

—Como tú —replicó.

Estupefacto, me callé. Aquello tuvo lugar en París, en la terraza de un conocido café del Barrio latino. A Mustafá se lo he dicho y he vuelto a decírselo. Insisto porque tenía entonces el espíritu de un niño de doce años, como la mayoría de mis compatriotas de Argelia. Mustafá asiente.

Todo cambió en mí en un abrir y cerrar de ojos. Más tarde en Indochina, mientras rehuía coger un arma, vi con mis ojos, al lado de un general que me tenía cariño, cómo quemaban pueblos rebeldes con napalm y cómo liquidaban con metralletas a los supervivientes. Tuve una crisis de conciencia que resolví sin maldecir a nadie, e incluso celebrando el valor y las virtudes de unos y otros. ¿Está claro? De hecho, nadie se hizo ilusión al respecto. Tras un peregrinaje a la ciudad mística de Angkor Vat y al templo en el que Çiva estaba representado de pie, con la espada bien recta entre sus dos mujeres, dejé el ejército en silencio. Camus me había dicho: "No sabemos nada de lo que ocurre en Indochina. Ya nos contarás." No me atreví, me callé. Aunque hubiera hablado no me habrían escuchado. En contra de la guerra de Indochina sólo estaban los cargadores de Marsella que a veces hacían huelga. Pero dos años más tarde, cuando se rebelaron los llamados rebeldes en Argelia, y el *Express* me pidió que dijera lo que pensaba, me compadecí de mis compañeros que volvían a quemar las chozas con napalm; lo que significaba que me situaba del lado de los oprimidos. Camus me culpó por eso. Para él iba demasiado lejos.

Esperé como muchos a que la verdad corriera de su boca. Condenaba lo que llamaba la larga violencia de la colonización, y abogaba de forma decidida por una federación y la justicia para todos. En 1957, Kateb Yacine, que había nacido no muy lejos de dónde él nació, le escribió para pedirle que se encontraran como "dos hermanos enemigos", ante el cuerpo de su madre "nunca del todo muerta". No lo supimos y la carta quedó sin respuesta. ¿Acaso pensó que Kateb Yacine no era un interlocutor digno de confianza? Nadie se ha dignado esclarecerme al respecto. Camus recibió el premio Nobel. Fue entonces cuando dijo que prefería a su madre a la justicia. En 1958 aún escribía: "La injusticia que ha padecido el pueblo árabe está ligada al propio colonialismo, a su historia, a su gestión. El poder central francés nunca ha sabido aplicar totalmente la ley francesa sobre sus colonias. Está claro que se impone una reparación llamativa que restituya al pueblo argelino la dignidad y la justicia." (*Actuelles III*, Gallimard, 1958, pág. 202.) Según él, se debía acordar todo, salvo la independencia, ya que nunca había habido una nación argelina; en cierta medida, los franceses de Argelia eran también unos indígenas, y, por lo tanto, debían ser tratados con respeto y deferencia. En ese sentido, se debía revisar la Constitución francesa. En caso de independencia, Camus preveía para Francia la pérdida de Argelia y para los árabes consecuencias terribles. Fue lo que sucedió. Lo que continúa.

Sigo pensando en Meflah, que sólo pedía a Dios que le diese de comer, a él y a su familia, que le diera una torta de trigo duro que tanto me gusta, y que protegiera a mi abuela, que cada mes, le daba una moneda. En el artículo que publiqué en *Le Monde* a mi regreso de Argel, al hablar de mi abuela que no sabía ni leer ni escribir, apunté que cuando le preguntaban a quién pertenecía una tierra tan fértil al principio, respondía: "Ni una migaja de tierra que no sea injusta" y de repente, un no le hacía decir lo contrario de lo que pensaba. Y un no intercalado por error dactilográfico, no sólo sobraba, sino que desnaturalizaba el sentido de la frase. Mi abuela decía: "Ni una migaja de tierra que sea [y no, que no sea] injusta", lo que se correspondía con el sentimiento que tenía de sus derechos en su alma y conciencia.

*Adieu ma mère, adieu mon coeur*, París [Albin Michel, 1996], Livre de Poche, 1998, págs. 107-120 [Traducción inédita de Beatriz Mangada Cañas].



## Didier DAENINCKX, *Asesinatos archivados*

En este mismo instante, un pitido estridente cubrió el ruido de la circulación y el rumor confuso que se elevaba de la multitud arracimada en las aceras.

Centenares de musulmanes diseminados por los cafés, delante de los escaparates de las tiendas, en las calles adyacentes al bulevar, respondieron a la señal e invadieron la calzada. En pocos minutos se organizó la manifestación. Unas pancartas confeccionadas a toda prisa salieron de debajo de los abrigos, más lejos se desplegaba una banderola: "No al toque de queda". Un grupo de mujeres argelinas revestidas con sus trajes tradicionales se puso en cabeza, lanzando los gritos agudos que los franceses conocían con el nombre de "you-you". Sin cesar de gritar, agitaban sus pañuelos de hilos dorados por encima de sus cabezas. Otros manifestantes que estaban esperando en los pasillos del metro se les reunieron. Ahora, más de un millar de argelinos bloqueaban el cruce Bonne-Nouvelle.

El dueño del "Madeleine-Bastille" tenía ya experiencia en noches de disturbios. La vitrina del ángulo de su cervecería se había roto en dos ocasiones. La primera vez en 1956, cuando el ataque al periódico *L'Humanité* como protesta por la intervención soviética en Hungría. La segunda vez en mayo de 1958, en el transcurso de una demostración de fuerza gaullista o anti-gaullista, ya no se acordaba bien. Con la ayuda de los camareros y de una decena de clientes habituales metió sillas y mesas y luego comenzó a pegar unas anchas tiras de papel engomado por el lado interior de los cristales, una técnica que utilizaba desde los bombardeos y que ya había demostrado su eficacia. Enfrente, el periódico, mejor equipado, hacía bajar una cortina de hierro sobre la fachada.

Roger Thiraud volvió a bajar los peldaños de la callejuela, intrigado por el calor. Vio pasar a numerosos musulmanes y distinguió una pancarta con el slogan repetido a plena voz a tres metros de él: "Argelia para los argelinos".

¡Así que se habían atrevido! La guerra que para la inmensa mayoría de los franceses poseía la única realidad de una serie de comunicados, a veces eufóricos, a veces vacíos, esta guerra tomaba cuerpo en el mismo centro de París. El portero del inmueble avanzó: le habían interrumpido la comida. Su mano conservaba aún una servilleta.

—¡Es el colmo! Se creen que están en Argel... Espero que el ejército acuda para barrer de mi vista a todos esos moros de mierda.

—No tienen un aspecto tan terrible. Incluso llevan a sus mujeres y a sus niños.

—Ya se nota que usted no presta atención a las informaciones, señor profesor.

Sus métodos consisten en el pillaje y las matanzas. Se sirven de sus hembras y sus crías para colocar las bombas. Así que, si quiere mi consejo, abandone el barrio.

Roger Thiraud se alejó, inquieto. Said y sus amigos se encontraban delante del "Rex". La fila ante la taquilla para *Los cañones de Navaronne* se había disgregado. Aounit se afanaba en abrir la cadena antirrobo de su Flandria. Quinientos metros más abajo, a medio camino de la Ópera, el capitán Hernaud de la Tercera Compañía de CRS recibió la orden de dispersar la manifestación que se formaba en Bonne Nouvelle. La Segunda y Cuarta Compañías debían a su vez reforzar la Brigada de Guardias Móviles desplegada por los alrededores del puente de Neuilly, en donde se señalaban importantes concentraciones de "franceses musulmanes". Otros destacamentos de guardianes de la paz hacían camino hacia Stalingrad. La radio del coche de enlace no cesaba de recordar las consignas: "Romped la manifestación, no vaciléis en servir de vuestras armas si la situación lo exige. Cada hombre está autorizado a juzgar el medio de respuesta más apropiado en caso de confrontación física".

El capitán daba prisa a sus hombres, a fin de que se instalaran en los Berliet azul oscuro.

—No olvidéis de ajustaros las gafas. Empezaremos por las granadas, pero con ese viento hay posibilidades de que nos las traguemos también nosotros en plena jeta.

La camioneta arsenal estaba vacía. El reglamento preveía que solo una cuarta parte de los hombres de la Compañía dispondrían de sus armas al comienzo de una acción. La norma quedaba temporalmente suspendida. Incluso se habían distribuido los cuatro fusiles lanzagranadas y los ocho fusiles ametralladores.

El capitán Hernaud dio la señal de salida; la columna subió el bulevar Montmartre y el bulevar Poissonnière con los faros encendidos y los intermitentes bloqueados, sin preocuparse de las direcciones prohibidas. Los camiones se detuvieron en el cruce de la calle del Sentier. Los CRS se agruparon bajo el rótulo de los Seguros Zurich, mientras que una decena de ellos hacían evacuar los coches que les separaban de los manifestantes. Cuando terminaron, los Berliet formaron una barricada que obstruía totalmente la calzada. Mientras tanto, otros policías se atrincheraban detrás de los automóviles estacionados. Desde este improvisado parapeto, lanzaron las primeras granadas lacrimógenas. Pero una ráfaga de viento proyectó el gas contra las fachadas, dispersando las nubes de humo. El comandante ordenó el alto el fuego; agrupó a sus tropas ante los faros de los camiones. Los manifestantes recibían con risas el fracaso de la ofensiva policial, pero algunos se sentían preocupados al ver a esa masa de soldados, recubiertos de reluciente cuero negro hasta la altura de las rodillas, con los cascos oscuros separados por un saliente de metal brillante y esta ausencia de rostro detrás de las ventanillas de sus gafas de

motorista. La luz cegadora de los faros no permitía distinguir sus armas. Claro que llevaban sus largos garrotes de madera, gruesos como mangos de pico y largos como escobas, las porras y otras armas de mano, muy cortas, llenas de reflejos.

De repente, la enorme silueta se puso en movimiento, acompañada de un grito sostenido. Lentamente al principio y ganando velocidad a cada zancada. Nada parecía poderla detener en su impulso; el martilleo de las botas sobre el pavimento reforzaba este sentimiento de fatalidad. Los CRS que componían la primera línea parecían gigantes, hinchados por los chalecos antibalas metidos por debajo de sus chaquetas de cuero. Los argelinos no reaccionaban, como si hubieran quedado clavados de estupor en su sitio. Se notaba una clara vacilación entre sus filas; ya era demasiado tarde para organizar la defensa. Esta idea se impuso a todos como por un relámpago. La multitud retrocedió en bloque hacia el "Rex", donde se produjo el choque. Los garrotes se abatieron sobre las cabezas desnudas, mal protegidas por brazos y manos. Un policía tiró a una mujer al suelo moliéndola a patadas; le asestó una buena tunda de bofetadas y se alejó. Otro golpeaba con todas sus fuerzas el vientre de un chico con su bastón. Lo hizo tan fuerte que la madera se rompió. Pero él continuaba sirviéndose para ello del trozo más puntiagudo. Su víctima tendía las manos para protegerse, intentando agarrar el mango de madera. Pronto ya no pudo gobernar sus dedos rotos.

Unas detonaciones sonaron delante de la piscina Neptuna, donde un coche estaba aparcado. En su interior, tres agentes apuntaban cuidadosamente fugitivos y no fallaban ni un blanco. Un Ariana rojo y crema, detrás del cual se parapetaban numerosos musulmanes, estaba acribillado por las balas. La gente corría gritando por todas partes. Debido al pánico, tropezaban contra los cuerpos caídos en las terrazas de los cafés, entre las mesas volcadas, los vasos rotos y los vestidos manchados de sangre.

Kaira y Said estaban allí, atrapados bajo el fuego. Aounit yacía sobre la acera, al otro lado, cerca de su mobylette. Muerto o herido. Las ráfagas se espaciaron: se hizo el silencio, sólo turbado por los estertores de los agonizantes. ¡Una simple tregua! Los CRS rehicieron sus filas y volvieron al asalto. Un movimiento desordenado de la multitud lanzó a Kaira a primera línea, frente a una especie de robot rabioso que levantó su porra. Un miedo atroz y absoluto la inmovilizó, le cortó el aliento; tuvo conciencia de que su sangre se retiraba de golpe de su rostro. A pesar del frío, su piel erizada se cubrió de sudor. No podía apartar los ojos de este ser espantoso que iba a matarla. La mano descendió bruscamente pero Said, al precio de un esfuerzo terrible, se colocó delante de ella para protegerla con su cuerpo. La brutalidad del choque les derribó a los dos. El policía no dejaba de golpear a Said. Acabó por cansarse. Kaira temía efectuar el menor gesto que pudiera hacer creer a su agresor que aún vivía. Said, caído encima de ella, hacía lo mismo, pensaba Kaira,

hasta el momento en que identificó el líquido pegajoso y acre que se escapaba por debajo de su abrigo. El miedo que sentía era suave en comparación con el inmenso dolor que se apoderó de los menores átomos de su ser. Levantó el cadáver de su amigo al tiempo que gritaba:

—¡Asesinos! ¡Asesinos!

Dos policías se apoderaron de ella, se la llevaron hacia uno de los autobuses de la RATP requisados para asegurar el transporte de los manifestantes apresados hacia el Palacio de Deportes y el Parque de Exposiciones de la Porte de Versailles.

Únicamente Lounès estaba indemne, intentando dispersar la multitud y hacer que se escabulleran por las callejas que jalonaban los bulevares. Numerosos transeúntes prestaban ayuda desinteresada a los CRS y les designaban los portales, los escondrijos en los que se ocultaban unos hombres y mujeres a quienes el horror había convertido en estúpidos.

Eran cerca de las ocho. En los muelles situados más abajo del puente de Neuilly, dos inmensas columnas formadas por los habitantes de las chabolas de Nanterre, Argenteuil, Bezons, Courbevoie se pusieron en movimiento. Los responsables del FLN les encuadraban y canalizaban los grupos que no cesaban de reunirse con ellos. Eran por lo menos seis mil; las cuatro vías del puente no parecían lo suficiente anchas para asegurar el paso de la comitiva. Dejaron atrás el extremo de la isla de Puteaux y penetraron en Neuilly. Ni uno de ellos llevaba armas, ni el cuchillo más pequeño, ni la mínima piedra en el bolsillo. Kémal y sus hombres controlaban a los individuos sospechosos; habían expulsado a una media docena de tipos que deseaban la violencia. El objetivo de la demostración estaba claro: obtener el levantamiento del toque de queda impuesto desde hacía una semana sólo a los franceses musulmanes, y al mismo tiempo probar la representatividad del FLN en la metrópoli.

La vía estaba libre; pudieron distinguir a lo lejos el Arco de Triunfo iluminado en ocasión de la visita oficial del Sha de Irán y de Farah Dibah. Como de costumbre, las mujeres tomaron la cabeza. Incluso se podían ver cochecitos de niño. ¿Quién podía sospechar que trescientos metros más abajo, ocultos en la noche, les esperaba una escuadra de Guardias Móviles reforzada por un centenar de Harkis? A cincuenta metros, sin previo aviso, las metralletas soltaron su lluvia de balas. Omar, un muchacho de quince años, fue el primero en caer. El tiroteo siguió durante tres cuartos de hora.

Roger Thiraud estaba fascinado a la vez que horrorizado por lo que se desarrollaba ante su vista. Su atención la reclamaban los cuerpos inertes de los manifestantes. Sobre todo un cadáver, cuya cabeza reventada, terrible, cruzada por una línea de sombra mortal, dejaba escapar hilos de sangre semejantes a serpientes

líquidas. Enfrente, en la otra acera, los primeros invitados del "Théâtre du Gymnase" se deslizaban en dirección a las vidrieras defendidas por una quincena de miembros del personal. El director de la sala maldecía la suerte que estropeaba la gala inaugural de *Adiós Prudencia* de Leslie Stevens adaptada por Barillet y Grédy. Hasta el momento habían podido disimular a Sophie Desmarets los acontecimientos que ensangrentaban la calle, a fin de atemperar sus nervios, pero los "amigos" que reclamaban el camerino de la actriz acabarían por reducir a la nada esos esfuerzos.

—Se lo han buscado —dijo un transeúnte.

Roger Thiraud le miró fijamente.

—Pero ellos necesitan cuidados, se los debería trasladar a un hospital. ¡Van a morir todos!

—Si usted cree que sienten piedad por los nuestros allí abajo... Y, ante todo, son ellos los que han disparado primero.

—No, no diga eso. Estoy aquí desde el principio, yo volvía a mi casa. Corrían como conejos, con las manos vacías, buscaban esconderse, protegerse, cuando la policía ha abierto fuego.

El hombre se alejó insultándolo.

El director de teatro bajó los peldaños de la escalinata e interpeló a un suboficial.

—Venga de prisa, al menos cincuenta de ellos se han colado entre bastidores. Estrenamos dentro de diez minutos. Tienen ustedes que intervenir.

El oficial formó un destacamento, que hizo tomar posiciones ante la entrada del local de los tramoyistas, y con el arma desenfundada mandó abrir los batientes. Una veintena de hombres asustados salieron a la luz de las farolas con las manos en la nuca. Detrás de ellos, en el pasillo, ya se estaban preparando las copas para celebrar el éxito previsible de *Adiós Prudencia*.

Roger Thiraud estuvo a punto de intervenir, pero no se atrevió. Asistió, impotente, a la paliza que le estaban dando a un automovilista bloqueado en la calle Faubourg-Poissonnière, que socorría a un herido intentando disimularlo en la parte trasera de su vehículo.

Al otro lado, hacia el edificio en rotonda de Correos, en la esquina de la calle Mazgran, estaban reuniendo a los prisioneros. Numerosos autobuses habían llegado y eran cargados con centenares de argelinos despavoridos, que intentaban, sin conseguirlo, evitar los porrazos que los CRS repartían colocándoles en fila delante de las plataformas. Habían bastado pocas decenas de minutos para que la Red Pública de Autobuses interrumpiera el servicio y dedicara sus vehículos al reagrupamiento de los manifestantes. Un conductor leía *Le Parisien* esperando la orden de marcha. Roger Thiraud contó instintivamente el número de autobuses repletos

que pasaban ante sus ojos. Doce. Evaluó en más de mil el número de hombres apretados unos contra otros, de pie, heridos.

Un fotógrafo acompañaba a los policías en las acciones más duras. A intervalos regulares, los relámpagos del flash mostraban otros tantos cuadros sangrientos.

Otro hombre observaba la escena desde el principio de la manifestación. No se había movido de un rincón del café "Le Gymnase". A pesar de que iba uniformado de CRS, no parecía sentirse afectado por la actividad de sus colegas y se contentaba, sencillamente, con fijar su atención en el lugar preciso donde se encontraba Roger Thiraud. Juzgó llegado el momento de salir de la sombra. Atravesó el bulevar, se aproximó con paso medido a la calle de Notre Dame de Bonne Nouvelle; sin preocuparse del frío y de la lluvia, se quitó el pesado abrigo de cuero, que dobló sobre su brazo izquierdo. Con el mismo gesto, levantó el casco sobre su frente y se aseguró de que las gafas estuvieran bien colocadas. A la altura de la calle Thorel, hizo una pausa y sacó una Browning de su funda. No había escogido esta arma a la ligera. El modelo 1935 era la pistola de ordenanza más extendida en el mundo; aún hoy en día era motivo de fama y orgullo para la Fábrica Nacional de Herstal.

Expulsó el cargador provisto de sus trece cartuchos y lo volvió a armar, con un golpe seco contra la palma de la mano. Esta culata le era familiar; a veinte metros de distancia alojaba todo el contenido del depósito en un blanco de diez centímetros de ancho. Reemprendió la marcha, después de haber colocado la Browning en su mano izquierda, bajo el abrigo de cuero. No era la primera vez, pero no podía evitar estar temblando, apretar los dientes. Era preciso, por encima de todo, reprimir estas ganas de huir, de dejar las cosas inacabadas. Caminar, continuar avanzando, no pensar más...

Ahora distinguía las facciones de Roger Thiraud y volvió a ver en su memoria el juego de fotos que le habían confiado. La misma frente ancha, las gafas de concha, incluso esta curiosa camisa con las puntas del cuello abotonadas.

Como en ocasión de misiones precedentes, todo se decidió en un instante, demasiado deprisa para que él mismo comprendiera por qué iba a colocarse a la izquierda del profesor. El menor de sus movimientos correspondía a lo que cabía efectuar, ineludiblemente, para cumplir su misión. Nadie podía detenerlo. Era como si ya hubiera llevado a cabo lo irremediable. Su mano derecha se disimuló una fracción de segundo bajo el cuero y reapareció crispada sobre la culata de la pistola. Roger Thiraud no le prestaba atención; el hombre aprovechó para colocarse a su espalda. Brúscamente, le agarró la cabeza con su brazo derecho. El abrigo fue a pegarse al rostro del profesor, que dejó caer su ramo de flores y el paquete de pasteles. Aprisionó desesperadamente la mano de su agresor, para hacerle soltar la presa. Pero el hombre, metódicamente, aplicó el cañón del arma sobre la sien dere-

cha de Roger Thiraud, introdujo el dedo mayor en el guardamonte y apretó el gatillo. Empujó el cuerpo hacia adelante y retrocedió. El profesor se desplomó sobre la acera con el cráneo destrozado.

El hombre guardó tranquilamente el arma, se puso el abrigo y desapareció por las escaleras de la calle Notre Dame de Bonne Nouvelle.

Al amanecer, en los bulevares no quedaban más que millares de zapatos, objetos y restos diversos que testimoniaban la violencia de los enfrentamientos. Al fin se había establecido el silencio. Un equipo de socorro enviado por la Prefectura de Policía rebuscaba entre los heridos y los cadáveres. No se complicaban con gestos inútiles, ni con problemas de conciencia. Los cuerpos se amontonaban desordenados, sin distinción.

—¡Eh, por aquí! El muerto número quince en la esquina. No es muy agradable. ¡Ha recibido una bala en plena cabeza! Bueno, ¿me ayudáis o qué?

Dieron la vuelta al cuerpo.

—¡Oh, mierda, no es moro! Parece un francés.

El jefe de equipo estaba preocupado por su descubrimiento; decidió cubrirse avisando a su superior.

A la mañana siguiente, miércoles 18 de octubre de 1961, los periódicos dedicaban sus titulares a la huelga de la SNCF y la RATP para pedir el aumento salarial. Sólo *Paris Jour* dedicaba toda la portada a los acontecimientos de la noche anterior:

### LOS ARGELINOS DUEÑOS DE PARÍS DURANTE TRES HORAS

Hacia el mediodía, la Prefectura comunicó su balance y anunciaba 3 muertos (entre los que había un europeo), 64 heridos y 11.538 arrestados.

*Asesinatos archivados* (trad. M. Quinto Grané), Madrid, Júcar, 1987, págs. 25-32.

**UAM**  
  
 Ediciones

## Francis ZAMPONI, *In nomine patris*

Fue en febrero de 1962 cuando pasamos a la velocidad superior. Si hubiéramos tenido un poco más de madurez, si hubiéramos sido capaces de un mínimo de análisis, nos habríamos dado cuenta de que todo estaba decidido, como me hiciste ver la otra noche. Argelia sería independiente dentro de unos meses. Y los franceses de la metrópoli, en su inmensa mayoría, habían aceptado esa situación. Por supuesto, la guerra continuaba. Cada día había atentados, muertos y heridos, pero a muy corto plazo, la Argelia francesa, la Argelia de papá, como dijo de Gaulle un día con desprecio, estaría enterrada. Arrastrada por el viento de la historia. Eso era lo que nos repetía regularmente M. Vialette, mi profe de historia.

Nosotros nos reíamos socarronamente. Estábamos convencidos de que la OAS era todo poderosa. Que conseguiría matar a de Gaulle, bloquear las negociaciones y que el ejército, en un último sobresalto, iba finalmente ponerse de nuestro lado. Para alcanzar ese objetivo, tan sólo hacía falta aterrorizar a la gente con acciones violentas. Las octavillas, los eslóganes sobre los muros, las voladuras con plástico, los atentados debían multiplicarse para mostrar a los franceses que habían votado por la autodeterminación, que tanto en la metrópoli como en Argelia, la OAS era la verdadera maestra sobre el terreno.

—¿No os dabais cuenta de lo que hubiera sucedido si la OAS hubiera matado a de Gaulle? ¿Y si hubiese ganado?

—Te juro que no sabíamos nada de todo lo que luego he podido leer sobre lo que realmente era la OAS. No sabíamos nada de esas luchas internas por el poder, de los asesinatos que fomentaban, de la manipulación de los pieds-noirs en manos de aquellos que querían instaurar una dictadura militar en la metrópoli, de la cobardía de algunos jefes que mandaban a sus hombres al frente mientras ellos permanecían a cubierto. Y sobre todo, no nos sentíamos nada indignados cuando nos enterábamos de que unos árabes habían sido abatidos en plena calle, simplemente por haberse adentrado en un barrio europeo. Después de todo —decíamos— los fellaghas han hecho lo mismo durante años y ahora el gobierno francés les considera como interlocutores válidos.

Para nosotros la OAS era una entidad misteriosa y protectora. Celebrábamos todas sus proezas: las ediciones pirata de *L'écho d'Alger* con la foto del general Salan en la portada, los programas de radio en el canal de France V, o la explosión de la guarida de los barbouses, la policía paralela que el gobierno utilizaba contra la OAS.

Las apariencias estaban a juego con nuestra visión de la historia. Era la época de las noches azules, unas noches durante las cuales, a pesar de la policía, decenas de explosiones de plásticos sacudían con violencia los cristales de París. Teniendo en cuenta el número de habitantes, se hablaba de Montpellier como de la ciudad de Francia más volada con plásticos; y presumíamos de ello. Al menos una bomba por noche durante el mes de febrero. ¿Te das cuenta?

—¿Estabais involucrados en eso? —me preguntó Marion.

Estábamos instalados en la terraza de un merendero de Balaruc-les-Bains, al lado del Mediterráneo, a unos veinte kilómetros de Montpellier. Marion me había llamado al hotel para proponerme esa escapada fuera de lo que, en unos días, se había convertido en nuestro perímetro habitual.

El sol se ponía sobre el estanque de Thau y nos disponíamos a atacar una bandeja de mariscos acompañada de una primera botella de picpoul.

—A comienzos de año, después de las vacaciones de Navidad, no teníamos nada que ver con todo eso. Oíamos las explosiones, leíamos las noticias en los periódicos. De vez en cuando nos enterábamos de que se había detenido a uno de los autores. Una vez, fue un militar, otra un mecánico, un estudiante o un profe. Gente a la que no conocíamos. En vez de desanimarnos, esas detenciones nos alentaban. Nos confortaban en la idea de que la OAS era omnipresente. Que tenía contactos por todas partes. Eso me daba ganas de hacer aún más.

—Por el momento, estamos vinculados a la rama AAP, Acción política y propaganda —me había contestado Eric, un día—. Debemos obedecer las órdenes. Cuando llegue el momento de trabajar con la rama armada, os lo diré.

Mientras tanto hacíamos lo que los militares llamaban acción psicológica. A finales de enero, Eric nos informó así de que un miembro de la OAS de Argelia, un plasticador cuyo nombre no recuerdo, había sido trasladado de Orán a Niza para ser juzgado por el Jurado popular del Gard. Contaban con que impidiéramos la celebración del juicio, mandando cartas de intimidación a los jurados.

Acostumbrábamos a escaparnos de noche. Una vez, Eric y yo salimos del internado para llamar a la puerta del bufete de un abogado de Montpellier. Un penalista de renombre cuyo nombre de origen corso solía salir en los periódicos por su posición a favor de la Argelia francesa. Fue el padre Antonin quien nos envió a su casa. Pareció sorprendido al vernos entrar; ahora, con la distancia, pienso que debió de extrañarle el encontrarse con dos adolescentes. Le dimos la contraseña "Francia" y nos contestó como estaba convenido, "Resurrección". Guardé en mi cuaderno de historia la hoja dactilografiada que nos entregó, una lista de apellidos y direcciones.

—Los jurados deben recibir cartas de toda la región donde se les aconseje firmemente no reunirse. Os encargaráis de redactar y de enviar las que procedan

de Montpellier. No las echéis todas desde el mismo buzón ni el mismo día. En principio, el juicio tendrá lugar dentro de una semana. No os entretengáis. Preparad los sobres en seguida y luego, destruid esta lista. Si alguna patrulla os controlase al salir, arreglároslas para que no caiga en sus manos. ¿Puedo contar con vosotros?

Eric abrió su chaqueta y mostró la funda de su revólver que sobresalía del cinturón del pantalón. Sonrió.

—No se preocupe, abogado. Nadie verá este documento. Lo destruiremos si caemos en manos de los polis y si nos interrogan, puede confiar en nosotros. Nunca diremos que lo hemos visto.

Al ver el arma, el abogado pareció desear que nos marchásemos en seguida. Casi nos empujó hasta la puerta, después de recomendarnos que no encendiéramos la luz de la escalera para que no nos vieran salir de su casa.

—Otro mierda, dijo Eric riendo al salir.

Durante los días siguientes pedimos a simpatizantes externos que llevaran a correos las cartas sin decirles lo que contenían. No habíamos escatimado detalle. Habíamos dactilografiado con la máquina de la capellanía un texto de este tipo: "Sabemos todo de ti y de tus familiares. Si juzgas a un miembro de la OAS serás juzgado por ello. Los tribunales de la OAS sólo dictan una sentencia: muerte." Iba firmado: OAS / Metro / Jóvenes.

El primer día de la audiencia, cuatro de los nueve jurados se negaron a prestar declaración. Se aplazó el juicio. Habíamos demostrado nuestra fuerza.

Un mes más tarde, tuvimos la oportunidad de darnos cuenta, una vez más, del poder de intimidación que conllevaban las siglas OAS. Seis funcionarios del Ministerio de Educación Nacional comprometidos con la acción social en favor de los musulmanes fueron asesinados cerca de Argel. En aquella época, yo decía ejecutados. Gente de la que estaría hoy orgulloso de ser amigo, gente que no tenía nada que ver con los barbouzes o los fellaghas. El ministro de Educación decidió que se guardara un minuto de silencio en todos los institutos y colegios de Francia. Hicimos saber por octavillas e inscripciones con tiza en las pizarras que la Organización no dudaría en castigar a los que se plegaran a esa orden. Cerca de un centenar de alumnos del instituto de chicos se marchó de clase durante el minuto de silencio. Fueron expulsados del instituto durante unos días.

Para evitar llamar la atención, no participamos en aquella demostración. Teníamos un buen pretexto para no estar en clase durante el minuto de silencio: el capellán nos necesitaba sin falta, justo en ese momento, para preparar ya no recuerdo qué ceremonia religiosa.

Recuerdo también que, el 19 de marzo, al día siguiente de la firma de los acuerdos de Évian, siguiendo la consigna que habíamos dado, gran parte de nuestros

compañeros vistieron corbatas negras. Algunos de los que no respetaron nuestras instrucciones tuvieron problemas. Carteras manchadas de tinta roja, motos incendiadas, palizas en las escaleras.

*In nomine patris*, París, Actes Sud (Babel Noir), 2000, págs. 114-120 [Traducción inédita de Beatriz Mangadas Cañas].

## Philippe LABRO, *Fuegos mal extinguidos*

Me desmovilizaron a fines de octubre. Fui a devolver mi impedimenta y a pasar el examen médico; había adelgazado, pero aparte de eso todo andaba bien.

Le había prometido a nuestro jefe que me quedaría quince días más después de mi desmovilización, para poner al día a mi reemplazante y terminar de formar a los nuevos periodistas musulmanes que teníamos desde hacía algunos meses. No era pues la verdadera partida. Sin embargo, al salir de la caserna con mi hoja de desmovilización, sentí que me despedía de una época.

Los 730 días habían terminado. Volvíamos a casa. *I'm coming home*, habían cantado antes que nosotros, en otro continente y en otro siglo, los soldados de la guerra de Secesión, en sus uniformes grises o azules, dependiendo del campo al que pertenecieran... A su manera, la guerra en la cual acababais de participar era una guerra de Secesión, pero nadie se había atrevido a decirlo y no teníais ninguna canción, nadie la había escrito; era, sin duda, una de las primeras guerras hechas por hombres que no había dado lugar a la eclosión de un canto. El único estribillo que habían vociferado, en cierto momento, los paracaidistas de la Legión Extranjera era *Non, je ne regrette rien*, mientras sus regimientos eran desmembrados y sus oficiales conducidos a las celdas de la Metrópoli. Pero era un canto de desafío y de adiós que aullaban los mercenarios, mientras que vosotros, los Max, ni siquiera teníais una canción de regreso.

Setecientos treinta días, es decir, dos veces 365: dos años, veinticuatro meses. Habíais contado tantas veces con los dedos, tan a menudo tachado con boli los martes, los viernes y los domingos en vuestros pequeños calendarios de reclutas, que hoy resultaba difícil decir: *¡Es el final!*

Por el periódico os enterasteis de que vuestros hermanos, los jóvenes franceses, harían sólo dieciocho meses de servicio militar, o tal vez menos. Erais la última *coborte vacía*, la última generación de Argelia. El tiempo de las *cobortes llenas* había llegado. Cohortes llenas, sonaba bien, como bolsillos llenos, o panza llena, o boca llena, o luna llena, u hombres llenos, o sala llena, o bolsa llena, o garajes llenos.

Saludo a los Max. Es así como os llamabais entre vosotros. También se usaba, en ese vocabulario fugitivo que aprenden en menos de cuarenta y ocho horas todos los muchachos a los que se les pinta la espalda de caqui o azul, Lulú o Beto, o incluso Carlitos o Gus. (*Mi capitán, no sé a'onde se han metío los gus*). Pero para mí, por unos años todavía, y para aquellos con los que había vivido, el mote Max perduraría.

–Entonces Max, ¿cuánto para que te suelten?

–¡25, Max!

–¡Nada mal, eh!

Saludo a los Max, sin nostalgia ni pesar, pero también sin desprecio ni amargura. Saludo a las cervezas 33, a las galletas BN que devorábamos temprano por la mañana bajo la bandera, tragando el bizcocho de un solo mordisco, antes de salir a patrullar. Estaban las patrullas ciudad, las patrullas escuela, los retenes Chicago, las alertas Coca, las alertas Bravo, las patrullas-cubo-de-basura. Saludo a los racimos de transistores bicolor a los que os aferrabais como los pioneros norteamericanos a sus Biblias, y que os hicieron descubrir la existencia del *twist*, que muchachos más jóvenes y con más fortuna bailaban en París, Narbona, Saint-Nazaire, Grenoble o Estrasburgo. [...]

Saludo a los *París-Hollywood* desplegados sobre los jergones, que con los primeros calores de abril rebosaban de chinches y cucarachas. Saludo a las envejecidas tardes de rutina en los cuarteles del Este y los campos del Sur, con o sin riesgo de abandonar cuerpo y alma. Saludo a las Orangina, al programa *Para nuestros soldados*, saludo a las fotonovelas, a Cisco Kid ilustrado formato 21 x 27, a los retenes de incendio, a las operaciones nocturnas, a la faena de palos que, como todos saben, eran faenas bastante singulares y no tenían que ver precisamente con palos; a las montañas Aurès, al Sahara, a Nemours y a Lamartine, a los bosques de pinos de Beni-Mansour; saludo a la arena levantada por el viento, a la lluvia sobre el mar, al sol sobre las piedras rojas; saludo a esos “F. S. N. A.”<sup>41</sup> que no conocíais ni comprendíais pero que, de todas formas, no esperaban de vosotros comprensión ni conoceros. Franceses de origen norte-africano: así designaba el ejército discretamente a los argelinos que hacían, antes de la independencia, su servicio militar completo. Por ende, vosotros erais F. S. E.<sup>42</sup>: Franceses de origen europeo. Tres meses antes de la independencia, los F. S. N. A. comenzaron a desertar asiduamente, día tras día, y los oficiales os decían: “Qué le vamos a hacer. No vamos a salir a buscarlos, son demasiados”.

Cuando pisasteis el suelo de Marsella, amarillentos y pálidos, después de haber dormido dos días sobre las impedimentas ya inútiles o sobre vuestras conmovedoras maletas de metal blanco con diseño cuadriculado, os alisasteis los bigotes –todos los franceses llevaban bigotes, esa era la impresión que teníamos en el servicio militar–, ajustasteis la *medalla conmemorativa* a la izquierda del uniforme: *medalla conmemorativa de las operaciones de seguridad y mantenimiento del orden en Argelia*, un pequeño rectángulo de tela azul, blanco y rojo que les entre-

<sup>41</sup> La sigla corresponde a “François de Souche Nord-Africaine”, en francés.

<sup>42</sup> La sigla corresponde a “François de Souche Européenne”, en francés.

gaban a todos los soldados que sirvieron en Argelia; pero Francia no estaba a la altura de su contingente. El contingente, como su nombre lo indica, no le interesaba ya a nadie. Le eché una ojeada a mi pequeño diccionario ilustrado, una edición vieja que había utilizado mucho tiempo para hacer mis redacciones. Pude leer:

*Contingente: que puede suceder, que puede caer en suerte, que puede ser o no ser. Parte que cada uno entrega o recibe.*

Por otra parte, a vuestro regreso de Argelia, teníais un enorme apetito de Larousse. ¿Había que buscar aquello que nadie se había tomado el trabajo de definir: responsabilidad, dignidad, generosidad, libertad? *Que puede ser o no ser...* Pensad que teníais un margen de elección bastante amplio: ser o no ser, esa era la cuestión. De regreso a Francia, ¡vosotros simplemente no estabais! La Organización Armada Secreta, el Frente de Liberación Nacional, el levantamiento, las operaciones Piedras Preciosas, Bab-el-Ued, las noches en los puestos militares, todo eso había *terminado*.

*Terminado*: adjetivo típico del militar; me doy cuenta de que lo he utilizado tres veces en algunos párrafos. Pero eso iba a desaparecer fácilmente, así como ibais a acostumbraros rápidamente a responder sí o no, en vez de *afirmativo* o *negativo*.

Así pues, había terminado, la gente pensaba en otra cosa; montasteis en el tren, volvisteis a casa como imbéciles; no nos veríamos nunca más, salvo por casualidad, en la esquina de un garaje yendo a comprar neumáticos o, lo que es más verosímil, a ambos lados de la ventanilla de la Administración de Correos. Ya en aquella época éramos poco solidarios. No permanecí mucho tiempo a vuestro lado: mi servicio no vale el vuestro. No sentí ni la mitad de vuestro aburrimiento, no sufrí ni la cuarta parte de vuestros daños, ni la décima parte de vuestro deterioro [págs. 344-349].

Y luego, un día, ya no habría ningún niño en vuestro interior. Lo habrían matado definitivamente, ya nada sería igual.

Formabais parte de una generación de posguerra, que los mayores lo acepten o no. Ibais a vivir, a trabajar, a votar *después de la guerra*. La vuestra. Erais ex combatientes. Ya fuera que los mayores tuvieran ganas de olvidar o no, habíais cumplido con todos los gestos rituales del sistema policial, desde el reglamento de la circulación en la carretera hasta la aplicación del requisito previo que con delicadeza denominaban explotación. Ciertamente, no hicisteis todo. Pero estuvisteis todos involucrados en el asunto y en el sistema, vivisteis juntos bajo el peso del mismo asunto y sobre todo, la muerte estaba presente de cabo a cabo, solapada y

helada, y eso os daba como un atisbo de otra dimensión, hasta ese entonces inaccesible [pág. 351].

¡Todos ex combatientes! No llevaban ni boina, ni brazaletes, no iban a reanimar ninguna llama bajo ningún arco de triunfo, pero algo había cambiado en todos ellos.

París y Francia se los tragaron como hacen los bueyes con las moscas: por decenas. Fueron tragados, absorbidos, porque no tenían identidad. Una generación no puede definirse con el pretexto de que tres millones de niños perdidos vivieron tres millones de experiencias solitarias, singulares y contradictorias (23405 muertos, 208 desaparecidos, 50376 heridos pensionados sobre un total de 3 millones de ex combatientes de Argelia; cifras comunicadas por la Unión Democrática de los Ex Combatientes de Argelia). Se puede suponer que 1914 y 1940 fueron experiencias casi equivalentes. Pero Argelia, no: una multitud de soledades. Ninguna universalidad, cada uno por su lado. No había nada que contar, y nadie a quien confiarse.

Y encima, los mundos se transformaban de golpe: nada se parecía a nada. [...]

Porque Argelia también había sido un sueño: de la derecha como de la izquierda. La derecha soñaba en que Argelia le permitiría volver a sumergirse en el pasado glorioso de una Historia que era sin embargo irreversible, y salvaguardar así un porvenir agradable. La izquierda soñaba en que Argelia simbolizaría todas sus luchas y sus principios y que, si eso sucedía según sus deseos, podría decir: ya veis, ¡de alguna forma hemos contribuido a lograr algo! A fin de cuentas, Argelia iba a frustrar los sueños de todos para convertirse en una realidad muy incierta, pero en todo caso independiente: quizás era mejor así, más simple, más lógico, más verdadero.

Saludo a los Max. La cabeza inclinada sobre un folio de formato escolar, escribáis, a la luz de las linternas, cartas breves y chatas a vuestras mujeres y vuestros padres:

*Querida Mamá, querido Papá, queridos todos, mi querida:*

*Por acá todo marcha bien, ando bien de ánimo y de salud. ¡Todavía faltan sesenta y cinco días! ¡Que llegue pronto el billete de ida a El-Mansour! Hace buen tiempo y ayer como no estaba de guardia fui en camión con mi sección a bañarme cerca de Guyotville.*

Pero no hablabais del pequeño helicóptero de Philippeville que volaba todos los sábados por la mañana, tan negro por encima del mar tan azul, que hacía TOFF-TOFF-TOFF-TOFF, ese ruido de helicóptero tan familiar para todos lo que pasaron por Argelia, a tal punto que, cuando en las autopistas de Francia, duran-

te las vacaciones, escucháis ese despreciable chirrido que aumenta, aumenta, volvéis a pensar en los cielos del Algérois, de las montañas Aurès, de la península de Collo. El pequeño helicóptero del sábado por la mañana se perdía en el horizonte azul del azul Mediterráneo, y volvía al cabo de una larga media hora haciendo siempre su familiar e insoportable ruido de pequeño helicóptero. Al final supimos –no fue muy difícil– que iba a verter algunos cuerpos de musulmanes en las profundidades del mar. Hombres pasados por el interrogatorio, hombres muertos, hombres que no lo estaban tanto, el mar lo engullía todo. No existe un bulldozer en el mundo capaz de arar las olas azules.

Me habría gustado conocer, entre otros actores de esa guerra absurda, sangrienta y amarga, al piloto del pequeño helicóptero de Philippeville. El piloto, pase: puede haber sido un anciano, un tipo de carrera, y los militares de carrera no son asunto mío, no son mi tacilla de té, como dicen los anglosajones. Pero para hacer su asunto *debían ser varios*, y entonces el segundo hombre, el que lanzaba los cuerpos por la cabina mientras el otro pilotaba, nada prueba que no tuviera veinte años y bigotes y que no se llamara Max, como mis propios hermanos. Nada prueba que, antes de irse de *licencia*, no haya explicado a su reemplazante cómo había que proceder.

Y hablando del helicóptero...

Algunas semanas antes de mi partida, cuando ya había llegado el otoño y la República argelina tenía cuatro meses, uno de mis amigos me contó que las instalaciones de la villa Susini aún eran utilizadas: con la diferencia de que los instrumentos de tortura habían cambiado de dueño. Y si bien el uniforme (traje abigarrado) no cambiaría jamás, según parece, jamás, el color de la piel del torturador ya no era el mismo. Mi amigo me explicó que a los europeos que estaban encerrados en el lugar les tocaba en suerte el *helicóptero*. Eso quiere decir que los ataban de los pulgares a una especie de polea transversal enganchada al techo y los hacían girar suavemente, con los pies a veinticinco centímetros del suelo y una pequeña hoguera encendida debajo de ellos. A eso llamaban el *helicóptero*.

Cuando os marchasteis, Lulús de la 55 1/A, 57 2/B, 59 2/C, 60 2/B, os dijeron de todas las maneras posibles: *¡Ya veréis cuando bagáis el servicio militar!* Eso formaba parte de la cantilena personal que llevabais bajo las banderas, junto con las otras frases. [...]

Pues bien, así es, habíais hecho la mili, lo habíais visto al fin, os habían e-difi-ca-do, informado, habíais obtenido todas las informaciones necesarias para continuar vuestro paso por el universo.

Ahora, como un gran río fangoso que arrastra con todo a la velocidad del viento y que desplaza tantas cosas, tantos guijarros y tantas piedras, tantos árboles y tanta tierra, tanta grava, tantas miserias, Argelia pasaba a través de vosotros y os

abandonaba y ya no la podíais alcanzar. Se hundía como un río oscuro en la profundidad de vuestra memoria y vuestro pasado. [...]

Setecientos treinta días, Max, setecientos treinta días. Precisamente por eso, ya nada era igual [págs. 354-358].

*Des feux mal éteints*, París [Gallimard, 1967], Folio, 2000, págs. 344-349 y 353-358 [Traducción inédita de Laura Calabrese].



HISTORIA DE ARGELIA III.  
DE 1962 A NUESTROS DÍAS



UAM Ediciones  
A SOLO PASO DE  
TU LIBRERÍA

## Tahar DJAOUT, *Los buscadores de huesos*

Terminada la guerra, el pueblo había organizado un festín desenfrenado, en el que se agolpaban sin consideración interminables discursos sobre la patria y la fraternidad, gigantescas antorchas distribuidas por todas partes para simbolizar el reencontro con el reino de la luz, una generosidad sin límites que convertía el bienestar individual en bienestar de todo el mundo. Incluso el inflexible puritanismo, laboriosamente construido por los siglos, había volado en pedazos. Por la noche, se reunían todos juntos en una de las casas de puertas bajas de la montaña y las mujeres cantaban en coros de a cuatro, girando sobre sí mismas hasta el agotamiento.

Después nos habíamos detenido un momento, extenuados de bailes, de desvelos y de charloteos rimbombantes, y habíamos pensado en aquellos que ya no estaban. Como bajo el efecto de una súbita exhortación, la gente había ensillado sus asnos y sus mulos, tomado sus picos y salido a buscar los restos de sus muertos para darles una sepultura digna de ciudadanos soberanos. Era una actitud de pura devoción y abnegación. El pueblo habría podido construir un dique que lo separara del pasado para afianzar su nueva felicidad, habría podido tirar a sus muertos junto con el agua pútrida del baño guerrero, para saborear con buena conciencia una quietud adquirida con esfuerzo. Pero el pueblo se aferraba a sus muertos como a una prueba irrefutable que habría que exhibir un día frente al perjurio del tiempo y de los hombres. Se ensilló a los asnos; se iba a exigir a la tierra que se sometiera al inventario para que entregara con exactitud el número de cadáveres que había engullido.

No salieron todos al mismo tiempo, sino en grupos de dos a cuatro personas. Los que tenían más información se fueron el primer día; otros debían ubicar un último punto de referencia o una vaga indicación de una pequeña batalla, antes de equiparse para emprender la marcha y las excavaciones. La guerra había sembrado sus víctimas en un país vasto como el mar. Y por primera vez los hombres iban a salir de sus huecos de montaña y de sus cofradías pueblerinas para buscar a sus muertos en las llanuras, las ciudades trepidantes, los vastos espacios desnudos como la piedra. Descubrirían riquezas cuya grandeza y soberbia nunca habrían imaginado, objetos que no conocían con funciones extrañas, hombres que hablaban otra lengua y se comportaban de otra manera.

Conviene sin duda volver sobre la idea de abnegación que se había propagado para referirse a la gente del pueblo, y que después fue puesta en tela de juicio a

menudo. Incluso algunos afirmaron que la gente de las montañas estaba a punto de renegar de sus muertos definitivamente, a pesar de la vigilancia de un jefe militar del ejército de liberación que usaba un casco colonial y hacía durante todo el día discursos sobre lo sagrado y lo profano, el coraje y la cobardía, lo lícito y lo prohibido. Una bella mañana reunió a todos los lugareños en la plaza y, sin el menor preámbulo, derramó sobre sus caras sedientas de revelaciones las imprecaciones más excesivas, fustigando su egoísmo y su tendencia al olvido, reprochándoles no haber pensado, en medio de su locura fiestera, en esos ausentes a los que les debían todo.

Los lugareños, aterrorizados, no necesitaron oírlo dos veces. Enjaezaron a los animales de carga y se abastecieron de alimentos en previsión de un largo viaje. La estación se mostraba propicia. Es verdad que hacía demasiado calor durante el día, pero la suave tibieza de las noches hacía innecesarios un techo y una cama. También podían, cuando el hambre y la sed apremiaban, detenerse en un campo de higueras o un viñedo y servirse como reyes; la generosidad que se había propagado de golpe en el país abolía cualquier formalidad [págs. 10-12].

[...] Sin duda habría sido mejor idea quedarse en casa durmiendo la siesta bajo la sombra. Pero la gente había sido expulsada por tanto tiempo del espacio exterior por el ejército de ocupación, había visto su horizonte estrecharse tanto durante esos terribles años de guerra que prefería estar ahí, a la merced del soplo chisporroteante del bochorno, para recuperar todo aquello de lo que la guerra los había privado durante tanto tiempo.

Querían reapropiarse con grandes bocanadas, con los ojos, las manos y los pulmones, de los paisajes y las sensaciones caros a la juventud de la cual habían sido excluidos. Darle un mordisco en todo su espesor al celeste deslumbrante del cielo, al verde y a la aspereza de los árboles, a la viscosidad y el calor de la savia, al espejo de los ríos sinuosos, a la chamusquina de las hierbas de verano [pág. 14].

[...] Yo no sabía que también tendría que marcharme. Al mirar numerosas veces esos cortejos anacrónicos, en los que hombres y animales se confundían bajo el mismo polvo que todo lo transfiguraba y el mismo calor abrasador, nunca habría pensado que yo mismo me sumaría un día a esos entusiastas desenterradores.

Mi hermano, caído en combate hace ya tres años, ¿es acaso algo más que una montaña de huesos convertida en evidencia? Yo pensaba que mi madre y el impotente de mi padre tenían más afecto y consideración por él. Pensaba que existía, en un rincón más delicado de esas rugosas cáscaras montañosas, amores verdaderos que podían resistir a la locura exhibicionista y carroñera con la que, súbitamente, los humanos se comportaban respecto de algunos de los seres que más habían

amado. Pero sucede que cada familia, cada persona necesita su manojito de huesos propio para justificar la arrogancia, y darse los aires de importancia que van a caracterizar su comportamiento futuro en la plaza del pueblo. Esos huesos son un prelude más bien cómico al derroche de papeles, certificados y atestaciones diversos que tiempo después harían su aparición e impondrían su ley intransigente. ¡Desdichado aquel que no tenga ni huesos ni papeles que exhibir ante la incredulidad del prójimo! ¡Desdichado aquel que no haya entendido que la palabra ya no vale nada y que la era del juramento oral ha pasado para siempre! [págs. 20-21].

—Da Rabah, ¿para qué sirven todos esos papeles que los ciudadanos codician con avidez?

—El porvenir, hijo, es una inmensa papelería en la que cada libreta y cada legajo valen cien veces su peso en oro. ¡Desgraciado aquel que no figure en el registro correcto!

—¿A ti también te darán documentos y atestaciones?

—Sí, amigo, pero los documentos tienen diferentes colores según el color de los sucesos. Yo participé en la guerra de una manera un poco particular. Viví momentos muy duros frente al ejército de ocupación.

—Sin embargo pasaste toda la guerra en el pueblo.

—Claro, pero las apariencias no lo son todo [pág. 39].

Cuando llegamos al café que he mencionado, me doy cuenta de que ahora está abarrotado de clientes, adentro y en la terraza.

—Sentémonos todavía un poco antes de retomar la marcha, me dice Da Rabah.

Divisamos una mesita que acaba de desocuparse. El camarero pasa dos veces a nuestro lado sin que Rabah Ouali lo llame. Entiendo que dos limonadas en un día están fuera de la prodigalidad y de los favores de mi viejo compañero, que ha consentido en dirigirse al café únicamente porque vio una multitud y concluyó que era imposible hacerse notar por el camarero.

En eso, un hombre de edad avanzada, casi viejo, viene a sentarse a nuestra mesa. Después de pasear la mirada a su alrededor, se da cuenta de que nuestra mesa es una de las menos llenas. Se sienta con esfuerzo, con esos murmullos e invocaciones piadosas propias de los ancianos. Pero no tiene rosario, haciendo así una excepción a esa moda de exhibición religiosa llegada con el viento de falsa devoción que sopló en la comarca. Todos los que aspiran a una escalada social y jerárquica tienen un pequeño rosario de muestra y pasan el día desgranándolo, incluso los jóvenes y los individuos cuyos sentimientos están a leguas de toda piedad.

Al cabo de algunos minutos el anciano busca conversación.

—La ciudad está viviendo una efervescencia poco habitual, nos explica. ¿Recuerdan la calma que reinaba en este lugar hace aún dos semanas?

—Somos forasteros, respondió Rabah Ouali.

—¿Cómo, forasteros? ¿Se puede aún ser forastero en el país que ha vuelto a abrazar la religión de Dios y las manos de los creyentes?

—Quiero decir que estamos sólo de paso. Acabamos de llegar y vamos a retomar la marcha inmediatamente, para estar mañana en Bordj es-Sbaa.

—¿Van a viajar de noche?

—Sí, buena parte de la noche, es más fresco y la luna llena ilumina como el día.

El hombre permanece callado algunos segundos, como para tomar una decisión importante, y después agrega:

—Esta noche se quedan en mi casa. Son mis huéspedes. Dios me ha enviado riquezas y quisiera que todos los creyentes gocen de ellas.

La propuesta nos deja estupefactos. Rabah Ouali reflexiona. Trata de adivinar la naturaleza de la trampa que quiere tendernos el desconocido. Pero la figura del anciano es realmente afable y resulta difícil percibir algún ardid maléfico. Además, alcanza con mirarnos bien para rendirse a la evidencia de que nada en nosotros puede despertar las malas intenciones. Aceptamos pues la invitación, lo que me procura una curiosa sensación. Y mientras Rabah Ouali y Moh Abchir —es el nombre de nuestro benefactor— platican, me pongo a pensar en una casa limpia con muchos cuartos, en una comida caliente y copiosa, en objetos desconocidos que relajan de sólo mirarlos. Tengo una sensación intensa de seguridad y bienestar. Me siento liviano, invulnerable, flotando por encima del hambre, de la sed, del frío y de todo lo que lastima u hostiga la carne. El mundo me parece tibio, lleno de ropa limpia y perfumada, de manjares suculentos, de personas desbordantes de atenciones. Es una sensación que tenía, cuando era muy pequeño, algunas tardes de verano estriadas por el vuelo de los vencejos, tardes en las que el aire era suave y yo sabía que había una rica torta cocinándose en casa.

Capto fragmentos de la conversación que tiene lugar entre mis dos compañeros de mesa. Es sobre todo Moh Abchir quien habla. Todos nacimos pobres y maltruchos por la guerra. ¿Quién habría dicho que los hijos de este país podrían un día gozar de las riquezas que su tierra ofrece con generosidad? ¿Quién habría dicho que todos los bienes visibles en la superficie de nuestro país volverían a ser nuestros? Las casas en las que corre el agua, donde la luz se enciende con la simple presión de un botón, los coches, los camiones, las tiendas, ¿qué hijo de mujer habría dicho que todo esto sería nuestro algún día?

—Voy a contarte. Yo vivía en un caserío a veinte kilómetros de aquí, tenía una casita de piedra, un asno y tres cabras. Ya te lo he dicho, lo que nos hacía iguales ante Dios era sobre todo nuestra desnudez y nuestros sufrimientos. Tenía miedo de morir

en la indigencia, ¡pues la vida es tan corta! Ni siquiera hay tiempo de tomarse revancha con aquellas cosas que nos importan. Pero al fin y al cabo, Dios siempre termina manifestándose. Los extranjeros se marchan sin pedir mayores explicaciones y todos los bienes pasan legalmente a nuestras manos. Yo no soy de aquellos que tergiversan. Apenas proclamada nuestra soberanía, me llevo al mayor de mis hijos, es decir, el mayor de los que me quedan, recorremos en algunas horas los veinte kilómetros que nos separan de la ciudad y hago trizas la primera puerta cerrada que encuentro en mi camino; una linda villa de varios cuartos. Entro por una puerta y ya no sé por cuál salir. ¡Cuántas riquezas por dentro! Camas, armarios, sillas, mesas, vajilla.

“Dejo ahí a mi hijo mayor, vuelvo al pueblo y a la mañana siguiente estaba instalada toda la familia. Le cedí el asno a un pariente pero no tuve tiempo de vender las cabras; les habilité en el jardín de la villa un pequeño establo con cañas y chapa, y cada mañana las saco a pastar en los alrededores de la ciudad.

“Tres vidas como la mía de duro trabajo se habrían necesitado para conseguir lo que yo encontré dentro de la villa. Pero, como te digo, cuando la mano de Dios suelta sus dones lo hace sin moderación. Todas esas riquezas en manos de los impíos, era demasiado injusto, tenía que terminar un día. Es cierto que los extranjeros poseen los bienes perecederos de este mundo y nosotros las dichas eternas del más allá. Pero hay injusticias que deben ser reparadas en la tierra misma. De otro modo los humanos, pobres criaturas de carne, de codicia y de tontería, pierden la cabeza y dejan de creer para siempre en la equidad.

“Encontré no sólo lo que se necesita para comer, dormir y sentarse como sólo los reyes saben hacerlo, sino también pequeños arcones para diversos usos: uno sirve para escuchar música y canciones, otro para fabricar helado, ¡otro para lavar la ropa! Pero el más intrigante de los arcones es el que produce imágenes que hablan. La única vez que lo pusimos en marcha vimos hombres y mujeres besándose en la boca. ¡Qué gustos impúdicos y depravados cultivan los extranjeros! Cuando vimos esas escenas ignominiosas, no encontramos suficientes puertas para abandonar rápidamente ese cuarto de oprobio y de condena eterna. Por un momento pensé que ese era el castigo que tenía reservado por haber violado una morada desconocida. Nunca más nos atrevimos a acercarnos a esa caja diabólica, porque no podíamos saber lo que nos reservaba.

“Puedo afirmarle a ciencia cierta que tengo una suerte increíble. Algunos abandonaron su pueblo por la ciudad y ahora están encaramados como pájaros en jaulas de apartamentos. Yo he vivido de la tierra y he permanecido cerca de ella. Mi villa está rodeada de una gran superficie cultivable. Pero los extranjeros son frívolos, mire lo que se les ha ocurrido plantar en esa tierra tan buena: flores y plantas perfumadas. Ya comencé a arrancarlas y puedo ver las cebollas, zanahorias y nabos que una tierra tan generosa me dará en el otoño.”

Al llegar la noche, nos marchamos con Moh Abchir. Penetramos en su casa y nos encontramos en un cuarto espacioso con una larga mesa. Hay muchas sillas, pero la mujer de Moh Abchir está sentada en el suelo sobre una piel de cordero.

Me siento muy cómodo entre esas paredes imponentes, bajo la mirada de grandes muebles de colores sombríos. No sé por qué me pongo a pensar en el libro de imágenes que mi hermano había traído de la escuela en otro tiempo, en esa sensación de nitidez y de frío que salía de las páginas y nos invadía. El cuarto no tarda en ser tomado de asalto por la numerosa progenie del dueño de casa. Es la hora de la cena que yo esperaba con impaciencia, pues el hambre había cavado largos túneles en mi cabeza, por los que mi mente vagabundeaba, especulando acerca de los deliciosos manjares que se consumen en la ciudad. Sé que son manjares que requieren una preparación complicada. Pienso en grandes trozos de carne, legumbres, harina y huevos, pimiento y salsas espesas, todo amasado con el fin de obtener mezclas tan desconcertantes como sabrosas. Pero cuando colocan la cena sobre la mesa, aquélla pone fin a todos mis sueños y especulaciones. Es un plato hecho con grandes bolas de sémola cocidas en una salsa de garbanzos, como se prepara en la montaña. [págs. 122-127].

*Les chercheurs d'os*, París [Seuil, 1984], Points roman, 2001, págs. 10-12, 14, 20-21, 39 y 122-127 [Traducción inédita de Laura Calabrese].

Rachid MIMOUNI, *La maldición*

Los dos hombres alcanzaron a Said, que esperaba en el tractor de su camión.

—¡En marcha! Vociferó sid Morice, que parecía haber recuperado la plenitud de la juventud.

Al abrir la puerta, Belkacem creyó ver fantasmas. Con esfuerzo, sid Morice se abrió camino y fue a instalarse en el sillón, que parecía esperarlo. Número Uno colocó su pierna de madera al lado del bastón del anciano.

—Veo que estás bien provisto, constató sid Morice después de una rápida inspección. Debes de tener whisky. Me tomaría un vasito.

Sid Morice estaba rebotante. Volvía a la vida nocturna y a su juventud aventurera, y se reencontraba con sus compañeros de antaño.

Con las piernas relajadas, exigió que le trajeran hielo.

—Hemos venido a pedirte ayuda.

Belkacem no podía hacer nada, pero propuso llevarlos a ver a uno de sus poderosos amigos. Cogió el teléfono y lo llamó.

—No abandones tu antro, le dijo. Unos amigos te necesitan. Ya llegamos.

En el decorado austero del escritorio, los cuatro intrusos parecían escapados de una corte de los milagros.

En compañía de Abdelkrim, sid Morice había recobrado súbitamente la lucidez.

—Vaya, vaya. Tengo la impresión de haberte visto en alguna parte.

Este último lo gratificó con una sonrisa irónica.

—Cómo has envejecido.

Sid Morice no conseguía recordar las circunstancias de su encuentro con el hombre que acababa de abrirles la puerta. Su gesto intrigado desató la palabra salvadora:

—¡Ifrane!

Recuerdos fulgurantes asaltaron la mente del anciano. Tánger y sus hoteles desiertos, luego la loca escapada y su encuentro con aquella cuyo nombre nunca supo.

—La fiesta era una excusa, confesó Abdelkrim. Era para cubrir una reunión del estado mayor. Sin saberlo te codeaste con algunos de los dirigentes más importantes del FLN.

—Ahora sé por qué tenía el oscuro presentimiento de haber conocido a un hijo de puta. Cómo me engañaste.

—Quedo a tu servicio. ¿En qué puedo ayudarte?

—Han secuestrado a uno de mis amigos. Belkacem dice que sabes todo sobre todo. Así que vinimos a hacerte una visita.

—Por el momento, les aconsejo que terminen la noche conmigo. Las calles de Argel pronto se llenarán de carros color cardenillo.

—¿Cómo es eso?

—En unas horas se declarará el estado de sitio. El ejército ha decidido limpiar las plazas de la ciudad. Los grupos de intervención especial ya están sitiando las guardias de los integristas. Si vuestro amigo está vivo, no tardarán en liberarlo.

—Es un muchacho al que le tengo mucho aprecio, confesó Sid Morice. Su padre murió asesinado en Tánger, pocos días después de mi llegada.

Abdelkrim tenía entender lo que acababa de revelarle el anciano. Se acordó de su jefe de red, que había sido estrangulado en un cuarto de hotel. El asesinato había sido imputado a los servicios secretos franceses. Adivinó que el rehén de los integristas era su hijo. Posó largamente la mirada en su deserto compañero de escapada a Ifrane, mientras se preguntaba qué tendría que ver con el asesinato.

—Pero dado que no podemos salir...

Sid Morice se echó sobre la alfombra y sacó la botella de whisky que había birlado al salir de lo de Belkacem. Se puso a beber sin vergüenza y pronto comenzó a delirar.

—Si aceptáis seguirme, podemos alcanzar la selva protectora. En el camino nos aprovisionaremos de armas, reclutas e higos secos. La humedad nocturna no tardará en maltratar mis viejas articulaciones. Sin reprenderme, me dejaréis fumar la hierba que atenúa el dolor. Tendré mañanas difíciles. Daréis prueba de la indulgencia que se les debe a los patriarcas. Vuestra amistosa deferencia me evitará hundirme en los limbos de los falsos paraísos y vuestros brazos fraternos me ayudarán a levantarme, cuando llegue la hora de apagar el fuego del vivaque para retomar la marcha. En el seno de la selva no habrá concesiones, pero tendremos que cultivar la solidaridad. Nos vestiremos de negro y, como yo, os dejaréis crecer la barba. Será el signo de nuestra rebelión. Nos tendrán que reconocer de lejos, al ver nuestras sombras disolverse en la noche. No os afeitaréis las mejillas hasta el día de la victoria. Respetaremos los árboles, los pájaros y a los hombres de los bosques que hayan decidido no unirse a nosotros. Obviamente estaremos obligados a publicar nuestro credo político. Tendrá que limitarse a una página dactilografiada. Nuestra lapidaria plataforma suscitará numerosas equivocaciones, pero eso sólo nos beneficiará. Para eso reclutaremos a algunos escribas, que después de haber terminado la redacción serán colgados de las ramas de un algarrobo. Será la única manera de evitarles tentaciones hegemónicas. Se les informará desde el principio de la suerte que les espera y serán libres de rechazar sin miedo las represalias. Nuestros hombres de confianza serán rigurosamente seleccionados. Nuestras preguntas lograrán

extraer sus más mínimos secretos, pues tendremos que desconfiar de su hastío, preludio de todas las traiciones. No aceptaremos ni jefes ni responsables, menos aún aquellos que se designan con el nombre de secretarios o de portavoces. Prohibiremos el uso de la escritura, condenando así nuestros actos y nuestras palabras a la volatilidad; será una medida de humildad, la ambición siempre se basa en un deseo de permanencia. Practicaremos sin flaquear un terrorismo radical, nuestra aparición provocará un miedo pánico por donde vayamos. Asesinaremos a nuestros enemigos con total lucidez, los dueños del poder serán nuestro blanco privilegiado. He conocido a muchos de ellos; son cobardes, el miedo los volverá insomnes, vivirán encerrados en sus antros desprovistos de ventanas, a tal punto que no podrán distinguir el día de la noche. Nos infiltraremos en todos sus servicios de seguridad, haciendo reinar entre ellos una sospecha generalizada. Ni se atreverán a visitar a sus esposas, por miedo a caer en una emboscada. Pero tendremos que proteger a los inocentes. Sé que es difícil, porque seremos juez y parte. Las mujeres que nos acompañen, llenas de abnegación, sabrán sacrificarse. Desplegarán sus artes secretas para fascinar a esos sátiros y atraerlos a nuestras redes. Una vez en nuestras manos, dejaremos que los lobos los despedacen vivos. Es lo que merecen [págs. 188-191].

Sid Morice estaba como una cuba. No paraba de murmurar frases incomprensibles. Los tres amigos decidieron llevarlo a su piso. Al toparse con el decorado familiar, el anciano tuvo un acceso de lucidez.

—Ha llegado el momento de liberarme del secreto que cargo desde hace tanto tiempo. Te involucra directamente, mi querido Kader.

—Es hora de preparar algo para comer, sugirió el médico. Nos contarás luego.

—No tengo nada que contar sino un hecho que revelar: tienes delante de ti a uno de los asesinos de tu padre.

Kader lo sospechaba desde hacía tiempo. Se había convencido de ello cuando Said le había referido el relato de la aventura marroquí de Sid Morice.

—El otro es el Albino. Sorprendimos a tu padre mientras dormía. Yo le sostenía los brazos mientras el Albino tiraba de la cuerda que le había pasado alrededor del cuello. Fue horrible.

—Quédate tranquilo, abuelo. Eso queda en el pasado.

Kader observaba a ese hijo de la aristocracia, a quien el destino había transformado en un lamentable borrachín. ¿Quién habría podido predecirle semejante itinerario al niño feliz que había sido? Hombres ocultos habían hecho de él un asesino y la bajeza de su acto ya no dejaría de torturarlo. Kader pensó que los cerebros del crimen no estaban reducidos a buscar el olvido en el alcohol. Se preguntaba si el país no estaría pagando el precio de las monstruosidades cometidas en el pasa-

do en nombre de una causa justa. ¿Acaso no era el pasado lo que volvía aprovechando los últimos sucesos? El médico recordó la frase de sid Morice que anunciaba la hora de ajustar viejas cuentas. Temía que volviera a correr sangre, pero estimaba que era hora de que el país se deshiciera de las cadenas que arrastraba desde hacía tanto tiempo.

Kader no podía evitar sentir ternura por el viejo cortador de alambrados. Pensó en Hocine, que estuvo a punto de condenarlo, y temió preferir al asesino de su padre.

Emergiendo de su sueño étlico, sid Morice abrió los ojos sobre la cara socarrona del Albino, que permanecía sentado a su cabecera. Llevaba el uniforme militar y las charreteras decoradas con tres estrellas.

—Hola, viejo zorro.

Sid Morice se incorporó lentamente, lamentando haber guardado su arma.

—Estoy contento de volver a verte, continuó el capitán. Apenas llegué a Argel me puse a buscarte.

Sid Morice observaba a ese demonio rubio que parecía tener por misión atormentarlo. Recordaba haber asistido a su entierro con un vago sentimiento de pesar, pero sin verdadera tristeza. El aparecido le explicaba con júbilo que esa puesta en escena estaba destinada a engañar a los servicios secretos israelíes, que no paraban de acosarlo. Entonces abandonó a su empleador y se refugió en el desierto, donde se reincorporó al servicio de la policía militar. Allí se especializó en la búsqueda de desertores. De presa, ahora se convertía en cazador. La región abundaba en tarambanas que habían decidido parapetarse en sus cuarteles para escapar de las persecuciones de los suboficiales. Se dedicaba a llevar a cabo búsquedas infinitamente pacientes.

—¿Recuerdas a nuestro jefe de sector? Fue él quien organizó el falso funeral. El día en que, para mi gran sorpresa, se sentó frente a mí en el comedor de los oficiales, adiviné que volvería a verte. No se puede escapar al pasado. Me encargó una misión muy especial, luego de haberme revelado que nuestras tropas iban a recibir la orden de entrar en Argel.

Sid Morice contemplaba ese rostro rubicundo que ignoraba los estragos del tiempo. Al recordar viejas ruindades tuvo un escalofrío retrospectivo. Adquirió conciencia de que sus gestos inconsecuentes del pasado habían sembrado los gérmenes del mal que carcomía el país. Con los ojos llenos de luz, los descendientes de los guerreros bereberes se habían lanzado a la aventura con el mismo ardor con que sus ancestros cargaban contra las legiones romanas. Los actores de la formidable epopeya no podían sospechar que iban a envejecer. Con la edad viene la sabiduría. Los camorristas aburguesados se preocupaban por su confort. Como nadie estaba exento de reproches, cada uno velaba por sus secretos. Para preservarlos,

algunos no descartaban recurrir al asesinato, pues no deseaban que sus jóvenes y radiantes esposas se enteraran de las exacciones que habían cometido en el pasado. Pero sid Morice sentía confusamente que sus crímenes habían sido perpetrados sin premeditación, en el entusiasmo de la acción. Al ser él mismo un asesino, consideraba que había actuado más que nada por fanfarronería. Con gusto habría decretado una amnesia general para que cesaran los ajustes de cuentas, no para gozar de impunidad, sino con la esperanza de ver terminados todos los tormentos. No entendía que un país bendecido por los dioses se empeñara de tal manera en despedazarse. Creía que sus compatriotas, libres al fin, habrían podido vivir felices bajo el sol. ¿Qué maldición inmemorial los condenaba pues a la discordia? [págs. 202-204]

*La malédiction*, París [Stock, 1993], Press Pocket, 1997, págs. 188-191 y 202-204 [Traducción inédita de Laura Calabrese].



De una larga discusión con el Escritor, Veinticinco regresa burlón y violento.

—Sé muy bien lo que haría si fuera ministro de Cultura.

La frase es lanzada como un desafío al grupo. Busca con la mirada a aquel que recoja el guante para preguntarle acerca de su programa. Pero hartos de su facundia, pasmados por sus afirmaciones paradójicas y a menudo incongruentes, la mayoría baja los ojos, hacen como si estuvieran absorbidos en su ocupación, mientras que otros se eclipsan como quien no quiere la cosa fuera de la barraca. Entonces se dirige hacia mí. Le gusta dirigirme largas peroratas, porque sé escucharlo sin interrupción, como un oyente atento y silencioso.

—Practicaré de continuo una política de terrorismo cultural. Comenzaré por pagarle generosamente a un ejército de censores maquiavélicos y sutiles, que se ocuparán de desenmascarar a los intelectuales de toda calaña, a los que se les ofrecerá optar por la reconversión, el silencio o el exilio. Prohibiré la Historia y eliminaré esa peligrosa disciplina de la enseñanza universitaria. Reduciré progresivamente el número de periódicos para no dejar más que uno, que lo lean o lo dejen, obligado a repetir lo que habrá machacado el día anterior una radio constantemente rodeada por blindados y que anunciará, imperturbable, un cielo azul en todo el país. Pondré candado a las puertas de los teleimpresores de las agencias de prensa extranjeras. Me olvidaré de importar libros, y con toda tranquilidad dejaré en el paro a actores, cineastas y hombres de teatro. Lanzaré un anatema sobre los escritores que publican en el extranjero y extraviaré los manuscritos de aquellos que quieran publicar en el país. Entonces, para ocupar la escena, haré importar directamente de la Amazonía guacamayos suntuosos, para que actúen en televisión y extasién al pueblo al verlos afirmar austeras evidencias en un lenguaje esotérico y extraño [págs. 98-99].

Una febril animación ha reinado en los últimos tres días. Nos anunciaron la próxima visita del Administrador en Jefe. Para organizar la gira, la Administración se puso en pie de guerra. El patio central fue asfaltado en tiempo récord, mientras que

en el pasado todos nuestros reclamos al respecto habían permanecido letra muerta. Nos repartieron botes de pintura y pinceles para volver a pintar todas las barracas, las aceras y los troncos de los árboles. Una veintena de sioux supervisa las operaciones.

—Tiene que estar todo rozagante, dicen, retomando las consignas del Administrador.

Nos repartieron trajes de dril de un verde horrible.

—Algo es algo; comenta Rachid, que abandonando sus harapos se ha puesto inmediatamente el suyo y se pavonea en medio del patio con aires de matador.

—Pero a Omar no se le ha ido la rabia.

—En cada visita se organiza meticulosamente la puesta en escena. ¿Acaso los ojos de nuestros grandes dirigentes se incomodan ante el espectáculo de la mugre y la miseria? ¿O se trata de una empresa organizada a sus espaldas para aumentar su ceguera y dejar así a los caimanes locales reinar exclusivamente en sus pantanos? ¿Ignoran a tal punto la realidad como para dejarse embaucar por tanta pompa, con esas costosas macetas de flores alquiladas, esos trabajadores que han traído en camiones desde varios cientos de kilómetros a la redonda para organizar la claqué? De otra forma, ¿por qué les permiten hacerlo?

Fruto de los consejos subversivos de Veinticinco, varios eslóganes aparecieron en las paredes de las barracas. Pero sus autores fueron fusilados inmediatamente. Se obligó a los pequeños comerciantes a poner en sus tiendas letreros luminosos escritos en árabe. Haciéndose pasar por un conocedor de esa lengua, Veinticinco avisa a los sioux, en su mayoría analfabetos, que ciertas palabras utilizadas no responden a la forma clásica. Se divierte viéndolos ordenar la destrucción de las inscripciones heréticas. Los comerciantes refunfunan pero cumplen órdenes. Y Veinticinco pasa revista a las tiendas, escrutando largamente los caracteres inscritos en el plástico, mueve la cabeza o pone mala cara, antes de continuar su inspección, seguido por las miradas preocupadas de los tenderos.

Siguiendo sus consejos, todas las inscripciones en lenguas extranjeras fueron rápidamente cubiertas con pintura azul, para taparlas, incluidas las placas de los nombres de calles. Veinticinco se deleita ante ese desastre.

—¡Inesperado! ¡Magnífico!

Va y viene, regocijado ante el espectáculo.

—Mi fortuna está hecha, porque conozco los planes secretos de la Administración. Con nuestras ciudades transformadas en laberintos, venderé a precio de oro los planos hoy por hoy inhallables a los carteros, los repartidores, a todos los extranjeros extraviados. Me convertiré en revendedor de máquinas de escribir. Porque para preparar el futuro completamente monolingüista que la Administración nos promete, hemos decidido una vasta operación de importación de máquinas de

escribir con caracteres árabes. Se verán obligados a dar al traste con el parque de máquinas actuales y me haré rico.

Fly-Tox se ha mostrado siempre impermeable a los discursos del anciano. Pero hoy está profundamente interesado por el proyecto de reventa de máquinas de escribir. Aborda diplomáticamente a Veinticinco y, después de un largo preámbulo destinado a desorientar a posibles competidores, le pide precisiones. Su interlocutor se muestra evasivo. Fly-Tox le regala una botella de whisky, que ha ido a buscar a una alacena tan bien provista como un supermercado capitalista. Pero el anciano no tiene nada que agregar, y Fly-Tox se aflige ante la falta de sentido práctico de su compañero [págs. 106-108].

## 5

El Administrador en Jefe ha llegado en su coche blindado. Veinticinco y el Escritor no han podido asistir al encuentro ya que, al ser considerados subversivos, los han acuartelado en la barraca.

El Administrador en Jefe ha dicho, en sustancia:

—Este es un gran día, pues hemos terminado el gran documento que el pueblo entero esperaba. Allí encontraréis respuesta a todas vuestras preguntas.

Luego se fue en su coche blindado. En un momento, esperé poder acercarme para recordarle mi caso. Pero el servicio de orden nos mantuvo muy alejados. Omar no paró de refunfuñar durante todo el discurso.

—¿A qué viene este jaleo de motoristas, guardaespaldas, policías de uniforme o de civil, ese coche blindado y esa tribuna tan lejana, separada de la multitud por caballos de frisa? ¿Acaso temen algo esos dirigentes queridos del pueblo? ¿Y si bruscamente, granada imprevista mediante, el micrófono le explotara en la boca? [págs. 109-110].

## 3

Todo historiador es un hombre que hay que aniquilar, afirma Veinticinco. De lejos, observa al hombre cuyo nombre ignoro sentado solo en medio del patio, en el banco de gres cerámico que había hecho traer con su propio dinero luego de haber superado cientos de dificultades administrativas, pues si el reglamento no decía ni jota sobre ese caso de excepción, le habían hecho sentir que su iniciativa molestaba, como antes molestaba su curso en la Universidad, del cual finalmente lo habían privado, suprimiendo sin preaviso su cátedra de Historia contemporánea,

justo a mitad de año, dejando a profesores y estudiantes con los brazos colgando, con la excusa de que el mismo curso se daba en árabe, como si la administración universitaria hubiera sido sorprendida, un buen día, por una genial chispa de lucidez que le permitía descubrir la inanidad de un dualismo parecido. A partir de ese momento, pasa el tiempo meditando acerca de los peligros insospechados que la práctica de la Historia reserva a sus adeptos, dado que nunca llegó a determinar qué había de subversivo en sus clases. Al principio, tomé a ese profesor destituido por un sioux disfrazado que había venido a espiarnos para el Administrador.

—¿Dónde está la herejía? La objetividad histórica no debe ser letra muerta. En una disciplina cuyo carácter científico es aún discutido, yo les enseñaba a mis alumnos la religión del hecho claro y preciso, despojado de todo vestigio de creencia o de mito, al que siempre hay que volver, mediante una búsqueda paciente y obstinada, y ante el cual hay que rendirse con humildad para contarlo sin mutilarlo ni adornarlo, por más que ponga en duda multitudes de teorías. La práctica del conocimiento de los hechos pasados no debe en ningún caso conducir a la apología de hombres o de sistemas de poder, ni intentar justificarlos. La Historia no es una empresa de legitimación.

—¿Dónde está la subversión? No podía ocultar hechos objetivos. *Luego del golpe que lo derrocó, Lenin fue calificado de dictador, y sus métodos de gobierno severamente condenados.* Su nombre y su imagen fueron totalmente proscritos de la historiografía oficial. No era mi tarea juzgar el desviacionismo del que lo acusaban, y con el cual habría podido yo estar de acuerdo, pero no me era posible sin embargo suprimir toda una parte de la historia de su país. Tenía que hablar de ello, describir los principales sucesos. ¿Cómo impedir entonces que mis estudiantes concluyeran, sobre la base de ese relato, que el crimen no era tan grande?

—¿Dónde está la herejía? Trotski fue sin duda un revolucionario de la primera hora, uno de los titanes de la Revolución. El creador de la *Pravda* pasó la mayor parte de su juventud en las prisiones del zar. Fue deportado numerosas veces. Siempre se opuso a Stalin, de quien por otra parte Lenin desconfiaba. Trotski murió en México, asesinado de un hachazo. ¿Cómo impedir que mis estudiantes pensaran que el hombre de acero, que sólo quería estar rodeado por hombres de mano firme, estaba involucrado en el asesinato del promotor de la Revolución permanente?

—¿Qué había de subversivo en afirmar que Lyssenko había crecido a la sombra de Stalin? ¿Que fue gracias a este último que el Instituto de genética de Odessa logró imponer, contra la opinión de toda la comunidad científica, su teoría genética porque favorecía la idea de la creación del Hombre Nuevo, y que esa herejía interrumpió durante décadas cualquier progreso en el conocimiento de las leyes de la herencia? ¿No estamos en nuestro derecho de deducir que el comportamiento del Corifeo de la Ciencia tiene tendencia a favorecer la emergencia de otros Lys-

senko, aún más peligrosos? A la sombra del gran roble sólo puede crecer la hiedra trepadora.

“¿Dónde está la herejía? Estoy en mi derecho de suponer que Lenin no fue un político hábil. De otra forma, ¿cómo explicar que haya dejado, durante años, a su peligroso brazo derecho complotar en las sombras para organizar su caída? Pensándolo bien, hoy lamento no haber profundizado más en el estudio de esa parte de la historia del país. ¿Lenin no sospechaba realmente de las artimañas de su compañero? ¿Ignoraba todo acerca de la gigantesca telaraña que se tejía y en la que habría de caer? ¿Acaso su comportamiento no estaba guiado por una suerte de instinto suicida, como la tentación de arrojar al vacío cuando se está frente a un acantilado? ¿Una precoz fatiga del poder, quizás? ¿Al cabo de tan pocos años? ¿La amargura de haber tomado algunas decisiones en contra de amigos o compañeros de lucha? ¿El desánimo ante la amplitud de la empresa? ¿Decepción ante las reacciones populares? ¿El deseo de descanso después de tantos años de lucha y de prisión?

“¿O bien se creía intocable? [...] Una vez alcanzado este punto del análisis, ¿cómo no interrogarse acerca de las fuentes de la legitimidad del poder? [págs. 163-166]

*Le fleuve détourné*, París [Robert Laffont, 1982], Press Pocket, 1990, págs. 98-99, 106-108, 109-110 y 163-166 [Traducción inédita de Laura Calabrese].

**UAM**  
 Ediciones

## AZOUZ BEGAG, *El niño del Chaâba*

–¿Sabes dónde está la clase? –me pregunta un alumno mientras subimos la escalera.

–No –le digo–. Soy nuevo en esta escuela.

–Yo también –continúa–. ¿De dónde eres?

La pregunta me sorprende un poco, pero reacciono rápidamente.

–He nacido en Lyon.

–No, quiero decir que a qué escuelas ibas el año pasado.

–¡Ah! ¿A qué escuela? A la Sergent-Blandan. Está muy cerca de la plaza Terreaux.

–No la conozco. Yo antes estaba en París y mis padres se han trasladado a Lyon.

–¿Ah, sí? –digo con un tono de falsa sorpresa.

El chico continúa:

–Me llamo Alain, ¿y tú?

–Begag –digo, mientras continúo andando.

–¿Tienes amigos en esta escuela?

–Claro que sí. Tengo muchos, pero no están en la misma clase que nosotros.

–Pues yo no conozco a nadie. ¿Podría sentarme a tu lado?

–Si quieres...

En sus ojos renace una lucecita de esperanza.

“Otro perdido como yo”, me digo. Llegamos al aula 110 después de haber recorrido todo un pasillo interminable. La clase está abierta, pero el tutor todavía no ha llegado. Algunos alumnos entran. Yo los sigo acompañado del parisino perdido.

–¿Dónde nos ponemos? –me pregunta.

Los que ya se han instalado han dejado libres las primeras filas.

–Escucha –le digo–, nos ponemos en la segunda fila...

–Me parece bien, porque con estas gafas no veo nada.

Poco después, el profesor entra en la clase como un huracán, observa detenidamente el rostro de cada uno, cierra la puerta tras él, nos saluda con una sonrisa y se instala tras su mesa, que está sobre una tarima. Se queda mirando a las parejas de alumnos que se han colocado al fondo de la clase y les suelta:

–¿Les doy miedo? Vamos, vengan a sentarse en la primera fila.

Todos obedecen y dos alumnos se sientan justo delante de nuestro pupitre.

–¿No están mejor así? –dice el profe, algo irónico.

–Sí, sí, señor –responde uno de ellos creyendo que le preguntan a él.

El profe continúa:

–Me llamo Émile Loubon. Escribe el nombre en la pizarra. Soy su tutor y su profesor de lengua. Nos veremos en esta clase todos los lunes por la mañana.

Después nos habla del funcionamiento del instituto, del desarrollo de las clases, nos da el horario y, al cabo de media hora, nos dice que rellenemos una ficha con nuestros datos que le servirá para conocernos mejor.

–Primero escriban el apellido y el nombre, la dirección, la profesión de su padre y su madre, el número de hermanos y hermanas...

Tiene encanto, este señor Loubon, con su rostro cuadrado, su mandíbula amplia, la boca bien perfilada, los ojos redondos y castaños en su tez mate. Tiene el pelo oscuro, abundante, con algunas canas en ciertos lugares que lo envejecen un poco.

Hay profes con los que uno enseguida se da cuenta de que la cosa irá bien. El señor Loubon es uno de ellos, y están los otros, como la señora Valard, que hacen que el primer contacto con la escuela resulte desagradable. La gente así es la que te hace dudar. Uno se pregunta por qué no cae bien: ¿por ser árabe o por no tener una cara agradable? Sin embargo, yo tengo una cara simpática. A menudo la miro en el espejo y la encuentro divertida. Hay que resignarse: uno no puede gustar a todo el mundo.

Mientras relleno la ficha el profe pasa por los pupitres para recoger los papeles de los que ya han terminado. Llega a mi fila e inclina la cabeza por encima de mi hombro para ver mi nombre. Yo me vuelvo y, en ese momento, cuando nuestras miradas se cruzan, se encuentran, siento que hay algo en el fondo de este hombre que tenemos en común y que nos une. No sabría decir qué. Vuelve a su mesa, escudriña las fichas y las caras correspondientes, completa algún pequeño detalle, pide alguna información complementaria. Después se queda mirándome: tiene mi ficha en sus manos. Detesto estas situaciones en las que uno está obligado a decirlo todo. Ya está, va a empezar a preguntarme.

–¿Cómo se pronuncia su nombre en árabe? –pregunta en tono amistoso.

Me quedo de piedra. Menos mal que los Taboul no están en la clase, porque si no ¿qué habría contestado? ¿Que no era árabe? ¿Habrán otros Taboul a mi alrededor? El profe espera mi contestación. ¿Cómo explicarle que no tengo ganas de desvelar mi identidad a todos los alumnos que en estos momentos están observándome como a un animal de circo? Tengo ganas de decirle: “No soy el que usted cree, señor mío”, pero es imposible. Tengo la sensación de que ya conoce toda mi historia. A pesar de todo, respondo:

–Se pronuncia Azouz, señor.

–¿Es usted argelino?

–Sí, señor –respondo con timidez.

Ahora sí que he caído en la trampa. Ya no hay escapatoria posible.

—¿De qué región?

—De Sétif, señor. Bueno, me refiero a mis padres. Yo he nacido en Lyon, en el hospital Grange-Blanche.

Mi vecino, el emigrado de París, no me quita ojo. Me escucha, atento desde el principio. Tengo ganas de gritarle: “Hala, ahora ya lo sabes todo... ¿Te habrás quedado contento, verdad? Pues deja ya de mirarme de esta manera”.

—¿Vivía en Villeurbanne? —continúa el señor Loubon.

—Sí.

—¿Dónde exactamente?

—En la avenida Monin, señor.

—¿En las casitas de madera de la circunvalación?

Intrigado por la intuición del profe, aterrorizado por la idea de que conozca el Chaâba, la suciedad en la que vivía cuando era pequeño, respondo que efectivamente vivía en las casitas de madera. Parece más limpio.

—¿Y por qué se mudaron sus padres?

—No lo sé, señor.

Y sigo pensando: “¡Menudo cotilla es este tío!”.

En la clase se hace el silencio durante algunos segundos. Me digo que ahora ya no podré esconder mis orígenes sarracenos, que *Emma* podrá venir a buscarme a la salida del instituto. Después me doy cuenta de que ya no vendrá nunca más. El daño ya está hecho.

El señor Loubon toma de nuevo la palabra, ahora para hablar de sí mismo.

—Yo también vivía antes en Argelia. En Tlemcen, cerca de Orán. ¿Lo conoce?

—No, señor. Nunca he estado en Argelia.

—Ya veis qué cosas pasan: yo soy francés y he nacido en Argelia, y usted ha nacido en Lyon y es argelino.

Y sonrío antes de continuar:

—Vine a Francia poco después de la independencia.

—Entonces ¿es usted un *pied-noir*? —le digo, como conocedor de la materia.

—Un repatriado de Argelia, sí. Se dice un *pied-noir*.

Después, con la cabeza, me invita a proseguir.

—Cuando mi padre vivía en Sétif, trabajaba con un patrón que también era *pied-noir*. Él fue quien me lo contó. Incluso me dijo que se llamaba Barral.

—¿Qué hacía su padre en Sétif?

—Era periodista en la finca de Barral...

—¿Jornalista, en una finca? —pregunta el profe boquiabierto.

—Sí, señor. Durante todo el día, cuidaba de los corderos, se ocupaba de los caballos, trabajaba la tierra.

Entonces el profe se echa a reír antes de decir:

–¡Ah! ¡¿Usted quiere decir jornalero?!

–No sé, señor. Mi padre siempre dice que ha sido periodista y yo repito lo que él me dice.

–No, no, se dice jornalero. Pero no crea que en Argelia todos los *pieds-noirs* tenían fincas como Barral...

No contesto nada. Todo lo que sé es que mi padre dice que los *binoirs* no quieren a los árabes, y sobre todo los que trabajan con él en la obra. Parece ser que siempre les dicen a los argelinos: “Habéis querido la independencia y ahora venís aquí a trabajar!” Ellos no lo entienden y yo tampoco. Hace tiempo que deberíamos haber vuelto a nuestro país.

Suena el timbre de las diez. La primera clase de lengua llega a su fin. Al igual que los otros alumnos, estoy guardando mis cosas en la cartera y me dispongo a salir de clase, cuando el señor Loubon me formula una última pregunta, esta vez en árabe de Argelia, como el que hablan en casa, y me dice:

–¿Entiendes el árabe?

Yo le respondo en francés.

–Sí, con mis padres siempre hablo en árabe.

–Bueno, adiós, hasta el lunes que viene –concluye sonriendo.

Mi vecino, el inmigrante de la torre Eiffel, me observa como si fuera un dios. Ahora sí que está boquiabierto.

–¿Conocías ya al profe? –pregunta con curiosidad.

–No –le digo–. Es la primera vez que le veo.

–¡Joder! –me suelta riéndose a carcajadas–. ¡Menuda suerte tienes, tío!

Para cortar rápido con esta conversación que me resulta algo molesta, le pregunto si sabe a qué clase vamos ahora. Me contesta que no y añade:

–Podemos seguir sentándonos juntos... Si tú quieres, claro.

–Bueno, vale –le digo–. Muy bien...

–¡Azouz! ¿Sabe cómo se dice Marruecos en árabe? –me pregunta de repente el señor Loubon cuando estaba escribiendo en la pizarra algunas frases en subjuntivo.

La pregunta no me sorprende. Desde hace ya algunos meses, el profe tiene la costumbre de dirigirse a mí en clase para que hable de mí, de mi familia, de esa Argelia que no conozco pero que voy descubriendo día a día con él.

Seguramente el árabe que hablamos en casa pondría rojo de furia a un habitante de la Meca. ¿Sabéis, por ejemplo, cómo llamamos a las cerillas en casa? *Li zali-mite*. Es algo muy sencillo y todo el mundo lo entiende. ¿Y un automóvil? *La tau-*

*mobile*. ¿Y un trapo? *Le chiffoun*<sup>43</sup>. Como veis, es un dialecto curioso, fácilmente asimilable cuando el oído se acostumbra. ¿Marruecos? Mis padres siempre lo llaman *el Maroc*, acentuando la *o*. Así que respondo al señor Loubon:

–Marruecos se dice *el Maroc*, señor.

Primero parece algo sorprendido, después continúa:

–¿No le llaman *el Magreb*?

–No señor. Mi padre y mi madre nunca usan esa palabra. Para llamar a un marroquí ellos dicen *marrocci*.

El señor Loubon continúa, divertido.

–En árabe clásico se dice *el Magreb*, y se escribe así.

El profe dibuja algunas letras árabes en la pizarra bajo las miradas atónitas de los alumnos. Mientras él escribe, yo apunto:

–Yo ya he oído a mis padres pronunciar esa palabra.

Él me contesta:

–¿Sabía que en árabe a Marruecos lo llaman “el país del sol poniente”?

–No, señor.

Después continúa con su clase durante unos minutos antes de dirigirse de nuevo a mí.

–¿Sabe lo que quiere decir esto? –me pregunta, mientras dibuja unos jeroglíficos.

Yo contesto que no, que no sé leer ni escribir en árabe.

–Esto es una alif, una *a*. Esto es una *l* y esto es otra *a* –explica. Por lo tanto, ¿qué quiere decir esto?

Dudo un instante antes de reaccionar.

–¡Ala! –digo, pero sin captar el significado de la palabra.

–Ala sin más no –puntualiza el señor Loubon–. ¡Alá! ¿Sabe quien es Alá?...

Yo sonrío un poco por su acento bereber:

–Sí, señor. Claro que sí. ¡Alá es el Dios de los musulmanes!

–Bueno, pues así es como se escribe su nombre. Como ve, hablo árabe casi tan bien como usted.

Modesto, el profe. ¡Está explicándome mis orígenes, demostrándome que soy un ignorante en cultura árabe, y se atreve a decir que habla el árabe casi tan bien como yo!

A mi alrededor, los alumnos cuchichean sin hacer caso a la conversación.

Una tarde, después de clase, el señor Loubon me pidió que me quedara un momento con él, así que esperé a que todos los demás saliesen, algo incómodo por ser objeto de tanta atención por parte del profesor. Se acercó a mí y me tendió un libro:

<sup>43</sup> Deformación de las expresiones francesas *les allumettes*, *une automobile* y *un chiffon*.

-¿Conoce usted ya este libro de Jules Roy?

Cogí la obra para leer el título: *Les chevaux du soleil*.

-No, señor, no lo conozco. -A decir verdad, nunca había oído hablar de Jules Roy-. ¡Pero conozco a Jules Renard!

-¿No conoce a Jules Roy?

-No, señor.

-Pues coja este libro. Se lo regalo. Jules Roy es un argelino como nosotros, un gran escritor de Argelia.

*El niño del Chaâba* (trad. M.ª D. Mira), Madrid, Ediciones del Bronce, 2001, págs. 154-162.

LOS AÑOS 90:  
¿REPETICIÓN O CAMBIO  
DE ESCENARIO?

UAM  
Ediciones

## Abdelkader DJEMAI, *Un verano de cenizas*

Me llamo Benbrik, Sid Ahmed Benbrik. Hace calor, mucho calor.

Vivo en esta desagradable oficina, justo en el ángulo del pasillo, enfrente de los aseos, en la octava planta de la Dirección General de Estadísticas.

Cerca de la ventana, está mi catre, siempre sin hacer, rodeado de periódicos, de viejas revistas, de legajos, de colillas que tapizan el enlosado amarillento.

Las visitas de la vieja señora de la limpieza con la frente tatuada y sus delgados brazos han cesado bruscamente. Obviamente, afectó al orden. Se trata de un nuevo golpe de los que fueron mis fieles y devotos subalternos. Y que ahora son mis despiadados jefes.

Esta pequeña oficina, que me sirve a la par de habitación y de cocina, dista de ser un remanso de paz.

A pesar de la desgracia, nunca me he saltado la sana costumbre de afeitarme cada día y de lustrar bien los zapatos una vez por semana.

Son dos cosas en las que nunca transijo. Y eso incluso antes de tener una oficina climatizada, más amplia, más aireada y mejor ordenada que este cuchitril.

Una oficina en cuya pared de madera, cerca de los estores azules, cuelga un retrato oficial del jefe del Estado, de pie, solemne, junto al emblema nacional.

Temo la guerra civil, no las penurias.

Tengo una sólida alacena repleta de conservas, de café, de sémola, de azúcar, de especias, de legumbres, de arroz y de pasta que preparo en una placa eléctrica.

Destaco en el arte de preparar espaguetis que adrezo con guindillas. Una receta excepcional que aprendí de mi difunta y querida esposa, Meriem, cuya foto reina encima de mi catre.

Ella también está de pie, cerca de un jarrón repleto de flores de plástico. Parece bastante triste a pesar de su vestido azul con mariposas rosas, sus joyas engastadas con delicadeza y sus zapatos dorados.

Detrás de ella, un tapiz de color aceituna con una escena bucólica en la que unas gacelas retozan bajo cascadas chispeantes.

Durante el día abro de par en par la ventana para que salgan los olores a cocina y a cigarrillos; sobre todo de verano cuando el aire se vuelve, como hoy, denso y aceitoso.

La huelga de los basureros, que acaba de empezar, no ayuda mucho. Bajo el cielo tórrido, las basuras se amontonan a lo largo de las calles y en las plazas públicas. Los grifos se secan cuatro días a la semana. Me adelanto llenando bidones.

Lavo los platos y la ropa en el lavabo de los servicios rematado por un espejo descolorido. Seco la ropa en la terraza de esta casona de color gris y de aspecto mediocre, construida en época colonial, en estilo Art Nouveau.

En el hotel Independencia, quitaron del hall la estatua de una Diana medio desnuda. Lo hicieron para evitar fomentar ideas perniciosas entre el personal que tiende a abandonarse.

Esta administración, que tuve el insigne honor de dirigir, se ha ido relajando, víctima de un perjudicial laxismo.

Lo confieso: el único descarrío que me permitía era espiar a través de los estores, la puerta cerrada a cal y canto, y bajo la mirada del jefe del Estado, a la rubia exuberante que vivía en el edificio de enfrente.

Supongo que los colegas de las demás plantas debían de hacer lo mismo. Sólo que ellos no tenían que tomar tantas precauciones para echar el ojo a las tetas impresionantes que ella paseaba con lentitud por el balcón.

Esa vecina desvergonzada tuvo más suerte que la más antigua de nuestras secretarias, la morena y tímida señorita Rachida Benmihoub.

La rubia consiguió casarse el verano pasado con un mayorista con dientes de oro y que cambia a menudo de coche.

Escucho al lado a la señorita Benmihoub quien, por lo general, tortura su máquina de escribir. Lo hace con rabia y convicción, como para vengarse de su latoso celibato que perdura peligrosamente.

No debería burlarme de los célibes. Siendo viudo, me he vuelto uno de ellos, por las circunstancias.

La señorita Benmihoub es una chica bastante alta, algo desgarbada, con los dientes hacia delante que la hacen casi cecear. Su caso —desesperado, hay que decirlo— ha sido señalado, como otros miles, en la Dirección General de Estadísticas. Comprensiva y solidaria, acaba de dedicarles un informe especial.

Aprovechando ese movimiento de generosidad, he sugerido la creación de otra sección para contabilizar a las personas asesinadas en la calle o en sus casas, ante sus hijos y esposas.

La Dirección se negó. Y se apresuró a acusarme de querer echar leña al fuego.

Los problemas de los vivos son ya bastante complicados, dicen, como para añadirlos a los de la administración.

Una administración que conoce el número mirífico de pobres pero no el de los ricos.

También está el caso de ese otro colega, Sid Abderrahmane Bentahar: un hombre bien entrado en carnes que hacer resonar con fuerza, durante sus largas abluciones, una vieja taza de cobre abollada. Cuando no hay agua, usa la de mis bidones.

Cuando le invito gentilmente a que haga menos ruido, me escucha, el pantalón remangado hasta las pantorrillas, la mirada huidiza, casi dulce. Y me quedo desarmado ante tanto candor e inocencia.

Esta mañana, justo después de calentarme el café y lucir los zapatos, he recibido su visita. Ha venido a quejarse de su sobrino, un joven parado llamado Larbi que no deja de emborracharse y de lanzar oprobios sobre toda su honorable familia.

Comprendo la pena de Sid Abderrahmane. Ha hecho varias peregrinaciones a los Lugares Santos.

No es fácil tener una oveja negra en sus filas. Especialmente en estos tiempos funestos en que se mata a la salida de las mezquitas, de las escuelas, fría y salvajemente.

*Un été de cendres*, París [Michalon, 1995], Gallimard (Folio), 2000, págs. 15-20 [Traducción inédita de Beatriz Mangada Cañas].



Yasmina KHADRA, *Lo que sueñan los lobos*

¿Por qué el arcángel Gabriel no me sujetó el brazo cuando me disponía a cortarle el cuello a aquel bebé que ardía de fiebre? Yo creía, con todas las fuerzas de que era capaz, que mi hoja no se iba a atrever siquiera a rozar aquel cuello frágil, apenas más grueso que el puño de un chiquillo. Esa noche la lluvia amenazaba con engullir la tierra entera. El cielo estallaba. Durante un buen rato esperé que el rayo me desviara la mano, que un relámpago me librara de las tinieblas que me mantenían cautivo de sus perdiciones, a mí, que había estado convencido de haber venido a este mundo para complacer y seducir, que soñaba con conquistar los corazones sólo con el don de mi talento.

Son las seis de la mañana, y el día no tiene arrestos suficientes para aventurarse por las calles. Después de que Argel renegó de sus santos, el sol prefiere quedarse en el mar y esperar que la noche retire de una vez sus cadalsos.

Las policías ya no disparan. Veo a uno de ellos emboscado tras un lavadero, encima de un cobertizo. Nos observa con la lente de su fusil, con el dedo en el gatillo. Abajo, en el barrio sitiado, aparte de un vehículo blindado y dos coches con los cristales rotos, no hay ninguna señal de vida.

El inmueble fue evacuado en los primeros momentos de la escaramuza, en medio de un pánico apocalíptico. A pesar de las llamadas a la calma, los rellanos de la escalera retumbaban con los aullidos de mujeres y niños en cada ráfaga. A Alí le alcanzaron en el momento en que intentaba ver lo que pasaba en el rellano. La mirilla le explotó en la cara. Cayó de espaldas, con el ojo arrancado, con la parte de atrás de la cabeza deshecha. A continuación, un silencio abismal se apoderó de los pasillos abandonados. Cortaron el gas y la electricidad, y después el agua corriente. Para aislarnos. Intentamos algunas maniobras de distracción, pero fue en vano. Un oficial nos conminó a deponer las armas y rendirnos. Le llamé renegado cabrón y vacié un cargador en su dirección. *Lo siento por vosotros*, gritó el oficial. ¡Cuánto desprecio había en su voz...!

Se acabó. Los profetas nos han abandonado. Nos han cazado como a ratas. Todo se hunde a nuestro alrededor. Es como si el mundo se divirtiera deshilachándose, fluyendo entre nuestros dedos como volutas de humo.

Del piso en que se atrincheró mi grupo ya no queda gran cosa. Las ventanas han saltado, las paredes se desconcharon bajo el frenesí de las balas. Rafik ya no se mueve. Yace en un charco de sangre, con los ojos pasmados y el cuello ridículamente torcido. Duyana mira fijamente el techo, despedazado por una granada.

Handala murió en el vestíbulo, con la cara vuelta contra los zapatos y los dedos crispados en el suelo. Su hermano pequeño sucumbió a las tres de la mañana. Abu Turab es el único que todavía respira, desmoronado en la pila de la cocina, con su fusil de bombas encima de las rodillas.

Me dedica un guiño grotesco.

–Ya te dije que no era buena idea.

Sus ojos alucinados se abren desorbitadamente a causa del dolor. Se le contrae el pecho. Tiene que ir a lo más hondo de sí mismo a buscar la bocanada de aire que le ayude a deglutir. Con muchísimas precauciones, tiende la pierna hacia una caja y se pone a un lado para poder mirarme.

–Si te vieras la jeta –jadea–. Pareces un deshollinador atascado en una chimenea.

–Prepárate –le aconsejo.

Le sacude una risa nerviosa:

–Es verdad, nos espera un largo viaje.

Un hilillo de saliva le cuelga del labio antes de llegarle a la barba con un temblor elástico. Con la mano derecha se aparta la camisa, ensangrentada por la monstruosa llaga que le devora el costado.

–Tengo las tripas fuera, pero ya no siento nada.

El avance de un trasto oruga, fuera, hace vibrar las paredes.

–Traen artillería pesada.

–Me lo imaginaba... ¿Crees que se acordarán de nosotros?

Sus pupilas, casi vidriosas, se animan por un instante con un débil resplandor. Crispa las mandíbulas y refunfuña:

–¡Ya lo creo! No nos olvidarán nunca. Nuestros nombres aparecerán en los manuales y en los monumentos. Los scouts cantarán nuestras alabanzas por los bosques. Los días de fiesta depositarán ramos en nuestras tumbas. Y mientras tanto, ¿qué harán los gloriosos mártires...? Pastaremos tranquilamente en los jardines eternos.

Le divierte mi mirada de desaprobación. Sabe lo mucho que me horroriza la *blasfemia*. Normalmente, cuidan mucho lo que dicen en mi presencia. Por primera vez, Abu Turab, el más fiel de mis hombres, se atreve a provocar mi susceptibilidad. Se seca la nariz con el hombro y vuelve a perseguirme con sus ojos de ultratumba. Su voz cavernosa me alcanza con un sople molesto:

–*Allá arriba*, no tendremos más que chasquear los dedos y nuestros deseos serán satisfechos. Escogeremos nuestro harén entre los contingentes de huríes que pueblan el Edén, y cada tarde, a la hora en que los ángeles recogen sus flautas, iremos a coger cestos y cestos de girasoles en las viñas del Señor.

Los tiradores de élite del GIS invaden las terrazas de alrededor y ocupan sus puestos con saltos ligeros y precisos, inaprehensibles como las sombras.

—No te acerques tanto a la ventana, *emir*. Te expones a coger frío.

Unas sirenas retumban a lo lejos, se deslizan por los resquicios del barrio y vienen a hundirse en nuestro refugio. Abu Turab frunce una ceja y se pone a marcar débilmente el compás con un dedo.

—La última sinfonía... Mira tú, si de repente hasta le encuentro nombre a cualquier cosa. *La última sinfonía*... Aunque me hubieran pagado todas las fortunas de la tierra, no se me habría ocurrido ese título con la cabeza en calma. No sabía yo que la cercanía de la muerte le diera talento a uno.

—No me distraigas.

—No seguí mi verdadera vocación...

—Que te calles.

Se ríe, se calla durante dos minutos, y entonces, con la mano apretando el arma, recita:

—“De mis errores, no estoy arrepentido. Mis alegrías no tienen ningún mérito. La Historia no tendrá otra edad que la de mis recuerdos, y la Eternidad, el engaño de mi letargo...” ¡Qué asco! Ese Sid Alí sí que tenía algo en la cabeza, era un auténtico poeta... Es increíble lo imprevisible que es la gente. Yo le consideraba un retrasado, algo así como un blandengue, y en el momento de la verdad te saca de no sabes dónde un coraje que te deja helado. ¿Te acuerdas? Se negó a ponerse de rodillas. Ni siquiera tembló cuando le hundí la pipa en la sien. *Venga*, dijo, *estoy listo*. Le estalló la cabeza como un enorme forúnculo. Pero su puta sonrisa no se alteró ni un milímetro.

No, no me acuerdo. No estaba allí. Pero no lo he olvidado.

¿Cómo te puedes olvidar cuando te pasas días enteros disfrazando tu memoria y las noches las dedicas a reconstruirla como un maldito puzzle para acabar enturbiándola una y otra vez al amanecer...? Todos los días. Todas las noches. Sin parar...

A eso se le llama *obsesión*, y piensas que con esa palabra basta para vencer al abismo.

¿Pero qué sabemos, en realidad, de la *obsesión*?

Maté a mi primer hombre el miércoles 12 de enero de 1994, a las 7.35. Era un magistrado. Salía de su casa y se dirigía a su coche. Su hija de seis años iba delante, con las trenzas adornadas con cintas azules y la cartera a la espalda. La niña pasó a mi lado, sin verme. El magistrado le sonreía, pero su mirada tenía un matiz trágico. Parecía un animal acorralado. Se sobresaltó al verme agazapado en la puerta. No sé por qué, siguió su camino como si no pasara nada. Tal vez pensó que si ignoraba la amenaza tenía una posibilidad de burlarla. Saqué el revolver y fui a por él. Se detuvo y me miró. En una fracción de segundo se le heló la sangre en la cara y sus rasgos se difuminaron. Por un momento pensé que me equivocaba de persona.

“¿Jodia?”, le pregunté. “Sí”, respondió él con una voz sin timbre. Su ingenuidad –o su inseguridad– me hizo flaquear. Me costó todo el esfuerzo del mundo levantar el brazo. El dedo se me paralizó en el gatillo. *¿Pero qué esperas?*, me gritó Sofian. *Líquida de una vez a ese hijo de puta*. La niña no parecía entender bien todo aquello. O se negaba a aceptar su desdicha. *No puede ser*, me acosaba Sofian. *No vas a desinflarte ahora. Es un canalla*. El suelo se me iba a hundir bajo los pies. Me invadía la náusea, que me atenazaba el estómago y me paralizaba. El magistrado debió de barruntar, en mi vacilación, la posibilidad de *seguir viviendo*. Si se hubiera quedado quieto, creo que no habría tenido fuerzas para llegar más lejos. Cada disparo me estremecía de la cabeza a los pies. No sabía cómo dejar de disparar, no escuchaba ni las detonaciones ni los gritos de la niña. Igual que un meteorito, atravesé la barrera del sonido, pulvericé el punto de no retorno: acababa de caer en cuerpo y alma en un mundo paralelo del que no regresaría nunca.

Abu Turab tiene un ataque de tos. Un espasmo fulgurante le echa hacia atrás. Se agarra a la culata y estira las piernas con un gemido. La orina salpica a través del pantalón y se desparrama por el suelo.

–¡Lo que faltaba! Ahora voy a cagarme en los pantalones. Los *taghut* van a pensar que soy un miedica. ¿Y qué es lo que hacen mis ángeles guardianes? ¿Es que no les basta con que reviente?

–¡Cierra el pico de una puta vez!

Se calla.

El trasto oruga invade la plaza, y el cañón apunta a nuestra madriguera. *Por última vez, ríndanse*, aúllan por un altavoz.

–¡Qué asco! –exhala Abu Turab–. En Afganistán no pasaba esto. Cuando los *muyaidin* caían en una trampa, se desencadenaban tempestades de arena para cubrirles la retirada, misteriosas averías inmovilizaban los tanques enemigos y nubes de pájaros la emprendían con los helicópteros soviéticos... ¿Por qué aquí no tenemos derecho a un milagro?

Dirige el cañón de su fusil a la sien. Se le estira la sonrisa, grotesca, patética al mismo tiempo. Le miro como en un sueño, y ni siquiera trato de disuadirle.

–Yo voy delante, jefe. Nunca se sabe...

La detonación se le lleva el cráneo con un horroroso estallido de carne y de sangre, con trozos del cerebro que se pegan al techo, lo que provoca una descarga cerrada en el exterior.

## Anouar BENMALEK, *Los amantes de Argel*

Hay una extraña atmósfera al entrar en la aldea. Militares nerviosos por todas partes, algunos encapuchados, haciendo guardia. Varias veces comprueban sus papeles. A cada momento Nassreddine tiene que explicar que se tiene que ir a su poblado porque allí le espera su mujer. Los gendarmes los examinan atentamente antes de dejarlos pasar. La plaza se encuentra invadida de gente, todos con rostros impávidos, acampando provisionalmente en un completo desorden, en medio de la calzada. Colchones de espuma, petates y serones apiñados junto a pequeños grupos. Una carreta y dos camiones desvencijados, repletos de muebles viejos. Una mujer muy anciana subida en una mesa situada sobre uno de los camiones. Nadie piensa en hacerla descender. Contempla la evolución de los grupos de gente, con ese aire estúpido que tienen las personas de avanzada edad cuando empiezan a olvidarse de las cosas. Unas mujeres desgredadas lloran, y tras secarse las lágrimas, lloran nuevamente. Pero lo que le llama la atención a Nassreddine es que apenas se oye ni un ruido. Muchas de esas gentes van en ropa interior, como sorprendidas en la cama. De vez en cuando se oye lloriquear a un bebé. Unos hombres se aproximan a Nassreddine con sus trajes manchados y cubiertos de sangre...

El anciano advierte que son campesinos del aduar de Sidi Shgir, a sólo treinta kilómetros de Hasnia. La noche anterior, unos "afganos", provistos de hachas y fusiles de cañón corto, de sables y de sierras, invadieron la aldea, que se estaba negando desde hacía algún tiempo a enviar a sus hijos a la guerra. Fueron entrando en todas las casas del pueblo y en cada una mataron tres o cuatro personas, sin pensarlo. Tres niños de corta edad de una misma familia fueron decapitados delante de sus padres, luego, el padre, Hadj Kadour, resultó degollado. A la madre solamente le cortaron las manos para que diera testimonio del rigor de los "combatientes de la *yihad*"—declaró el jefe de los asesinos—, frente a los traidores que siguen al impío poder del Faraón. De hecho los guerrilleros reprochaban a esa familia haber casado a su hija con uno de los policías del lugar.

El hombre que está contando tales cosas tiembla:

—Hubo un estrépito horroroso. La gente que imploraba piedad se mezclaba con las piadosas oraciones de los que agonizaban. Los que intentaron escaparse fueron apresados, rociados con gasolina y quemados vivos. Pero lo más terrible fue el final. Nos juntaron en una granja y nos obligaron a rezar por los muertos con ellos. Fue el emir del grupo el que dirigía la plegaria. Uno del pueblo, de unos cuarenta años, cuyo hijo mayor había sido ejecutado con una sierra, tuvo un desvanecimiento que

los barbudos interpretaron como una negativa a seguir rezando. Entonces, lo obligaron a arrodillarse delante de un cubo, después lo degollaron y recogieron su sangre. Por fin, uno de los asesinos fue obligando a todos los del pueblo, del más joven al más viejo, a meter las manos en el cubo...

Llorando a lágrima viva, continúa:

—Yo estaba de paso para ver a un pariente. Había hecho este viaje porque estaba confiado. Vi los coches militares el día anterior a mi llegada. Estaban a menos de dos kilómetros del pueblo y me dije a mí mismo que no habría peligro si el ejército estaba tan cerca de Sidi Sghir. Me equivoqué, ¡el ejército pasa de nosotros! ¡Es imposible que los soldados no vieran los incendios! Dejaron actuar a los carniceros, dándoles carta blanca... ¿cómo ha sido posible? Me escondí en un armario, mientras los asesinos degollaban a mi anfitrión y a su padre, un viejo sordo y ciego que no debió comprender lo que les estaba sucediendo. Rompieron el armario y me sorprendieron encogido detrás de la ropa. Grité con todas mis fuerzas... No sé lo que les dije, que estaba con ellos, que eran como los ángeles de Dios, la misericordia encarnada, y que estaba dispuesto a lamerles los pies si era lo que querían. Salté como un ratón sobre una placa al rojo vivo. Mi pánico hizo reír a uno de los que habían matado a mi amigo. Limpió su cuchillo en los cabellos de su víctima y me dio una patada, tras ordenarme que fuera a la mezquita. También bañé mis manos en el cubo de sangre. Tenía tanto miedo, que podía cometer cualquier baja: ¡No sabía que pudiera experimentar tanto miedo!

Y añadió, lamentándose:

—¡Que Dios me perdone!

*Los amantes de Argel* (trad. A Martínez de la Presa), Madrid, Akal, 2001, págs. 236-238.

## AZOUZ BEGAG, *El pasaporte*

Pasaron varios días sin que nada me afectara. Las gotas de sudor de la ciudad no caían ya sobre mi cabeza. Escribía. Había encontrado un título: *Cero más cero igual a cero*. Lo escribí en un trozo de papel y me lo metí en el bolsillo para releerlo de vez en cuando. Lo encontraba irrisorio y divertido. Osmane se diluía en la tinta. Por la noche, al final de las jornadas de servicio, volvía a casa y estudiaba a fondo un mapa de gran formato, distribuido por una compañía aérea internacional. Me lo grababa en la cabeza. Una vez, vi en casa de un amigo el mismo mapa claveteado con chinchetas rojas que indicaban los lugares del mundo a los que ya había ido. Yo sólo tenía dos señales. No era mucho lo que le ofrecía a mi imaginación. Desplegué el mapa en el suelo y, con la punta de un lápiz, tracé una ruta desde mi dirección hasta la frontera marroquí, pasando por Oudja, Tánger, atravesé el estrecho de Gibraltar en un *ferry*, hasta la ciudad española de enfrente, y caminé hasta Córdoba. Estaba en Europa. El aire era fresco y yo podía respirar a fondo con las ventanas abiertas. Conté el dinero que necesitaría para la travesía en solitario. Preparé mi equipaje. No cogería muchas cosas, mi cazadora y mi bolsa de deporte. Alguna ropa que lavaría a diario. Y adiós muy buenas. Me serví un vaso de JB para el camino. Me tendí en el mapa de geografía mundial, pilotando mi lápiz, y viajé contemplando el techo de mi estudio. Una grieta más. Pronuncié algunas palabras en español para comenzar a practicar mi acento: *Buenos días. Buenas tardes. ¿Qué hora es? Un café, por favor. Hola. Hola. Señor Don Quijote de la Mancha*<sup>44</sup>. Andalucía era mi país. Granada, Sevilla, Córdoba, Cádiz. Allí encontraría las huellas de mis antepasados. Las poblaciones locales me acogerían como el digno sucesor de los civilizadores del pasado. *Salam oua rlikoum. ¿Cómo estás? ¿Dónde puedo comer por aquí?*<sup>45</sup> Con mi pinta de mediterráneo, iba a causar buena impresión por las calles españolas. La policía fronteriza no sospecharía nada [págs. 137-138].

Antes de caer por la comisaría, di un rodeo por el Centro Cultural Francés. Tenía ganas de ver a mi encumbrado amigo y agradecerle la entrega de periódicos. En ellos había encontrado toda la información concerniente a la ayuda a los refugiados políticos. Iba a escribir un capítulo de novela y enviarlo a la sede

---

<sup>44</sup> En castellano en el original (N. del T.)

<sup>45</sup> En castellano en el original (N. del T.)

de la asociación para presentar mi caso con claridad. Solicitar un carné de identidad provisional para existir como persona. El Centro Cultural tenía su sede en un edificio pequeño de dos pisos, con un jardín coqueto rebosante de flores, pero sobre todo con un portero que filtraba las entradas detrás de la reja de hierro del portal. Me acerqué a él mirándolo fijamente a los ojos para probar que era inofensivo.

—¿Vienes a por un visado?

Más que hablar gruñía. A punto estuve de decirle en el acto: “Sí, ¿y qué? Tengo pensado plantar una tienda de campaña aquí, delante de tus narices, y luego, a continuación, debajo de la torre Eiffel, y un visado según las normas, así como un pasaporte, si queda alguno, no estaría de más en mi cartera”. Me remitió a un cartel en el que una mano había advertido: “No se expiden visados en el Centro Cultural. Dirijan sus solicitudes al Consulado General de Francia”.

El viejo guardián uniformado me echó una mirada inquisitiva, después me alargó un papel:

—Ahí tienes la dirección.

Parecía orgulloso de dominar la información.

—¿La dirección de qué?

—Del *Consulado* General de Francia. Es lo que estás buscando, ¿no? Querías un visado...

Dudé. Sí, deseaba tener un visado, pero...

—Ahí tienes la dirección. Puedes ir a pie, no está lejos.

Sus ojos estaban purulentos. Una conjuntivitis o una noche bajo la luna, pasada detrás de las rejas de la cultura francesa. Cogí el papel, leí la dirección del Consulado.

—La gente es imbécil —prosiguió—, viene al Centro Cultural a pedir un visado. Aquí... tenemos la cultura: libros, cine, conferencias, clases de idiomas, nada de política... Así que me veo obligado a seguir aquí plantado como un poste y a repetir las cosas a la gente. Les digo: “¿Saben leer? Pues, bien, ¡lean!”. La gente es imbécil de verdad. Eso es. Imbécil de verdad.

Alcé la vista a lo alto del edificio. ¿Tendría la suerte de ver a mi amigo del brazo largo, que deslumbrara al viejo presuntuoso?

Como seguía mudo, me escudriñaba de un modo extraño.

—¿Pero tú tienes ya un pasaporte?

—No. Sí. Bueno...

—Está caducado. ¿No es eso?

—Exacto.

—Hace falta tiempo para renovarlo, ya sabes. Un año por lo menos. O más, no sé... Así que, de momento, no necesitas ningún visado.

Lo veía venir. Saqué del bolsillo un trozo de papel en el que había escrito “Cero más cero igual a cero” y se lo enseñé.

—¿Conoces esta dirección?

El viejo la miró atentamente. Hizo como que descifraba el documento. Me lo devolvió.

—No he oído hablar nunca de esa dirección. Lo siento.

—¿Como es que no conoces la calle de los Mártires?

—No. Lo he leído bien, pero no conozco ninguna calle de los Mártires, no es por aquí.

Cogí el papel. El viejo no debió ir a la escuela, como sospechaba.

—Si querías un visado, tendrás que volver —dijo.

—No he venido a por un visado.

—¿No has venido a por un visado?

—No.

—Entonces, no entiendo nada.

—Busco a Gori.

[...] Aquí, nada de visado, terminó reculando dos pasos detrás de la reja. Visado *Consolidado*. Dirección en papel. Aquí no Gori. Dios te guarde, hermano [págs. 139-141].

Varios días más tarde, recibí una carta en la dirección de mis padres. Una respuesta de la asociación parisina. Me pedían que fuera a París con mi dossier. Debía presentar pruebas significativas del peligro de muerte que me amenazaba. Pero no tenía ninguna prueba. No me imaginaba pidiéndole a Osmane un certificado declarando que me pagaban para morir y que, si por mi mala suerte, no me mataban en el ejercicio de mis funciones, él iba de todos modos a arreglarme las cuentas personalmente. Además de esto, la carta de los amigos de los muertos vivientes precisaba que el candidato al exilio político debía por sí mismo dar con los medios para llegar debajo de la torre Eiffel, pasando por Barbès si fuera necesario. Ningún pasaporte, ni visado, ni carné de residencia temporal se expedía antes del examen del dossier y entrevista previa con el que pedía refugio. Los términos de la cartas no dejaban lugar a dudas y el enunciado del problema me repatriaba consecuentemente a la casilla cero:

#### ENCONTRAR UN PASAPORTE FALSO.

O bien dejarse encerrar clandestinamente en uno de los contenedores de la corrupción y embarcar de este modo en las bodegas de un transmediterráneo, transatlántico o transhorizonte. Me quedaba también la posibilidad de caminar, correr, caminar, correr hasta Tánger, ir al bar de los que pasan al continente, atravesar el estrecho de Gibraltar, caminar, correr hasta París. La única dificultad con-

sistía en llegar a un puesto fronterizo marroquí, anodino, en medio de ninguna parte, pagar el diezmo al aduanero y pasar sin papeles [págs. 159-160].

*El pasaporte* (trad. F. Torres Monreal), Barcelona, Muchnik, 2001, págs. 137-141 y 159-160.



## Jules ROY, *Adiós madre, adiós corazón mío*

En el hotel Saint-George, las noticias no son buenas, pero nadie parece alarmarse por ello. Los crímenes, los asesinatos, las matanzas son el pan nuestro de cada día de los hombres y mujeres de Argel; en el linde del Sahara se acaba de destruir un hotel en un oasis del desierto, por ello, tememos ser pronto los siguientes. Desde comienzos de la guerra, ya no se cuentan los muertos. ¿Cuarenta mil? ¿Cincuenta mil? El Arba, la ciudadela del FIS, ha sido atacada. Se dice que un centenar de islamistas han muerto a manos de las llamadas “fuerzas de seguridad”. Argel vive como siempre. El sol resplandece, glorioso. Ya no se cuentan los muertos. El jardinero del hotel me cuenta que el jacarandá es un árbol de la América tropical que aquí florece en mayo y puede alcanzar los treinta metros de alto. Su madera se llama de forma incorrecta palisandro. Lleva poco tiempo en Argelia. Una tempestad confió su semilla a un ángel.

[...] Lo único esencial que hemos dejado en esta tierra es la libertad de pensamiento, ¿pero quién se acuerda de ello?

Con todo, si la conquista de Argel por el “hijo de San Luis”, como el arzobispo de París llamó al general de Bourmont, fue fácil, los argelinos no se olvidan de que la conquista del país costó mucha sangre y duró medio siglo. No hay horrores, ni masacres de poblaciones, ni violaciones de los que no tengamos que culparnos. ¡No nos preocupemos, pues! Todo se hizo en nombre de las guerras de religión, de la locura de los hombres o de la voluntad de Alá. Después, la injusticia colonial desposeyó a los árabes de las tierras, de los bienes, de la lengua, así como de las mezquitas, convertidas en iglesias. Los árabes lo toleraron todo y muchos de ellos murieron incluso por Francia durante las dos guerras mundiales. ¿Acaso hay que recordarlo? ¿Quizá debemos recordar también que además de los *pieds-noirs*, unidades enteras, miles de soldados argelinos perecieron con nuestro ejército en Casino y luego en Dien Biên Phu?

Por lo tanto, podía ser natural que estallara una revuelta contra nosotros con las proporciones que adquirió de 1954 a 1962. Lo que no era natural, en cambio, es el amor loco por esa tierra en el corazón de los colonizadores. Y a veces, en el corazón de los colonizados, ese amor por algunos colonizadores que no solamente habían hecho fechorías, sino que también habían traído la instrucción, la civilización y la caridad. Dicho de otro modo, he olvidado decirle a mi madre que con el tiempo, y en el seno mismo de la injusticia, algo había sucedido que debía de parecerse a cierto amor recíproco y se sigue pareciéndose a él. Entre Francia y Arge-

lia existe un sentimiento turbio y violento, como entre dos criaturas que, por lo general, no han llegado hasta los límites de su atracción mutua. Como en el cosmos, donde planetas y satélites giran en torno a su astro mayor, hasta que vuelvan a juntarse en el Apocalipsis o en el trance de una inexplicable felicidad, algo culpable quizá. Entre Francia y Argelia no conozco unión legítima y menos aún amor verdadero. Todo es ilegítimo, inconveniente y fatal. Todo procede de lo imposible, y, sin embargo, nada resulta más impresionante que el hecho de que naturalezas tan opuestas, destinadas más a chocar que a amarse, puedan algún día perdonarse los movimientos incontrolados que las atraen o las repelen, ¿Pero qué es el amor si no? Y sin embargo, así es. ¿Hay otra nación, no sólo de Europa sino del mundo, con la que Argelia podría haber compartido, a veces sin saberlo, semejante necesidad de consideración y caricias? ¿De qué hermanos, podría sentirse Francia más cercana sino de los argelinos, hasta el punto de querer en ocasiones oprimirlos o devorarlos? Lo contrario también es verdad, y, por ende, hay una oscuridad que las desavenencias pasajeras, lejos de disipar, espesan. No se puede descartar que sea una definición del amor o de la sinrazón. Y tras las tormentas, uno piensa que es agradable vivir juntos o separados.

Cada uno sueña sin saber que sueña y, por culpa de los vencedores que los han querido, los vencidos —es decir, nosotros— no recordamos ya las masacres cometidas ni las injurias escupidas, y nos preguntamos por qué sus mujeres miran con ternura a los alumnos *beurs*<sup>46</sup> de la ENA o a los mayores de la X. Y es que Francia ya no quiere oír hablar de Argelia, esa pesadilla, esa desventura, esa historia de amor olvidada [págs.164-166].

Apenas he comenzado a reflexionar cuando nos enteramos, por los periódicos, por la televisión y por conversaciones inquietas y sigilosas, de que se han perpetrado unos atentados en pleno corazón de París, en el metro, y que incluso un tren de alta velocidad ha escapado de la catástrofe porque el sistema de encendido del explosivo no ha funcionado. Las huellas dactilares revelan el nombre de un joven delincuente de las afueras de Lyon, un emigrante argelino: Khaled Kelkal, de una familia de Mostaganem que el padre trajo a Francia.

Mi compañero y yo hablamos poco de ello. Por un momento, creo que hemos vuelto a la guerra de Argelia, cuando se temía lo peor y el Sena acarreaba cadáveres de argelinos. El joven terrorista acorralado fue abatido como un perro rabioso. Esos suburbios trágicos de las grandes ciudades donde reina la miseria y el espíritu de revuelta, los conozco tanto por los relatos de Medhi Charef y Azouz Begag, como por los espectáculos de Smaïn, artistas todos de “barrios de chabolas”. Estos

---

<sup>46</sup> Joven magrebí nacido en Francia de padres emigrantes.

hijos de obreros emigrados han mezclado la tragedia de su nacimiento con la ternura y el humor, como la novedad de una lengua en la que el francés se funde en el árabe, donde el árabe viola al francés con expresiones indecentes. Digamos que no tienen pelos en la lengua porque sus padres pasaron hambre. El diálogo con mi madre, bajo los ramos de rosas marchitas y el parasol de jacarandá, no se vuelve en nuestro favor cuando nos enteramos de que un cura de esa barriada de Lyon, único occidental al que se permitió asistir a las exequias del terrorista Khaled Kelkal, dijo a la masa de asistentes, y, más allá de ellos, a la sociedad francesa: “Hermanos, reconozcamos nuestra culpa respecto a Khaled, que acabó mal. Es nuestro hijo, recemos por él.”

¡Nuestro hijo! Mi madre debió de removerse en la tumba. Ese cura, Christian Delorme, verdadero discípulo de Cristo, anuncia el Evangelio a los pobres y a los humildes. Conocí a otro, en los suburbios de Kouba donde el GIA asesina a religiosas cristianas; de la misma forma, pero en otra época, cuando acababa de besar al cardenal Duval, conocí al abad Scotto, en Bab-el-Ued. Sí, Khaled Kelkal es hijo de nuestra colonización y de nuestra mentalidad. A un descendiente de colonizado, le basta poco para entregarse al terrorismo. Entre nosotros nadie se acuerda de que antaño fuimos una nación de presa. Incluso yo, sin Camus, no lo hubiera descubierto, y sin Amrouche, no hubiera comprendido lo que imponíamos al pueblo argelino.

En mi habitación, donde florecen otras rosas y mi rama de jacarandá, que me sacan de la contemplación de la Babilonia palpitante por sus joyas, y mecido por el silencio de una gran ciudad amenazada y el aullido del viento, me pasan por las mientes las lamentaciones de Jeremías, tal y como las cantábamos en la catedral el Jueves Santo por la noche, en las tinieblas: *Sion deserta facta est, Jerusalem desolata est*. A veces ya no se sabe por qué el hijo mata al padre y el alumno al maestro.

El rugido de la voz divina estalla hasta el Amirauté, hasta la orilla batida por el mar, hasta los extremos de la llanura de donde vengo, al pie de las montañas por las que vagan los últimos chacales. Esa voz anuncia a los fieles como a los infieles, a los creyentes y a los no creyentes, que Dios es grande. Muchos ya ni siquiera oyen. Algo me hiela la sangre y pienso en mi madre, por fin al amparo de los hombres y de ese Dios. Corro la cortina sobre el oro de la autopista que parece coagulado, y sobre la luna que está a punto de salir [págs. 177-179].

*Adieu ma mère, adieu mon cœur*, París [Albin Michel, 1996], Livre de Poche, 2000, págs. 163-166 y 177-179 [Traducción inédita de Beatriz Mangada Cañas].



## Medhi CHAREF, *Teo reía de Arkhim Hedes*

Fue en el instituto de enseñanza técnica, la universidad para los hijos-de-los-pobres-que-no-han-tenido-oportunidades, donde Pat y Madjid se hicieron amigos. Se conocían desde hacía siglos, pero antes no había química entre ellos.

Desconfiaron uno del otro durante años, pero en segundo año del instituto se dieron un apretón de manos de una buena vez. Mientras más locos estamos, más nos reímos. Pero esos vínculos son terribles, ese tipo de unión es extraño. Es el miedo de ambos lo que al principio prima en la relación, sobre todo cuando se está en la misma clase.

En caso de pelea, el perdedor queda como un imbécil frente a toda la clase, por más que siga siendo el segundo, el que desafia al campeón. Y eso, ni Pat ni Madjid lo deseaban. Preferían andar de a dos para zurrar a los otros, para manguonearlos antes que el profesor. Es una forma de debilidad, de eso eran conscientes. Dos debilidades que se unen no hacen la fuerza, pero eliminan el miedo.

No se es más fuerte de a dos, pero da menos canguelo [pág. 51].

Estaban afuera, sentados en la escalera de entrada de una torre de hormigón, como un extranjero que llega a un país nuevo en el que todo va muy rápido. Aquel extranjero debe adaptarse al modo de vida, a las exigencias, al temperamento de los otros para sobrevivir. Debe mostrar que sigue el movimiento o rechazar el sistema y darle la espalda a la sociedad. Porque es agotador correr detrás de una zanahoria cuando, encima de todo, uno sabe que está podrida desde hace rato.

—No nos hagamos mala sangre, dice Pat. Ya veremos, y si no encontramos nada mañana, pues qué importa.

Se terminó el instituto. No tiene sentido engancharse en otro. Cuando te echan del de Margaritas, lo último de lo último, eres un paria en todas partes, en toda la región.

—Te lo advertimos... dicen todos ahora.

—Pues para lo que me importa, dice Pat.

Es cierto que no le importa, pero aun así tiene una pizca de angustia en el corazón.

—Oye, Madj, ¿nos importa un soberano pepino! ¡Ja! ¡ja!

—¡Pues me sorprende!, responde Madjid, para darse ánimo.

Ríen mientras se palmean las manos. La palmada de la amistad. Juntos en las

buenas y en las malas. Y además, ¿a qué pueden temerle? Ni siquiera tienen un pariente que les dé una buena tunda que les sirva de lección.

El padre de Pat se marchó con una jovencita del barrio, Marinette. Todo el mundo estaba al tanto del manejo, pero nadie pensaba que se largarían del lugar cogidos de la mano.

Se marchó una mañana el padre de Pat, como si fuera a la fábrica, con su mochilita en la espalda y su gorra en la cabeza. To'avía lo esperan, ¡después de tanto tiempo! Ni noticias.

[...] Es para respirar un poco de aire que se van tras el primer culo joven, fresco y redondo que pasa, que huele todavía a meada de los baños del recreo. Y ya no vuelven, nunca más. No se sabe si es porque son felices en otro lugar o porque están todavía más puteados, lamentándolo, pero sin atreverse a volver por vergüenza.

Quizá vuelven en secreto y se esconden detrás de un coche para ver a sus críos a la salida del colegio. Los chiquillos están pálidos y tristes, van de la mano, han crecido. El huidor tiene el corazón en un puño. En el hormigón, ahí crecen los niños. Crecen y se le parecen, a ese hormigón seco y frío. Ellos también son secos y fríos, duros, aparentemente indestructibles, pero también hay fisuras en el hormigón. Cuando llueve es más fácil distinguirlas, como las lágrimas que corren por las mejillas pálidas de un pequeño al que le birlaron las canicas y que no tiene un hermano mayor que lo defienda.

Aquello se agrieta sobre la piel, sorprende y baja como un río en uno de esos mapas de geografía que trataban de meternos en la cabeza a punta de patadas en el culo, hasta asquearnos de los viajes. Cuántas fisuras hay en el hormigón: en el corazón, en la frente, ya bien pequeña. Se ensancha con el tiempo, penetra aún más y se extiende como un lago, un desgarró, cicatriz indeleble, hasta las tripas. Y vuelve a salir en los momentos difíciles, cuando el cuerpo y el alma están enfadados, ya no van de la mano. Vuelven las fisuras, desmantelan, hay que ocuparse de ellas, si no te engullen, te hinchan, te asfixian, ganas de explotar, ganas de gritar.

Sobre todo no hay que chillar, porque la debilidad es reconocida, citada, gritada, expandida. No hay que llorar. ¡No llores, niño!

Acumular todavía más mientras se espera, con la esperanza tal vez de reconciliarse consigo mismo y con la vida. Si no explota, se despierta como un volcán que ha rumiado largo rato su venganza contra todo lo que le metieron en la jeta. Evacua la energía somnolienta de sus tripas. De buena ha pasado a ser mala, devastadora; es la violencia. El rechazo. El rechazo a dejarse ahogar. No dejarse manejar.

Contra la autodestrucción, el silencio, es la violencia la que se impone y uno se vuelve inmanejable. Nadie se recupera del hormigón. Está por todas partes, pesado, en los gestos, en la voz, en el lenguaje, hasta el fondo de los ojos, hasta la punta

de las uñas. En los brazos se transforma en trébol de cuatro hojas tatuado en verde botella y dedicado a la madre, con una rosa. Para siempre. Lo sigue a uno como una sombra. Incluso hasta el Perú, seguirá a aquel que haya nacido adentro. Incluso en la cama de la más bella, la más rica.

También tiene un olor el hormigón... El que duerme en el fondo de la garganta. Más bien entre el paladar y el comienzo de la garganta, en el huequito. ¿Cómo sacarlo, el olor? ¡Pues venga! Que ya se ha intentado todo, todas las cervezas, todas las drogas.

Nada. El olor queda, como una oruga que se aferra a su rama. Los que han intentado el estrangulamiento han sucumbido. Ese huequito que dice lo que quiere no te deja en paz. Sólo te suelta cuando Dios te ha incluido en la vendimia.

Canta el hormigón, le aúlla a la desesperanza como los lobos en el bosque, con las patas en la nieve, cuando no tienen siquiera la fuerza de cavar un hueco para morir. Esperan como imbéciles, a ver si viene alguien a darles una mano. Esperan, como los chiquillos del hormigón. Dan miedo. La gente se aleja de su territorio. Cuando quieren ocuparse de ellos es para destruirlos mejor, limpiamente. Para separarlos. En horda, atacan. Molestan [págs. 59-64].

*Le thé au baram d'Archi Ahmed*, París [Mercure de France, 1983], Folio, 1988, págs. 51 y 59-64 [Traducción inédita de Laura Calabrese].



## Jean PÉLÉGRI, *Argelia, mi madre*

### ADVERTENCIA

Este librito es quizá mi último libro. Por eso estoy contento de que se publique en Argelia<sup>47</sup>, que es mi país natal, pero también el país de las fuentes y de las referencias para el escritor que soy. Intentaré relatar en él, de manera sencilla y sin rodeos, todas las grandes lecciones que, de forma sucesiva, he sacado del pueblo argelino, y precisaré la imagen que tengo de Argelia.

Por eso, que me perdonen si hablo demasiado a menudo en primera persona. Es la única manera que tengo para poder devolver a Argelia y al pueblo argelino todo lo que me han dado y he aprendido día tras día desde la infancia. Quizá también la única para poder ofrecerles, a través de la mirada de quien se sigue sintiendo de ese país, un espejo en el que también ellos se puedan mirar en este período decisivo.

De hecho, resulta que escribí los últimos capítulos de este libro el pasado mes de octubre, mientras ocurrían en Argelia los acontecimientos que conocemos. No podía quedar indiferente; no podía permanecer neutral. Pero para que me atreviera a emitir un juicio, al final del libro, y para justificar ese juicio, necesitaba decir todo lo que precede: esa larga historia que me une desde siempre a Argelia y al pueblo argelino.

Sin ella, sin esa larga memoria –y sin el brusco despertar del pueblo argelino–, es probable que la imagen que guardaba de Argelia se hubiera pulverizado. Y me habría callado. Por decencia.

1.º de noviembre de 1988

*Estos son los frutos con los que nos hemos alimentado en la tierra*

El Corán

Al principio, como en cualquier vida, mis primeras enseñanzas me llegaron del paisaje natal. Porque los paisajes son como los libros: nos abren a la vida aunque su sentido cambia según la edad y las circunstancias. Tal árbol del paisaje, tal

---

<sup>47</sup> Este libro apareció por primera vez en Argel, en 1989, en las ediciones Laphomic.

personaje de novela, que nos parecían insignificantes a primera vista, se volverán importantes y esenciales en la relectura. Es el encanto de los paisajes. Como nunca les hacemos las mismas preguntas, nunca nos dan las mismas respuestas. Viven y cambian con nosotros. Y, matriz de nuestra memoria, nos moldean para siempre.

En ellos, se elabora, día tras día, nuestra sensibilidad y nuestra metafísica del mundo. A través de ellos, el escritor volverá a encontrar más tarde sus fuentes y sus marcas, hasta el punto de que cada vez que describa un paisaje, o bien en su nombre, o bien a través de sus personajes, hará sin darse cuenta su autorretrato.

Así sucedió con mi paisaje natal. Visto desde lo alto del depósito de agua que dominaba la granja, y al cual se accedía por una estrecha escalera de hierro, era un paisaje cualquiera de la Mitidya: un paisaje de árboles, viñedos y naranjos. Me gustaba ese orden, esa geometría. Reconocía la mano de mi padre en el naranjal rodeado de cipreses, en los caminos de polvo blanco que se cruzaban en ángulo recto, en las viñas entrecortadas, de forma regular, por osucros algarrobos. Desde arriba, todo eso se asemejaba a una sucesión de pentagramas hechos a medida de la llanura –pero con algunas notas extrañas y singulares: un olivo grande, sombrío y majestuoso, una palmera que se alzaba solitaria en medio de las viñas y que parecía trepar hacia el cielo como una araña al final de su hilo–. Hacia el fondo, la mancha más oscura de un olivar diminuto que el arabesco de un río bordeaba; a la derecha, enclave de otro tiempo, un aduar aislado, miserable y sin árboles. Y hacia el fondo, difuminada en la bruma de verano, una montaña alta y misteriosa. Ahí, de noche, como una prefiguración del futuro, brillaban a veces los resplandores rojos de un incendio provocado por unos pastores.

Esa era mi llanura, mi paisaje.

En aquel entonces no sabía que ese paisaje se había conquistado a la fuerza, mucho tiempo antes. Era un niño, y el niño, a menudo como los adultos, no cree más que en lo que ven sus ojos. Yo pensaba que aquello siempre había sido así y que seguiría siempre así. Era mi primera lectura. Sin embargo, conservo de aquel paisaje que oteaba un sentimiento profundo, inalienable: el de un espacio grande y de una gran respiración. Llanuras, cultivos, montañas, valles profundos, altas mesetas, y junto a todo ello, para la sed y la oración, el espacio aparentemente vacío del desierto. Para mí, eso es Argelia, esa diversidad de lugares y esa inmensidad. Y es lo que más echo de menos.

En aquella época, fue sobre todo gracias a los juegos infantiles como poco a poco descubrí ese paisaje del que recibí mis primeras lecciones –aquellas lecciones que en los libros de texto de antaño llamaban, de forma tan hermosa, *leçons de choses* [págs. 7-11].

De aquellas tardes de verano guardo también la idea de que a veces un paisaje encierra dos geografías: una visible, aparente, solar, la de los caminos polvorientos, de los viñedos y los naranjales; la otra subterránea y más o menos clandestina, la de las zanjas y los juncos. También la idea de que no se conoce de verdad un paisaje, o una ciudad, si se ignoran sus escondites, sus zanjas, sus corredores subterráneos, su rostro oculto.

De esa verdad descubierta durante la infancia, recibí la confirmación muchos años después. Varias escenas de la película *Les oliviers de la justice* se rodaron en octubre de 1961 en otra granja de la Mitidya. Allí había viñedos y naranjales, como en mi granja, y también como linde de los viñedos, una acequia de juncos. Durante los descansos, para volver a encontrar mis sensaciones de la infancia, solía darme una vuelta por allí. Hasta el día en que el guardián de la granja me dijo, de forma imperativa, que no volviera a arriesgarme. Le pregunté por qué. Me respondió: "Porque es el camino de los fellaghas. Suelen pasar por aquí todos los días, incluso de noche".

Así, igual que los niños imitan a los adultos cuando juegan a la guerra, los adultos, cuando hacen la guerra, vuelven a encontrar de forma espontánea los caminos de la infancia y la otra geografía: los bosques, las zanjas, los juncos, la cavidad de una gruta. Es el recurso supremo de todas las resistencias: el conocimiento íntimo de los lugares y la vuelta a los gestos infantiles. Con la diferencia de que el niño, con su sabiduría, no necesita la sangre para adquirir ese conocimiento. Le basta con la curiosidad y la imaginación.

Sin embargo, nosotros también hacíamos la guerra. Pero a nuestra manera. Y como los niños se divierten siempre cuando vuelven a jugar a la guerra de sus padres, la nuestra era la del 14-18. Había, pues, los franceses y los alemanes. En aquella ocasión, para aumentar los efectivos, nuestro grupo de seis inseparables se reforzaba con todos los niños que había en la granja. Niños de distintas edades, y también algunas niñas cuyo papel consistía en cuidar a los supuestos heridos y en llevar mensajes, algo que las irritaba. En contra de las costumbres, a ellas les hubiera gustado participar en los combates.

Las mañanas de guerra, se designaba a los jefes de los dos ejércitos —primera innovación— mediante voto o por aclamación. Luego, cada jefe elegía a sus soldados. Pero la cuestión de quiénes serían los franceses y quiénes los alemanes quedaba en el aire. Se zanjaba sólo por la tarde, sobre las tres, mediante una prueba entre los jefes. A su vez, los dos debían orinar en una botella. El que más llenaba la botella era "el jefe de los franceses"; y además se ganaba el privilegio de llevar el casco que mi padre había traído de la primera guerra mundial.

Era un ejercicio difícil, y uno de nosotros, Saíd, sobresalía. En efecto, había que beber mucho —aún oigo los reproches de mi madre, en la mesa, ante mi manera de

ingerir un vaso tras otro— pero no demasiado. Si no, unos minutos antes de la prueba, llegaba la derrota, el desastre, las risas, los sarcasmos. Para dar con la medida exacta, hacía falta conocerse muy bien y tener un dominio perfecto del propio cuerpo, cualidades imprescindibles para asumir el mando. Por eso, siempre he pensado que sería muy útil que durante el período de instrucción se introdujera la prueba de la botella en todas las escuelas militares.

En realidad, he sacado a relucir este lejano recuerdo por otro motivo. Solamente quería recordar que ese Saíd, que se empeñaba tanto en ser el jefe de los franceses y en llevar el casco, terminaría siendo uno de los primeros que, más tarde, se unieron a sus hermanos en lucha.

No sé si durante esa guerra se acordó de sus primeros combates y de los armisticios que siguieron. Pero al menos estoy seguro de que tenía, para esa otra guerra, todas las cualidades requeridas, además de un conocimiento profundo de los lugares.

Saqué también otra lección importante de esos juegos de la infancia. Gracias a ellos aprendí, en aquella diversidad de lugares, y con mis compañeros árabes, cabileños, franceses y españoles, que una cosa o un animal podía tener varios nombres, que cambiaban según los momentos y las circunstancias. Las más de las veces llevaban un nombre árabe cuando se trataba de caballos —de su fuerza o de su orgullo—; un nombre francés cuando se trataba de mecánica y de ciertos trabajos agrícolas. Y pasaba lo mismo con los insultos. Las palabrotas árabes, por su carácter gutural, me resultaban más elocuentes y más contundentes, sobre todo cuando insultaba a un compañero árabe. Para él, sucedía al revés. Me insultaba en francés. De lo cual se deduce que cuando uno quiere humillar a alguien o ponerlo en entredicho, es preferible hacerlo en su lengua, captando sus signos y sus palabras. Eso lo comprendieron muy bien los pueblos colonizados, y en particular sus escritores.

El valerse de otra lengua no es gratuito. A veces cambia la naturaleza del objeto que designa. ¿Qué relación hay, por ejemplo, entre una *figue*, un *bigo* y una *ker-mouça*; entre unas *cerezas* y esos frutos de reyes, *b'abb elmelouk*, como los llamaban mis compañeros? ¿Cuáles de ellos tienen más gusto, más sabor, más sentido interno? He tenido la misma sensación al leer la traducción de algunos de mis libros. El inglés, por ejemplo, volvía insulso el paisaje, en especial todo lo relativo a la viña y a la uva. Las sonoridades del español, en cambio, multiplicaban su presencia. Y el árabe, por razones que se me escapaban, las dotaba de un sentido menos local y más telúrico, que estaba a juego con la dimensión del paisaje y la presencia de la gran montaña que cortaba el horizonte. De ahí el sentimiento que, desde entonces, tengo de la relatividad de las lenguas. Ninguna puede expresar del todo la diversidad y la multiplicidad del mundo. Como se dice en el Corán: “La diversidad

de nuestras lenguas y de nuestros colores es un signo de Dios. Son signos del universo." Lo que da a entender que si se rechaza esa diversidad, también se rechaza a Dios.

Al valerme de palabras de varios orígenes, vivía, pues, sin darme cuenta, en un mundo constantemente diverso, constantemente múltiple. Como la creación. Un naranjo o un azufaífo tenía hasta tres o cuatro nombres. Por esa razón yo poesía varios árboles a la vez semejantes y diferentes. Ahora, en cambio, cuando, en Francia, digo naranjo o azufaífo, sólo tengo ya un árbol. Un árbol solitario y triste como si hubiera perdido su sombra.

Esa diversidad, ese mundo múltiple, los encontraba en los usos y las costumbres de cada uno. En la elección de las especias para aderezar los platos. En la manera de morir y de reunirse, envuelto en un sudario, con la tierra madre. En el saludo de unos, directo y cordial, y el *salam* de otros, donde Dios intervenía, y que se acompañaba de un gesto de la mano sobre el corazón. A menudo me dieron ganas de hacer ese gesto —y me sigue apeteciendo hacerlo con algunos—. Pero una especie de pudor me detiene y no puedo sino esbozarlo. Como si temiera que se tomase por una simple imitación, un simulacro hipócrita. Solamente aprendí a hacerlo más tarde, con una anciana argelina que me enseñó mucho [...]. Ella me conocía. Y sabía que la quería. Sólo se pueden tener en cuenta los gestos del prójimo cuando éste sabe el sentido que tienen.

Sin embargo, cuando era aún niño, me llamaba la atención una costumbre. Todos los días, y a horas fijas, tras haber delimitado lentamente con la mirada una alfombra imaginaria, unos obreros de la granja se arrodillaban junto a una hilera de vides o sobre el polvo de un camino para hacer una oración ritual y solitaria. No era la costumbre de rezar en medio del paisaje lo que me chocaba. Al contrario, me gustaba esa manera, tan distinta de nuestras costumbres, de fundir las palabras de la oración en el espacio de los viñedos, de los árboles, del cielo. Y como los niños que imitan a los adultos para saber, para comprender, a veces, escondido bajo la cepa, me postraba como aquel hombre que rezaba, con el mismo balanceo, esperando, sin duda, encontrar en ese mimetismo, y por algún milagro, el sentido de un gesto que se me escapaba.

Lo que llamaba mi atención era la manera que tenía el que rezaba de ponerse a veces de forma oblicua al eje de la carretera y de la hileras de vides. ¿Por qué esa orientación, esa curiosa orientación que iba en contra de la hermosa geometría de los caminos, las viñas y las alamedas? ¿Por qué aquella manera de atravesarse? Un día, mi padre me dio la explicación de ese misterio. Con un dibujo en forma de rosetón que trazó con la punta del índice en el polvo del camino, me explicó que todos los musulmanes solían rezar girándose hacia una piedra, una piedra sagrada. Aquella otra geometría, aunque invisible, me había cautivado. Y aún veo su dedo

que traza sobre el polvo el misterioso rosetón, esa flor inmensa que abraza diversos países del universo y cuyo corazón es una piedra. Creo que fue mi primera emoción metafísica.

Así pues, del mismo modo que el paisaje encierra dos geografías y varios idiomas, había también dos geometrías: una aparente y otra invisible. Tampoco el espacio era neutral: estaba orientado, orientado hacia un centro, por un libro y por una oración.

Esa idea, que se quedó algo borrosa durante la infancia, volvió a surgir más tarde con fuerza. Fue al escribir *Le Maboul*, cuyo personaje principal era musulmán. Éste también arraiga en la infancia. Y desde entonces, me resulta difícil escribir sobre un paisaje sin orientación ni centro. Sin duda por eso, la mayoría de mis libros tienen que ver con Argelia. Sólo allí vuelvo a encontrar mis marcas, mis caminos, mis orientaciones. Lejos de ella me siento perdido. Como si hubiera perdido mi centro y mi brújula.

Por la noche, después de cenar, solía salir de casa. Volvía a encontrar, sumergidos en la penumbra, los árboles familiares, el suelo aún tibio del calor del día y los olores de la noche. Encontraba también al guardián de la granja, un personaje nocturno, y, por lo tanto, diferente de los demás, que recorría en tinieblas los lugares y los caminos, y que, al amanecer, venía a despertar a mi padre golpeando la persiana y llamándole por su nombre. Fue él quien me enseñó, con su voz ronca, los nombres árabes de las estrellas y de las constelaciones, mostrándomelas con el dedo o dibujando con la punta de su bastón sus extrañas y sucesivas figuras. Antes de conocer su nombre en francés, supe por él que la Osa Menor se llamaba el Carro de Sidi Okba; y que cerca de la segunda estrella del varal relucía, minúscula, una estrella diminuta llamada *Alcor* (o *Alcoran*) que, según decía, sólo se podía ver, a condición de tener buena vista, con tiempo claro y si se buscaba a Dios.

Por eso tenía la sensación de tener dos vidas, de vivir en dos países: uno solar, europeo, con sus trabajos agrícolas, sus viñas y sus naranjos, donde podía reconocer la marca de mi padre; y otro nocturno, árabe, con el canto de los vendimiadores cerca de la bodega, y todos esos nombres trazados alrededor de un cuarto de luna en un cielo profundo e infinito. A raíz de ello, cuando hoy contemplo, en París, las estrellas y las constelaciones, me sorprende a menudo tratando de encontrar sus nombres originales, sus nombres árabes, y buscando con los ojos, delante del carro de Sidi Obka, aquella minúscula y misteriosa estrella que sólo es visible para el creyente.

De aquellas noches de verano guardo el sentimiento de que el cielo no está vacío, ni asusta, en contra de lo que afirma Pascal. Está poblado de todos los sig-

nos que cada pueblo ha trazado allí arriba, en su lengua y con su escritura, y a los cuales hay que añadir hoy otros signos que se deben a la técnica o al espíritu guerrero. Así, quien descifra el cielo nocturno lee la historia de los hombres: Marte y el cinturón de Orión son vecinos de Virgo y el carro de Sidi Okba. También aprendí en aquellos conciliábulos nocturnos que el luna es tan importante como la sol –ya que estos astros cambian de sexo al cambiar de lengua–. Éstas fueron lo que en la liturgia católica de Semana Santa llaman *lecciones de tinieblas*.

De este modo descubrí, en aquellos días y noches, que para todo, el haz vale el envés, lo oculto lo aparente; y que necesitamos a alguien que sea de otra lengua y de otra fe para descubrir la otra cara de la realidad, el otro nombre de las cosas, con el fin de saber más acerca de nuestra condición humana y para descubrir nuestro mundo interior que sólo puede ser descifrado con este rodeo. La diferencia nos enseña y nos engrandece; no la mera similitud.

Por eso, incluso hoy, cuando tengo que resolver un problema –como en las cámaras *réflex*, en las que para encontrar la distancia exacta hay que lograr recomponer un personaje cortado en dos–, sigo necesitando hacer coincidir dos imágenes: la de un magrebí y la de un europeo. Cuando estas dos imágenes coinciden y se superponen, entonces y sólo entonces, tengo la sensación de obtener una imagen más exacta del hombre. Y en ese momento puedo decir como en el Corán: “Sí, hemos creado al hombre de la forma más hermosa” [págs. 15-24].

Las demás lecciones de la infancia las debo a mi padre. [...] En efecto, le debo mucho de mi toma de conciencia. Tenía una idea fija, la justicia, y no dejaba de repetirme, en cualquier ocasión, que lo importante en la vida era ser justo. Y que los musulmanes eran especialmente sensibles en ese punto. Por eso, le vi a menudo volver sobre una decisión, tomada antes, porque un obrero le había demostrado que no era justa. En esos momentos, aceptaba incluso que le increparan severamente. Y le veo volver a casa, cabizbajo, refunfuñón sí, pero consciente también de que el otro tenía razón. Esa lección no la he olvidado, pero me costó mucho ponerla en práctica con regularidad. Como suelen hacer los argelinos, y porque en ese punto nos parecemos, tenía tendencia, y a veces sigo teniéndola, a enfurecerme y responder a la increpación con otra.

[...] Su libro preferido era *Los Miserables*. Un grueso libro encuadernado en verde que releía con frecuencia, cada vez que tenía un momento libre. El personaje de Jean Valjean, convertido en M. Madeleine, le fascinaba. Me hablaba de él a menudo. Incluso un día me dijo, aludiendo sin duda a su padre o a algún error de juventud: “Ves, hijo, no es lo que somos al principio lo que cuenta, sino de qué somos capaces después”. Y añadió acariciando la página abierta del grueso libro: “En la vida, uno puede cambiar, puede llegar a ser otro”.

Esa reflexión algo enigmática me produjo una gran impresión. Se parecía al sentimiento de una identidad borrosa que sentía de noche, cuando paseaba bajo una cúpula celeste poblada de nombres árabes. O cuando en nuestros juegos de infancia se nombraba en otra lengua un árbol, un fruto, un animal. Todo podía cambiar, todo podía tener otro nombre. Eso me recordaba la pregunta inocente que, de niño, le hice un día a mi padre, y que él gustaba repetirme de vez en vez. Al extrañarme por la diversidad de todas las palabras, le había preguntado, según él muy seriamente: “¿Y mi nombre cuál es? ¿Cuál es mi nombre en las otras lenguas?” Divirtiéndose me había respondido: “En árabe, te lo puedo decir. Tu nombre es *Yabya*. –¿Y mi apellido?, pregunté. –¡Tu apellido es más difícil!, respondió”. Y me explicó que nuestro apellido venía sin duda de una palabra española que quería decir *peregrino*. “Así que en árabe te llamarías *El Hadj, Yabya el Hadj*.” Y me vi como Jean Valjean con una nueva identidad, mientras él añadía: “Sabes cómo se llama la granja, *El Kateb*. En árabe quiere decir *El Escritor*... ¿Quizá un día, más tarde, *Yabya el Hadj* sea también escritor?” Una perspectiva que no me gustaba nada. En aquella época prefería la bicicleta y el boxeo. Pero más tarde me vino a la mente, como él había previsto, tras escribir *Le Maboul*. Al convertirme en otro, hubiera deseado que se publicase bajo otro nombre, bajo el de *Yabya el Hadj*. Me lo desaconsejaron, con todo tipo de argumentos. Pero a veces me arrepiento de no haber escuchado a mi padre. Quizá tenía razón.

Éstas fueron mis lecciones de infancia. Sigo aprendiendo de ellas. Por eso, como hombre y como escritor, a menudo necesito volverme hacia ese paisaje. A través de él me vuelvo a mi patria [págs. 26-29].

*Ma mère, l'Algérie*, París, Actes Sud, 1990, págs. 7-11, 15-24 y 26-28 [Traducción inédita de Beatriz Mangada Cañas]

## AZOUZ BEGAG, *Benito o el paraíso privado*

Antes, como era un simpático cabroncete, lo veía todo muy bonito a mi alrededor. Ahora un poco menos. Y no aguanto que me pregunten mi nombre. No estoy bromeando cuando digo que odio que me llamen Ben Abdallah, incluso si es el nombre de mi antepasado muerto de tifus en Sétif a principios de siglo. Incluso prefiero todos los motecitos que Nordine ha excogitado para agradarme: Big Ben, saco, pedazo de cerdo, montón de mierda, doble grasa. Pero ante todo me gusta que me llamen Benito, porque así no se nota que soy árabe. Y no como Ben Abdallah, que debo llevar en clase todo el día como una chilaba.

Empecé a querer cambiar de nombre por culpa de la escuela. Los profes nunca conseguían pronunciar correctamente el mío, según decían, porque no les sonaba. ¡Qué narices, sí! Yo creo más bien que lo hacían para hacer reír a los alumnos. ¿Y qué hacían los alumnos para complacer a los profes? Evidentemente, se reían a carcajadas. Al principio me esforzaba por reírme con todos para no parecer demasiado diferente y demostrar que me tomaba a la ligera aquellas bromas. Pero luego, ya no me reía. Pasaba, punto final.

Ahora estoy en cuarto en el instituto. Dentro de tres años, mi madre ya no colgará el BEPC encima de la tele, sino el BAC de electrónica, el Bachillerato de los Argelinos Capacitados (en electrónica). Y entonces, haremos una fiesta y lloverán granos de cuscús durante días y días, acompañados de trozos de cordero con salsa picante, botellas de Coca-Cola y de naranjada y sandías gordas como la luna.

Una fiesta en mi honor y en el de mi familia.

Pero tengo que sobrellevar la vergüenza cotidiana de Ben Abdallah.

Por desgracia, para pasar de la clase de francés a la de inglés, la de mates, la de física... tenemos que cambiar de profe y todos los días me tengo que tomar a guasa el pasar lista. Siempre empieza muy bien: Alain Armand, Thierry Boidard... y todo se fastidia conmigo: Benaalla, Benaballa, Benbella dicen incluso los que se equivocan de época y mezclan todos los Ben. *Posierto*, corrijo al profe que se traba la lengua con mi nombre: "Ben Abdallah, señor". Todo el mundo se parte de risa a mi alrededor. Me sonrojo, los pies y las manos me transpiran, y sobre todo no sé a dónde mirar. Eso es lo más duro. Incluso cuando nadie se ríe, siento que cada uno se aguanta, y sea por donde sea, estoy pillado.

Entramos en la clase del profe de inglés. Un racista que no aguanta a los regordetes árabes. Se le nota como una mancha en medio de una camisa. A principios de curso, me humilló en plena clase. Estábamos traduciendo un texto, y de repente,

hace una pregunta: ¿qué forma se emplea después de la conjunción “por lo tanto”, cuando ésta va a principio de la frase? Y se calla. La clase también, como si fuera yo el único que se supiera la respuesta. Miro a mi alrededor, no veo sino ojos huidizos, labios silbeantes, hombros afianzados en las mesas. Levanto el dedo, el profe dice sí, y doy la respuesta, muy seguro de mí mismo gracias a mi memoria infalible.

—Señor, se emplea la forma afirmativa, es decir, por ejemplo, leo mucho en casa, por lo tanto, soy capaz de responder a su pregunta.

Silencio en las filas.

El señor Agostini, con un perfecto acento londinense, exclama:

—¡Very good, Ben Alla!

—Ben Abdallah, Sir.

Bien acomodado en su pupitre, sonrío, se pone a mirar a toda la clase con la mirada de un profe asqueado, y dice:

—¡Desde luego es el colmo que el único extranjero de la clase sea el único en poder vanagloriarse de conocer nuestra lengua!

Naturalmente, el silencio se empotra más aún contra los oídos. Mis compañeros se toman el equívoco por descontado.

—Señor, aclaro yo, hay que decir que no soy del todo extranjero, puesto que como todos los demás nací en Lyon.

Miguel Faure, que estaba sentado a mi lado, me corrige:

—¡Todos no, yo nací en Orán!

Y algunos atrevidos se ponen a reír en voz alta para quitar hierro a la situación. Y yo me empecino en ello:

—Dicho de otro modo, nací en Lyon, por lo tanto, puedo esperar a que se me considere un habitante de Lyon.

Esta vez, incluso Agostini se pone a reír y el asunto queda clasificado sin perjuicio para los franceses. Pero eso no quita que me había tratado de extranjero delante de toda la clase. Siempre era por culpa de mi nombre. En cuanto al racismo, no era muy justo el profe de inglés cuyos padres habían dejado su bota natal hace ya unos años. Estuve a punto de decirle que, sin duda, él era más extranjero que yo, pero nunca está bien poner en cuestión a un profe delante de los alumnos.

Después del caso de la forma afirmativa, el señor Agostini pasaba sistemáticamente lista preguntando:

—¿Está Ben Abdallah Bellaouina?

—Sí señor.

Se burlaba. Quedaba claro que estaba en clase, ¿no? ¡Era fácilmente reconocible!

Los otros profes eran menos viciosos. A principio de curso, uno me había preguntado cuál de las dos partes era el apellido, otro cuál el sentido, como si yo tuvie-

ra que comerme el coco para saber lo que quiere decir Thierry Boidard o Michel Faure.

Hijo de servidor de Alá: esa es la definición de Ben Abdallah. Hijo de Alá al cuadrado. Debería impactar, ¿no?, pero como no estamos en el país de las chilabas y las mezquitas, no impresiona a un habitante del Lyon de los Terreaux o de la Croix-Rousse. Al contrario, da risa. Que Alá me perdone, pero, cuando tenga de qué y esté más seguro de mí mismo, cambiaré de nombre. Me llamaré Andrés, por ejemplo. Porque, francamente, todo hay que decirlo, no sirve absolutamente de nada llamarse Ben Abdallah cuando uno quiere parecerse a los demás.

Por supuesto, los profes podrían llamarme Andrés y me sentiría más cómodo pero no les gustan las familiaridades con los alumnos.

Abboué no estaría nada contento si se enterara de mis pensamientos secretos. No podría nunca llamarme Andrés, su lengua se negaría a pronunciar ese nombre de traidor. Hay cosas que no se deben decir a los padres. Si supieran también que me enamoré perdidamente de Francia desde la primera hora de clase, mi padre me habría mandado sin más ni más al bled y mi madre, como siempre, se habría rasgado las mejillas y se habría arrancado los pelos, antes de ir a consultar a un morabito.

Francia es un nombre muy bonito, como lo es también el país. ¿Pero a quién se le ocurriría reírse de ese nombre? Vivir en Lyon, ser rubia y de ojos azules, llamarse Francia no tiene nada de extraño. Andrés y Francia... Francia y Andrés, o Dédé para los amigos: eso sí que es un acuerdo natural y armonioso. ¡Ben Abdallah y Francia!, en seguida se nota la agresión, la incompatibilidad.

Cuando me habló por primera vez, me preguntó cómo me llamaba y antes de que hubiera terminado de hacerme la pregunta le solté:

–¡Benito!

–¡Qué bonito! –dijo–. ¿De dónde viene?

–De todas partes. ¡Mi padre es africano y mi madre es inglesa! –añadí para tener más posibilidades.

–¡Anda! ¡Qué mezcla más graciosa!

Pero no le pareció nada raro. En clase, al principio, cuando sufría el momento cruel de pasar lista, la miraba de reojo para ver si se reía. Le importaba un comino Benito o Ben Abdallah.

Día tras día, la esperanza echó raíces en mi carne y en mi corazón. Y no fue por culpa del árbol de Navidad si no pude concentrarme después en los deberes escolares.



## NOTAS BIO-BIBLIOGRÁFICAS



CONSEJO EDITORIAL

## AMROUCHE, Jean (1906-1962)

Jean El-Mouhoub Amrouche nació en febrero de 1906, en Ighil Ali (Pequeña Cabilia) en una familia bereber cristianizada. Cursa estudios de secundaria en Túnez, donde su familia se había instalado en 1910. Alumno de la Escuela Normal Superior de Saint-Cloud (París), de 1925 a 1928, regresa a Túnez en 1930, donde es nombrado profesor de Letras. Enseñará en el liceo Carnot, donde tendrá como alumno al tunecino Albert Memmi, que lo representará en su novela *La statue de sel* bajo los rasgos de Marrou. Como periodista de la ORTF, inventa una nueva manera de dar a conocer la literatura mediante largas entrevistas radiofónicas dedicadas a escritores famosos (Claudel, Gide, Giono, Mauriac, etc.). Tras su intervención en la sala Wagram en 1956, donde se encontraban reunidos intelectuales opuestos a que la guerra en Argelia siguiera, será destituido de sus funciones y obligado a dimitir. Muere de un cáncer en París, el 16 de abril de 1962, sin haber llegado a conocer la independencia de Argelia.

En pleno centenario de la colonización, publica dos libros de poemas: *Cendres* (1934) y *Étoile secrète* (1937), seguidos en 1939 de los *Chants berbères de Kabylie*, aprendidos de su madre, Fadhma Aïth Mansour (1882-1967), autora de *Histoire de ma vie*, autobiografía publicada a título póstumo (1967). En 1946, J. Amrouche publica el ensayo "L'éternel Jugurtha", en la revista *Arche*. Algunos artículos (políticos) publicados en los periódicos de la época han vuelto a ser editados recientemente por Tassadit Yacine, bajo el título *Un Algérien s'adresse aux Français ou l'histoire d'Algérie par les textes (1943-1961)*.

\* \* \*

## BEGAG, AZOUZ (1957)

Hijo de inmigrantes argelinos, Azouz Begag nace en febrero de 1957, en Villeurbanne, a las afueras de Lyon. Pasa su infancia en un barrio de chabolas y luego en la ciudad de Lyon. Estos primeros recuerdos constituyen la trama de su primera novela en gran parte autobiográfica, *Le gone du Châaba*, de la cual se hizo luego una película. Tras cursar estudios universitarios, defiende una tesis doctoral en economía, titulada *L'immigré et sa ville*, que trata de la movilidad de las poblaciones inmigrantes en espacios urbanos. Investigador en el CNRS, trabaja también en el Instituto de Ciencias Sociales y Humanas de Lyon, donde se especializa en socioeconomía urbana.

Joven y prolífico escritor, Begag ha publicado (solo o en colaboración) más de una veintena de obras que tratan principalmente de la condición de los inmigrantes y la situación de los magrebíes en Francia. Entre ellos, la "trilogía" *Le Gone du Châaba* (1986), *Béni ou le paradis privé* (1989) y *Les chiens aussi* (1995); o la novela *Quand on est mort, c'est pour toute la vie* (Premio Cercle d'Or en 1994 y Premio Jeunesse France-Television en 1995). Otras novelas más recientes tienen Argelia como telón de fondo: *L'Ilet-aux-Vents* (1992), *Zenzela* (1997) o *Le passeport* (2000). Entre sus ensayos podemos citar *Écarts d'identité* (con Abdellatif Chaouite) (1990), *Quartiers sensibles* (con Christian Delorme) (1994) o *Du bon usage de la distance chez les sauvages* (con Reynald Rossini) (1999).

\* \* \*

### BEN CHERIF, Mohammed (1879-1921)

Nacido en febrero de 1879 en Djelfa, Mohammed Ben Cherif se encuentra entre los primeros escritores argelinos de lengua francesa (junto a Chukri Khodja, Mohammed Ould Cheikh y Abdekalder Hadj-Hamou). Hijo de una familia acomodada, Ben Chérif estudió en la escuela colonial y luego en la escuela de Saint-Cyr. Militar de carrera, se une al 2.º regimiento de los españoles con el grado de alférez. Participa en la guerra de Marruecos (1907) y después es movilizado en Francia (1914) como teniente de los españoles. Estuvo prisionero en abril de 1914 en Lille y pasó dieciséis meses en prisión en Alemania antes de ser evacuado a Suiza, donde será internado hasta su regreso a Argelia en 1918. Le ascienden a capitán y vuelve a tomar su puesto de caïd de los Ouleds Si-M'hamed. En 1920, escribe *Abmed ben Mostapha, goumier*. Dotada de un importante componente autobiográfico, se puede considerar como primera novela argelina de lengua francesa. Muere del tifus el 21 de marzo de 1921.

\* \* \*

### BENMALEK, Anouar (1956)

Anouar Benmalek nace en Casablanca en 1956 (posee la doble nacionalidad francesa y argelina) y cursa estudios científicos en la URSS, donde defiende una tesis doctoral en Matemáticas, en Kiev. Es profesor de Matemáticas en la Universidad de Bab-Ezzouar y de estadística en la Universidad de Rennes.

Miembro fundador y secretario general del Comité argelino contra la tortura (CACT), que nace tras las revueltas de 1988, Benmalek es autor de numerosos ensa-

yos y novelas publicadas en Argelia o en Francia. Obtiene el Premio Rachid Mimouni en 1999 por *Les amants désunis* (1998). En el año 2000 publica *L'enfant du peuple ancien*.

\* \* \*

### BOUDJEDRA, Rachid (1941)

Nacido en septiembre de 1941, en Aïn Beïda, pequeña ciudad de los altiplanos de Constantina, Boudjedra pasa parte de su infancia en Túnez, donde empieza sus estudios que deberá interrumpir durante la guerra de Argelia. Se enrola en el FLN a los 18 años y se marcha de Argelia a finales de los años 60; más tarde retomará en la Sorbona (París) los estudios de filosofía que había iniciado en Argel. Tras una estancia de varios años en Marruecos, donde enseña filosofía, regresa a Argelia en 1976. Además de profesor en el Instituto de Ciencias Políticas de Argel, asume funciones de asesor en el Ministerio de Cultura.

R. Boudjedra empezó a publicar gracias al apoyo y amistad de Jean Sénac. Tras haber sido propuesto para el Premio Goncourt, su primera novela *La répudiation* (1962) obtiene el premio de los "Enfants Terribles" fundado por Jean Cocteau con el propósito de recompensar a jóvenes escritores. En gran parte autobiográfica, esta novela le permite ser reconocido como una de las jóvenes promesas de la literatura argelina de lengua francesa. Bilingüe francés y árabe, redacta sus primeras novelas en francés y luego las traduce al árabe: *L'insolation* (1972), *Topographie idéale pour une agression caractérisée* (1975), *L'escargot entêté* (1977), *Les 1001 années de la nostalgie* (1979), *Le vainqueur de coupe* (1981). A partir de 1982, redacta directamente en árabe y presenta sus novelas en francés como "traducidas del árabe". Es el caso, por ejemplo, de *Le démantèlement* (1982), *La pluie* (1987), *Le désordre des choses* (1991). Además de novelas ha publicado también ensayos: *FIS de la baine* (1992), *Lettres algériennes* (1995) y escribe guiones de cine. Por lo general, Boudjedra se considera "el historiógrafo lírico y poético de su sociedad" de la cual denuncia los atavismos y los tabúes (la poligamia, el repudio, el aumento del integrista).

\* \* \*

### BERTRAND, Louis (1866-1941)

Nacido en Spincourt (Lorena) en 1866, Louis Bertrand descubre los territorios de ultramar a una edad ya avanzada. Tras cursar Estudios Clásicos en la Escuela Normal, es nombrado profesor en Argel. Ve África del Norte a través de sus remi-

niscencias de Aristófanes y Plauto, de Apuleyo y de San Agustín y cree volver a encontrar en Argelia la antigüedad viva, sin cambios a pesar de los siglos. Forja la teoría de un continente africano latino cuyas antiguas raíces bereberes quedaron marcadas por la romanización, sólo adormecida durante el contacto con el Islam nihilista y bárbaro. El África latina de donde nacen los personajes de Louis Bertrand (*Le sang des races*, *Le jardin de la mort*, *Pépète le bien aimé*, etc.) es el África de los inmigrantes venidos de todos los rincones del Mediterráneo, franceses, españoles, italianos, etc. Este factor pone su obra al servicio de la colonización.

\* \* \*

### CAMUS, Albert (1913-1960)

Camus nace en 1913 en Mondovi (Argelia); no conocerá a su padre movilizado como zuavo en 1914 y muerto el mismo año en la batalla del Marne. Su madre y su abuela materna, de ascendencia española, lo criarán en los barrios populares de Belcourt en Argel. Entra como becario en el instituto Bugeaud de Argel y luego estudia Filosofía y Letras, lo que le permite obtener un título de Sociología y Moral en 1933. Desde comienzos de los años 1930, año en que se manifiestan los primeros síntomas de una tuberculosis pulmonar, Camus multiplica los pequeños trabajos para poder vivir, se lanza al periodismo y publica sus primeros escritos en la revista *Sud*.

En 1937 publica *L'envers et l'endroit*, seguido de *Noces* en 1939. *L'étranger*, publicado en 1942, supone su consagración como escritor. Este clásico vendrá seguido de la publicación de otras novelas, *La peste* (1947), *La chute* (1956); de obras de teatro: *Caligula* (1944), *Le malentendu* (1944), *Les Justes* (1951); de ensayos, *Le mythe de Sisyphe* (1942), *L'homme révolté* (1951), etc.

*Actuelles I* y *Actuelles II* reúnen los artículos escritos de 1944 a 1948 y de 1948 a 1953 y publicados en *Combats* o *Alger-républicain*. Se le concede el Premio Nobel de literatura en octubre de 1957 y pronuncia su célebre *Discours de Suède*, algo empañado por unas desafortunadas palabras que dirige, unos días después, al margen de las ceremonias oficiales, a un joven argelino que le había atacado verbalmente: "Siempre he condenado el terror, debo condenar también un terrorismo que se ejerce ciegamente, en las calles de Argel por ejemplo, y que un día puede llegar a alcanzar a mi madre o a mi familia. ¡Creo en la justicia, pero defenderé a mi madre antes que a la justicia!"

En 1958 publica *Actuelles III*, libro que recoge por orden cronológico la mayoría de sus escritos sobre Argelia. Desde la investigación sobre la "Misère en Kabylie", publicada en 1939 en *Alger républicain*, a su "Appel pour une trêve civile en Algérie"

(1958), y pasando por la "Lettre à un militant algérien" (1955), en la cual declara "que le duele Argelia igual que a otros les duelen los pulmones", estas *Chroniques algériennes* reflejan el constante compromiso de Camus hacia Argelia. Camus muere en un accidente de tráfico el 4 de enero de 1960 y deja inconclusa una novela autobiográfica, publicada, de forma póstuma, bajo el título *Le premier homme* (1994).

\* \* \*

### CHAREF, Mehdi (1952)

Nacido en octubre de 1952 en Mahgnia, en el oeste argelino, Mehdi Charef se reúne en 1963 con su padre, que había marchado a París para trabajar como periodista. Crece en ciudades de paso y en los suburbios de Nanterre. Tras obtener un título de mecánico, trabaja en una fábrica y se deja llevar por una vida de infierno que le lleva a la cárcel a los 20 años.

Su primera novela, *Le thé au baram d'Archi Ahmed* (1983), obtiene el Premio Mercure de France. Del libro sale una película llevada a la pantalla por Costa-Gavras y que le permite obtener el Premio Vigo. En la actualidad, Mehdi Charef lleva una vida paralela de escritor, *Le barki de Meriem* (1989), *La maison d'Alexina* (1999) y de cineasta, *Mona* (1987), *Camomille* (1998), *Au pays des Juliets*, presentada en el festival de Cannes de 1992.

\* \* \*

### CIXOUS, Hélène (1937)

Nacida en 1937 en Orán, Hélène Cixous figura entre los fundadores de la Universidad de Vincennes (París VIII) en 1968. En 1969, le conceden el Premio Medicis por *Dedans* y defiende una tesis doctoral de Estado, *L'exil de James Joyce ou l'art du remplacement*. En 1974 crea en la Universidad de Vincennes el Centre de Recherche d'Études Féminines, que dirige desde entonces. Novelista, ensayista y dramaturga, sus obras han sido traducidas a varios idiomas. Entre sus últimos títulos podemos citar *La fiancée juive* (1996), *Messie* (1997), *Or, les lettres de mon père* (1998), *Osnabrück* (1999). En *Las rêveries de la femme sauvage* (2000), Cixous vuelve a su infancia argelina. Desde 1984 escribe para el "Théâtre du soleil" de Ariane Mnouchkine y ha publicado numerosas obras: *On ne part pas, on ne revient pas* (1991), *La ville parjure ou le reveil des Erinyes* (1994), *Tambours sur la Digue* (1999), etc.

\* \* \*

## DAENINCKX, Didier (1949)

Escritor francés nacido en 1949 en Saint-Denis, Didier Daeninckx comenzó a escribir en 1977. Trabajador en una imprenta desde 1966, acaba en el paro a consecuencia de una crisis que afecta al mundo de la impresión. Al tener tiempo libre decide lanzarse a la aventura de escribir, que, antes de ser una vocación, le permite resarcirse del sentimiento de trabajo repetitivo que conoció en el mundo de la imprenta y salir del poco valorado trabajo de impresor.

Desde el principio decide escribir *novelas negras*, es decir, “una literatura que no tira al blanco sino a las palabras reales”; novelas que el autor distingue de las *novelas policíacas*, con demasiada “policía”. La novela negra traduce su lucha contra la Historia –la tradicional, la de los grandes hombres–, que intenta hacer bajar hasta el hombre de la calle.

*Meurtres pour mémoire* (1984) –Gran Premio de Literatura Policiaca (1985) y Premio Paul Vaillant Couturier (1984)– es la segunda novela del autor que, en 1977, había publicado *Mort au premier tour*, reescrito en parte en 1985. Ganador de numerosos premios (Premio Populiste, Premio Louis Guilloux, Grand Prix de Littérature Policière, Premio Goncourt de literatura juvenil, Premio Paul Féval de literatura popular por el conjunto de su obra), D. Daeninckx cuenta hoy con más de una treintena de títulos en su haber. *Le der des ders* (1985), *Métropole* (1985), *La mort n'oublie personne* (1989), *Autres lieux* (1993), *Main courante* (1994), *Nazis dans le métro* (1996), *Le Goût de la vérité* (1997), *Cannibale* (1998), *La Repentie* (1999), *Le Dernier Guerrillero* (2000), *La mort en dédicace* (2001), etc.

\* \* \*

## DIB, Mohammed (1920-2003)

Nacido en julio de 1920 en Tlemcén, en el seno de una pequeña familia burguesa de la ciudad, Mohammed Dib es uno de los padres de las letras argelinas. Tras una escolarización bilingüe francés y árabe, Dib es instructor en Zoudj Baghal, en la frontera argelina-marroquí (1939-40). Durante la Segunda Guerra Mundial, trabaja como intérprete inglés-francés para los ejércitos aliados. En 1946-47, regresa a su ciudad natal. En los años 50, trabaja en el periódico *Alger républicain* donde conoce a Jean Cayrol, que le ayudó a publicar su primera novela. Expulsado de Argelia en 1959 por razones políticas, se marcha a Francia. En 1974, enseña en la Universidad de Los Angeles (California).

Su primera novela, *La grande maison*, aparece en 1950; le seguirá *L'incendie* (1954), y *Le métier à tisser* (1957), trilogía sobre la Argelia de finales de los años

treinta y comienzos de los años cuarenta. Desde entonces, no ha dejado de publicar novelas, *Qui se souvient de la mer* (1962), *Le maître de chasse* (1973); novelas cortas, *Le talisman* (1966), *Comme un bruit d'abeille* (2001); obras de teatro, etc. Su novela *Le Désert sans détour* (1992) le valió el Premio de la Amistad franco-arabe. En 1994 le conceden el Gran Premio de la Francofonía de la Academia Francesa. Muere en La-Celle-Saint-Cloud (París) el 2 de mayo de 2003.

\* \* \*

### DJAOUT, Tahar (1954-1993)

Nacido en enero de 1954 en Azeffoun (Gran Cabilia), Tahar Djaout cursó estudios científicos (Matemáticas y Ciencias de la Información) en Argel antes de dedicarse al periodismo. Trabajó en la revista *Algérie-Actualité* (1976) y participó en la fundación de la revista *Ruptures* (1992), de la cual fue también redactor jefe. El 26 de mayo de 1993 es víctima de un atentado en Argel y muere el 2 de junio sin haber salido del coma en el cual estaba sumido. A su muerte se constituye un "Comité sobre la verdad del asesinato de Tahar Djaout".

Poeta, escritor de novelas cortas, novelista y cronista, su primera novela *Les chercheurs d'os* (1984) obtuvo el Premio de la fundación Del Duca. A esta le siguen *L'invention du désert* (1987) y *Les vigiles* (1991), que recibe el Premio Kateb Yacine. Su última novela, *Le dernier été de la raison* (2000), se publicó póstumamente.

\* \* \*

### DJEBAR, Assia (1936) [pseudónimo de Fatima-Zohra Imalayen]

Nacida en agosto de 1936 en una familia de la pequeña burguesía de Cherchell, Assia Djebbar (seudónima de Fatima-Zohra Imalayen) estudia en la escuela primaria francesa. Es la primera argelina en ingresar en la Escuela Normal Superior de Sèvres, donde se licencia en Historia. Periodista en Túnez y profesora de historia en Rabat y en Argel, publica su primera novela *La soif* (1957) con veinte años, hecho que le permite ser comparada con Françoise Sagan. Tras haber dirigido el Centro de Estudios Franceses y Francófonos de la Universidad de Luisiana, enseña en la actualidad en la Universidad de Nueva York.

A. Djebbar es una de las voces femeninas más representativas de la literatura argelina de lengua francesa. Ha publicado numerosas novelas y novelas cortas, en las cuales, como ella misma ha confesado, buscó "actuar como zahorí de tantos acentos aún suspendidos en los silencios del serrallo de ayer". Su escritura es una

escucha que busca “acercarse a las voces que andan a tientas en el desafío de las soledades incipientes”.

En *Ces voix qui m'assiègent... en marge de ma francophonie* (1999), la autora lleva a cabo un recorrido por su historia, por la de las mujeres argelinas y por la de Argelia. Se puede seguir este recorrido paso a paso en las novelas o novelas cortas siguientes: *Les alouettes naïves* (1967), *Femmes d'Alger dans leur appartement* (1979), *Le blanc d'Algérie* (1996), *Les nuits de Strasbourg* (1997), *Oran, langue morte* (1997); pero sobre todo en la tetralogía compuesta por *L'amour, la fantasia* (1985), *Ombre sultane* (1987), *Loin de Medine* (1991) y *Vaste est la prison* (1995).

Djebar ha escrito y realizado dos películas: *La Noubia des femmes du mont Chenoua* (1978), premio de la crítica internacional en la Bienal de Venecia (1979) y *La Zerda et les chants de l'oubli* (1982). En 1995, el Premio Maeterlinck concedido por la sociedad de Gens de Lettres (Bélgica) corona el conjunto de su obra. A este le sigue en 1996 el Neustadt Prize International Literary y en el 2000 el Gran Premio de la Paz de la Feria de Frankfurt.

\* \* \*

#### DJEMAÏ, Abdelkader (1948)

Nacido en Orán en 1948, Abdelkader Djemaï ha trabajado como periodista en Argelia y luego en Francia, donde vive desde 1993. Ha publicado novelas cortas en revistas y en periódicos argelinos o europeos. Sus dos primeras novelas, *Saison de pierres* y *Mémoires de nègre*, han sido publicadas en Argel. Ha recibido el Premio Tropiques por su tercera novela, *Un été de cendres* (1995); título al que se le puede añadir *31, rue de l'Aigle* (1998), así como un ensayo que evoca la estancia de *Camus à Oran*.

\* \* \*

#### EBERHARDT, Isabelle (1877-1904)

Nacida en febrero de 1877 en Ginebra, de padre ruso convertido al Islam y de madre rusa cristiana, Isabelle Eberhardt deja Suiza en 1897 para acompañar a su madre a Annaba, al este de Argelia. A esta estancia le sigue la muerte de su madre y la de su padre adoptivo, lo que la impulsa a marcharse de nuevo al Magreb. Conoce a Slimène Ehni, un mariscal de espahíes de origen argelino y nacionalidad francesa, con quien se casa en Marsella, por el rito musulmán. Nacionalizada francesa, Isabelle Eberhardt regresa a Argel, donde muere en una brutal crecida del río

Sefra el 21 de octubre de 1904. En vida, Eberhardt publicó textos y novelas cortas comprometidas, en especial en *La revue blanche*, publicación bilingüe arabófila fundada por Victor Barrucand, con quien mantendrá amistad y que, tras su muerte, se encargará –junto con René-Louis Doyon– de publicar la mayoría de los textos que habían permanecido inéditos: *Pages d'Islam* (1920), *Mes journaliers* (1923), *Contes et paysans* (1925).

\* \* \*

### FERAOUN, Mouloud (1913-1962)

Nacido en marzo de 1913 en Tizi-Hibel, en Gran Cabilia, Mouloud Feraoun asiste a las clases de la escuela primaria en francés. Es becario en el colegio de Tizi-Ouzou (1929), y luego se inscribe en la escuela normal de Bouzaréa, cerca de Argel, donde conoce a Emmanuel Roblès (1932). En 1935 es nombrado maestro. Pasará el resto de su vida al servicio de la enseñanza, como director del curso complementario de Fort-National, y luego como director de la escuela de Clos Salembier en Argel, y finalmente como Inspector de centros sociales en El Bihar. El 15 de marzo de 1962, es decir, cuatro días antes de la firma de los “acuerdos de Évian”, será asesinado por la OAS, en el Bihar, junto a otros cinco colegas, franceses y musulmanes.

La vocación de maestro de Mouloud Feraoun corrió paralelo a su carrera de escritor. Su obra literaria debe situarse entre las pioneras de la literatura argelina en lengua francesa. En 1950 publica *Le fils du pauvre*, novela de carácter autobiográfico con la que obtiene el Gran Premio literario de la ciudad de Argel. Será reeditada en las ediciones “Seuil” cuatro años más tarde. Entre tanto, publica *La terre et le sang* (1953), ganadora del Premio Populiste. Sigue a éstos *Jours de Kabylie* (1954), un ensayo acompañado de ilustraciones de Charles Brouty dedicado por ambos a su amigo común Emmanuel Roblès, así como la traducción de los *Poèmes de Si-Moband* (1960) y *Les chemins qui montent* (1957). Tras su muerte, Emmanuel Roblès, su amigo más fiel, se encargará de las ediciones póstumas del *Journal (1955-1962)*, que Feraoun escribió a lo largo de todo el conflicto, de las *Lettres à ses amis* (1969) y finalmente de una novela inacabada, *L'anniversaire* (1972).

La obra de Feraoun explora por un lado la sociedad cabileña y por otro muestra su deuda como maestro con la escuela francesa. No obstante, entre las líneas de sus novelas, y de forma más explícita en el *Journal* o en sus artículos, el autor no duda en recordar y denunciar los aspectos ocultos de la secular injusticia causada por ciento treinta años de dominación y colonización francesas.

\* \* \*

## KATEB, Yacine (1929-1988)

Nacido en agosto de 1929, en Constantina, Kateb Yacine frecuentó la escuela coránica antes de que su padre tome la “decisión irrevocable de meterle sin más tardar en la ‘boca del lobo’, es decir, en la escuela francesa” de Lafayette (Bougâa) con el fin de evitar que se encuentre “sentado entre dos sillas”, “víctima de Medersa” (*Le polygone étoilé*). Interno en el colegio de Sétif, participa en las revueltas del 8 de mayo de 1945. Acaba tras los barrotos y descubre a la vez la embriaguez de la poesía y la brutalidad de la represión. Expulsado del colegio, vuelve a inscribirse en Bône y vive un amor imposible con su prima. En 1946, publica *Soliloques*. En 1946-47 milita en las filas del Parti Populaire Algérien junto a Messali Hadj. Se hace periodista en *Alger républicain* y después reportero. En 1950, se afilia al Partido Comunista.

En 1956 publica *Nedjma* (“estrella”). Esta obra, fragmentada y fragmentaria, que anticipa toda su obra posterior, simboliza tanto la búsqueda del imposible amor adolescente hacia la Mujer como hacia Argelia. En 1956 comienza el exilio y el vagabundeo: Kateb Yacine abandona Francia y no regresa a Argelia hasta 1971, donde se establece de forma definitiva. Abandona entonces la escritura en francés a favor del argelino dialectal y se lanza a una experiencia de teatro popular. El conjunto de su obra ha sido galardonada con el Premio Lotus, que se concede a un escritor cuyas obras abarcan las luchas del tercer mundo. En 1987, recibe el Gran Premio Nacional de las Letras por el conjunto de su obra. Duramente censurado por el poder, Yacine retoma el camino del exilio y muere en Ginebra el 28 de octubre de 1989.

Además de *Nedjma* publicó una segunda novela, *Le polygone étoilé* (1966), y numerosas obras de teatro: *L'homme aux sandales de caoutchouc* (1970), *Mohamed prend sa valise* (1972), *Le cercle des représailles* (*Le cadavre encerclé*, *La poudre d'intelligence*, *Les ancêtres redoublent de férocité*) (1976), etc. A esto hay que añadir: *L'oeuvre en fragments: inédits littéraires et textes retrouvés* (1986) y *Le poète comme boxeur* (1994).

\* \* \*

## KHADRA, Yasmina (1955) [pseudónimo de Mohammed Moulessahoul]

Nacido en Orán en 1955, Yasmina Khadra es el pseudónimo bajo el cual se esconde Mohamed Moulessahoul, ex comandante del Estado Mayor del ejército argelino, para evitar la censura que este le imponía. Tras publicar sus primeros textos en Argelia bajo el seudónimo del Comisario Llob, *Le dingue au bistouri* (1990)

y *La Foire* (1993), publica en Francia y bajo el pseudónimo femenino de Yasmina Khadra (los dos nombres de su mujer) tres novelas policíacas que forman una trilogía: *Morituri* (1997), *Double blanc* (1997) y *L'automne des chimères* (1998). Siguen, después, *Les agneaux du seigneur* (1998) y *À quoi rêvent les loups* (1999). Tras desvelar su "identidad masculina" en septiembre de 1999, sale del anonimato en enero del 2001 y narra su pasado militar en *L'écrivain*, obra de carácter autobiográfico. A comienzos del 2002 publica *L'imposture des mots*, nuevo relato de carácter autobiográfico en el que intenta arreglar sus cuentas con el mundo parisino de las letras, ya que las polémicas sobre el presunto papel del ejército en las masacres que ensangrientan Argelia desde hace diez años han enfriado la acogida calurosa y teñido de sospecha ciertas afirmaciones del autor.

\* \* \*

### LABRO, Philippe (1936)

Escritor francés, Philippe Labro nació en 1936 en Montauban. A los 18 años se marcha a los Estados Unidos para estudiar, ocasión que le permite recorrer este país durante cuatro años. De vuelta a Francia en 1957, trabaja como reportero en diferentes periódicos. Llamado a filas, se marcha a Argelia para realizar el servicio militar (1960-1962) y asiste como testigo a la guerra de Argelia. Cuenta esta experiencia, que traumatizó a toda una generación de jóvenes franceses, en *Des feux mal éteints* (1967), que pasará algo desapercibida en su época. De vuelta a Francia, retoma sus actividades de periodista que compagina de forma intermitente con sus actividades de cineasta hasta 1985, año de su nominación como director general de los programas de RTL (1985-2000). 1985 es también el año de la publicación de *L'étudiant étranger*, novela inspirada en su estancia juvenil en los Estados Unidos (Premio Interallié); en 1988 recibe el Premio Gutenberg de los lectores por *Un été dans l'ouest*.

\* \* \*

### MAMMERI, Mouloud (1917-1989)

Nacido en diciembre de 1917 en Taourit-Mimoun, en Gran Cabilia, Mouloud Mammeri es hijo de una familia acomodada que habla bereber. Realiza estudios de primaria en la escuela del pueblo y estudios de secundaria en el Liceo Gouraud de Rabat; luego en Argel obtiene un título de bachillerato en letras clásicas y finalmente cursa estudios de Letras en la Universidad de París. Movilizado durante la guerra

(1939), se inscribe en la escuela de aspirantes de Cherchell. A su regreso al país, en 1947, enseñará las letras clásicas hasta 1957, año en que viaja a Marruecos para evitar problemas con el ejército francés. Vuelve a Argelia en 1962 y es nombrado profesor en la Universidad de Argel. En 1969 es nombrado director del CRAPE (Centro de investigaciones antropológicas, prehistóricas y etnográficas), que dirigirá hasta 1981. Figura emblemática de la defensa del bereber, Mammeri se enfrentará al poder. La prohibición de una conferencia en Tizi-Ouzou provoca revueltas estudiantiles en 1988. Participa en la creación del centro de estudio *amazigh* en París, que publica *Awal. Cahiers d'études berbères*. Muere en un accidente de coche la noche del 25 al 26 de febrero de 1989.

Sus tres primeras novelas, *La colline oubliée* (1952), *Le sommeil du juste* (1955) y *L'opium et le bâton* (1965) –llevada al cine en 1969– pueden ser leídas como una trilogía. Tras haber publicado obras teatrales, *Le foehn* (escrita en 1967 y publicada en 1982), *La mort absurde des Azlèques* (1977), pero también y sobre todo cuentos y poemas bereberes de Cabilia, *Les isefra, poèmes de Si-Moband-ou-Mband* (1969), *Tellem chabo!* (1980), *Machabo!* (1980) así como una *Grammaire berbère* (1982), vuelve a la novela en 1982 y publica *La traversée*. Sus novelas cortas, una vez reunidas, se publicarán póstumamente, bajo el título *Escales* (1992).

Según T. Yacine-Titouht, “de todos los intelectuales argelinos, Mouloud Mammeri habrá sido el Chacal (en el sentido positivo del término) cuya función ha sido la de servir al Estado, es verdad (como funcionario), pero sin servir nunca al sistema político que no contó con él y por supuesto no conoció sus facetas” (*Chacal ou la ruse des dominés. Aux origines du malaise culturel des intellectuels algériens*).

\* \* \*

### MIMOUNI, Rachid (1945-1995)

Nacido en noviembre de 1945 en Boudouaou, al este de Argel, Rachid Mimouni es hijo de una familia de campesinos pobres. Cursa estudios superiores en Argelia, y luego en Montreal. Obtiene un título de química en la Escuela Normal Superior de Kouba (Argel) y será profesor en la Universidad de Argel, donde enseñará economía y gestión. A finales de los años 80 emprende el camino del exilio hacia Francia y luego hacia Marruecos (Tánger).

En 1990 recibe el Premio de La Amistad Franco-Árabe y el Premio Hassan II des Quatre Juries. Muere el 12 de febrero de 1995.

Mimouni es uno de los novelistas más leídos en Argelia. No dejó de denunciar con humor e ironía las esperanzas truncadas de la independencia y de la corrupción reinante en el país. En sus novelas, que se encadenan a un ritmo rápido, se

puede leer entre líneas la historia de Argelia tras la independencia. Por ello, junto a la denuncia del integrista, se encuentran duras críticas sobre un régimen corrupto. *Le printemps n'en sera que plus beau* (1978), *Une paix à vivre* (1983), *Le fleuve détourné* (1982), *Tombéza* (1984), *L'honneur de la tribu* (1989), *Une peine à vivre* (1991), *De la barbarie en général et de l'intégrisme en particulier* (1992). En 1993 recibe el Premio "Liberté littéraire" por *La malédiction*. Las *Chroniques de Tanger* (1995), transcripción de las emisiones realizadas por Radio Medi de enero de 1994 a enero de 1995, serán publicadas póstumamente.

\* \* \*

### PÉLÉGRI, Jean (1920-2003)

Jean Pélégri nace en junio de 1920 en Rovigo. Es hijo de una familia de grandes terratenientes instalados en la Mitidya desde los primeros tiempos de la colonización. Este hecho, que lo separa de la condición modesta de los demás jóvenes escritores europeos de Argelia (Camus, Roblès, Roy, también originario de Rovigo), no será óbice a que sea uno de los escritores europeos que intentó lo mejor posible –según Albert Memmi– la penetración y la aprehensión del paisaje y del hombre magrebíes. De la misma forma, rechazó la vocación exclusivamente "mediterránea" de Argelia que caracteriza ante todo la obra de los escritores de la "Escuela de Argel". Tras emprender estudios de filosofía en Argel, ejerce de profesor en Córcega, pero regresará a Argelia donde se asienta. Se enrola como voluntario en 1942.

Sus dos obras más conocidas, *Les oliviers de la justice* (1959) –llevada a la pantalla en 1962 y reeditada por G. Dugas en su antología sobre *Argelia* (Omnibus, 1997)– y *Le Maboul* (1963), remiten tanto al drama personal vivido por el escritor europeo de Argelia obligado a abandonar "su" *Mère Patrie* –título de un ensayo reciente (1990) –como el drama de los argelinos colonizados y desposeídos. Autor de numerosas novelas, Pélégri formó parte del comité fundador de la Unión de Escritores Argelinos, tras la independencia. En el año 2000 publica *Les étés perdus*, itinerario de un joven europeo argelino, que, tras haber conocido la dulzura de la tierra, conoce los dolores de la guerra de Argelia que cambiará para siempre los lugares, los nombres y los usos de su país natal. Algunos días después de su muerte (octubre de 2003), Jean Daniel escribía: "Cuando se murió Mohammed Dib, escribí que nos dejaba un gran escritor francés. Con la desaparición de Jean Pélégri, afirmo hoy que perdemos a un gran escritor argelino."

\* \* \*

## RANDAU, Robert (1873-1946) [anagrama de Robert Arnaud]

De antepasados procedentes de Lyon, Robert Arnaud nace en Argel en 1873, en el barrio de Mustafá, donde su padre era intérprete militar. Hijo de un arabista, muy informado sobre el islam, Randau hablaba con fluidez árabe y conocía los textos musulmanes. Cursó secundaria y estudios superiores en Argel y luego viajó a París para estudiar en la Escuela de Ciencias Políticas. Regresa a Argel tras aprobar la oposición de administrador de las comunas mixtas donde trabaja al servicio de los Asuntos Indígenas del Gobierno General. Administrador adjunto en Argelia (1899 a 1905), conoce a Isabel Eberhardt con quien mantendrá una relación amistosa. Después de ocupar diferentes puestos en África y realizar numerosas estancias en Argel y en París, se jubila en 1919. Una vez nombrado gobernador de las colonias, se instala en Argel. En 1920 funda una escuela literaria ("Escuela Argelianista"). En la línea abierta por Louis Bertrand, pretende afirmar el "milagro de la raza" que se está creando en el suelo de la "nueva Francia" y la existencia de una fuerte intelectualidad que aspira a una "autonomía estética" frente al desprecio de la metrópoli. Recibe el Gran Premio Literario de Argelia por el conjunto de su obra en 1929, la víspera de las conmemoraciones del centenario. Muere en Argel en 1950.

\* \* \*

## ROY, Jules (1907-2000)

Jules Roy nació en octubre de 1902 en Rovigo, pueblo situado en los alrededores de Argel, en el seno de una familia de pequeños colonos instalados en la Mitidya a principios de la colonización (1841). Comienza sus estudios de secundaria en el seminario Saint-Eugène de Argel, pero los abandona en 1930 para comenzar una formación en la escuela militar de Saint-Maixent. Se enrola en el ejército del aire y participa en los dos grandes conflictos que van a sacudir el siglo XX y que implicarán a las tropas francesas (Segunda Guerra Mundial y guerra de Indochina). En desacuerdo con la política francesa llevada a cabo sobre las poblaciones civiles en Indochina, dimite en 1953. Tras la muerte de Camus, sale de la reserva y del silencio que mantiene sobre Argelia y denuncia con virulencia algunas prácticas del ejército en un libro incendiario, *La guerre d'Algérie*.

J. Roy es autor de una obra voluminosa que le ha valido numerosos premios: Premio Renaudot (1946) por *La vallée heureuse*, Gran Premio de Mónaco, Gran Premio Nacional de las Letras (1969), Gran Premio literario de la Academia francesa. Además de los relatos de carácter autobiográfico que publica al final de su vida: *Mémoires barbares* (1989), *Adieu ma mère, adieu mon cœur* (1996), tenemos que

mencionar *Les chevaux du soleil*, amplio fresco de Argelia (1830-1962). Llevada a la pantalla, esta saga en siete volúmenes ha sido recientemente reunida en un solo volumen y seguida de la publicación de *Journal des chevaux du soleil* (1965-1975). Jules Roy muere el 15 de junio de 2000 en Vézelay.

\* \* \*

### ZAMPONI, Francis

Escritor francés, Francis Zamponi trabaja como periodista. Es el responsable de la sección "Policía" en el diario *Libération*. Además de diversos ensayos e investigaciones sobre los servicios policiales, es autor de tres novelas negras, en las cuales, mediante la ficción, insiste en las prolongaciones de la guerra de Argelia en Francia. En *Mon colonel* (1999) –llevado a la gran pantalla– reflexiona acerca de las motivaciones de los militares franceses enrolados en Argelia y sobre la reacción de los argelinos. *In nomine patris* le ofrece la posibilidad de relatar la primavera sangrienta de marzo de 1962, durante la cual se multiplican las manifestaciones violentas y los atentados de la OAS cometidos en Francia y en Argelia. En *Le Don du sang* (2001) retoma la condición de los *barkis* en Francia.

[Traducción inédita del francés de Beatriz Mangada Cañas]



## BIBLIOGRAFÍA SELECTA



## I. UN TRIÁNGULO IDEOLÓGICO (LENGUA Y LITERATURA)

Al margen de las antologías –clásicas– de la literatura argelina y de algunas obras de referencia general (diccionarios de autores o de obras), tan sólo indicaremos aquí los títulos de algunas obras especializadas de críticos literarios que se han interesado por los orígenes de la literatura argelina o intentan restablecer ese “puente” que los primeros escritores argelinos –francófonos o franceses– habían intentado tender entre las dos orillas del Mediterráneo.

AMROUCHE Jean El-Mouhoub, *Un Algérien s'adresse aux Français ou l'histoire d'Algérie par les textes (1943-1961)* (édition établie par Tassadit YACINE), París, L'Harmattan, 1994.

*Anthologie des écrivains maghrébins de langue française* (sous la direction de Albert MEMMI), París, Présence Africaine, 1964.

*Anthologie des écrivains français du Maghreb* (sous la direction de Albert MEMMI), París, Présence Africaine, 1969.

BESSIS Sophie, *L'Occident et les autres. Histoire d'une suprématie*, París, La Découverte, 2001.

BONN Charles, *La littérature algérienne de langue française et ses lecteurs*, Ottawa, Naaman, 1974.

– (ed.), *Anthologie de la littérature algérienne : 1950-1987*, París, Livre de Poche, 1997.

CALMES Alain, *Le roman colonial en Algérie avant 1914*, París, L'Harmattan, 1984.

CHIKHI Beïda, *Littérature algérienne. Désir d'histoire et esthétique*, París, L'Harmattan, 1997.

DÉJEUX Jean, *Littérature maghrébine de langue française*, Québec, Naaman, 1980<sup>3</sup>.

*Dictionnaire des oeuvres algériennes en langue française* (sous la direction de Christiane ACHOUR), París, L'Harmattan, 1990.

*El Maghreb y Europa: literatura y traducción* (coord. G. FERNÁNDEZ PARRILLA y R. MONTORO MURILLO), Cuenca, Ed. Universidad Castilla-la-Mancha, 1999.

HUUGHE Laurence, *Écrits sous le voile. Romancières algériennes francophones, écriture et identité*, París, Publisud, 2001.

INSTITUT DU MONDE ARABE, *Écrivains arabes d'hier et d'aujourd'hui (Catalogue bibliographique. Ouvrages publiés en France disponibles au 31 décembre 1995)* (sous la direction de Farouk MARDAM-BEY), París, Actes Sud, 1996.

LARONDE Michel, *Autour du roman beur: immigration et identité*, París, L'Harmattan, 1993.

LANASRI Ahmed, *La littérature algérienne de l'entre-deux guerres. Genèse et fonctionnement*, París, Publisud, 1995.

- MANZANO Francis, "Sur les mécanismes du paysage sociolinguistique et identitaire d'Afrique du Nord", *Langage et société*, Mars 1996, n.º 75, págs. 5-43.
- MARTINI Lucienne, *Racines de papier. Essai sur l'expression littéraire de l'identité pieds-noirs* (Préface de J.-R. HENRY), París, Publisud, 1997.
- MOURA Jean-Marc, *Littératures francophones et théorie postcoloniale*, París, Puf, 1999.
- SAID Edward, *L'orientalisme. L'Orient créé par l'Occident*, París, Seuil, 1980 y 1997 (postface).
- *Culture et impérialisme*, París, Fayard / Le monde diplomatique, 2000.
- YACINE-TITOUTH Tassadit, *Cbocal ou la ruse des dominés. Aux origines du malaise culturel des intellectuels algériens*, París, La Découverte, 2001.
- VV. AA, *Algérie. Un rêve de fraternité* (Textes choisis et présentés par Guy DUGAS), París, Omnibus, 1997.
- *Algérie. Les romans de la guerre* (Textes réunis et présentés par Guy DUGAS), París, Omnibus, 2002.

## II. GUERRA DE ARGELIA Y COLONIZACIÓN

Dada la avalancha de publicaciones que ha acompañado la reapertura de las polémicas coloniales –publicaciones relacionadas con la batalla de los historiadores por una mayor apertura de los Archivos (*Le Monde*, 17 de octubre de 2001)–, o las declaraciones recientes de ex militares argelinos que implican al poder en las masacres colectivas, atribuidas hasta entonces a los únicos grupos islamistas, nos limitamos a remitir en este punto a algunas obras clave en las cuales el lector podrá encontrar los complementos bibliográficos correspondientes a los diferentes acontecimientos evocados aquí de forma alusiva. Se retoman igualmente las referencias completas de los artículos citados en la introducción en lo referente al silencio de los manuales escolares.

### II.1. LA HISTORIA

- AGERON Charles-Robert, *Histoire de l'Algérie contemporaine (1830-1994)*, París, Puf (Que sais-je ?), 1994<sup>10</sup> corregida.
- ALLEG Henri, *La question*, París, Minuit, 1961.
- *Retour sur "la question"* (Entretien avec Gilles Martin), París, Le temps des cerises, Édition Aden, 2001.
- L'Algérie des Français* (présentation par Charles-Robert AGERON), París, Seuil (Points Histoire), 1993.

- AMIRI Linda, *Les fantômes du 17 octobre*, París, Éditions Mémoire-Génériques, 2001.
- BARRAT Robert, *Un journaliste au cœur de la guerre d'Algérie*, La Tour d'Aigues, Éditions de l'Aube, 2001.
- BENOT Yves, *Massacres coloniaux. 1944-1950 : La IVe République et la mise au pas des colonies françaises*, París, La Découverte / Poche, 2001.
- BRANCHE Raphaëlle, *La torture et l'armée pendant la guerre d'Algérie*, París, Gallimard, 2001.
- COMBES Sonia, *Archives interdites. L'histoire confisquée*, París, La découverte / Poche, 2001.
- DEVOLUY Pierre y DUTEIL Mireille, *La poudrière algérienne. Histoire secrète d'une République sous influence*, París, Calmann-Lévy (Pluriel), 1994.
- EINAUDI Jean-Luc, *La bataille de Paris, 17 octobre 1961*, París, Seuil (Points), 1991.
- HAMON Hervé y ROTMAN Patrick, *Les porteurs de valise. La résistance française à la guerre d'Algérie*, París, Points, 1981 (édition augmentée).
- HERVO Monique, *Chronique du bidonville. Nanterre en guerre d'Algérie*, París, Seuil, L'épreuve des faits, 2001.
- MALTI Djallal, *La nouvelle guerre d'Algérie. Dix clés pour comprendre* (préface de J. Garçon), París, La Découverte, 1999.
- MAUSS-COPEAUX Claire, *Appelés en Algérie. La parole confisquée*, París, Hachette, 1998.
- PÉJU Paulette, *Ratonnades à Paris "précédé de" Les barkis à Paris*, París, La Découverte / Poche, 2000.
- ROTMAN Patrick y TAVERNIER Bertrand, *La guerre sans nom. Les appelés d'Algérie 1954-1962*, París, Seuil (Points), 1992.
- SOUAÏDIA Habib, *La sale guerre*, París, Folio, 2001.
- STORA Benjamin, *La gangrène et l'oubli. La mémoire de la guerre d'Algérie*, París, La Découverte / Poche [1991], 1998.
- *Histoire de l'Algérie coloniale (1830-1954)*, París, La Découverte (coll. Repères) [1991], 1999.
  - *Histoire de la guerre d'Algérie (1954-1962)*, París, La Découverte (coll. Repères) [1993], Nouvelle édition janvier 2002.
  - *Histoire de l'Algérie depuis l'indépendance*, París, La Découverte (coll. Repères) [1994], 1995.
  - *Imaginaires de guerre. Algérie-Viêt-nam, en France et aux États-Unis*, París, La Découverte, 1997.
  - *Le transfert d'une mémoire. De l'"Algérie française" au racisme anti-arabe*, París, La Découverte, 1999.
  - *La guerre invisible. Algérie, années 90*, París, Presses de Science PO, 2001.
- VV.AA., *Les violences en Algérie*, París, Odile Jacob (coll. Opus), 1998.

## II.2. LA HISTORIA TAL Y COMO SE ENSEÑA...

CORNELLI Dominique, *Comment on enseigne l'histoire à nos enfants*, Nantes, L'Atlante, 2001.

MASCHINO Maurice T., "L'histoire expurgée de la guerre d'Algérie. La colonisation telle qu'on l'enseigne", *Le monde diplomatique*, Février 2001, págs. 8-9.

SEMIDEI Manuela, "De l'empire à la décolonisation à travers les manuels scolaires français", *Revue française de Science politique*, 16/1, 1966, février, págs. 56-86.

## II.3. ALGUNAS REVISTAS Y NÚMEROS ESPECIALES

"Torture et mémoire française", *Le monde. Dossier et documents*, Octobre 2001.

"La guerre d'Algérie", *Le monde. Dossier et documents*, Mars 2002.

"Polémiques sur l'histoire coloniale", *Manière de voir 58, Le monde diplomatique*, Juillet-août 2001.



UAM  
Ediciones



UAM  
EDICIONES